

Siempre te he

*Norah
Carter*

*Monika
Hoff*

Amado



*Siempre
te he
Amado*

DOLCE
BOOKS

Título: Siempre te he amado

© 2017 Norah Carter / Monika Hoff

©Todos los derechos reservados.

2ª Edición: Junio, 2017.

©DOLCE BOOKS

dolcebookseditorial@gmail.com

Imagen de portada cedida por: Francisco Silva y Ana Reyes

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Parte 1
Destino

Capítulo 1

Mochila de viaje preparada y en mis hombros colgada.

Me miré al espejo y me veía radiante ese día. Nos íbamos a cumplir ese sueño que llevábamos preparando desde hacía dos años. Íbamos a emprender un viaje de dos meses por algunos lugares del mundo, en plan mochileros, con mi grupo de amigos de toda la vida.

Siempre habíamos estado hablándolo. Siempre habíamos comentado de hacer un viaje de ese tipo, pero nuestras vidas personales, estudios y trabajo parecían haberlo impedido. Una excusa tonta y torpe ponía fin a este sueño, pero ahora había llegado el momento de llevarlo a cabo.

Os cuento que, desde mi infancia, siempre tuvimos una pandilla y que duraba hasta el día de hoy. Era increíble. Generalmente, muchos grupos de amigos acaban separándose y rompiendo su grupo de amigos. No es fácil mantener la amistad y la unión a lo largo de los años. Pero nosotros lo habíamos logrado.

Teníamos alrededor de 27 o 28 años y no nos habíamos separado nunca. Por un lado, estaba Kate, mi amiga del alma, mi alma gemela, mi confidente, esa amiga que se convierte desde el principio en hermana. Era profesora, una excelente profesora.

Además, era novia de otro miembro de la pandilla, Luis. Llevaban juntos desde los 15 años. Se notaba que se atraían desde que éramos unos mocosos y finalmente se independizaron y empezaron a vivir como una pareja. Luis tenía una inmobiliaria con cinco empleados y, pese a la crisis que estaba atravesando el país, funcionaba muy bien.

Luis era un trabajador incansable y había intentado hacer frente a la crisis con otras fuentes de inversión y adaptando su empresa a las exigencias del mercado, aprovechando sobre todo las nuevas tecnologías, especialmente Internet, para obtener un mayor número de clientes a lo largo de todo el país.

Kate también era una trabajadora nata. Se había sacado sus oposiciones nada más acabar la carrera. Todo hay que decirlo: estuvo un año prácticamente sin salir de su casa, estudiando y repasando. Sabía que tenía que hacerlo así y la fuerza de voluntad que demostró a mí me sorprendió. Yo sería incapaz de hacer algo como lo que hizo ella. Lo bueno de Kate era que siempre podías contar con ella. Cuando yo la necesitaba, siempre estaba ahí.

Y quizá era esa personalidad comprensiva la que hacía que sus alumnos la respetasen y que todos sus compañeros de trabajo confiaran en ella, porque su simpatía y ese carácter extrovertido eran fundamentales dentro y fuera de las aulas.

Yo se lo había reconocido más de una vez en público. Yo no habría sido capaz de trabajar nunca con niños o adolescentes, pues había que tener una paciencia inmensa y un tesón del que solo era capaz Kate. Quizá, en eso, no nos parecíamos tanto. Yo era más nerviosa, mientras que, en ella, la

serenidad y la paciencia eran virtudes más que notables.

Por esa razón, a Luis siempre le atrajo Kate. No solo se trataba de la belleza de su cuerpo y de su rostro, sino que Kate representaba aquello que un hombre como Luis necesita, es decir, la suficiente tranquilidad para que él no se precipitara en muchas de sus decisiones.

Porque Luis era bastante nervioso y fue quizá esa actitud de hombre inquieto lo que hizo posible que no tuviera que cerrar su empresa como habían hecho tantos y tantos de sus compañeros que, ilusionados, habían abierto sus inmobiliarias para labrarse un futuro.

Por otro lado, estaba Fran, el amor de mi vida. Era un secreto que veníamos guardando, desde hacía muchos años, Kate y yo, aunque ella siempre me estaba pinchando para que se lo dijese a Fran, pero yo veía que él me trataba como una hermana. Nunca intentó nada y yo no fui capaz de contarle lo que mi corazón venía sintiendo desde el día que lo conocí.

¡Qué difícil es eso! Saber que una persona te gusta y no poder hacer nada para que ella se dé cuenta es una experiencia horrible. No sé si alguna vez se había percatado de lo que yo sentía por él, pero temía decirle algo por si nuestra amistad se rompía de repente y se iba todo al traste. No quería perder a Fran como amigo, aunque eso me costara sufrir en silencio mis deseos íntimos y profundos hacia él.

¿Cómo era Fran?

Él era una persona de corazón, simpática, alegre y con un sueño, la música, esa a la que dedicaba todo su tiempo libre, por la que moría. Sentía que la música era su vida, además, trabajaba en la empresa de su padre, con un buen horario y con un buen sueldo, pudiéndose permitir muchas cosas, entre ellas, esa dedicación continua a aprender para mejorar en esa pasión artística.

Con el pelo revuelto y unos ojos azules hipnóticos, Fran no tenía mal fondo. Era un joven servicial y, al igual que Kate, estaba dispuesto a ayudar siempre. Cuando hablaba sobre música, sobre alguna canción o melodía que había compuesto, podía comprobar que su rostro se iluminaba, que sus ojos adquirían un brillo especial que a mí particularmente me encandilaba y me hacía sentir feliz por momentos. Pero, claro está, aquella felicidad desaparecía cuando me daba cuenta de que no podíamos ser más que amigos.

Todo hay que decirlo. Ni Kate ni yo lo habíamos conocido saliendo con alguna chica, algo que nos extrañaba, porque era guapo, apuesto y con un mundo interior interesante. Era de las personas que podía mantener una conversación contigo durante horas sin importarles el tema o a quien tenía delante.

El hecho de que no hubiera salido nunca con nadie me daba cierta confianza para esperar que, en algún momento, yo tuviera la oportunidad de expresarle mis sentimientos, aquello que había guardado en mi corazón durante tantos años y que no me atrevía a manifestar.

El problema era saber cuál sería ese momento y cuándo llegaría. Luis se olía algo porque Kate se lo había contado cuando empezaron a salir, pero

ellos sabían de sobra que no debían entrometerse porque el grupo, nuestro grupo, estaba muy unido y lo que menos necesitaba ahora era que, por malentendidos o decepciones, se rompiera. Pero ese era mi destino por ahora.

Yo no había tenido la suerte de mi amiga Kate y debía vivir con esa sensación desasosegante de querer a una persona, cuyos sentimientos hacia mí desconocía.

Luego estaba Jaime, ese adorable loco de la pandilla, el alma de la fiesta, la persona más extrovertida y que más momentos divertidos y cómicos nos había proporcionado, de esos que jamás se olvidan. Jaime era una persona a la que le duraban las relaciones como máximo una semana y decía que él no tenía la culpa.

Pero la verdad es que no estaba hecho para mantener una relación seria, a pesar de que mujeres no le faltaban. Siempre se rodeaba de muchas muchachas enamoradas que bebían los vientos por él. Era atractivo, alto y le gustaba vestir bien por lo que ya llevaba mucho ganado en las relaciones cercanas. Si a eso se le une su sentido del humor, tienes el cóctel perfecto. El problema era que le gustaba estar con todas.

Quizá esa personalidad tan graciosa lo forzaba a no lograr la seriedad necesaria que necesita un compromiso con otra persona, donde la sinceridad, la sensatez y la formalidad son imprescindibles. Jaime era un animal nocturno, además. Era capaz de cerrar todos los bares y discotecas de una ciudad y a nosotros nos gustaba esa personalidad tan desmedida, pero también reconocíamos que aquella manera de entender la vida no podía durar siempre.

A veces Luis y Fran intentaban convencerle de que se buscara un

trabajo fijo y estable, y que se acomodara a las rutinas de cualquier persona que busca la independencia económica. Pero yo creo que Jaime se quedó en el instituto y, menos mal que nos tenía a nosotros, porque, si hubiese dado con otro grupo de amigos, no sabríamos qué habría sido de él.

La última de esta pandilla soy yo, Carlota, la más loca, decidida y echada para adelante, menos para el amor, que seguía bebiendo los vientos por Fran y, sin embargo, era incapaz de hacérselo saber.

Lo había intentado olvidar con varias relaciones esporádicas que no pasaban de una noche o una semana como mucho, pues enseguida me venía a la mente Fran y echaba de mi vida a la persona que se había cruzado en ella. Todos los hombres con los que había salido me parecían que no estaban a la altura del que consideraba mi amor desde la infancia. Quizá yo estaba exagerando.

Quizá yo estaba pidiéndoles a aquellos hombres demasiado. Seguramente no eran malos chicos esos novios que había tenido a lo largo de este tiempo, pero Fran era el que ocupaba mi mente y por el que latía mi corazón. Sé que suena un poco cursi y ridículo, pero era así.

Cuando me iba a disponer a conocer a esos chicos en profundidad, encontraba en ellos algún defecto que me obligaba a romper con ellos. Lo peor de todo es que, como Jaime, me fui haciendo con un currículum de relaciones desastroso. Nunca me preguntó Fran por ninguno de esos chicos.

Nunca vi que se pusiera celoso con esas relaciones que yo mantenía,

por muy breves que fueran. Y eso me preocupaba y me entristecía, porque daba a entender que yo no significaba nada para él, salvo que era su amiga, una de sus mejores amigas junto a Kate.

Yo tenía una peluquería con cuatro personas trabajando en ella. Me la montó mi padre cuando cumplí los 23 años y fue todo un acierto porque me sentí realizada desde el primer momento. Lo bueno que tuvo además abrir aquel negocio es que enseguida me hice con una clientela que no me fallaba.

Intenté que la decoración del local fuese moderna, como esas peluquerías y salones de belleza que había visto en tantas películas americanas y en muchas revistas de moda. Siempre me había gustado el oficio de peluquera, pues, desde pequeña, siempre estaba peinando a mis muñecas o a mis amigas.

Recuerdo una vez que la madre de Kate casi me mata. Teníamos siete años y no se me ocurrió otra cosa que, jugando con mi amiga a que yo era peluquera, le tinté toda su melena castaña con pintura de uñas. Aquello fue terrible. El pelo de Kate tardó semanas en volver a ser su pelo natural.

Tengo que decir que no es fácil llevar un negocio como el mío. No es fácil tratar con algunas clientas. Algunas son demasiado exigentes y están siempre quejándose del corte o el lavado de pelo que acabas de hacerles. Yo no tengo la paciencia de Kate con los alumnos, así que respiro profundamente y cuento hasta diez para no estallar. Ha sido mi tesón y mi esfuerzo diario los que han logrado que, pese a la crisis, conserve a mis empleadas y a mis clientas. Tengo todos los días cubiertos con citas de cualquier parte de la

ciudad.

Antes de emprender aquel viaje, aún vivía con mis padres, como Fran y Jaime. Los únicos que se habían independizado eran Kate y Luis.

Que ellos se hubiesen independizado nos venía de perlas ya que utilizábamos su casa para algunas cenas o reuniones que no nos apetecía hacer en un pub o en restaurante. Allí, en aquella casa, pasábamos muchos fines de semana. Tuvimos la suerte de que se compraron una casa bastante grande que tenía un amplio terreno con jardín, así que disfrutábamos como si fuera nuestra y no había problemas de espacio. No sucedía como, en esos pisos del centro, que parecen cajas de cerillas y donde una familia con dos hijos tiene problemas de espacio siempre. A Kate y a Luis les encantaba tenernos allí.

Nosotros también sabíamos cuando molestábamos y éramos lo suficientemente prudentes para salir de allí cuando intuíamos que ellos querían su intimidad.

Me daba cuenta de que la amistad no se rompe si uno no quiere. ¿Habíamos tenido problemas a lo largo de estos años como amigos? Claro que los habíamos tenido, pero el perdón y el cariño estaban ahí, y siempre habíamos logrado reconciliarnos cuando había surgido un problema entre nosotros.

No nos dábamos cuenta, pero el tiempo había pasado deprisa y habíamos crecido, y ahora no teníamos otra opción que mirar al futuro con la misma ilusión y con el mismo afecto que habíamos hecho hasta ahora.

Así que ese día nos íbamos a emprender un viaje de dos meses para confirmar nuestra amistad, para asegurarnos de que nunca nos fallaríamos y de que todos estaríamos siempre juntos para cuidarnos.

El viaje prometía y yo estaba nerviosa como si fuese a hacer mi primer viaje de estudios con los compañeros y compañeras de clase. Me miré en el espejo y vi a la Carlota del colegio, a esa niña que estropeó el pelo de Kate jugando a ser peluquera, a esa niña que se había convertido en una mujer y que sentía un amor profundo por Fran. No podía quejarme, sin embargo, de la vida que me había tocado vivir. Era feliz. A mi manera, como en la canción de Frank Sinatra. Pero era feliz.

Nos íbamos de nuestra isla de Menorca, de ese lugar donde tuvimos la suerte de nacer y conocernos, de vivir los mejores años de nuestra infancia, adolescencia y juventud.

Me despedí de mis padres con un fuerte abrazo. Les preocupaba que me marchara, pero la decisión estaba ya tomada y me venía genial romper con la monotonía de mi trabajo. Mis empleadas se encargarían de la peluquería. Confiaba en ellas y sabía que lo harían muy bien. Nada más salir de casa, ya me había mandado Jaime un mensaje diciendo que estaban esperándome dentro del coche, así que bajé rápidamente y fui directamente hacia el vehículo que estaba aparcado en la acera de enfrente.

Comprobé en sus caras que sus corazones rebosaban de felicidad. No paraban de bromear durante todo el trayecto, especialmente Jaime. Íbamos un poco apretados, como aquella vez que estrenamos el coche de Fran. Fue el

primero en sacarse el carnet de conducir.

Casi nos estrellamos contra el escaparate de una tienda porque no paramos de armar jaleo y follón dentro de aquel Nissan de segunda mano que su padre le había comprado. No sé por qué, pero me había puesto nostálgica de repente.

Llegamos al aeropuerto y facturamos para Madrid, allí sería la primera escala, yo me senté con Kate y los chicos.

Cuando llegamos a Madrid nos fuimos corriendo a facturar las maletas. Luego tomamos un café antes de acceder a la puerta de embarque. Nos montamos en el avión con destino a nuestra primera parada, Cuba. Allí estaríamos dos semanas.

Capítulo 2

Aterrizamos en el aeropuerto Internacional José Martí, de La Habana. El calor era insoportable, no estaba acostumbrada a esa humedad que era tan latente, además que iba cansada del viaje tan largo, había visto dos películas y charlado mucho con Kate, además de conseguir dormir un par de horas, pero el vuelo se me había hecho interminable, los chicos, por el contrario, consiguieron dormir medio vuelo y el otro medio se lo pasaron viendo pelis en la Tablet de Jaime.

—Jo, qué calor hace aquí, me quedo pegado —soltó Jaime bajando las escaleras del avión sin importarlo decirlo en voz alta ante la atenta mirada de otras personas.

—Es caribe hijo, empieza a acostumbrarte —respondió Kate.

—Por eso lo voy a aguantar, que si no me daba la vuelta... —decía mientras babeaba viendo pasar a una belleza de mujer cubana.

—No tienes remedio... —dije negando con la cabeza.

Salimos de la terminal y nos montamos en un minibús en el que nos habían recogido y nos llevaron directos para el Hotel Nacional.

Tenía la sensación de estar viendo una ciudad que había acabado de

ser bombardeada, era una sensación rara, pero a la vez atractiva, se notaba el ambiente caribeño, la gente de allí hacía que así fuera.

Nos dieron las llaves de la habitación, era dos habitaciones contiguas y separadas por una puerta en medio, por si la queríamos mantener abierta. En una se acomodaron Kate y Luis, en la otra, Fran, Jaime y yo.

Nos dimos una ducha, eran las 7 de la tarde, luego nos fuimos a dar una vuelta por La Habana.

Llegamos a la plaza de la catedral, de los más colonial, un precioso lugar, donde la vida es muy concurrente allí, sobre todo para el turista. Unos músicos amenizando la tarde y unas terracitas en las que nos sentamos directamente para tomar un mojito, aunque yo estaba loca por tomarlo en La Bodeguita del Medio, que decían que es donde hacen el mejor mojito del mundo, pero a ese lugar iríamos más tarde.

La música, el ir y venir de la gente, el ambiente, era una sensación nueva, rara, estaba muy latente ese ambiente caribeño.

—¡Dios! Ese bombón de mujer es un cañón —dijo Jaime mirando a una chica cubana que pasaba atravesando la plaza con un movimiento muy sensual.

—Qué bruto, eres hijo mío —dijo Kate, ante la risa cómplice de los tres chicos.

—¿Bruto? ¡Sincero! Mírala, si es para hacerle un monumento —decía Jaime mientras la miraba embobado y ella se alejaba para doblar la esquina.

—Desde luego que pensáis con los huevos —dijo Kate.

—A mí no me metáis, que yo nada más tengo ojos para mi reina —soltó Luis para tranquilizar a Kate, ni él se lo creía, tenía los ojos tan puesto en aquel culo, como Jaime y Fran.

—Ni a mí, que ni me he fijado en quien habláis —dijo Fran guiñando el ojo a Luis, estaba claro que se hacía el gracioso.

—No, aquí sois los 3 unos santos por lo que veo —respondió Kate.

Yo que estaba a gusto bebiendo mi mojito, me levanté y les dije que se iban a preparar para quien era puro sensualismo, así que me fui hasta la esquina por la que apareció aquella mulata y volví andando moviendo exageradamente las caderas y haciendo como un pase de modelo, las risas de mis amigos eran brutales, de repente pasó por mi lado un cubano y me dijo algo que me dejó cortada.

—¡Mami!, eso es un movimiento de caderas.

Mis amigos se percataron de que me habían dicho algo, me senté cortada ante la risa de ellos.

—¿Qué te ha dicho, Carlota? —preguntó Kate.

—Que estoy más buena que la mulata, de aquí a Pekín. —bromeé.

—Sí, claro, ni que él nos hubiera escuchado —dijo Fran riendo.

—No, pero os ha visto cara de salidos extranjeros, no le hizo falta escuchar la conversación.

—Sí, claro, ni que nos hubiera visto... —dijo Jaime incrédulo a lo que me habían dicho.

—Va, di qué te dijo —insistió Luis.

—Que la mujer que pasó era la suya, que os entretuviera aquí, que ahora volvía con un látigo —sonreí maléficamente.

—Pues se iba a ir calentito —chuleó Jaime—. Y luego lo iba a llevar a ver cómo seduzco a su mujer.

—Desde luego... ves muchas pelis de Rambo —sentenció Kate.

De repente comenzó a sonar la música de fondo con la canción de Luis Fonsi “Despacito”, era el tema de moda.

Me quedé alucinada al ver que Fran se levantó corriendo, le dijo algo al músico, éste hizo un gesto, mostrando que estaba de acuerdo y Fran, sin más, cogió el micro.

Comenzó a cantar la canción mientras se acercaba a nosotros. Me había puesto nerviosa solo con ver la sensualidad que transmitía caminando cuando, de repente, se sentó a mi lado, sin dejar en ningún momento de mirarme a los ojos.

Y yo me estaba sonrojando...

Su mirada no abandonaba la mía, esa preciosa sonrisa, la perfecta dentadura, el brillo en sus ojos mientras cantaba esa melodía que era pecado.

“Despacito.

Vamos a hacerlo en una playa en Puerto Rico,

hasta que las olas griten:

Ay, Bendito.

Para que mi sello se quede contigo.”

Quería disimular, que no se notara que mi corazón iba a salirse por mi boca, que no presintiera que me moría de amor por él, al fin y al cabo, era lo que llevaba tiempo intentando ocultar, que lo amaba, que era el hombre de mi vida, pero no podía dejar de sonrojarme a la vez que me ponía nerviosa.

Observar su postura segura, su medio sonrisa cuando cantaba, sabiendo que me moría de la vergüenza, el guiño de ojo que me hizo entender

que le encantaba mi sonrojo. Me limité a reír, no tenía otra forma para controlar el nerviosismo que estaba recorriendo mi cuerpo.

Estaba en Cuba, con mis amigos y el amor de mi vida me cantaba una canción, me hacía soñar con que esa letra fuera realidad.

Lo había escuchado cantar mil veces, pero ese día me impactó, me dieron ganas de estallar y que se enterase que lo amaba, pero otra vez más, me iba a tener que morder la lengua.

*“Empecemos lento, después salvaje.
Pasito a pasito, suave suavcito.
Nos vamos pegando, poquito a poquito,
cuando tú me besas con esa destreza...”*

La intensidad de la letra iba aumentando, eso no era sensualidad, para mí no, era algo más. Me estaba imaginando que éramos Fran y yo quienes bailábamos, con esos movimientos que ponían cardíaca a cualquiera.

Así que no sé en qué momento pasó, pero de repente, mientras miraba a sus ojos y él seguía sin apartar su mirada de los míos, todo desapareció. Solo estábamos él y yo. Fran cantándome, diciéndome que quería desnudarme a besos, así, despacito. Despacito como se iba acercando a mí, moviendo sus caderas, agarrando las mías hasta acabar los dos moviéndonos con esa sensualidad que...

La canción terminó y abrí mis ojos, ni siquiera fui consciente de

haberlos cerrado, y ya podía haberlos mantenido así.

Porque no vi a Fran, oh, no.

Chillé, como loca, cogí mi copa y se la lancé en la cara a ese adefesio que tenía enfrente. ¿Pero cómo se podía ser tan feo?

Me levanté de la silla, casi tiro la mesa con el movimiento brusco, escuché las risas de mis amigos y miré a mi lado. Estaban todos de pie, descojonándose.

Volví a mirar adonde estaba Fran, aún con el corazón a mil por hora, y vi al pobre hombre limpiándose la cara.

—Yo... Lo siento —dije apenada. Era feo, pero no tenía la culpa.

—Estás loca —se levantó y, tras mirarme malamente, se marchó.

La gente nos miraba y se reían, más bien me miraban a mí, pero bueno. Volví la cabeza a donde estaban los imbéciles de mis amigos y, sin más palabras, cogí mi bolso y me marché.

—Carlota, espera —chilló Kate, siguiéndome.

—No me gustan este tipo de bromas —dije enfadada.

—Carlota, solo fue una broma —dijo Luis, también ya a mi lado.

—¡Dejadme en paz!

Caminé y caminé, sin prestarles atención. Se quedaron por detrás, pero a mí no me importaba. Estaba más que enfadada. Siempre nos gastábamos bromas, pero en esa ocasión se habían pasado de la raya.

Y allí estaba yo, loca como una cabra, andando sola por una plaza de Cuba sin saber adónde demonios iba.

Doblé la esquina, suponiendo que los idiotas me seguirían a poca distancia, cuando una mano me agarró del brazo y me empujó contra la pared de un edificio.

Fui a chillar, obvio, en esos dos segundos que duró el movimiento, por mi cabeza me había dado tiempo a imaginar a tres violadores, un asesino en serio y miles de criminales más. Joder, yo ya vi hasta mis tripas por la acera.

—Tranquila, soy yo.

Abrí los ojos que había cerrado para que mi muerte fuera más lenta cuando escuché esa voz que tanto adoraba.

—¿Eres idiota?, ¡me asustaste!

—Lo siento, solo intentaba pararte. Venga, volvamos con los demás.

—No quiero, Fran, estoy enfadada —pero ya mi enfado iba a menos porque él estaba ahí, cerca.

Despacito... negué con la cabeza cuando la canción y las imágenes prohibidas volvieron a mi mente.

—Vamos, Carlota, solo fue una broma.

—Pesada...

—Pesada, sí, lo siento. No pensé que actuarías así.

Otra vez me dieron ganas de chillar, pero esta vez para decirle que era idiota, ¿cómo no sabía que iba a actuar así cuando vi a aquel adefesio? Cuando él se había cargado el momento tan bonito que yo estaba sintiendo.

Pero no podía decirle nada de eso, tenía que callarme y tratarlo como a los demás. No podía explicarle nada, él no podía saber nada de lo que yo sentía. Callada, como siempre.

¿Hasta cuándo?

—¿Más relajada? —preguntó mirándome a los ojos.

Pues no, esa era la verdad. Porque él estaba demasiado cerca de mí. Nos separaban centímetros, su boca... Dios, estaba descontrolada, tenía que ser el aire de la ciudad que me había afectado demasiado, pero tenía que volver a ser yo.

—Si no te quitas de encima, poco podré relajarme. ¿O es que quieres alterarme?

Así se lo solté. Descarada, pero como si bromeara. Él no sabría que detrás de mi tono cínico, estaba toda la verdad.

—Quizás me gusta ponerte nerviosa —sonrió.

—¿Ah, sí? —dije en tono seductor.

Y ahí lo vi tragar saliva, me miraba extrañado, y yo sabía que él no sabría cómo actuar en ese momento.

Y eso me hizo reír de nuevo, pero esa vez no era una risa nerviosa, sino a carcajadas. Y menos mal, él hizo lo mismo. Pensando que todo había sido un juego.

Volvimos con los demás, Fran llevaba su brazo por encima de mis hombros, seguíamos riendo y, cuando nos sentamos a tomar algunos mojitos, decidí olvidar todo y emborracharme.

No sabía por qué, pero me daba la impresión de que ese viaje pondría mi vida patas arriba. Porque la cosa se me estaba yendo de las manos y yo no podía permitir que mis sentimientos por mi amigo salieran a la luz.

Horas después estábamos entrando en el hotel. Estábamos más que borrachos. Subimos las escaleras uno detrás de otro, en fila india. Como uno se tropezará, íbamos a ir todos detrás.

Sí, había ascensor, pero mejor caernos a vomitar todo lo que habíamos bebido, no sería la primera vez que nos pasara.

Pero llegamos bien, ilesos al menos. Caí de bruces en la cama, las piernas colgando fuera. Todo me daba vueltas y temía moverme mucho. Eso era una borrachera de primera.

—¿Qué haces? —pregunté cuando alguien intentó mover mi cuerpo, en ese momento era un peso muerto.

—Déjame un lado.

—Y una mierda, Jaime, es mi cama.

—Duermo contigo —al final consiguió moverme y tumbarse a mi lado.

—Duermes en la tuya —dije, mira que era fácil.

—Mi cama está unida a la de Fran, no pienso dormir con él esta noche, se pone cariñoso cuando está borracho.

Me incorporé y miré. Era cierto, no me había dado de que las otras dos camas estaban pegadas. Parecía una cama de matrimonio. Bajé la mirada y observé a mi acompañante. Era mi amigo, pero no iba a dormir con él cuando la otra doble cama enorme estaba medio vacía. Empecé a intentar moverlo, pero joder, no había manera. Y a mí me estaba dando vueltas todo.

Me levanté, intentando mantener el equilibrio, no volvería a beber en la vida. Y, sin pensármelo, me dejé caer en la cama, al lado de Fran.

Observé cómo dormía, con la boca medio abierta, babeaba, el pelo lo tenía revuelto. Bueno, no era la mejor imagen que tenía de él. Y tampoco era muy romántica cómo iba a ser nuestra primera y única noche juntos, la verdad.

Pero una sonrisa se instaló en mis labios, solo con mirarlo. Al hombre al que adoraba, del que estaba enamorada, con el que iba a dormir, borracha...

Y como una niña chica, con cuidado, levanté la mano y rocé su cara con la yema de mis dedos, como si necesitara rozarlo. Pero eso no fue suficiente. Como él ni se había inmutado, subí mi mano hasta tocar su pelo.

De repente, sus ojos se abrieron. Quité la mano, asustada, hasta que vi que era algo instintivo. Los volvió a cerrar y se acomodó un poco mejor, pero la sonrisa que sus labios formaban no desaparecía.

Suspiré de alivio.

Cuba... Estaba más que segura que ese viaje iba a ser inolvidable. Para bien o para mal, no lo sabía.

Me costaba coger el sueño, no podía tenerlo tan cerca, me imaginaba disfrutando de ese cuerpo, devorándolo a besos, y yo, estaba ahí pegada a él, oliéndolo, sin poderlo tocar, al menos de la forma que yo deseaba...

¡Qué injusto era todo! Lo miraba y no conseguía conciliar el sueño, lo quería a él, lo amaba y no podía hacer nada...

Capítulo 3

¿Se puede llamar eso amor?

No lo sé, pero estaba claro que yo sentía mariposas en el estómago por Fran. Cuando la amistad se mezcla con esa clase de sentimientos, todo parece más difícil.

La noche fue horrible al menos para mí. Porque pensaba en la canción, pensaba en la cercanía de Fran, pero el dolor de cabeza que tenía me estaba haciendo polvo el cerebro. El calor y la humedad me hacían sudar. El aire acondicionado no servía para nada. Se paraba a veces y entonces me quedaba sin aire, y parecía que iba a asfixiarme, como si fuese un pez al que han sacado de la pecera. Era horroroso.

Pero lo peor de todo es que, cuando intentaba cerrar los ojos e imaginarme a Fran, mi Fran, sobre mí, o acariciando mi cuerpo, los abría de repente porque Jaime no dejaba de roncar o porque sencillamente se levantaba al aseo a vomitar. Una banda sonora estupenda para soñar y dormir con los angelitos.

Fran ni se inmutaba. Dormía profundamente. Ni se movía. Su cara de angelito no tenía nada que ver con el estropicio de cara de Jaime que, desencajado y tembloroso, volvía a la cama después de vomitar para seguir su particular competición de ronquidos.

Tenía dificultad para dormir fuera de casa y esta vez no iba a ser la excepción. Tenía taquicardias y al pensar en Fran el corazón se me salía por la boca. No era yo. Y, de repente, en ese mar de confusión de imágenes, me acordaba de la peluquería y de mis padres. Los mojitos no me habían sentado bien y tampoco que Fran estuviese tan cerca y que hubiera cantado como lo hizo.

Sobre las siete, la luz del sol ya entraba por la ventana a raudales. Y, milagro, conseguí dormir unas horas. Estaba empapada. Los chicos ya se habían levantado y estaban en el aseo. Yo me desperté varias veces y miré por la ventana a la calle. La gente se animaba ya a salir y algunos coches ronroneaban por aquellas avenidas estrechas con su marcha quejumbrosa y serena.

Me estaba meando encima y aquellos tipos no salían del aseo. Oía a Jaime y a Fran cantar juntos. Me daba que los dos se habían metido en la ducha. No era la primera vez que hacían tonterías de ese tipo. De ellos dos me podía esperar cualquier cosa.

Pero, como yo era bastante lanzada, ni toqué a la puerta.

Entré al aseo y, en efecto, no me equivoqué. Estaban en la ducha. Tenía el váter libre y también el lavabo. No se iban a asustar si me veían allí y si yo los veía. A determinadas edades una deja de asustarse de cosas que, a los quince, te parecen un terreno inexplorable o un pecado capital.

Ojalá, en vez de Jaime en la ducha, estuviera yo junto a mi Fran en

aquella bañera. Ese cuerpo, seguro, que a lo mejor sí que me asustaba o me hacía temblar aún más, como lo estaba haciendo ahora, al imaginármelo desnudo frotándose con el jabón.

Solo me separaba una escasa cortina de plástico. Pero, claro, allí estaba también Jaime, que no paraba de decir sandeces. Yo, allí, sentada en el váter, sin que ellos se dieran cuenta lo escuchaba todo.

—Tío, pues tampoco es para tanto — dijo Jaime riendo.

—¿El qué no es para tanto?

—Lo que cuentan por ahí, Fran.

—¿No será otra de tus bromas, verdad?

—No, qué va. Me había llegado a mis oídos que te llamaban por ahí el trípode.

—Pero, ¿qué dices, Jaime? ¿Te has vuelto loco?

—Es verdad. Lo contaban Sara y Lina por el barrio.

—Pero, ¿de qué hablas? Jaime, me temo que estás borracho todavía — respondió Fran con tono bromista.

—Sí, que te habían visto desnudo y que la tenías como la trompa de un elefante, como la manguera de un bombero, como el tentáculo de un pulpo. Claro, Fran, yo hacía mucho tiempo que no te veía desnudo, desde el colegio a lo mejor, cuando nos bañábamos en la piscina de tus tíos. Y la tienes grande, pero tampoco es para tanto.

Allí estaba yo, sentada en el váter, escuchando al bocazas de Jaime diciendo que una tal Sara y una tal Lina iban cotilleando por ahí que Fran tenía una polla muy larga. Pero, ¿de qué iba todo esto? Me ruborizo al escribirlo, pero ya os dije que era bastante lanzada, salvo con Fran, así que no voy a ser nada remilgada y llamaré a las cosas por su nombre.

Lo que es cierto es que nunca me había fijado en el paquete de Fran, porque siempre solía mirarlo a sus labios y a sus ojos, y a ese pelazo que tenía y del que le gustaba presumir siempre.

¿A Fran lo llamaban trípode, trompa de elefante, tentáculo de pulpo, manguera de bombero? Desde luego, si alguna vez necesitaba un nombre artístico para debutar en el escenario ya lo tenía. Madre mía. Acabé de hacer pis en el váter, pero no estiré de la cadena. Quería seguir escuchando.

Lo que me preocupaba de verdad es que ni Kate ni yo sabíamos nada acerca de esos nombres de mujer: Sara y Lina. Que nosotras supiéramos, Fran no estuvo saliendo con nadie. Pero a lo mejor era de esos hombres que las matan callando, es decir, que quizá era de los que ligaban con alguna chica una noche y después desaparecían a la mañana siguiente y no la invitaba ni a

churros con café.

A lo mejor, era un tipo peor que Jaime y se había hecho el buenazo delante de nosotras. Tampoco era de extrañar. Fran era guapo, muy guapo, y un conquistador nato con sus palabras si se lo proponía. No le resultaría fácil ligar con cualquier chica.

Aquella conversación me estaba abrumando. Yo estaba siendo patética, porque estaba sentada en el váter mientras los escuchaba. Lo que decía Jaime me estaba dejando sorprendida, pero también me estaba irritando por momentos.

—Pues ya te digo, Fran, es lo que van contando esas dos por toda la ciudad y tú, tan tranquilo.

—¿A qué te refieres con tan tranquilo, Jaime?

—Que, con esa fama, podrías llevarte a la cama a las mejores tías y te veo muy parado.

—Jaime, sabes que no es mi estilo. Y esas dos exageran mucho si van diciendo eso por ahí. Tú tampoco estás mal dotado.

—Sí, Fran, pero yo no tengo el picaporte que tienes tú entre las piernas y me alegro, porque eso debe ser un problema a la larga tanto para ti como

para las chicas.

—¡Cállate ya, por favor! Parece que estamos todavía en el instituto.

—Ah, pero... ¿es que no estamos en el instituto?

—Solo sabes contar chistes, Jaime. Te vas a quedar soltero toda tu vida. No te va a aguantar ni tu madre.

—Tienes razón, Fran. No hay quien me cambie. Mis padres tienen ganado el cielo conmigo, pero que no hubieran hecho el amor cuando decidieron tenerme.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Tienes una mente retorcida, pero, ahora que lo dices, tuvieron que fecundarte una noche de tormenta.

—Tormento eres tú, con el potencial que tienes, esa cara, ese cuerpo y parece que vas para cura, en vez de aprovechar la vida y la de mujeres que hay ahí fuera esperándote.

—Ya será menos...

—¿Menos? Desde luego hijo que no espabilas...

—Lo mismo es que no me apetece espabilar.

—Eso, tu ve desaprovechando los placeres de la vida, cuando ya no tengas ese cuerpo y no puedas hacer lo que hoy en día puedes, ya te arrepentirás, ya lo veras...

—Anda, anda, déjame paso que salgo, no tengo ganas seguir escuchándote.

Los dos comenzaron a reír y ya no escuché el flujo de la ducha. Estaban a punto de salir, así que yo, como quien no quiere la cosa, también salí del cuarto de baño para regresar a la cama.

Simularía que aún estaba durmiendo. Pero me había enterado de dos cosas muy importantes que tenía que contarle enseguida a Kate; la primera es que Fran había conocido a dos chicas, Sara y Lina, y la segunda, y no menos importante, es que tenía un pene como una salchicha alemana.

No sabía qué pensar en aquel instante ni cómo actuar. Estaba un poco hundida porque imaginaba que Fran, como yo, sentía algo hacia mí. Pero me había equivocado. Yo estaba idealizando demasiado el amor y aquí lo que estaba claro era una cosa: que, a determinadas edades, el sexo importa más que el amor y que, si surge el amor, siempre viene detrás de unos buenos polvos.

Fran me gustaba mucho, pero yo estaba convirtiendo mis deseos hacia él en una especie de cuento de hadas que no se parecía en nada a la realidad.

Estaba claro que otras se estaban adelantando. Y que esa tal Sara y esa otra tal Lina habían logrado verle la polla al que yo consideraba el amor de toda mi vida y yo me había quedado atrás.

Es cierto que tampoco le podía reprochar nada a Fran porque yo había tenido algunas relaciones con algunos chicos, si bien habían sido todo un auténtico fracaso. Ahora no iba a echarle en cara a Fran que se hubiese acostado con alguna chica.

Madre mía, yo me estaba volviendo loca.

Salieron de la ducha con la toalla atada a la cintura. En aquel momento, me hice la dormilona.

—Carlota, levanta, hija. No duermas más —dijo Jaime con una voz nada tierna, sino que más bien me recordaba al mugido de una vaca.

—Si ya estaba despierta. Pero, como he visto, que estabais en el aseo, me he quedado en la cama — dije yo haciéndome la tonta.

—A mí no me habría importado compartir la ducha contigo, ¿sabes?
—dijo Jaime con sorna.

—No seas idiota. Tú y yo no íbamos a ir muy lejos con una relación
—sentencié.

—Pero, ¿quién está hablando de una relación? Pero, un trío mañanero, en Cuba, no habría estado mal.

—Jaime, me están entrando ganas de darte una patada en los huevos —le solté enseguida.

—Es verdad, tío, deja de hacer el idiota —intervino Fran serio.

—Desde luego que vaya par de aburridos sois.

—Será que tú eres muy divertido —sentenció Fran.

—Pues más que ustedes, seguro.

—Sí claro ¿Tu que vas a decir?

—Fran, podrás ser el más guapo del mundo, pero el más simpático lo soy yo...

—Una simpatía abrumadora —sentencié.

—Eso, tu defiende a Fran, que se te ven las orejas...

—Desde luego que cuando te pones imbécil no hay quien te gane.

—¿Segura?

—Segurísima.

—Venga vamos a salir a desayunar, que no hay Dios que termine esta conversación estúpida a este paso —intervino Fran.

Lo del trío era una mala idea, sin duda. Pero no me habría importado meterme en la ducha con Fran. Desde que escuchara aquello en el aseo, dejé de mirarle a los ojos y me concentré en la toalla que ocultaba su miembro. Estaba muy mal. Lo que estaba haciendo estaba muy mal.

Me levanté y me dirigí a la ducha. Pasé por el lado de Fran y nuestros hombros y brazos se rozaron, y sentí entonces que mi piel se erizaba y que en mi interior volvían a aletear las mariposas.

Me duché y, mientras el agua caía sobre mi cuerpo, no dejé de pensar en él, en su cuerpo, en cada una de sus partes, en esa mirada seductora, en su aliento rozando mis labios, en su voz aterciopelada y en aquella canción que me hizo vibrar por dentro. Es cierto. No puedo ocultarlo. Me estaba excitando yo sola dentro de aquella ducha.

Cuando terminé de enjabonarme, pude escuchar risas afuera. Salí y me puse mi albornoz. Estaba ridícula con mi toalla envolviéndome el pelo. No me gustaba que Fran me viera así. Quería que me viera guapa y no hecha un

espantajo. Como dicen, la confianza da asco y eso es lo que me pasaba a mí, a nosotros. Cuando aparecí en la habitación, los dos chicos ya estaban listos. De nuevo volví a mirar a Fran que, junto a la ventana, parecía un semidiós. La luz de la mañana doraba su cuerpo atlético y aquellos vaqueros ajustados con su camisa lo hacían un hombre atractivo y muy interesante.

Jaime y él decidieron abandonar la habitación para dejar que yo me vistiera tranquilamente. Cuando estaban a punto de marcharse, Fran volvió a entrar. En ese instante, yo me había quitado el albornoz y estaba allí, completamente desnuda, como mi madre me trajo al mundo.

—Perdón, Carlota. No sabía... —dijo él con la voz entrecortada.

—No pasa nada, Fran. Hay confianza —dije yo con aire infantil al mismo tiempo que seductor.

—Perdona, me voy ya. Olvidaba el móvil —volvió a repetir.

Aquel incidente duró unos segundos que se hicieron eternos para los dos. Menos mal que no entró Jaime, porque aquello habría sido el cachondeo padre.

Noté que, por unos instantes, me miró detenidamente de arriba abajo. Y sé que lo que vio no le desagradó, porque, cuando se marchaba, el bulto que había debajo de sus vaqueros era más que evidente.

Se había puesto cachondo al verme. Ojo, aclaremos. Fueron unos segundos nada más porque yo enseguida volví a ponerme el albornoz, pero bastó aquella mirada hacia mí para que él se excitara, para que él empezara a verme con otros ojos que no eran precisamente los ojos de un amigo.

Yo era una mujer. Y no solamente una amiga de la infancia. Era una mujer hermosa y no sé si me parecía en algo a las chicas que había nombrado Jaime dentro de la ducha, mientras bromeaba sobre el miembro de Fran, pero lo que había sucedido en aquellos instantes, era una pequeña victoria que me enorgullecía.

Cuba despertaba. En La Habana, iban a pasar muchas cosas. Y, pese a la mala noche que yo había pasado, sentía que había merecido la pena pasarla así de mal con tal de que Fran se fijara en mi cuerpo, con tal de que Fran no pudiera evitar que su miembro se pusiera como una salchicha peleona debajo de su pantalón.

Alguien podrá decir que mi comportamiento es completamente infantil. Y es cierto. Estaba vistiéndome y sonreía como una tonta. Pero el amor tiene ese carácter irracional, tiene ese componente de juego que los enamorados no pueden evitar y yo, por mi parte, no iba a evitarlo.

Y, como he dicho, yo sabía que había ganado una batalla, pero no había conseguido la victoria.

Fran no iba a ser fácil de conquistar. Quizá no ayudaba esa confianza que habíamos adquirido a lo largo del tiempo.

Pero, ahora, sabiendo que yo le ponía, debía usar mis armas de mujer para que se fijara en mí. Así que lo pensé bien y no me puse vaqueros ni blusa, sino un vestido cortito que llevaba un escote con cremallera con el que iba a jugar todo el día para que no me quitara ojo.

Yo también quería saber si lo era cierto que Fran era un trípode y una manguera de bombero.

Por cierto, estiré de la cadena del váter, antes de salir de la habitación. No penséis que iba a dejar que el pis allí.

Capítulo 4

De nuevo estábamos callejeando por las calles de La Habana, yo no paraba de recordar la conversación de Jaime en la ducha con Fran, además que se me agolpaba con el recuerdo de cómo me cantaba en aquella plaza de La Catedral.

—Kate, luego te tengo que contar una cosa, que escuché hablar a Fran y a Jaime.

—Cuenta ya, no me dejes con la intriga.

—Luego, Kate, no empieces con las impaciencias...

—Joder, pues no me la sueltes para luego callarte.

—Te estoy diciendo que luego te lo voy a contar, no me voy a callar petarda — dije sacándole la lengua.

—Odio los misterios, me ponen nerviosa...

Llegamos por fin a La Bodeguita del Medio, cuántas veces había escuchado hablar sobre ella, sin duda, el bar más famoso de La Habana, mejor dicho, de Cuba.

El local estaba lleno de fotos y firmas de personajes famosos que

habían pasado por allí, uno de los primeros en hacerlo fue Ernest Hemingway, que estuvo tomando un mojito y le gustó tanto que dejó una nota de agradecimiento, desde entonces, se dice que el bar comenzó a funcionar y a ser famoso en el mundo entero.

Una pareja de unos cuarenta años, tocaba en una esquina del bar, Fran los miraba embobado, era evidente que la música era su vida, su pasión, su razón de vivir...

Tomamos unos mojitos, ese era nuestro desayuno, pero en el Caribe el cuerpo reacciona de otra manera, el calor y la humedad de allí te permite ingerir lo que en otros sitios a esa hora sería impensable, así que allí estábamos, tras la resaca, disfrutando del mejor mojito del mundo, juntos, empezando un viaje que seguro sería toda una aventura para recordar.

—Tengo un calor que me muerdo —decía Kate mientras se abanicaba.

—Yo tengo ganas de cantar —dijo Fran mientras se movía al compás de la música, con ese movimiento de caderas que era una provocación constante para la vista.

—Fran, habla con ellos y márcate un temita para nosotros —dijo Kate.

—Eso estaba pensando, además, seguro que conocen la canción de un autor muy famoso, aunque el pobre tuvo un accidente y perdió la vida cuando había alcanzado el éxito, se llama Polo Montañez y tiene un tema bellissimo que se llama “Un montón de estrellas”.

—Pues ya tardas, queremos oírte cantar —lo animé.

—No sé, chicos... —dijo inseguro de repente.

Pero Kate no se lo pensó dos veces, se fue directa a los músicos y se lo hizo saber, rápidamente comenzó a sonar el tema, le dieron el micro a Fran y comenzó a cantar a ritmo del caribe esa canción tan bonita; para asombro de todos, el bar comenzó a llenarse de turistas que pasaban por allí.

*“Todo fue así, así mismo fue,
todo fue por ella...
Yo la quería, yo la adoraba,
pero tenía que aborrecerla.*

*Todo fue así, oye, todo fue por ella...
Como yo quise a esa mujer,
porque pensaba que era buena.*

*Todo fue así, ay, Dios, todo fue por ella...
Yo era capaz de subir al cielo
para bajarle un montón de estrellas.*

*Todo fue así, todo fue por ella...
Un pajarito que iba volando,
yo lo cogí para complacerla.*

*Todo fue así, ay no, todo fue por ella...
Tanto se burló de mí
que ahora no puedo verla..."*

Terminamos todos bailando alrededor de los músicos y de Fran, me encantaba verlo cantar, se le iluminaba la sonrisa y el rostro, era feliz con ello y lo transmitía, haciendo vibrar todo lo que giraba a su alrededor.

—Yo nací para ir cantando todo el día —dijo Fran mientras bebía de su mojito.

—Cantar no, pero dar el cante... ¡Lo haces siempre! —bromeó Jaime.

—Quién fue a hablar, el señor sin miramiento —respondió Fran.

—¿Yo sin miramiento? Pero si soy el que más miro de este mundo, mira como miro aquel culo —dijo señalando a la calle mientras pasaba una chica.

Pasamos una mañana estupenda metidos en ese local, de allí nos fuimos a la cervecería de la plaza vieja, donde aprovechamos para comer.

En la barra había una cubana que no paraba de mirar a Fran, él se había dado cuenta, me tenía nerviosa, quería decirle algo, pero claro... ¿Quién era yo?

—Esa tía te está pidiendo guerra, Fran —dijo Jaime.

—Ya me di cuenta, pero no pienso caer en sus redes... —dijo sacándonos la lengua.

—Mi Carlota es más guapa que esa de aquí a Pekín, como ustedes decís —dijo Kate ante mi asombro, dejándome ruborizada y con ganas de matarla, le eché una mirada asesina.

—Por supuesto —respondió Fran guiñándome el ojo, para mi asombro.

—Y digo yo... ¿Qué tengo que ver en este entierro? —pregunté sin entender por qué había tenido que nombrarme a mí, iba a matarla.

—Hombre, solo es un comentario —Kate me sacó la lengua.

—Pero Carlota no me quiere... —soltó Fran, dejándome muerta en ese momento.

Me daba igual si Kate se ahogaba con el mojito, se había atragantado al escuchar eso y no paraba de toser. Le eché una mirada rápida y estaba roja. Más que roja, morada, pero que le hiciera su novio el boca a boca, yo me había quedado con la mía abierta ante el comentario de Fran.

—Fran, vives en otro mundo, tío, eso no hay quien lo dude —dijo Jaime tras resoplar. Jaime, quien siempre iba a lo suyo... No era precisamente

el más indicado para opinar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el amor de mis amores.

—Nada, no quiere decir nada —dije yo.

Miré a Jaime y me guiñó el ojo, dándome a entender que se callaría, pero también que él sabía el secreto que yo guardaba.

¿Lo sabían todos?

Todos menos Fran, o eso parecía. Me iba a morir de la vergüenza, no me lo podía creer. Hasta Jaime, con lo despistado que era, o eso parecía, sabía que yo estaba pillada por su amigo. Solo esperaba que, por una vez en su vida, pudiera mantener la boca cerrada.

—A veces me parece que habláis de cosas que no sé —dijo Fran con el ceño fruncido—, y no me gusta —recalcó.

—Son imaginaciones tuyas —intervine.

—Claro que sí —dijo Kate, quien había recuperado su color natural—. Pero la verdad es que a Carlota le está sentando bien Cuba. No sé, tiene como un brillo diferente. El cutis o la mirada o algo...

Y en ese momento todas las miradas de mis amigos estaban sobre mi

cara. Y yo era una chica muy lanzada, pero vergonzosa con algunas cosas. Y esta era una de ellas.

—Bueno, pero ¿qué os pasa? —pregunté enfadada.

—Sí, tienes algo... ¿diferente? —Luis me miraba como si fuera un ratón de laboratorio al que analizar.

—Pues yo la veo como siempre —Jaime siempre pasando, para no variar. Y esta vez se lo agradecía.

—No, es cierto que no está como siempre.

Miré a Fran cuando dijo eso.

—¿Tú también? —suspiré, desesperada.

Pero su mirada era diferente y yo empecé a ponerme nerviosa, sobre todo cuando me recordó a cómo me miró cuando estuve como Dios me trajo al mundo. Yo ya no estaba ruborizada, estaba como un salmonete, exageradamente roja.

—Realmente estás preciosa —dijo después de unos segundos.

Y yo no supe qué decir. Si pedir que la tierra me tragara, si ponerme a llorar por la ansiedad, si derretirme allí mismo, o si tomármelo como un

simple cumplido, que sería lo más lógico.

No hice nada de eso, levanté la mano para llamar la atención del camarero y pedí otra ronda de chupitos cuando los carraspeos de mis amigos llegaron hasta mis oídos. Tenía que volver a recuperar la normalidad, pero Fran no me lo estaba poniendo fácil.

Cuando dejó de mirarme, pude respirar. Por suerte, Jaime llevó la conversación hasta otro tema, haciendo que todos nos partiéramos de la risa, terminando con la tensión que mi mejor amiga, y mi próxima primera víctima, porque iba a descuartizarla cuando pudiera, había creado con sus comentarios.

Pero así éramos nosotros, ya debería estar acostumbrada.

Ese día, con la resaca monumental que teníamos de la noche anterior, lo pasamos en la calle, paseando un poco, haciéndonos miles de fotos. Fotos en las que yo no sabía qué pasaba, pero siempre acababa teniendo que agarrarme a Fran.

Para qué mentir, claro que lo sabía, mis amigos se habían propuesto sacarme de mis casillas y estaban haciendo todo lo posible por desquiciarme. ¿Para qué? ¿Para que diera el paso con el amor de mi vida? Ni de broma...

Por la noche, de vuelta al hotel, compramos algo de comida y decidimos relajarnos allí. Cenamos entre risas y nos acostamos pronto, estábamos agotados.

Pero no pude conciliar el sueño, así que cerca de las dos de la madrugada, me levanté, cogí una silla y me senté en el balcón a tomar un poco de aire.

Respiré profundamente, llenándome los pulmones de esa ciudad. Me hacía sentir libre, era algo extraño.

Escuché cómo alguien se acercaba, los pies descalzos resonando contra las baldosas, no me hizo falta girar la cabeza para ver de quién se trataba, ya mi corazón había saltado.

Fran...

—¿Estás bien? —se puso frente a mí y se sentó en el suelo, mirándome a los ojos.

—Sí, solo que no podía dormir —sonreí al verlo, con su pelo despeinado, y los ojos medio cerrados por el sueño, ese torso desnudo... Oh, Dios, me iba a dar algo—. Lo siento, ¿te he despertado?

—No —una media sonrisa iluminó su cara—, tampoco podía dormir.

—¿Por qué? —pregunté interesada e intentando olvidar lo que provocaba en mí, tenía que tratarlo como lo que era, un gran amigo.

—No sé, tal vez por el nerviosismo del viaje, de los días que llevamos aquí.

—Sí, me pasa igual. Pero nos debíamos esto.

—Nos debemos muchas cosas, Carlota —dijo enigmáticamente.

—No te entiendo.

—Siempre hemos estado juntos, pero todavía nos quedan muchas cosas por vivir, ¿no crees?

—Sí...

—Tenemos vidas muy diferentes, pero siempre hemos estado unidos. Sois un gran apoyo para mí, esa es la verdad.

—Para eso están los amigos —levanté la mano y le removí el pelo, siempre me había gustado hacerle eso, de pequeño lo sacaba de sus casillas.

Nos quedamos en silencio, él se giró, manteniéndose sentado en el suelo, pero dándome la espalda. Estuvimos un rato así, simplemente disfrutando del silencio. Incluso yo me sentía tranquila, pese a tenerlo tan cerca.

Pero mi cuerpo era otra cosa, luchaba contra la necesidad de tocarlo,

de poder sentirlo. Y no podía controlarlo, mis manos iban a ir hacia él, hacia esos hombros que tanto me gustaban. Pero el destino intervino y Fran se levantó antes de que yo hiciera una tontería.

—Gracias —me dijo cuando estuvo de pie, mirándome a los ojos de nuevo.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Por ser especial —me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Y allí me quedé, con la respiración atrancada en la garganta. Por ser especial... Especial como amiga, claro.

Resoplé, con tristeza. Eso era para él, una amiga. Ya lo sabía, pero eso no quitaba que en el fondo me doliera porque, aunque a veces parecía que él se había fijado en mí como mujer, lo cierto era que eso no había ocurrido. Yo seguía siendo como su hermana pequeña y a mí me dolía demasiado.

Pero así era nuestra historia, a saber, si alguna vez...

Negué con la cabeza, el problema era que yo cada día me enamoraba más.

El problema también sería que siempre lo ame, pero lo veía a ratos, ahora pasaría dos largos meses con él, las 24 horas, cuando volviera iba a

querer morirme, me iba a costar la vida separarme de él, iba a ser algo que no iba a poder asimilar fácilmente, incluso aquí cuando me acostaba, aunque fuera a su lado, estaba deseando que amaneciera para poderlo ver.

Eso era el amor ¿Y dudaba que estuviese enamorada?

Capítulo 5

Ese día era para pasarlo revoleados en las playas del Este de la Habana, así que cogimos un taxi que nos llevó allí, estaba a 18 kilómetros al este de la ciudad, una de las playas preferidas por los habaneros, 20 kilómetros de paraíso, para disfrutar.

Nos pusimos delante de un bar chiringuito para aprovechar y comer más tarde en él, además que nos servirían en la arena cualquier tipo de bebida.

Se nos acercó un hombre con un carro lleno de Cocos, ideal para el momento, rápidamente nos lo estaba cortando, y nos puso una cañita, estaba delicioso, nos tiramos unas fotos muy divertidas.

Ya en la arena, tomando el sol, con nuestros mojitos cerca, disfrutamos de la serenidad de la playa.

Dos mulatas de escándalo se tumbaron al lado nuestra. Cogieron la crema de protección solar y Luis y Jaime, ni cortos ni perezosos, se levantaron rápidamente para ayudarlas a extenderla por sus espaldas.

Me quedé boquiabierta, ¿qué hacía Luis? Miré a mi amiga y la vi echando humo por la cabeza, fui a acercarme a ella, pero me hizo un gesto con la mano para que no lo hiciera, prefería estar sola.

Nuestros amigos volvieron de ayudar a las dos chicas, ambos muriéndose de la risa. Luis se sentó en su sitio, al lado de Kate, quien se levantó como un vendaval, llenándolo todo de arena.

—Pero qué haces, ten cuidado —dijo encima él con toda la cara dura del mundo.

—¿Por qué? ¿Se te va a pegar la arena en las manos llenas de crema?
—lo retó Kate.

—Vamos, cariño, solo ayudaba.

—¿Y por qué mierda tienes tú que ayudar a nadie? —mi amiga lo miraba con las manos en la cintura, muy enfadada.

—Kate, no seas tonta, solo fue una gracia.

—Una gracia de muy mal gusto, pedazo de idiota.

—No me insultes ¿Entendido?

—No me digas como te tengo que tratar, cuando tú no sabes hacerlo conmigo.

—Venga ya, te quejarás de cómo te trato...

—Eso que has acabado de hacer es una sinvergonzonería, para mí hay un antes y un después de esto —dijo Kate con los ojos lleno de odio.

—Tú estás fatal, no aceptas ni una broma.

—¿Broma? ¿Me tiro encima del primer mulato que pase?

—Haz lo que quieras —dijo cabreado.

Kate dio una patada a la arena, llenando a su novio completamente y se sentó a mi lado, refunfuñando, los insultos mejor ni los repito, pero la pobre necesitaba desahogarse.

Yo no entendía qué estaba pasando, a qué había venido nada de eso, pero Luis se había pasado tres pueblos sin venir a cuento.

Dejé que mi amiga sacara toda la rabia fuera en forma de impropio y bajé la cabeza de nuevo, dispuesta a disfrutar del sol.

De vez en cuando observé cómo Fran me estaba mirando, a veces creía que desde que me vio desnuda, me miraba de otra forma, o eso quería creer yo. Pero por lo de la noche anterior... Otras veces pensaba que solo como amiga.

Iba a volverme loca.

Yo solo quería que me cantara el “Despacito” al oído, yo solo quería poderlo abrazar, no como unos amigos, sino como una mujer abraza a un hombre...

Estaba mirando al mar, de pie, mientras me fumaba un cigarrillo, cuando de repente noté cómo me abrazaban por atrás...

—Despacito, quiero respirar tu cuello despacito, deja que te diga cosas al oído, para que te acuerdes si no estás conmigo... —me estaba cantando al oído, no me lo podía creer.

Me quedé mirando al mar, sonriendo, mientras él ponía su móvil frente a nosotros para hacernos un selfie, yo estaba ruborizada, me acaba de dar otro momentazo para el recuerdo.

—Se me está pegando esa canción —dije muy avergonzada, intentando disimular.

—Es muy pegadiza —dijo mientras se marchaba hacia las toallas para dejar su móvil y volver.

—Vamos a refrescarnos —me dio un beso en la mejilla, de esos que me daban ganas de responder pegándoselo en la boca, tirándolo en la arena y dejando atrás esa tensión que me estaba matando.

Me agarró por el cuello y nos fuimos al agua, esa eran las cosas que

me gustaban de Fran, era un ser muy cariñoso y atento con todos, lástima que ese agarre no iba por nada más, yo ya estaba que cualquier cosa me ponía muy sensible.

Kate se vino hacia nosotros.

—Vengo a incordiar, no me apetece estar al lado de Luis, estoy de los nervios.

—Pasa ya, relájate, se os va a pasar —dije intentando tranquilizarla.

—Paso, de esta me ha encabronado mucho...

—Normal... —dije.

—Bueno, las mujeres os enfadáis rápido —dijo Fran guiñándome el ojo y sonriendo.

—No, ustedes os pasáis tres pueblos —respondió Kate enfadada.

—Yo soy muy bueno —Fran puso cara de santo.

—Sí, cuando duermes. —dijo Kate ante nuestra risa.

Mirábamos a la arena, allí estaban Jaime y Luis riendo por cualquiera

de sus cosas, eso enfurecía más a Kate y Fran me lanzaba miradas y gestos de asombro por la cara de nuestra amiga, yo evitaba reír para que no se diese ella cuenta, se molestaría y enojaría aún más.

—Yo a ese lo mato, se va a reír encima, pasa de todo —Kate se calentaba al verlo.

—No, mujer, no lo mates, mejor lo hacemos sufrir —bromeé.

—Pero si sois dos soles, anda, vamos a ir a tomarnos unas cervezas y a celebrar el viaje, no merece la pena estar enfadados y perder estos maravillosos momentos que nunca recuperaremos —dijo Fran intentando evitar que le creciera el enfado.

—Yo mejor me tomo unos cuantos cubatas, así no me entero de nada —dijo Kate poniendo cara de rabia.

—Bueno, vamos —dije mientras comenzaba a salir del agua.

—De verdad, que estoy con un ataque de nervios que no os imagináis, no me explico cómo se puede tener la poca vergüenza de ir a ponerle crema a una desconocida en todas mis narices.

—Venga va, no te ralles más, al final lo pasas doblemente mal.

—Me duele tía, me hierva que haga esas cosas, estoy delante ¿No

piensa que me puede hacer daño? ¿No le da por pararse y decir que voy a humillar a mi chica? No lo entiendo tía, por mucha broma que sea, no lo entiendo.

—Bueno, vamos a tomar algo y cambiar ya el chip, así no puedes estar, no te mortifiques más Kate —dijo Fran abrazándola.

—Desde luego, con la cara tonto que tiene...

—¡Vale ya! —exclamé queriendo zanjar ya el tema.

Fuimos para el bar, Jaime y Luis nos siguieron cuando pasamos juntos a ellos, así que terminamos en esa calurosa terraza tomando algo, un rato después, nos trajeron una bandeja gigante con Langosta, nos pusimos tibios de ella.

Kate y Luis eran los protagonistas, sus indirectas e indiferencias eran latentes en aquella mesa, Fran, Jaime y yo nos mirábamos de forma disimulada, nos lo decíamos todo, intentábamos aguantar la risa, Luis se daba cuenta de todo y evitaba soltar una carcajada.

—La próxima vez que venga a esta isla, será como artista —dijo Fran mirando al mar, intentado cambiar de tema.

—Lo mismo vienes a reconocer a ese hijo que dejarás en proceso en este viaje, a alguna mulata como la del otro día. O como las de hoy... —soltó

Jaime, por poco me atraganto con la cerveza en ese momento, a la vez que todos se partían a reír. Todos menos Kate, claro.

—¡Qué bruto eres, hijo! —exclamó Fran—. Te crees que todos somos como tú, que estas deseando tirarte a todo lo que se menea, yo creo más en el amor.

—Sí, en el amor de dos días —volvió a atacar Jaime para buscarle la lengua.

—Qué sabrás tú...

—Mucho, hermano, te conozco mejor que nadie.

—Eso crees...

Así se tiraron un rato, la verdad es que Jaime era un pasota, se pasaba tres pueblos, pero era muy gracioso, al final puso a Fran de los nervios y nosotros acabamos llorando de la risa, Fran empezó a ignorarlo, así consiguió que se callara.

Por la tarde volvimos al hotel, nos duchamos y nos fuimos a callejear por La Habana y a cenar por allí.

Tras hartarnos de comida típica, acabamos tomando unas copas en Tropicana, una especie de discoteca donde el techo eran las estrellas, estaba al aire libre. Era realmente espectacular, los bailarines, el show en sí, pero

demasiada gente. No podíamos hablar, la música estaba demasiado fuerte, lo que venía siendo una típica discoteca.

Al poco tiempo de llegar, perdimos a Jaime. Ese ya estaría haciendo de las suyas al intentar ligar con toda mujer que se le pusiera delante.

Lo de Kate y Luis era otra historia. Con sus copas en la mano, en medio de la pista, bailando sin mirarse. Y Kate, para liarla más, lo provocaba con sus movimientos de caderas. A él y a todo hombre que tuviera cerca, me estaba temiendo que, a ese paso, todo acabara en una bronca monumental, Luis era bastante celoso.

Y Fran... Fran y yo terminamos los dos saliendo de allí. Él era de los míos, prefería la tranquilidad. Así que cuando me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera, no dudé en hacerlo.

Salimos y respiramos aire fresco, me sentí aliviada en el mismo momento en que el viento me dio en la cara. Me gustaba divertirme, bailar, cantar, pero no de esa forma.

—¿Te parece si damos un paseo?

—¿Y los demás? —pregunté a la vez.

—Sabrán llegar al hotel, no les pasará nada. Venga, vamos —me agarró por la cintura y comenzamos a caminar.

La ciudad, pese a la hora que era, estaba repleta de gente. Nos encontramos con varios músicos mientras caminábamos y noté cómo Fran los miraba con una mezcla de admiración y añoranza.

—Algún día podrás cumplir tu sueño —dije rompiendo el silencio que nos acompañaba.

—¿Qué sueño? —preguntó despistado.

—El de cantar —lo miré sonriendo.

—Bueno, tú lo has dicho, solo es un sueño —se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Te conozco, Fran, es más que eso. Y eres realmente bueno.

—Eso lo dices porque me quieres —rio.

En eso había acertado, aunque más que quererlo, lo adoraba, estaba loca por él.

Y me encantaban esos momentos que pasábamos juntos, en los que éramos como hermanos, olvidando mis sentimientos, Fran era el mejor hombre del mundo, con él me sentía bien, libre de ser yo. Quizás más que con todos los demás juntos, tal vez sí tenía que ver el amor que sentía con esas

sensaciones.

—No lo puedo evitar, la música es como si fuera parte de mí —nos paramos en una plaza cercana y nos sentamos en un banco.

—Es así desde que te conozco, se te ilumina la mirada cuando cantas. Eres feliz.

—Sí, es cierto —sonrió—, pero también es verdad que la música no es toda mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo sueños, como todos, como los tienes tú. Miro a Kate y a Luis y en el fondo me dan un poco de envidia.

—¿Por las peleas? —reí al recordar cómo estaban en ese momento.

—Con peleas o sin ellas, conocen el amor. Me gustaría hacerlo. ¿A ti no? —preguntó mirándome a los ojos.

Mierda, y yo qué le decía. Sí, Fran, pero yo ya conozco el amor, lo tengo enfrente, estoy hablando con él.

No, no podía hacer nada de eso. Y en el fondo me dolía imaginar que yo nunca fuera ese amor con el que él soñaba.

Cogí aire preparando la respuesta, cuando, antes de mirarlo a él de nuevo, miré al frente y me vi aparecer...

—Oh, mierda, Fran, ¡ayuda!

Grité antes de levantarme como alma que lleva el diablo y salir corriendo. Ni Forest Gump había corrido tan rápido en toda su vida, era como si tuviera un petardo en el trasero y le hubieran encendido la mecha. Corría y chillaba pidiendo ayuda.

Ni cuenta me di que acabé en la playa, corriendo por la arena, hasta que me tropecé y me di de bruces contra ella.

Me giré, quedándome tumbada boca arriba, quitándome la arena de la cara.

—Mierda —escupí varias veces.

—Dios, ¿estás bien? —preguntó Fran al llegar a mi lado, cayó de rodillas, apoyó las palmas de sus manos en ellas y luchaba para respirar.

—No, mierda —yo no sabía decir otra cosa.

—Joder, Carlota, me asustaste. ¿Qué demonios te pasó?

Muy digna yo, me puse de rodillas frente a él y coloqué los brazos estirados para mostrarle la medida que yo quería.

—Así —dije medio asfixiada—, así era la cucaracha que venía a devorarnos.

—La cucaracha... —repitió con la cara extrañada.

—Sí, ¡y no repitas su nombre!

Estaba completamente desquiciada, pero lo mío con esos seres era algo más que fobia, era pánico, era verlos y perder por completo la razón. Yo solo pensaba en huir, algo así como “Sálvese quien pueda”.

Y Fran, en vez de intentar calmarme, empezó a reírse a carcajadas. Se tumbó en la arena, con las manos en el estómago, sin poder parar.

Al principio lo miré malamente, por reírse de mí. Todos conocían mi pánico a esos seres horripilantes, pero al final me contagió la risa cuando me calmé y me tumbé a su lado.

—Cualquiera diría que viste a un Tiranosaurio —dijo entre risas.

—No te creas, por ese tamaño iba —suspiré.

—No cambias —seguía riendo.

—¿Eso es bueno o malo?

En ese momento me miró y se quedó observando mis ojos unos segundos.

—No lo sé —susurró sin dejar de mirarme.

Y empecé a ponerme nerviosa de nuevo, esa mirada no era como las demás, esa mirada me hacía pensar que...

Me levanté deprisa, rompiendo la magia o lo que fuera que estuviera pasando. Fran hizo lo mismo y caminamos hasta el Tropicana de nuevo.

Volvimos a unirnos a nuestros amigos, disfrutando un rato allí, tomándonos algo, hasta que encontramos a Jaime y nos marchamos al hotel, reventados.

La noche había dado mucho de sí y Fran...

Fran iba a acabar conmigo.

Capítulo 6

Me desperté y al girarme vi que no estaba Jaime, pensé que estaría en el baño, pero descubrí una nota en su almohada, así que me levante a cogerla.

“Me voy a pasar el día a la aventura, esta noche nos vemos aquí.”

Miré a Fran que se había despertado y le enseñé la nota. Sonreía mientras la leía.

—Ya sabes cómo es Jaime —decía sonriendo.

—Ya...

—Carlota, ¿te pasa algo?

—No, ¿por?

—Te veo diferente conmigo, no digo que peor, ni mucho menos, ni mejor ni peor, solo diferente —sonreía mientras me hablaba.

—No, solo que estamos en otro lugar, todo es diferente, estamos descubriendo esta isla, nuevas sensaciones, imagino que es por eso.

—No cuela —soltó una mirada penetrante mientras sonreía.

—No sé, no me pasa nada —dije intentando quitar hierro al asunto a la vez que me ruborizaba, me estaba poniendo muy nerviosa.

—Seguro que echas de menos a tu familia —dijo acercándose y abrazándome.

—¡Qué va! Ya tendré todo el tiempo del mundo para estar con ellos —dije mientras le correspondía a ese abrazo, que hubiese durando una eternidad.

—¿Sabes una cosa, Carlota?

—Dime...

—Eres una de las mujeres más increíbles que he conocido —dijo con una sonrisa mientras se levantaba y me daba un toque con su dedo en mi nariz.

Se fue al baño, me quede con una cara de idiota que no podía con ella, la mujer más increíble, eso me había dicho, y yo me preguntaba, si era la más increíble, ¿por qué no luchaba por mí? Buena cosa me había soltado, otro momento grabado para no olvidar.

Desayunamos los cuatros en el hotel, la charla fue en torno a la travesura de Jaime de irse solo a perderse por La Habana, casi nada,

extranjero solo en La Habana... solo de pensarlo me entraba la risa.

Decidimos coger dos coco taxis, era una moto con un semi-casco y un sillón para dos personas atrás, así que Kate y Luis se montaron en uno y Fran conmigo en otro.

Nos llevaron al cementerio de Colón, todo un museo al aire libre, hicimos un recorrido sin bajarnos de la moto y sacando fotos, Fran llevaba su mano apoyada en mi rodilla, yo rezaba por que no la quitase, ese contacto me hacía muy feliz.

Luego nos hicieron un recorrido por El vedado, un barrio de La Habana, un poco alejado de la Habana Vieja, luego nos dejaron en la plaza de La Catedral para tomar algo, escuchando música, lo mismo, mi Fran volvía a deleitarme cantando, fantasee por unos momentos.

—¡La madre que lo parió! —dijo Kate señalando a una mesa a lo lejos.

—¡Hostias! Jaime con la mulata que le gustaba —dije alucinando incrédula.

—La de Dios —respondió Luis mientras nos sentábamos en la mesa observando a lo lejos a él con la chica.

—Ya lo conocéis —dijo riendo Fran.

Me alegraba ver a Kate y Luis mejor, no es que hubiesen hecho las paces, pero al menos se dirigían la palabra, casi con ignorancia, pero se respondían, eso era un gran paso.

—Con la de historias que se cuentan de Cuba y míralo, Jaime quiere dejar una historia más grabada en esta isla —dijo Kate negando con la cabeza.

—Esta no será la única, conociéndolo —dije poniendo ojos en blanco.

—Bueno, Jaime en cada lugar que pisemos, dejará dos o tres víctimas de sus garras... —dijo Luis.

—Lo mismo que te gustaría a ti, ¿verdad? —preguntó con ironía Kate a Luis.

—Y ahora, ¿qué pinto yo?

—Vamos, Luis, no te hagas el santo, que no soy tonta —respondió de forma borde mi amiga.

—Bueno, tengamos el día en paz, no merece la pena perder el tiempo con malos rollos —intervino Fran.

—Él me ha provocado...

—Pues no le hagas caso —dije poniendo cara de ¡ya te vale!

—No pasa nada, estoy acostumbrado a sus cambios de humor
—maldito comentario de Luis que iba a ponerla de peor humor.

—Y yo a tus estupideces...

—Bueno, chicos, brindemos por esta isla —dijo Fran levantando el
mojito para calmar la tensión.

Jaime nos divisó de lejos, levantó su mano sonriente, ella también
sonreía, así que todos le respondimos de la misma manera.

Minutos después venía con ella y nos la presentaba, se llamaba Mirta y
era muy simpática, a no ser que se estuviera marcando el papel del siglo para
conseguir lo que quería de Jaime, vete tú a saber...

—Quería comentaros algo —dijo Luis mientras se sentaban con
nosotros y pedía al camarero otra ronda de mojitos.

—Sorpréndeme —dijo Fran sonriendo maléficamente.

—Como sabéis, mañana nos vamos a Varadero a pasar el resto de días
que nos queda en esta isla, pues veréis, seré claro, id vosotros, que ya me
incorporo yo en 3 días — dijo sonriendo de tal manera, dejando ver que se iba

a pasar 3 días con Mirta.

—Por mi como si te recogemos a la vuelta —dijo Luis a la vez que le guiñaba el ojo.

—Eso ya lo decido yo —respondió Jaime devolviéndole el guiño.

La chica apenas hablaba, solo se limitaba a sonreír tratando de ser de lo más amable.

Nos fuimos los seis a comer a un restaurante que nos recomendó Mirta, la verdad que dentro de las posibilidades culinarias que había en Cuba, ese restaurante era un acierto.

A Jaime se le veía en todo momento babeando y con numerosos gestos de cariño hacía ella, Fran, ese día, todo hay que decirlo, estaba muy atento y cariñoso conmigo.

Por la tarde nos fuimos todos al Malecón, después de pasear y tomar copas por la Habana Vieja, allí junto al mar se estaba de escándalo, había varios grupos con guitarras y cantando, habíamos comprado una botella de ron, hielo y refresco, así que nos dispusimos a tomar unas copas allí.

Kate y Luis volvían a estar en tensión y a mí todo eso me estaba creando demasiada ansiedad. Bastante tenía con mis problemas de enamorada quinceañera, para tener que estar soportando las estupideces de esos dos

tontos, al final acabé explotando.

—Si tan mal estáis, no sé para qué seguís juntos —dije bordemente cuando volvieron a tirar puyas el uno al otro.

—Vamos, Carlota, no digas eso —Fran, como siempre, el pacificador.

—Si es cierto, no sé qué os pasa —dije mirando a los otros dos—, pero estáis en completa tensión. ¿Os falta sexo o qué?

—Ya sabrás cómo nos sentimos contigo nosotros —dijo mi amiga sonriendo con malicia.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté mirándola con el ceño fruncido.

—Así es tu humor natural, eres una borde de primera, y a ti sí que te falta sexo, ¿tendrá eso algo que ver?

Kate, cuando quería, competía conmigo en ser la más borde, pero no iba a poder. Luis y Fran nos miraban a ambas, acostumbrados a nuestras batallas verbales. Ya estarían haciendo sus apuestas en sus cabezas.

—No te confundas, a mí me falta el hombre para tener sexo, no el sexo en sí —dije con las cejas enarcadas y mostrándoles mis dedos. Era vulgar, lo sabía, pero ella me buscaba la lengua.

—Será eso, porque el consolador... Espera, ¿cuántos has roto ya? ¿Tres? —preguntó la hija de Maléfica.

—Dos —dije levantando la cabeza—, eran de marca blanca.

En el fondo me estaba muriendo de la vergüenza, sobre todo porque a ver qué pensaba Fran de mí, no me atrevía ni a mirarlo de reojo, pero de que yo tenía la última palabra, la tenía.

—Ya sé qué regalarte por tu cumpleaños —sonrió mi amiga.

—No hace falta, tú preocúpate por tener tus orgasmos que de los míos me encargo yo.

Luis empezó a reírse a carcajadas y Fran escupió todo lo que tenía en la boca. El pobre se atragantó al escucharme.

Si es que era para matarme, podía mantener la boca cerrada, me veía más bonita pero no, la loca de Kate tenía que retarme.

Como mi amor no dejaba de toser, me acerqué a él y le di varias palmaditas en la espalda, se estaba poniendo verde.

—¿Mejor? —pregunté cuando dejó de toser.

—Sí... Oh, sí...

Al pobre le salió como un gemido, qué oportuno fue, no pude evitar reírme. Al final acabamos haciéndolo todos, nos entró un ataque de risa increíble.

Pero ese quejido me había puesto cardíaca. ¿Sería así como gemiría cuando...?

Para, Carlota, no pienses en eso ahora.

Me apoyé en la baranda y contemplé el mar, estaba completamente en calma. Unos minutos después, decidimos ir a cenar algo por ahí, pero los chicos se ofrecieron a traer algo rápido para comérselo sentados en la playa.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Kate al ponerse a mi lado mientras veíamos a los otros dos marcharse.

—Bien —dije sin querer explicarle mucho—, ¿cómo lo iba a llevar?

—Estás más nerviosa de lo normal, Carlota, creo que se te está yendo un poco de las manos el mantener esto en secreto.

—En secreto... —resoplé— Lo sabéis todos.

—Menos él.

—Sí, menos él. Es mejor así, que no se dé cuenta de nada.

—Yo creo que él siente algo por ti.

—Sabes que no es así —la miré a la cara.

—Siempre he pensado eso, y aquí te mira diferente —dijo encogiéndose de hombros.

—Claro, porque me vio desnuda —suspiré.

La cara de mi amiga era un poema.

—¿Desnuda?!

—Calla, loca, se va a enterar todo Cuba —le recriminé cuando chilló.

—Solo fue un segundo en el baño, no seas malpensada.

—Ah —sonrió—, ahora entiendo esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa que te echa a veces, como si quisiera comerte.

—Fran nunca me mira así —negué con la cabeza.

—Es un buen tío, de los mejores que conozco.

—El mejor —la interrumpí.

—El mejor, vale —rio—, pero tampoco ha tenido suerte con las tías. Y vuestra relación es...

—Como de hermanos.

—¿Quieres callarte, dejar de interrumpirme y dejarme hablar?
—preguntó exasperada.

—Está bien —me crucé de brazos.

—Tú eres diferente para él, y yo me juego el cuello a que siente algo por ti, pero quizás ni él se ha dado cuenta.

—La verdad es que yo no quiero pensar en nada de eso, bastante tengo con amarlo yo a él.

—Deberías ser sincera, decirle lo que sientes.

—¿Y que eso nos aleje? No, Kate, prefiero su amistad a poder perderlo por no saber controlarme.

—Pero eso te puede pasar factura, Carlota. No se puede amar en secreto, esas cosas acabarán afectándote.

—Quizás, pero me arriesgaré.

Sabía que mi amiga, en el fondo me entendía. No era fácil querer a alguien así y no poder decírselo. Y sobre que él sentía algo por mí... Eso tampoco estaba muy claro.

Era cierto que algunas veces me miraba de una manera diferente, como si me viera por primera vez, pero eso no significaba nada. Él no había mostrado nada hacia mí, y las cosas que me había dicho tampoco podía tomarlas como nada.

Fran era así, cariñoso, respetuoso. Pero sobre todo sincero. Si sentía algo alguna vez, me lo diría, ¿no? ¿O le pasaría como a mí?

En ese momento lo vi de lejos, acercándose a nosotras junto con Luis, traían una bolsa con comida y venían sonriendo.

Adoraba esa sonrisa, ver cómo disfrutaba de la vida, de los pequeños detalles. Adoraba todo de él y mi amiga tenía razón, todo eso me iba a pasar factura. Pero yo no podía perder a Fran, prefería tenerlo cerca, aunque nunca

estuviera conmigo.

Cuando estuvieron cerca, su mirada voló hacia la mía y esa medio sonrisa torcida apreció en sus labios. Era un diablillo a veces y eso me encantaba. Me guiñó un ojo y me sacó la lengua y yo reí tontamente.

—¿Lo ves, Carlota? Algo hay —susurró mi amiga antes de que ellos llegaran a nuestro lado.

Ignoré el comentario y los seguí para sentarnos en la playa a cenar. Iba más lenta que ellos, mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto, aunque yo intentara evitarlo.

Fran se paró y se giró para mirarme. Esperó hasta que llegué a su lado y me pasó el brazo por los hombros.

—Vamos, la noche nos espera .me guiñó de nuevo el ojo.

Y yo sonreí, dispuesta a disfrutar de su compañía y sin volver a pensar en nada que no fuera divertirme.

Capítulo 7

Desayunamos en el hotel y nos despedimos de Jaime. Nos pondría un mensaje el día que llegaría a Varadero, luego cogimos el taxi que habíamos contratados y salimos en dirección al hotel que habíamos reservado todo incluido. En ese rincón del Caribe, unos trayectos de dos horas nos separaban de ese paradisiaco lugar en el que pasaríamos los últimos días de estancia en esa isla.

Al llegar al hotel, nos dieron dos bungalós, uno junto al otro. El nuestra era para Fran, Jaime y para mí, pero, como no estaba nuestro amigo, sería por ahora para nosotros solos, aunque sabía que no pasaría nada, pero al menos vivía ilusionada, eso, como la esperanza, nunca se pierde.

Apenas eran las once de la mañana. El calor era insoportable. Nos fuimos los cuatro directos a la barra acuática de la piscina y allí nos pedimos unos cócteles, a la vez que estábamos en remojo, lo que pasa que la temperatura del agua en el Caribe, tanto en piscina como mar, es la del cuerpo, parecía que no refrescaba...

Kate y Luis estaban mucho mejor, recelosos aún con lo que pasó en la playa, pero parecía que habían hecho las paces. Ya eran más aguantables, algo que a Fran y a mí nos facilitaba las cosas, porque vaya momentos atrás habíamos pasado.

Lo que teníamos claro es que no teníamos ganas de malos rollos y habíamos viajado hasta el Caribe a pasarlo bien, a reafirmarnos como amigos. Yo me puse un bikini de leopardo.

Sé que no era mi estilo ni el de Fran, pero me apetecía mostrar mi lado provocativo y lujurioso. El problema vino cuando me metí en el agua y luego salí a tomar un poco el sol.

Kate se dio cuenta enseguida de que se me marcaba todo, porque la tela, al humedecerse, se transparentaba. Yo estaba tan feliz que ni me di cuenta, pero es cierto que pude observar que algunas miradas se clavaban en mí, bueno, en mí, no, sino en mis pechos y en mi culo. Estaba haciendo el ridículo completamente. Fue mi amiga la que me lo dijo.

—Carlota, ¿has perdido los papeles?

—Pero, ¿qué demonios pasa?

—Que estás enseñándolo todo, que eres el foco de atención de toda la piscina. Tu bikini se transparenta al mojarse. Pero... ¿en qué lencería te has comprado esto? Estoy pasando una vergüenza. Fran te está mirando con una cara.

—¡Dios mío! No me había dado cuenta. Quería impresionar a Fran y mira lo que ha pasado. No sé qué hacer. Si me voy al bungaló, se va dar cuenta de que he hecho el ridículo.

—No te preocupes, Carlota. Sécate y no te vuelvas a meter al agua y mañana cambia de bañador, por Dios te lo pido. Luis tampoco te quita ojo. Qué barbaridad. Pareces una cualquiera.

—No te pases más conmigo, Kate. Ya sé que lo he hecho fatal. No me imaginaba que el resultado iba a ser este.

—Pero, creo que te estás equivocando. Un bikini de leopardo no puede excitar a un tipo como Fran. ¿No te das cuenta de que él es un hombre sensible y sutil? Va a pensar que quieres impresionarlo y que, para hacerlo, en vez de ser tú misma, has querido convertirte en una mujer vulgar.

—Está bien. He aprendido la lección. No volverá a pasar. Pero solamente intentaba hacer que se fijara en mí. Lo que no esperaba es que el bikini fuese a transparentar mis atributos.

Me moría de la vergüenza al ver lo que había sucedido. Pensaba en Fran, en la mala impresión que se había llevado de mí. Es cierto que yo era una persona lanzada, pero nunca había sido una imprudente y una mujer temeraria. Había tratado de conocer mis límites y también mis posibilidades, pero estaba claro que la había cagado bien en esta ocasión al ponerme aquel bikini. Quiero que os pongáis en mi situación. No sabía cómo demonios conquistar a ese hombre, de llamar su atención, no como amiga, sino como una mujer que lo desea con avidez.

Hice caso a Kate. Me senté rápidamente en mi hamaca. No quería

formar parte de ese circo que se había montado en la piscina. Noté que Fran me miraba con cierta perplejidad. Hablaría con él después y le explicaría que había cometido un error, que no había sido mi intención ni mucho menos la de ...

Creo que me estaba precipitando. Yo era libre de ponerme lo que me daba la gana y él no tenía ninguna autoridad sobre mí para prohibirme nada. De nuevo, a causa de la ansiedad y el nerviosismo, volví a montarme mi película en la cabeza.

Luis reía. Seguramente, estaba encantado con verme de ese modo. Me enfadé un poco, no con ellos, sino conmigo misma.

—¿Parezco una prostituta, verdad?

—No digas eso, Carlota. Lo único que sucede es que el modelito es un tanto provocativo. A Jaime le habría encantado.

—No me digas eso. Ahora no intentes consolarme. La he cagado bien y delante de él.

—Creo que te estás obsesionando, Carlota, y Fran se va a dar cuenta.

—No sé qué quieres decirme exactamente.

—Lo que quiero decirte es que tienes que ser tú misma. No debes

exponerte desea forma, porque lo vas a asustar. Te vas a poner a la altura de otras mujeres que solo buscan en un hombre una noche de sexo y nada más. Si quieres un compromiso serio con Fran, no debes actuar así.

Las palabras de Kate sonaban a reprimenda. Ella tenía esa extraña habilidad para usar el sentido del humor como una forma de regañarme. Yo tenía mi carácter, pero ella, aunque fuera más paciente, no se cortaba ni un pelo si tenía que decirme las cosas a la cara.

—Oye, no sabía que tenías esos atributos, Carlota.

—Deja de reírte de mí. Estoy pasando una vergüenza. Solo tengo ganas de meterme bajo las sábanas y ponerme a llorar.

—No te quejes. Deberías estar orgullosa de esa delantera que tienes.

—No sé para qué me sirve. El hombre que me gusta no se fija en ella. Y, cuando decido ponerme un bikini, solo consigo hacer el ridículo.

—Oye, pues, hablando de atributos, a Fran se le ve muy bien dotado. Es cierto lo que cuentan por ahí, ¿verdad?

—Cállate de una vez, por favor. Me estás avergonzando aún más.

—Me encanta verte así. Me gusta tener el control sobre ti. Ahora eres un títere en mis manos, Carlota.

—No te pases. Que yo acabo pronto. Me encierro en la habitación y no me veis el pelo hasta que volvamos a casa.

—Solo estaba bromeando, Carlota.

Mi última intervención sonó a amenaza. Y Kate se limitó entonces a sonreír y a mirarme con una ternura maternal que hizo que me enfadara más y dejara de hablar por unos segundos. Me puse a mirar el reflejo de las aguas que temblaban.

—¿Quieres que le diga a Fran que te eche crema? —volvió a decir con sorna.

—Kate, para, por favor. Te lo estoy pidiendo, por favor.

—No lo digo en broma. ¿Has visto cómo llevas los hombros? Están rojos como un tomate. Esta noche no vas a poder estar en la cama.

Kate tenía razón. Ardían. El sol me estaba abrasando. Fran y Luis seguían charlando en la piscina. De vez en cuando Fran me miraba, pero ya no eran las miradas de complicidad que habíamos tenido días antes.

Yo me hundía en la tristeza por momentos y, junto al enfado que llevaba encima, puedo decir abiertamente que el día en la piscina estaba siendo un auténtico desastre para mí.

—No te preocupes, Carlota. Yo te aplicaré la crema.

—Te lo agradezco porque, tienes razón, empiezan a dolerme.

—Oye, ¿tú sabes algo de una tal Lina y una tal Sara?

—Ni idea. ¿Por qué? ¿Quiénes son? —preguntó Carlota extrañada.

—No lo sé. Las nombró Jaime. Parece que tienen relación con Fran. Pero mis dotes de espionaje no llegan tan lejos.

—Nos enteraremos tarde o temprano. Pero no debes preocuparte —dijo con tono relajado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo no veo por aquí a ninguna Lina ni a ninguna Sara. Solo veo a una tal Kate y a una tal Carlota. ¡Anda, pero si somos nosotras?

Cuando dijo aquello con su habitual tono sarcástico, yo me puse a reír. Tenía razón. Aquellas chicas que nombró Jaime tampoco debieron ser muy importantes en la vida de Fran, pues allí no estaban.

Era lógica pura. Aquel razonamiento me tranquilizó bastante. Respiré

aliviada. Cerré los ojos y respiré hondo. Conté hasta diez, como solía hacer en la peluquería cuando las clientas se proponían sacarme de quicio, y sentí la suave brisa sobre mis labios y mis párpados.

Era una sensación agradable, como si, en cualquier momento, fuese a flotar para alejarme del mundo, de la realidad. Pero no quería hacerlo sola, maldita sea, porque allí estaba Fran y quería que, en mi sueño, en mi vida, estuviera él junto a mí. Siempre me gustaba recordar aquella secuencia de Superman en que el superhéroe vuela con Louis Lane una noche sobre la ciudad de Metrópoli.

Aquella sensación de serenidad y de vértigo al mismo tiempo me resultaba agradable. Pero aquello no dejaba de ser la secuencia de una película y las películas solo existen en la imaginación de sus creadores y directores.

Mi vida no era precisamente un paseo en vuelo sobre una ciudad en mitad de la noche. Mi vida era patética, si a amor nos referimos, pero, en fin, esperaba que, después de mi incidente con el bikini, las aguas volvieran a su cauce y yo pudiera mirar con seguridad a los ojos hipnóticos y atrayentes de Fran.

Kate sacó de su bolso un bronceador nuevo. Intentó abrirlo a la primera, pero, como se le resistía, en vez de pedirme ayuda a mí o a los chicos, no se le ocurrió otra cosa que presionar en la base mientras lograba girar el tapón.

Medio bote de aquella crema fue a dar al borde de la piscina.

—No pasa nada, Carlota. Me traje un arsenal de bronceadores y de repelentes de insectos.

—Estás como una cabra. No sé cómo te dedicas a la docencia.

—Porque, para dedicarse a la docencia, hay que estar como una cabra. No hay quien aguante a los críos de hoy en día, a no ser que estés peor que ellos.

—A veces no te entiendo, Kate. Pareces mi madre y otras veces te pareces a mi vecina del quinto.

—¿Cómo es tu vecina del quinto? —preguntó ella intrigada.

—Es mejor que no lo sepas. La última vez que la traje un policía a su casa, después de una noche de borrachera, acabó enrollándose con el agente. Cualquiera día la veo en Gran Hermano o en el Festival de Eurovisión. Está llamada para el espectáculo.

—Madre mía, con qué gente te juntas.

Con delicadeza, Kate me aplicó la crema sobre los hombros. Me incorporé evitando que la toalla dejara al descubierto mis senos y mi braguita. Mientras sentía el alivio del frescor de aquella crema, una sombra nos tapó.

No es broma. Un tipo de dos metros que parecía sacado de una película de mafiosos rusos apareció ante nosotros con una sonrisa bobalicona. Nos entró un miedo que las dos tragamos saliva al mismo tiempo.

—Me ha parecido que una belleza como tú estaba sola dijo aquel gigante con una voz cavernosa que recordaba a los ogros de los cuentos infantiles.

—¿De qué estás hablando? —intervino enseguida Kate con cara de pocos amigos.

—No hablo contigo, gatita. Hablo con tu amiga, la del bikini de manchas de leopardo — rugió mientras fruncía las cejas.

—Creo que te estás equivocando. Será mejor que te marches.

—Vamos, no seas tímida. ¿Cobras en dólares o con tarjeta de crédito?

—Pero ... ¿Qué dices, gilipollas? —mi amiga estalló.

—¡Te repito que no te metas por en medio! Tu amiga tiene boca para hablar. Ahora no vengáis de mosquitas muertas. Estoy cansado de visitar estos complejos hoteleros por el mundo y sé cómo funcionan estos servicios —el tipo bramaba cada vez que abría la boca.

—¿Me estás llamando puta? —pregunté con un enfado monumental.

—Yo no he dicho esa palabra, pero ese bikini y tu forma de contonearte lo dicen todo, nena.

En aquel momento, me hundí. Me entraron unas tremendas ganas de llorar. El tipo se acercaba cada vez más a nosotras. Podíamos sentir el olor a alcohol de su aliento. Una de sus manazas agarró uno de mis brazos y, como si fuese una enorme tenaza, se cerró. Sentí un dolor agudo.

—¡¡Déjame, por favor!! ¡¡Estás loco!! —grité más que asustada.

— ¡¡Déjala, pedazo de buey!! —gritaba Kate también.

De repente, aparecieron Fran y Luis, y entonces temí lo peor. Temí que, en cualquier momento, aquel tipo los haría trizas con uno de sus puños que parecían cabezas de martillo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Fran envalentonado y con un tono severo.

Luis se quedó atrás, intentando vigilar, no fuera a ser que aquel tipo no estuviera solo.

—¡No te metas, imbécil! ¡Esta puta es mía!

Cuando yo escuché aquella frase, me sentí como un auténtico insecto, como un ser inútil, incapaz de salir de allí y de sobrevivir a aquella situación. Fran no aguantó que aquella bestia me insultara de aquella manera, así que lo empujó para alejarlo de mí. Fue inútil porque aquel tipo pesaba como un elefante.

—¿Qué vas a hacer, chulo de playa? ¿Vas a pegarme? —preguntó el abusón con un tono amenazante.

—Sí, voy a romperte esa cara de idiota que tienes —la voz de Fran sonaba segura y determinante.

El tipo soltó mi brazo y se dispuso a golpear a Fran. Luis, tembloroso, intentaba poner paz. Pero no había forma.

Finalmente, aquel canalla lanzó un primer puñetazo que Fran pudo esquivar con mucha suerte. Al zafarse, le propinó un golpe en la barriga a aquel mamut que se movió lo suficiente para que diera un paso atrás y pisara la crema que Kate había arrojado en el borde de la piscina.

Todo sucedió en un segundo. El tipo resbaló y cayó al agua. El estallido de risas y aplausos fue monumental. Kate recogió todo rápido y Fran me agarró por mi muñeca y me obligó a salir corriendo. Teníamos que huir. Mi toalla se quedó sobre la hamaca. Mi bikini ya se había secado.

Luis miraba a la piscina perplejo. El tipo se había hundido como una losa hasta el fondo y tardó varios segundos en salir. Por unos momentos, pensó

que se había ahogado, que se había quedado en el fondo de la piscina para siempre.

Pero no fue así. Salió como esos hipopótamos de los documentales televisivos, lentos, con los ojos fuera de sus órbitas, sin aliento. Luis salió corriendo entonces, cuando se aseguró que el tipo estaba vivo.

Yo temblaba de miedo todavía. Kate y Luis intentaban recuperar el aliento. Nos metimos dentro de nuestro bungalow y cerramos con llave. Estábamos seguros por fin. Fran me miró a los ojos y empezó a preguntarme.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que sí. Estoy un poco nerviosa, pero se me pasará, Fran. Necesito un poco de agua.

—Menudo imbécil —dijo Kate refiriéndose con odio al gigante que me había llamado prostituta.

—Se me pasará, Fran. No te preocupes.

Y entonces sucedió que me abrazó como quien necesita asegurarse de que está a salvo alguien a quien quiere mucho. Sentí el calor de su torso sobre el mío, su aliento salvaje sobre mi hombro y escuché el susurro de unas palabras sencillas y hermosas en mi oído.

Y entonces sucedió también que a mi cabeza vino la escena de Superman y Louis Lane sobre la ciudad, volando juntos, mirando a las estrellas, buscando el imprevisible futuro.

Capítulo 8

Aún estaba nerviosa por lo que había pasado. Decidimos los cuatro comer dentro del bungalow para evitar que coincidiéramos con aquel matón que me había llamado prostituta.

Estaba contenta porque Fran me había abrazado y yo había sentido que él estaba verdaderamente preocupado por mi estado físico. Cierto es que aquella mañana todo había sido un cúmulo de desgracias, empezando por mi bikini y terminando por aquel imbécil que pensaba que, con dinero y por la fuerza, todo se consigue en la vida. Esperaba que hubiera aprendido la lección aquel tipejo, pero, como temía, no iba a ser así.

Por el momento permanecemos allí y, después de comer, Fran y yo nos echamos en el sofá amplio que había en el salón. Luis y Kate, sin embargo, decidieron ir a dormir a la cama, aunque lo suyo no fue precisamente dormir.

Tengo que decir que no había probado bocado y, aunque aquel arroz y aquella carne con especias que nos trajeron del comedor del hotel, tenía una pinta excelente, yo tenía todavía un nudo en el estómago.

Lo que me preocupaba de verdad no era tanto mi estado físico, sino que lo que me producía ansiedad de verdad era pensar que Fran había arriesgado su vida por mí. Me parecía un gesto heroico, una hazaña, y eso hacía que aquel chico me gustase todavía más, pero pensaba, por momentos, lo que habría sucedido si no hubiera estado la crema bronceadora sobre el borde

de la piscina.

Quizá aquel tipo habría destrozado a Fran y luego a Luis. No podía quitarme esa idea de la cabeza. Fran se daba cuenta de que yo no estaba feliz y, cuando nos quedamos en el sofá, me pasó su brazo por los hombros para que me sintiera protegida.

—No te preocupes innecesariamente. Ya pasó todo. A veces te encuentras gilipollas en cualquier sitio.

—Ya, pero he temido por ti y por Luis.

—No ha pasado nada. En el peor de los casos, algunos muchachos que andaban por allí nos habrían separado.

—Pero aquel tipo era enorme. Podría haberte machacado — dije yo con temor.

—No seas tan exagerada. Todo habría quedado en un puñetazo y una bolsa de hielo en mi cara. La seguridad del hotel habría venido y habríamos acabado en comisaría. Ahora serénate. Vamos a poner un poco de música y nos quedamos tranquilos. Si quieres dormir, no lo dudes. Hazlo. Y, por mí, no te preocupes. Yo me encuentro bien, muy bien. Genial.

—¿Cómo que genial? — pregunté yo extrañada al verlo tan eufórico.

—Porque le he dado una lección a ese cabronazo. Nadie debe meterse con las mujeres.

—No te entiendo, Fran. Pareces un tipo sensible y tranquilo. No conocía esa faceta tuya de héroe consumado — repuse yo con sentido del humor.

—Tranquila, es una pose. Solamente quería hacerte reír.

Fran se acercó al equipo de música y buscó una emisora que a él le agradara. Encontró una cadena donde ponían temas latinoamericanos de gran éxito. Y se volvió a sentar a mi lado, buscando que mi cuerpo se refugiara en su regazo.

No era la primera vez que hacía eso. Éramos amigos y, más de una vez, nos habíamos quedado solos en casa de Luis y Kate, mientras ellos estaban afuera con Jaime. No era nada significativo para mí que él hiciera eso y que yo sintiera el peso de su brazo amable sobre mis hombros que aún me escocían a causa del sol.

La música sonaba y él comenzó a explicarme algunos aspectos técnicos de las melodías y los acordes. Yo no sabía nada de aquellos conceptos, pero me gustaba escucharlo. Me gustaba apreciar que su pasión hacia la música lo desbordaba y eso se hacía sentir rápidamente en su forma acelerada de hablar y en la emotividad de su tono, a la hora de enfatizar la importancia de algunos estribillos o algunos sonidos.

De repente, se calló y se levantó de nuevo. Mierda, me dije. ¿Por qué se va de mi lado?

Bajó el volumen del equipo y enseguida los escuchamos. Eran los gemidos de Kate al otro lado de la pared. Gemía como una loca. Luis y ella estaban haciendo el amor. Parecían dos animales en celo. Estaban frenéticos por la sonoridad de aquellos gemidos que, en ocasiones, se convertían en alaridos. Yo me sonrojé y Fran esbozó una leve sonrisa.

—Eso sí que es música de verdad. Eso sí que es música que proviene del amor y de la pasión, como los latidos de nuestros corazones.

—¿Qué estás diciendo? Están follando como dos locos.

—No me gusta esa palabra, Carlota. Nunca me ha gustado la palabra “follar”. Le quita importancia a un hecho tan hermoso como es demostrarle a otra persona que la deseas. ¿Nunca has escuchado latir tu corazón? Es la música más hermosa que conozco y hablo en serio.

Debo decir que yo babeaba al escuchar aquellas palabras. Aquel poeta me tenía hipnotizada. El creía que el sexo y el amor debían ir de la mano, que “follar”, palabra que no le gustaba en modo alguno, debía compenetrarse con el afecto y con el cariño. No quería hacerme de ilusiones.

Yo no quería ver por ahora en nuestra amistad una forma de aproximarnos al sexo. Si algo me decía la experiencia, es que a veces las desilusiones vienen acompañadas de falsas esperanzas. El hecho de que creas

en algo firmemente no significa que vaya a suceder. Mi negocio lo había mantenido a flote gracias al trabajo, al duro trabajo. La ilusión y la esperanza ayudan, pero no son todo.

No quería ver en aquellas palabras de Fran una invitación a que yo me relajara como si todo estuviera hecho, porque, tarde o temprano, lo iba a tener entre mis brazos, no como un amigo, sino como un amante. No, no iba a pasar por ese trance.

Dejaría que las cosas vinieran por sí solas. Le haría caso a Kate, intentaría ser yo misma y encontrar ese momento idóneo donde yo pudiera declararle a Fran todo lo que sentía.

Volvió a subir el volumen de la música, pero era inútil. Los gemidos seguían resonando por toda la casa.

—Están entregados —dijo él con admiración.

—No, no hace falta que lo jures. Yo me siento un poco intimidada —intervine con cierto rubor.

—A mí me gusta. No me entiendas mal. Lo que quiero decir es que me gusta escuchar esa pasión y, con la música que está sonando ahora, todo rebosa vida a nuestro alrededor. ¿No te das cuenta, Carlota?

Yo lo miraba con una cara que ya nada tenía que ver con la atracción,

sino más bien con la preocupación. Estaba ensimismado y yo podía comprenderlo hasta cierto punto, pero lo que no iba a compartir con él es que el polvazo de Kate y Luis era como una sinfonía de Mozart.

Yo tenía envidia sana y me estaban entrando unas ganas de echarme encima de Fran para comérmelo de arriba abajo y, sobre todo, después de cómo había salido en mi defensa en la piscina.

Pero me frené. Tenía que hacerlo. No iba a arriesgarlo todo por un mero calentón. Estaba fogosa. Me excitaba escuchar a Kate y a Luis. Menos mal que, a los veinte minutos, cesó aquella magnífica sinfonía y se hizo el silencio. Respiré aliviada y logré contenerme.

Cuando me di cuenta, Fran dormía y yo estaba a su lado, con su brazo sobre mis hombros, con una música de salsa de fondo. No estaba tan mal. Intenté cerrar los ojos e imaginar que me tocaba, que me acariciaba y me besaba lentamente.

En ese instante, en que yo estaba a punto de rozar sus labios con los míos en mi imaginación, me dormí.

Me desperté a las pocas horas en la cama. Alguien me había tomado en brazos y me había llevado hasta allí y ese alguien era ese Fran, que estaba frente a mí, sentado en una silla escribiendo notas en un cuaderno.

—¿Qué haces? —pregunté con extrañeza.

—Esperarte —contestó él secamente.

—¿Esperarme?

—No, “Esperarte” es el título de la canción que estoy componiendo. Te traje hace una hora aquí porque te quedaste dormida y, cuando yo me desperté, me dio pena verte en el sofá hecha un guiñapo. Por esa razón, te llevé hasta la cama. Me he quedado aquí componiendo.

—Ya veo, ya veo —repetí todavía somnolienta.

—Hemos quedado para salir con Luis y Kate —comentó él ilusionado.

—Ah, pero... ¿Quieren salir después del ejercicio que han hecho esta tarde? —añadí yo con una leve sonrisa.

—Eres un caso, Carlota. Se quieren, se aman, la sangre fluye por sus venas, la playa, el sol. No pueden evitarlo —dijo él alegremente.

Yo me decía a mí misma: “los mismos ingredientes tenemos nosotros y tú me has dejado en la cama a que durmiera la siesta. Vaya desperdicio de tiempo y de todo”. Creo que Fran estaba jugando conmigo. Aquella caballerosidad ocultaba algo. Me daban ganas de preguntarle por Lina y Susan, pero me iba a callar.

—No te vistas con ropa elegante. Ponte algo sencillo. No hace falta que ... bueno, tú me entiendes. Los chicos y yo queremos dar un paseo por la playa.

—Está bien, Fran. Me pondré un vestido de playa y unas sandalias. ¿Te parece bien?

—Claro, tú siempre vas bien —dijo él con una sonrisa reluciente.

No sabía cómo interpretar aquellas frases de Fran. Por un lado, sonaban claramente a reproche. Estaba claro que lo había asustado en la piscina con mi modelito de leopardo, pero, por otro lado, me alegraron mucho, pues de nuevo volvía a referirse a mi cuerpo, a la belleza de mi cuerpo. ¡Qué fácil es ilusionarse con tan poco cuando una está enamorada de esa forma!

Kate y Luis llegaron a las siete y media a nuestro bungalow. Cuando vi a mi amiga, intercambié unas palabras con ella.

—¿Te lo has pasado muy bien esta tarde, verdad?

—No sé a qué te refieres, Carlota.

—Por favor, no te hagas la tonta ni me tomes por tonta.

—Ah, ¿te refieres a lo que hemos hecho Luis y yo a la hora de la siesta?

—Verás, perdona, es que teníamos mucha tensión acumulada.

—Sí, no hace falta que lo jures. Los gemidos y los chillidos se han escuchado en toda la isla. ¡Menudo espectáculo!

—Espectáculo el que has dado tú esta mañana con el bikini de leopardo. Eso sí que era de vergüenza.

De repente, nos miramos las dos a la cara y nos pusimos a reírnos a carcajadas. Sabíamos dónde estaba el límite de nuestras bromas. Luis y Fran hablaban afanosamente sobre lo que había sucedido en la piscina.

Enseguida nos olvidamos del tema y salimos a pasear. Yo me puse un vestido blanco y unas sandalias que, al poco tiempo, llevé en la mano cuando pisamos la arena fina de una de aquellas playas que bordeaban el complejo hotelero. Había cierto aire seductor en aquel paseo, como si los cuatro visitáramos unas tierras vírgenes y estuviésemos ajenos al mundo real, a ese mundo de violencia, de prisas, de estrés... en el que, tarde o temprano, habríamos de sumirnos de nuevo cuando llegáramos a casa.

El mar azul se hundía con el cielo. Parecía que la claridad mortecina que anunciaba la noche bebía de aquellas aguas transparentes. El paseo estuvo lleno de sonrisas y breves anécdotas. Nos acordábamos de Jaime sin duda y también de aquellos ratos entrañables que habían definido nuestra infancia y nuestra juventud. Ya no volveríamos a aquellas épocas y a aquellas edades.

Varadero era un paraíso. Las olas mojaban mis pies y sentía que era un paraíso precisamente por el mero hecho de que estaba acompañada por Fran. El cielo se hundía en las aguas y otra vez las olas se encrespaban como una sinfonía. Eso es lo que me dijo de nuevo Fran, cuando se quedó quieto frente a las aguas y miramos al horizonte los cuatro. Había futuro. El océano nos decía a los cuatro que aún nos quedaba mucho por vivir juntos, que no existía un final ni un principio, que la naturaleza salvaje y hermosa de aquel lugar formaba parte de nosotros.

Por la noche fuimos al restaurante del hotel. Fran se dio cuenta de que me rugían las tripas. Es cierto. Tenía hambre. No había probado bocado a la hora de comer a causa del incidente de la piscina.

Ahora me sentía bien. Me embargaba ese sentimiento de compañerismo que Luis y Kate me proporcionaban constantemente. Sin embargo, con Fran era todo más misterioso, más enigmático, pues no sabía cómo actuar y desconocía si él tenía sentimientos de amor y afecto, más allá de la amistad, hacia mí.

Uno de los mayores consejos que me había dado mi padre fue que cada día es el último. Y no había otra forma de mirar a la vida que esa. Debía sentir que ese día en Varadero podía ser el último.

Reímos mucho y yo me dejé llevar por mi habitual naturalidad y espontaneidad, por mi forma de simpatizar con todo el mundo. Fran estuvo especialmente gracioso y nadie aludió a lo que había ocurrido en la piscina. Teníamos claro que la felicidad era el presente y que aquellos momentos no se

iban a repetir jamás.

Al principio de la conversación, estuve dándole vueltas a la cabeza. Ya sabéis que yo me vuelvo loca si me pongo a pensar, porque mis pensamientos enseguida se vuelven fantasías. Las fantasías suelen ser maravillosas o auténticas pesadillas. No podía borrar de mi mente la cara de aquel tipo y tampoco podía desprenderme del sentimiento de pérdida que estaba desarrollando en mi interior, al no saber con certeza si aquel viaje iba a darme la clave para hacer que Fran fuese mi pareja.

Miraba a Kate y a Luis, y los veía tan felices, tan entusiasmados con su relación, que yo sentía un poco de congoja. No sabía cómo digerir aquello, porque Fran y yo no éramos nada y parecía que allí sobrábamos. Porque, en Kate y en Luis, sí que era visible el amor, pero en nosotros solo era visible una especie de cariño que a mí me iba subyugando por momentos.

Todo iba genial hasta que llegaron los postres y vi cómo Kate y Luis hacían manitas por debajo de la mesa, cómo Kate y Luis se besaban apasionadamente cuando menos me lo esperaba.

Y, sin embargo, yo veía a Fran, sereno, tranquilo, contando chistes, riendo sin cesar, ensimismado en su mundo. Aquella velada que había empezado tan divertida había dejado de gustarme, así que me levanté de repente y me marché. No dije nada. No dije adiós. Fran me siguió y me preguntó varias veces qué me pasaba. Me dieron ganas de llamarlo idiota en aquel momento, pero no iba a caer en mi propia trampa, por lo que no le di ninguna explicación.

Me encerré en mi cuarto, una vez que entré al bungalow con mi llave. No sé qué pensarían Kate y Luis, pero estúpidos no eran. Y ellos sabían que estaba alterada, que necesitaba obtener una respuesta inmediata y definitiva de Fran.

Lloré esa noche. Lloré en silencio. Escuché a Fran rondar por la casa, como si estuviera nervioso. Tocó varias veces en mi puerta y yo le mentí, le dije que necesitaba estar sola, que necesitaba descansar. Kate me llamó a mi móvil, pero no lo cogí. La noche fue calurosa, pero yo no me di cuenta. Me limité a sudar y a soñar con Superman y Louis Lane.

Al día siguiente, desayunamos los cuatro en la terraza del bungalow de Luis y Kate. Yo estuve especialmente estúpida, así que los tres se limitaron a hablar entre ellos cuando les solté varias respuestas cortantes.

Aquella mañana no volvimos a la piscina. Nos fuimos directamente a la playa. Kate y yo nos quedamos debajo de la sombrilla, acostadas en una hamaca, mientras Luis y Fran se bañaban como dos adolescentes, pues se pusieron a jugar con un frisbi.

—¿Qué te pasa, Carlota?

—Que Fran no se da cuenta de que estamos haciendo el idiota. ¿No se ha dado cuenta todavía de que estoy enamorada? Lo quiero, Kate.

—Dale tiempo al tiempo. Yo tampoco lo entiendo. Estamos los cuatro solos, sin Jaime. Varadero es un auténtico paraíso y no sé a lo que está jugando Fran. A mí me tiene también muy despistada si te soy sincera, Carlota.

—Creo que voy a coger las maletas y a marcharme —dije yo como si sentenciara.

—No digas tonterías. No puedes hacer eso —su tono sonó amenazante.

—¿Por qué no puedo hacerlo? ¿No lo ves? Míralo. Ahí lo tienes tan feliz, jugando con Luis a lanzarse un puto disco de plástico.

—Te entiendo perfectamente. Te entiendo. Pero recuerda una cosa. Ante todo, somos tus amigos. Si te marchas, se romperá todo.

Me callé durante un rato y luego hablamos de otros temas, si bien el silencio fue, después de aquella conversación, nuestro único idioma. Comimos en un restaurante que estaba cerca de nuestro hotel y hablé muy poco.

Fran seguía en esa actitud ensimismada, pues solo hablaba de música y de futuros proyectos. Yo lo escuchaba con indiferencia, sin ganas de darle conversación. Parecía ajeno a mi enfado, a mis silencios significativos, a mis miradas sin brillo.

Por la tarde salimos a pasear por algunas zonas comerciales regresando a la playa cuando atardecía. Me reconfortaba aquel encuentro con

el crepúsculo que incendiaba de repente el mar, aquel espejo de luces y matices oscuros donde hervía la vida.

Por la noche, optamos por un restaurante de comida típicamente cubana y seguí en mis trece. Noté que Kate y Luis no estaban cómodos conmigo. Pero no estaba dispuesta a seguir haciendo la payasa, a seguir riendo por reír, a asentir ante las intervenciones de Fran.

Mi única manera de protestar sobre lo que estaba ocurriendo era con mis silencios y mis monosílabos. Todo estaba perdido. No había nada para hacer allí al lado de aquel ser frío y distante en que, poco a poco, se había ido convirtiendo Fran desde mi punto de vista.

Estaba desanimada y, aunque a veces, sentía que el incidente de la piscina podía ayudarme a cambiar de opinión. De nada servía.

No iba a hacer lo que había hecho la noche anterior. No iba a dejarlos plantados, sobre todo por respeto a Luis y a Kate, así que fuimos a una discoteca que estaba en un hotel, cerca de los bungalós donde estábamos alojados.

La música y unos cuantos mojitos me animaron un poco y noté que Fran se acercaba a mí con intención de gustar. Tuve la sensación de que se había dado cuenta de mi cambio de comportamiento. Pero yo estaba hundida. Lo miraba triste, apocada. Él intentaba aparentar que estaba feliz. Estuvimos bailando un rato. Muchas parejas de novios, como Kate y Luis, bailaban a

nuestro alrededor y se besaban apasionadamente. Yo no quería mirarlos, porque me sentía inferior y desgraciada.

Salimos afuera los cuatro. El cielo estaba estrellado. Había un techo oscuro donde las únicas luces que nos alumbraban eran las propias estrellas que sembraban aquel manto oscuro sobre la tierra. Fran se atrevió entonces a preguntarme.

—¿Qué te pasa, Carlota? Me tienes preocupado.

— No tienes por qué preocuparte de nada. Todo está bien.

—No, algo no va bien. Estás triste, como distante. No sé qué hacer para alegrarte.

En aquel momento, se me ocurrían diez mil posturas para trabajar en la cama con un chico como aquel, pero no iba a ser tan grosera de soltárselo allí mismo, así que me callé y me limité a responder diplomáticamente.

—¿Por qué estás tan distante?

—No me pasa nada, Fran. Echo de menos a mis padres. Es la primera vez que dejo la peluquería en manos de mis empleadas. Luego pasó lo de la piscina. Estoy un poco bloqueada. Se me pasará.

Intenté ser amable. Intenté no buscar el conflicto en aquella

conversación. Me daban ganas de confesar lo que yo sentía. Quizá ese era el momento y sí ese era el momento de decirle que lo quería y que me apetecía muchísimo que me hiciera el amor esa noche y todas las noches de mi vida. Y, cuando yo iba a abrir la boca, dispuesta a contárselo todo, apareció el matón de la piscina.

—¡¡¡Tú, maldito insecto, te voy a matar!!! —gritó desde la misma puerta de la discoteca.

—¡Sal corriendo! —me ordenó Fran.

—No voy a dejarte solo —contesté con voz temblorosa.

Miré hacia todos los lados y no vi a Luis ni a Kate. Habían desaparecido por arte de magia. Tampoco vi a nadie de seguridad. Estábamos perdidos. Aquel mastodonte venía hacia nosotros con el puño levantado. Parecía un misil.

Mi corazón palpitaba sin cesar y vi en la cara de Fran el horror, pero también intuí que tenía las agallas suficientes para quedarse allí y enfrentarse a aquel tanque alemán.

No le dio tiempo ni tuvo la más mínima oportunidad, porque Kate apareció por detrás de su figura gigantesca y, como una auténtica heroína, le dio con una botella de cerveza en toda la cabeza y el tipo cayó al suelo en un mar de cristales y espuma.

Salimos los cuatro corriendo. Recé para que nadie hubiera visto a Kate realizando aquella hazaña. Nos perdimos en la playa. Estaba todo oscuro y, como en los viejos tiempos, nos sentamos en la arena.

—Qué pena de cerveza —dijo Kate riendo.

—Hay que estar loca. Te has puesto en peligro —comentó Luis—. Pero, por algo te quiero.

—Sí, lo sé. Lo que tenía claro es que no iba a permitir que alguien agrediera a mis amigos —dijo ella con emoción en su voz.

—No. Le has echado un par de ovarios —comentó Fran todavía nervioso.

Los astros parpadeaban en el cielo y una estrella fugaz cruzó de repente aquella noche azulada.

—Pide un deseo, Kate —dije yo espontáneamente.

—Ya lo he pedido —contestó inmediatamente mirándome con picardía.

Yo sé qué deseo había pedido para mí. Me gustó que lo hubiera hecho. Yo comenzaba a estar más animada. Fran parecía estar más pendiente de mí

nuevamente. Se hizo un silencio y a Kate no se le ocurrió otra cosa que decir en voz alta.

—Si alguna vez tengo un hijo lo llamaré como su padre, Luis. Pero, si tengo dos hijas, que es mi verdadera ilusión, las llamaré Lina y Susan.

De repente, notamos que las caras de Luis y Fran se volvieron pálidas. Tragaron saliva y fingieron reír.

—¿Por qué esos nombres? —preguntó Fran con voz temblorosa.

—Me encantan. Son mis nombres favoritos desde siempre —contestó Kate alegre y convencida.

—A mí también me gustan mucho —intervine yo para seguir el juego.

Tras un silencio tenso, Fran comenzó a hablar de música y Luis de los negocios inmobiliarios. Aquellos nombres les habían tocado la fibra y se habían puesto muy nerviosos.

Estuvimos un largo rato en la playa mirando las estrellas y luego regresamos a los bungalós. Me metí en la cama con mi ropa interior y hablé un rato con Kate por el móvil. Comentábamos el efecto paralizador que habían tenido aquellos dos nombres, Susan y Lina. Pero no quisimos darle más importancia.

De nuevo, estaba sola. De nuevo, miraba por la ventana desde mi cama, como si pudiera leer algún mensaje de las estrellas. Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, noté un cuerpo. Era Fran. Sí. Era Fran.

—¿Puedo dormir en tu cama? —preguntó con temor.

—Claro, ¿sucede algo?

—No, no me pasa nada. Simplemente, quiero estar contigo, si no te importa.

—No, no me importa.

No dije nada más. Se acostó a mi lado y me abrazó con suavidad como si mi cuerpo fuese un cuerpo de arena que, en cualquier momento, pudiera deshacerse. Yo temblaba. Estaba emocionada. El deseo de Kate se había cumplido.

Al día siguiente, cuando desperté, Fran ya no estaba junto a mí. El rumor de las olas llegaba a mis oídos. Era nuestro tercer día en Varadero. Me levanté. Era tarde. Mis tres amigos estaban en la mesa esperándome para desayunar. Miento, debo decir mejor; mis dos amigos y Fran.

Me senté enseguida tras ponerme mi albornoz y no me atreví a mirar a los ojos a la persona que amaba. Sentía miedo, confusión, esperanza, deseo,

mariposas en el estómago.

El mar y la brisa nos abrazaban y yo me reía con cada cosa que Luis o Kate contaban. Era una mañana preciosa. De repente, llegó un mensaje a nuestros móviles. Era Jaime que nos confirmaba que al día siguiente regresaría. Yo me llevé una decepción, porque, aunque estimaba a Jaime, ya no podía estar a solas con Fran, con mi Fran, que no era otra cosa que mi deseo cumplido gracias a una estrella.

Capítulo 9

Tres días, eso era lo que nos quedaba en Varadero, pronto se acabaría todo. Tenía tristeza a veces, estábamos viviendo tantas cosas juntos que no quería que se acabara.

Sobre todo, con Fran... Tenerlo todo el día cerca, no separarme de él. Observarlo a mi antojo. Cada día sentía más y más por él.

Estábamos esa mañana en las tumbonas de la playa, con un mojito cada uno, cuando, de repente, apareció Jaime. Con su típico caminar chulesco y esa sonrisa de “A mí no me importa nada, yo soy feliz”.

—Vaya, vaya, ha habido tema, ¿no? —rio Luis cuando Jaime se sentó.

—Tema, sí, y qué tema —resopló Jaime.

Kate y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco, menudo fantasma estaba hecho, no cambiaba.

—Hubo tanto tema que vuelve solo —Kate siempre picando, pero me reí, había dado en el clavo.

—Encima que vengo para estar unos días con vosotros... Me podía haber quedado allí, disfrutando —dijo poniendo cara de tristeza.

Todos nos quedamos mirándolo, sin decir nada, solo observando. Él paseó su mirada por cada uno de nosotros hasta que, tras hacer un mohín con los labios, suspiró de nuevo.

—No os lo creéis, ¿no?

—Venga, tío, qué pasó —preguntó Fran cuando todos dejamos de reírnos, conocíamos a Jaime muy bien, a esas alturas no podía engañarnos.

—Nada, no pasó nada. Solo quería pasar un tiempo con vosotros —insistió el Casanova.

—¿Y tú dejaste a esa mujer por estar con nosotros? —la incredulidad en la voz de Luis era palpable.

—Te aburraste, ¿verdad? —pregunté yo. Y supe que di en el clavo por cómo me miró.

—Sí —resopló—, es una chica encantadora, el sexo genial, pero ella quería más y yo...

—Y tú saliste corriendo —terminó Fran por él.

—¿Y qué iba a hacer? Yo soy un alma libre, no quiero atarme a nada ni nadie —se justificó.

—Pues nada, sigue así —dije encogiéndome de hombros—, no hace daño a nadie —dije cuando vi cómo todos me miraban, recriminándome.

—El problema será que —empezó Luis— cuando llegue la tía correcta, no va a ser como él la espera. Será todo lo contrario, pero lo tendrá tan cogido por...

—Las pelotas —interrumpió Fran. Ese día le había dado por interrumpir a la gente. Le di un codazo para que se callara y por su lenguaje y me sacó la lengua.

—Eso —Luis le hizo un guiño, ignorando que lo había cortado—. Que será ella la que juegue con él.

—¿Es eso lo que te pasó a ti? —preguntó Kate, ya iba a buscarle la lengua a su novio.

—Sí, él no tuvo otra opción —dije sin pensar—. Quiero decir, que desde siempre fuiste tú —intenté arreglarlo ante la mirada asesina de mi amiga.

—Ten cuidado, Carlota, que tú aún estás soltera —atacó esta, ¿tenía ganas de batalla verbal?

— ¿Y? —pregunté curiosa.

—No vayas a ser tú la que se enamore locamente de alguien y te toque luchar contra él mismo...

¡Mierda!, ahí me había pillado, y lo peor es que el comentario, aunque sabía que no lo había hecho con maldad, me había dolido. Y vi que ella se dio cuenta al mirar mis ojos. Sin decir nada, me levanté, me coloqué el pareo y me fui a caminar por la orilla.

Kate estuvo a mi lado en cuestión de segundos.

—Lo siento, Carlota, no quise lastimarte.

—Lo sé, no te preocupes, pero en el fondo tienes razón.

—No, no la tengo. Metí la pata, pero no es eso lo que ocurre con vosotros.

—¿Ah, no? Claro que no lo es, porque yo ni siquiera tengo que luchar contra sus sentimientos.

—No seas tonta, no dije eso —me agarró de la mano y me hizo mirarla—, él siente algo por ti, solo tiene que verlo.

—Sabes que no creo eso.

—Confía en mí, no suelo equivocarme. Y por favor, no te enfades por

lo que dije —puso cara de pena.

—Nunca —le di un beso en la mejilla—, ¿pero te importa si camino sola?

—¿Estás bien de verdad? —me preguntó preocupada.

—Sí —le guiñé un ojo y seguí caminando.

No estaba dolida con ella, nuestras batallas verbales eran un juego, estaba enfadada conmigo misma, porque cada día estaba más enamorada de Fran y ya no sabía cuánto tiempo más iba a aguantarlo.

Me senté en la orilla, dejando que las olas mojaran mis pies, disfrutando de ese momento que de repente necesitaba, de estar sola, pensando, manteniendo a raya mis sentimientos.

Cerré los ojos cuando noté cómo alguien se sentaba detrás de mí, dejándome entre sus piernas abiertas, abrazándome por detrás. Sabía de más quién era...

—¿Estás bien? —su voz en mi oído, alterando mis sentidos.

—Sí, solo quería estar sola.

—No me gusta verte triste y no me gustó lo que te dijo Kate.

—Solo estaba bromeando, no me dolió eso —contesté, pero tampoco podía explicarle.

—¿Estás enamorada de alguien, Carlota?

No me esperaba esa pregunta y sé que notó cómo mi cuerpo se tensó. Me daban ganas de chillarle que era él, que cómo no se daba cuenta, si a ese paso solo me hacía falta llevar un cartel de neón en la frente.

Me giré, quedando sobre mis rodillas, aún entre sus piernas abiertas.

—No puedes preguntarme algo así —intenté bromear para quitarle hierro al asunto, estaba más que nerviosa.

—¿Por qué no? Somos amigos.

—A una chica no se le preguntan esas cosas.

Me levanté y comencé a caminar en dirección a mis amigos.

—Pues no entiendo por qué no, me gusta que confíes en mí —insistió. Si es que a veces...

—Pero no sobre eso, Fran, es un poco extraño —a ver si así lo

entendía—. ¿Me cuentas tú de las mujeres con las que te acuestas?

—Touché —sonrió—. Pero quizás te podías llevar una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —ya me había picado la curiosidad.

—Siempre tan curiosa —me pasó el brazo por los hombros y empezó a tirar de mí para dentro del agua.

—Ah, no —intenté recular cuando vi que iba a tirarme al agua.

Pero ya era tarde, antes de que pudiera salir corriendo, me cogió en peso, me puso en su hombro y nos metió a los dos dentro del mar.

Salí a la superficie para escupir toda el agua que había tragado y él volvió a hundirme, empezaba a jugar y yo no iba a quedarme atrás.

Minutos después, todos nuestros amigos estaban con nosotros, las risas resonando por toda la playa, aquello era una locura.

Esa noche salimos de fiesta, si podíamos llamarle así. El Hotel ofrecía otro de sus espectáculos en la playa y estábamos dispuestos a aprovechar cada minuto que nos quedara en aquel paradisíaco lugar.

No paramos de beber, de cantar y de bailar. Jaime había desaparecido de nuestra vista, seguro que con alguna se estaría divirtiendo. Quedábamos...

Fruncí el ceño cuando miré a mi alrededor. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿O dónde demonios estaba yo? Mierda, ¿me había perdido? Si ya lo decía mi madre, no se me podía dejar sola...

Pues nada, me senté en la orilla y seguí bebiendo. Total, ya de perdidos, al río. Más borracha no podía estar ya. La playa no estaba muy iluminada en esa zona, pero tampoco me importaba. En ese momento, era una temeraria.

Temor que se me fue cuando vi una silueta oscura a lo lejos. Casi se me sale el corazón por la boca al ver que cada vez estaba más cerca, más enorme, eso no era un simple hombre, era un armario empotrado.

Miré a todos lados, a ver si veía a alguien, pero no, no había nadie por ahí. Pensé rápidamente en mis opciones: chillar, salir corriendo...

Hice lo más normal, tiré la copa a la arena y corrí, sí, solo que hasta el mar. Así me violaba cualquiera, si es que lo mío no era normal. Pero estaba borracha, no se me podía exigir pensar mucho.

Cuando algo agarró mi pie y tiró de mí, creía que me moría. Sombras, bichos, ¿iban todos a por mí o qué?

Pataleé. Pegué. Casi me ahogué. Hice de todo, pero no era capaz de soltarme de ese agarre.

—Shh... Tranquila, soy yo —dijeron en mi oído.

—¿Fran? —pregunté aliviada— ¿Eres idiota? Casi me da un infarto.

—Me asustaste cuando te vi correr hacia el agua.

Me giré para darle la cara, aunque no lo viera mucho.

—Me perdí —reconocí.

—No sé qué voy a hacer contigo —suspiró—, tengo que estar todo el día pendiente a que no te pase nada.

—Eso no es cierto —me quejé.

—Un poco más y apareces en la otra parte del océano. Venga, vamos para el hotel, se acabó la fiesta.

—¿Y los demás?

—Que se vayan cuando quieran —tiró de mí, su tono de voz me decía que no iba a aceptar una negativa por mí parte.

Así que callé mi boca y lo seguí hasta afuera. Llegamos al hotel empapados. Entré en el baño, para secarme bien y salí con el pijama puesto. Fran, estaba sin camiseta, mirando Por la ventana. En silencio, contemplando la noche

Me acerqué a él cuando lo escuché cantar en voz baja. Me puse a su lado, disfrutando de su voz. Me encantaba oírlo, me hacía sentir tan bien...

—Eres el mejor —dije cuando acabó.

—Eso es porque eres mi amiga —me dio con su hombro, bromeando.

—No, Fran, en serio —me giré y lo miré—, eres muy bueno.

Pero Fran no dijo nada, solo se limitó a mirarme, de esa forma en la que me ponía nerviosa. Se acercó un poco más a mí. ¿Iba a besarme?

Cuando noté sus labios rozando los míos, casi muero de placer.

Pero fue nada, un instante. Nos separamos como si quemáramos, la vergüenza en ambos. Sin decir nada, me fui a la cama y él hizo lo mismo. Seguro que al día siguiente todo se olvidaría, había sido la borrachera.

Pero los dos días que nos quedaban allí, yo no había olvidado el beso, o casi beso, como yo lo llamaba. Y sabía que Fran tampoco.

Estábamos un poco extraños, nerviosos cuando estábamos cerca. Los chicos notaron algo. Kate me preguntó, pero le dije que eran imaginaciones suyas. Menos mal que la tontería duró poco y Fran y yo volvimos a comportarnos con naturalidad.

Pero mis amigos empezaron a bromear sobre nosotros. Sobre todo, Jaime, quien no dejaba de tirar indirectas cada vez que había algún gesto de complicidad entre Fran y yo.

Hasta que una de las veces le tiré por encima uno de los mojitos, tan desquiciada me tenía ya, y ya no volvió a sacar el tema en lo que quedaba de viaje. Eso sí, tragué más agua que en toda mi vida. Como me viera cerca de la piscina, me empujaba para que cayera.

Y después iba él, venganza que yo le agradecía a Fran. Lo empujaba él para que acabara en la piscina como yo, una de las veces, Fran lo empujó y tuvo la mala suerte de caer al agua con él. Las risas de Jaime llegaron a todo el continente.

Pero todo era sin maldad, éramos así, nos encantaba bromear y jugar entre nosotros.

La última noche en Varadero la pasamos de relax, mirando las fotos que nos habíamos hecho, riendo por todo lo que habíamos vivido allí en tan pocos días.

Estábamos todos en el bungalow de Kate y Luis, ya habíamos cenado y nos tomábamos una copa de vino cuando la conversación empezó con nostalgia, y extrañamente fue Jaime quien comenzó.

—Me da pena pensar que todo esto se acabe —dijo de repente. Todos nos quedamos en silencio, con nostalgia.

—Solo se termina una parte, aún nos queda tiempo de vacaciones, esta es la primera etapa —dije.

—Lo sé, pero cada etapa es como algo que cerramos, no sé si me entendéis —insistió él.

—Te noto triste, Jaime —dijo Kate al mirar a nuestro amigo.

—No es eso —sonrió de medio lado—, solo que el tiempo se pasa muy deprisa, a veces me gustaría pasarlo.

—Pero tenemos que volver a la realidad —dijo Luis.

—La realidad a veces es mierda —el comentario de Jaime nos dejó intrigados.

—Deja el vino —Fran le quitó la copa de la mano—, te está afectando. La realidad es lo que es. Y ahora no es momento de pensar en nada, solo en disfrutar, este viaje está siendo más que perfecto, eso es lo único que importa.

Todos levantamos la copa, menos Jaime, que ya no la tenía, y brindamos por las palabras de Fran, prometiendo que, algún día, todos juntos, volveríamos.

Capítulo 10

Desperté, avisé a los chicos, ya teníamos las mochilas preparadas, así que bajamos a darnos un buen desayuno antes de partir al aeropuerto con destino a nuestro próximo destino, Perú.

Ese lugar lo había escogido Fran, quería hacer un circuito desde Lima a Machu Picchu, pasando por Cusco.

Terminamos de desayunar, estábamos zombis ya que nos habíamos metido tremendo madrugón, así que luego a desayunar nos fuimos a por las mochilas y directos a fuera, donde estaba esperándonos el taxista contratado para el traslado al aeropuerto.

Una vez en el avión, nos echamos todos a dormir, 5 horas de vuelo nos separaban con Lima.

Dormimos todos los vuelos, increíble pero cierto, cuando nos dimos cuenta, la azafata pedía que nos inclináramos y nos abrochásemos que íbamos a aterrizar en el aeropuerto internacional de Lima.

Solo bajar nos llamó la atención los peruanos, diferentes totalmente a la sangre cubana, estos eran más pausados, hablaban con mucho cariño y respeto, unos carteles con nuestros nombres nos recibían para trasladarnos a nuestro hotel en la ciudad.

Estaba situado cerca del caso histórico de la ciudad, así que dejamos las cosas en la habitación y salimos a pasear y a cenar por aquel lugar.

Al entrar al caso histórico me impresionó mucho, entendí que fuese declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad, lleno de iglesias, casonas con balcones, sitios arqueológicos, eran algunas de las cosas que ofrecía aquel sitio, era impresionante la limpieza que había en las calles y lo cuidado que estaban los edificios.

Cenamos en un lugar muy típico de allí y nos fuimos a dormir, estábamos reventados, al día siguiente disfrutaríamos al máximo de aquel lugar.

Desperté deseando perderme por aquel lugar, Fran me sonrió se le veía especialmente feliz.

—Buenos días, Carlota —decía tumbado boca arriba desde su cama, yo estaba en la contigua y Jaime roncando en la del fondo.

—Buenos días, musiquito... —le saqué la lengua.

—Algún día me llamarás artista —guiñó su ojo.

—No lo dudo, Fran —me puse sensible.

—Ven —señaló a su cama, me sonrojé, pero fui y me tumbé a su lado mientras él me abrazaba, él era así de cariñoso.

—¿Qué te pasa? ¿Te has levantado sensible? —pregunté avergonzada bromeando.

—He soñado contigo...

—¿Bueno o malo? —pregunté preocupada por no haber sido la causante de una de sus pesadillas.

—Bueno, según cómo se mire, no lo vi mal, estaba felizmente casado a tu lado, teníamos un bebé que jugaba sobre una manta en el jardín de nuestra casa y tú eras muy cariñosa conmigo —me guiñó el ojo, lo que me faltaba para terminarme de desmayar.

—¿¿¿Yo casada??? ¿Contigo? ¿Un hijo? ¿Estás seguro que era yo la del sueño? —Pregunté como haciéndome la extrañada, ya quisiera yo que aquello fuera verdad...

—Sí, tú —decía mientras acariciaba mi pelo y me tenía tirada en su pecho, eso que no me importaba devorar, ese que soñaba con perderme en él.

—Entonces eso sería una pesadilla...

—Estás fatal, Carlota, el sueño era de lo más bonito, me sentí muy bien

en ese entorno, contigo y nuestro bebé... —sacó la lengua mordiéndola, sonriendo.

—Buenos días, energúmenos —dijo Jaime desde el fondo, despertando de su placido sueño.

—Buenos días, Jaime —respondió Fran sonriendo sin dejar de tocar mi pelo.

—Yo paso de saludar, me has llamado energúmena —dije bromeando.

—Ven aquí, que te voy a dar más mimos que ese...

—No, gracias, me fío más de Fran —le saqué la lengua.

—Me parece a mí que ustedes están en mi contra ...

—Sí, debe ser eso —respondió Fran.

Nos levantamos y fuimos a la habitación de Kate, estaban ya vestidos, así que salimos a perdernos por Lima, queríamos disfrutar de esa ciudad y todo lo que ofrecía, al día siguiente empezaría nuestra expedición.

Nos sentamos a desayunar en una terraza del casco histórico de Lima, nos trajeron de todos, un completo, Yuquitas, empanada rellena de carne, pan francés con mermelada, mantequilla, queso o aguacate, para poner lo que

quisiéramos, además de salchichas, huevos y unas cosas más.

—Después de esto nos vamos a tener que ir a correr —dijo Fran alucinando por tal cantidad de comida.

Kate y yo nos reímos, lo habíamos tomado por donde no era, se refería a hacer deporte, pero nosotras nos fuimos por la otra rama.

—Sí, estoy de acuerdo, Fran, ahora nos vamos a correr —dije llorando de la risa.

—¡Qué mal pensadas sois las mujeres! —dijo Fran riendo también.

—Fran, creo que la tienes a huevo —ya habló el mete patas de Jaime.

—No creo ...

—Bueno, ahora resulta que tú —dije señalando a Jaime—. Vas a saber qué se pone a huevo o no...

—Pero mírate, se te ha caído la baba —volvió a meter la pata.

—¿Se te cae la baba conmigo, Carlota? —preguntó sonriendo y con curiosidad, cosa que me extraño.

—¿Tú crees eso? —pregunté cambiando mi semblante a serio.

—No, para nada... —le cambió el rostro como a triste, cosa que me dejó impactada.

—¿¿¿Que no??? Fran, vives en otro mundo, tío —volvió a intervenir Jaime.

—Y tú estás metiéndote donde no te llaman —soltó Kate en mi defensa.

—Bueno, por dios, que no iba a ser la primera ni la última que fuera detrás de Fran —seguía Jaime en plan bocazas.

—Ella no es una más —dijo Fran levantando la cabeza bajo mi asombro.

—Nada, eso es, tenéis una tensión amorosa que espero que se os pase rápido.

—Desde luego, Jaime, qué bocazas eres —condené.

—Pero, ¿por qué no reconocéis que os gustáis? —volvió a pinchar Jaime.

—Te voy a decir una cosa, Jaime, lo que yo y ella queramos hacer es

nuestro problema, no el tuyo, te lo digo desde el cariño, para mí, ella es mucho más que cualquier chica que conozca de poco, ella es nuestra Carlota, una mujer preciosa y sobre todo con unos valores increíbles, no me pienso tirar a su cuello y destrozar algo tan bonito como esta amistad de años, si ella hubiese querido conmigo algo, ya me lo hubiese planteado, pero la voy a respetar, así que no seas bocazas.

Me quedé muerta con lo que había dicho, ahora sí que no entendía nada, ¿Le gustaba? ¿Me veía como una amiga? ¿Quería algo, pero no se arriesgaba? ¡Qué mal! Eso me iba a dejar mucho peor.

—Venga, Fran, que estás deseando... —volvió a entrometerse Jaime.

—Bueno, chicos, eso es cosa de dos, así que dejemos el tema —dijo Kate.

—Qué va, es cosa de cinco, somos un paquete —rio Jaime.

El desayuno fue todo el tiempo sobre Fran y sobre mí, veía que me miraba para ver que contestaría, pero yo pasaba de meter la pata, lo que estaba claro es que me moría por Fran...

El desayuno fue de lo más divertido y tenso, una mezcla de las dos cosas, un no sueltes, pero suelta y veremos qué pasa.

De allí nos fuimos a pasear, de repente iban delante Luis, Kate y Jaime,

atrás Fran y yo, me echó la mano por encima de mi hombro.

—No le hagas caso a Fran, ya sabes que es muy payasote.

—Ya sé, no te preocupes, estoy bien.

—Eres un sol, Carlota, que sepas que te quiero mucho —dijo mientras me apretaba contra él y besaba mi mejilla, en ese momento se me hizo un nudo en la garganta y solté la tensión acumulada en estos años, empecé a llorar intentándolo evitar, pero fue imposible.

—Eh... ¿Qué te pasa? —se paró y me puso frente a él.

—Nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate parándose a lo lejos.

—Nada, seguid chicos, ahora os alcanzamos en la plaza aquella —dijo señalando al fondo.

—Dime qué te pasa, Carlota. ¿Hay algo que te preocupe para que te hayas puesto así?

—Nada, Fran, será un mal día, me he puesto triste —dije mientras su mano sujetaba mis mejillas cariñosamente y me besaba la frente.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dime... —me acojoné de pensar que me podría preguntar.

—¿Sientes algo por mí más allá de una amistad? —su pregunta me dejó a cuadros.

—¿Por qué dices eso?

—Quiero saberlo, ¿lo sientes?

—No sirve de nada lo que yo te responda, Fran —dije con el corazón encogido sin dejar de llorar.

—¿Puedes responderme, por favor?

—Fran, es que...

—Carlota, ¿sientes algo por mí? —volvió a insistir.

—Sí... —en ese momento me puse a llorar más todavía, como una niña tonta —el me apretó fuerte contra su pecho y me dio un beso en la coronilla de mi cabeza.

—Ya hablaremos, no te quiero volver a ver llorar, no te quiero ver mal, solo quiero decirte que algo me intuía, por eso nunca aparecí con ninguna chica, ni hice delante de ti nada que pudiese dañarte, yo también siento algo muy fuerte por ti, me da miedo porque somos amigos de toda la vida... —decía mientras me abrazaba fuertemente.

En ese momento, me agarró las mejillas con sus manos y me dio un fuerte beso en los labios, luego me agarró de la mano y me llevó hacia la plaza, donde nos esperaban nuestros amigos, yo iba muda, era incapaz de hablar, ese beso me había dejado en otra dimensión, lo que me faltaba para seguir fantaseando, pero bueno, eso no significaba que fuéramos novios ni que me hubiese pedido un compromiso, pero me hizo feliz y allí iba de su mano, como una quinceañera que está bebiendo los vientos por su chico.

Nos vieron aparecer agarrados, ni se inmutaron, estaban acostumbrados a las muestras de cariño de Fran, era un tipo muy dulce, aunque lo que no sabían es que ese hombre me había dado el beso más bonito que jamás me habían dado.

Paseamos un buen rato los cinco, nos hicimos mogollón de fotos en los lugares más emblemáticos de aquella ciudad, Fran se ponía siempre tirándome un beso en la mejilla o abrazado a mí, yo no podía dejar de sentir cosquilleos en mi barriga, no podía dejar de sentirme un poco más afortunada, estaba claro que él era la única persona que me hacía feliz en este mundo y sobre todo la que llevaba amando en silencio mucho tiempo. ¿Y ahora qué pasaría? ¿Iría más allá? ¿Se quedaría solo en un beso y una confesión? Ya volvía a ponerme paranoica.

Pasamos un precioso día en aquella ciudad, ya que era todo un derroche de tradición y cultura, se notaba por todos los rincones, cosa que me encantaba, disfrutaba mucho viendo cómo todo fluía de diferente manera, es más, estaba encantada con haber sentido ese beso, esas manos sobre mis mejillas impulsándome hacía él.

Llegamos agotados al hotel, al día siguiente nos esperaba nuestra salida hacia esa expedición, como le llamaba Jaime, queríamos ver esas maravillas de las que miles de veces había escuchado hablar o visto en documentales.

Me metí en la cama, estaba cansada, de repente vino Fran y me pidió que me echase un poco hacia dentro, se metió conmigo, me abrazó y nos quedamos dormidos, yo estaba flipando, sabía que esta vez no venía como amigo, necesitaba dormir conmigo, yo también lo necesitaba.

Capítulo 11

Salimos temprano hacia el aeropuerto de Lima, de allí volaríamos hacia Cusco.

Llegamos a ese lugar, nos recogieron y nos llevaron al hotel, durante el trayecto en coche, Fran iba jugueteando con mis manos, acariciándolas, de forma cómplice.

Dejamos en el hotel las cosas y nos fuimos a descubrir un poco aquel lugar.

Hay cosas que me llamó mucho la atención durante el recorrido como los cientos de calles empedradas con historias por contar, los mercados de artesanías, la piedra de los doce ángulos, la gran catedral y varias de las iglesias que se cruzarán en tu camino.

Nos dirigimos al mercado de San Antonio, uno de los lugares más variados y exóticos en cuanto a comidas y productos regionales. Hojas de coca frescas, cacao puro, café de la mejor calidad, jugos de frutas y platos típicos son solo algunas de las cosas que encontrarás. Ideal para llenarte de provisiones si quieres ahorrar dinero.

Kate y yo nos compramos algunas cosas de recuerdo, no queríamos comprar mucho ya que el viaje era largo, dos meses y teníamos que pensar en la vuelta y los traslados de no ir muy cargadas.

Fran me compró una pulsera que había hecho una niña, de hilo, de colores muy vivos, me la ató en la mano y me dijo que no me la quitase nunca hasta que se partiese o la perdiera, eso me hizo mucha ilusión, era como una promesa y allí estaba yo feliz, con la pulsera en mano.

Luego nos fuimos a probar la comida callejera, en especial el Antichuchos, que son un platillo típico que identificarás por el aroma a parrilla en las calles, luego probamos el famoso Adobo, es otro platillo a base de cerdo que se consume en Cusco. Patasca es una sopa serrana muy deliciosa, que se encuentra mayormente en mercados populares.

Probamos todo lo que nos ponían por delante, la verdad que no hacíamos asco a nada.

Por la tarde fuimos al hotel, esa noche teníamos ganas de salir, así que descansamos un rato, Jaime se quedó abajo del hotel tomando algo, Fran y yo nos metimos en la habitación y nos echamos un rato abrazados.

—Este viaje no se nos va a olvidar nunca —dijo Fran.

—Está claro, por supuesto que no.

Así, sin más, nos quedamos durmiendo un rato abrazados, hasta que subió Jaime y con todo su poco tacto, nos despertó haciendo mucho ruido. Eran las nueve, así que avisamos a Kate y Luis para salir a cenar y tomar algo.

Cuzco ofrece discotecas y clubs de toda categoría y con distintos estilos musicales frecuentadas por turistas de todo el mundo. Así que nos fuimos de copas por varios de esos lugares, terminamos todos con un vacilón impresionante, Fran me llevó en su espalda al hotel, cantando y yo iba como cual quinceañera que está enamorada de ese hombre que la cargaba y cantaba.

Al llegar al hotel Jaime se fue a la cama del rincón y yo me metí en la de Fran, más que nada porque me jaló para que me metiese en ella.

—Tienes algo, Carlota, eres especial —dijo mientras me tiraba abrazada en su pecho.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo siento, siempre lo sentí, eres de esas mujeres que brillan con luz propia.

—No creo que así sea, nadie me quiere...

—¿Por qué dices tú ahora eso?

—Mírame, mañana cumplo 28 años y aún estoy sin pareja, nada me fue bien en el amor.

—El amor llega cuando menos lo esperas, Carlota, quizás en cualquier

momento lo puedas rozar —decía mientras acariciaba mi pelo.

Y tanto que lo rozaba, pero no llegaba a más allá que a eso.

—Pues nada, lo seguiré esperando —bromeé por no decirle algo más claro.

—¿Qué esperas del hombre de tu vida? —preguntó poniendo su mejilla junto a la mía.

—No espero nada, es difícil de explicar, pero yo sé lo que quiero a pesar de que ustedes no os deis cuenta —solté de esa manera, aunque mis amigos tenían más que claro que es lo que yo deseaba.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que el hombre que vengo amando de hace años, se dé cuenta, ojalá quisiera compartir su vida con la mía —los efectos del alcohol hacían que me soltara más aún.

—¿Carlota, quién es él?

—En qué lugar se enamoró de ti, es un ladrón, que me ha robado todo... —contesté riendo con la canción de José Luis Perales.

—Estás esquivando mi pregunta... —puso ojos en blanco.

—No tengo ganas de hablar de mis sentimientos, me duelen —puse gesto serio.

—¿Por qué te duele?

—Es difícil, es algo que creo que nunca podrá llegar a buen puerto.

—¿No le gustas? —Esa pregunta hizo ya que estallara, no sé por qué, pero lo consiguió.

—No sé, dímelo tú. ¿Te gusto?

Sonrió antes de contestar, se le iluminó la cara.

—A mí no me gustas, a mí me encantas... ¿Pero que tengo yo que ver en todo esto, Carlota? —dijo con voz serena y deseando saber la respuesta.

—Nada, déjalo...

—No, no lo dejes, dime, por favor...

—Tengo miedo, Fran, te amo desde niña, desde que te conocí, ayer me preguntaste algo y te respondí que sí, sí que sentía por ti... —dije avergonzada sabiendo que me podía arrepentir toda mi vida de lo que había dicho.

—Yo también, Carlota, pero me daba miedo fallarte, a hacerte daño en caso de intentar algo, pero esto lo tenemos pendiente para hablar, para mí eres mucho más importante de lo que imaginas, ahora duerme, mañana nos espera un largo camino hasta Machu Picchu.

Y nada, ahí me dejaba, en lo mejor de la conversación, en esa que yo quería seguir escuchando, pero me dormí, abrazada a él, notándome protegida, con el amor de mi vida...

Capítulo 12

Nuevo destino en tierras peruanas, así nos levantamos, alborotados, Fran no dejaba de mirarme, parecía que me estuviese analizando, me ponía cardíaca, nerviosa, no atinaba pie con bola, ese hombre me tenía a mil por horas, estaba deseando que pasase algo fuerte entre nosotros, no esos abrazos que llevaba regalándome años, él era un amor de hombre en todos los sentidos, pero yo quería disfrutarlo como mi hombre, como aquel chico que me haría perder el norte junto a su piel.

Luis, durante el desayuno, estaba serio, Kate ni lo miraba, ya intuía que habían tenido algún percance al levantar o incluso la noche anterior, así que la miré de forma que entendiera que necesitaba saber que pasaba, ella negó con la cabeza enfadada, ya tenía claro que iba a ser un día de movidas.

Jaime estaba a su bola, escuchaba música con los cascos, el móvil sobre la mesa y mirando todo lo que pasaba por delante de nosotros, menos a nuestra conversación, estaba atento a todo.

Nos fuimos a la estación de tren para partir hasta Machu Picchu, yo veía la cara de mi amiga y era un poema, se sentó a mi lado, pasaba de Luis, mal rollo se venía encima como hacía rato venía presintiendo.

—¿Qué ha pasado, Kate?

—Luis está insoportable, no sé qué le pasa, pero vaya viajecito me está dando.

—No lo tomes en cuenta, al final te arrepentirás de no haber aprovechado esta maravilla de viaje.

—¿Tú me lo dices que estás pasándolo fatal con Fran?

—Eso es un golpe bajo, yo lo llevo pasando mal muchos años.

—Lo siento, pero estoy de los nervios.

—¿Pero ahora qué ha pasado?

—Que no puedo quitarme la imagen de la cabeza de él dando crema a esas dos mulatas.

—Pero fue una broma.

—Una broma de muy mal gusto, que me durará una eternidad.

—Durará lo que tú quieras que dures, después de la que liaste no lo hará más.

—Ya, pero estoy muy dolida, no lo puedo evitar.

—Te entiendo, pero no hagas que eso joda las vacaciones.

—¿Y tú que tal con Fran?

—Uf, ya sabe que me gusta, por lo visto yo también a él, pero dice que le da miedo a fallarme y que tenemos una charla pendiente.

—Eso suena muy bien —me hizo un guiño de ojo.

—No sé, creo que no es claro, no entiendo mucho su postura, solo sé que cada vez estoy más enamorada de él, aún me retumba la canción en Cuba, cuando se me acercó a cantar Despacito.

—Fue increíble, sí, señor —soltó una carcajada.

—Me estoy volviendo loca, te lo juro, tengo una sensación extraña, no puedo estar sin él, ahora más que nunca me estoy quedando súper enganchada.

—Tíratelo en la próxima parada... que Machu Picchu sea vuestra inspiración en una noche loca de amor, total, soy de las que pienso que aquello se construyó con ayuda de alienígenas, lo mismo ellos os pueden ayudar a hacer una noche que jamás olvidareis —me sacó la lengua.

—Alienígena eres tú, no sé si pasará algo con nosotros, en todo caso será en el siguiente viaje a Brasil, Jaime ha amenazado que quiere una

habitación para él solo, para llevarse a los bombones brasileños y poderle dar amor en la intimidad —soltamos las dos una carcajada.

—Pues nada, Brasil será donde derrochéis toda la tensión sexual que lleváis dentro...

—¡Qué exagerada eres, hija!

—Sabes que no...

El trayecto fue impresionante, las vistas eran algo que no olvidaré jamás, por fin llegamos a nuestro destino, Aguas calientes.

Capítulo 13

Llegamos al hotel de Aguas Calientes, en esta ocasión cogimos una habitación para los cinco, Luis estaba serio, al igual que Kate, Fran me miraba de forma cómplice por la situación de estos dos y Jaime no paraba de pinchar, dejamos las cosas y nos fuimos a dar un paseo.

Nos fuimos a un mercado artesanal. Al lado de la estación de tren, está el mercado de artesanías de Aguas Calientes, con todo tipo de arte típico del Cusco, pero me parecieron tremendo los precios, así que pasamos de aquel lugar tan turístico, luego fuimos a comer algo, queríamos estar a tope para el día siguiente, así que nos metimos rápido en el hotel.

—Chicos, estoy loco por llegar a Brasil —dijo Jaime tirado en la cama.

—Normal, conociéndote ... —solté a quemarropa.

—Pues eso...

—Yo estoy deseando llegar mañana a Machu Picchu, es mi sueño de siempre dijo Fran.

—A mí también me apetece mucho —recalqué.

—Vamos a ver piedras, estáis locos —dijo Jaime.

—¿Piedras? ¡Historia! Desde luego qué poco cultural eres...
—sentenció Fran negando con la cabeza.

—¿Poco cultural? Más cultura que he cogido en Cuba y voy a coger en Brasil, imposible —dijo Jaime bromeando sobre las mujeres de los países.

—No tienes remedio —dijo Kate tirándole una almohada.

Dormimos rápido y por la mañana el primero en levantar fue Luis, que a bocinazos nos hizo despertar a todos, luego nos fuimos a desayunar y partimos hacia Machu Picchu.

Me detuve en las alturas del Machu Picchu y me senté durante más de una hora en el mismo lugar, sobre una piedra milenaria, observando como pude cada detalle del paisaje sagrado, cada movimiento secreto de la Pacha mama, sentía todas las energías, observaba aquel lugar sagrado que había sido construido de manos de alguien que no podía pertenecer a la tierra, a las personas que conocemos como tal, hoy en día.

Fran estaba en total conexión, por otro lado, Kate, Luis y Jaime no paraban de hacer fotos y dejar plasmado todo lo que se veía desde allí, estaban en plan turista, yo lo estaba viviendo de otra manera, sentía que aquello era una experiencia que se me iba a quedar grabada en la retina para toda la vida.

Es un sitio realmente increíble, no se puede describir con palabras lo que mis ojos estaban viendo y mi corazón estaba sintiendo, sus vistas panorámicas son impresionantes, las personas del pueblo son cálidas y amables, todo aquello estaba lleno de historia y de misterio.

Las ruinas arqueológicas en excelente estado de conservación y restauración, era algo mágico, algo que nunca podría olvidar y que estaba viviendo con todo detalle.

—Te veo emocionada, lo estás sintiendo al igual que yo —dijo Fran acercándose a mí.

—Este sitio tiene algo especial, es como si hablara, no sé, está lleno de energías.

—Sí, a mí me da la misma sensación, he tenido un rato la piel erizada, es impresionante, cuanta historia hay aquí, una gran parte desconocida, esto fue construido de forma magistral.

—Sin duda.

Se sentó a mi lado, sacó su móvil y tiró un selfie con él, en el mismo momento que me daba un beso en la mejilla y dejaba inmortalizado ese momento, allí en ese lugar, una foto que pasaría a ser una de mis favoritas desde ese momento.

Después de pasar todo el día por aquella zona volvimos al hotel, íbamos relajados, parecía que aquel lugar había causado algo diferente en nosotros, compramos comida para llevar a la habitación y cenar allí.

Vimos una peli en la tablet de Jaime, yo estaba tirada sobre las piernas de Fran, el me acariciaba el pelo con mucho mimo, algo me decía que en Brasil... pasaría lo inevitable.

Cuando me di cuenta, era por la mañana, me había quedado dormida allí en la cama y Fran se tiró a mi lado, era como si fuéramos una pareja, pero sin sexo, sin más allá que aquellos momentos de mimos que me daba con algún abrazo o caricia en el cabello.

Nos fuimos para la estación para volver a Cusco, donde llegamos por la tarde, volvimos a pasear por la ciudad, yo estaba feliz, Fran cada vez me regalaba más miradas cómplices y tenía unos gestos muy cariñosos conmigo.

Nos sentamos en una terracita, Luis y Kate seguían a ratos de malos rollos, esas cubanas iban a hacer mucha mecha en el viaje, mejor dicho, esa ocurrencia de broma de ir a ponerles cremita para el sol, yo aguantaba de reír solo de pensarlo.

—Luis, hijo, la próxima vez me dejas a mí solo con todas, que luego mira la que lías —dijo Jaime para terminar de rematar la cara de mala hostia de Kate.

—Ni una broma gasto más —dijo Luis con cara de pocos amigos,

aunque conociéndolo estaba a punto de reventar a reír.

—Desde luego, siempre la andáis liando —dijo Fran mientras me guiñaba el ojo.

—Tranquilos, ahora toca Brasil, seguro que lía alguna más gorda —dijo Kate muy enfadada.

—Si a ti un hombre te juntara cremita, yo no me enfadaría —dijo desafortunadamente en plan broma Luis, recibiendo una mirada asesina por parte de Kate.

—Eso es lo que te importo, una mierda, eso es, ya lo has dejado bastante clarito en Cuba y aquí lo has recalcado.

—Te lo tomas todo a la tremenda, que poco sentido del humor tienes, Kate.

—Bueno, tengamos la misa en paz, no os enfadéis por chiquilladas —dijo Fran.

—¿Chiquilladas? ¿En serio te parecen chiquilladas, Fran?

—Bueno, mujer, no la pagues ahora conmigo —dijo poniendo gesto temeroso.

—Pero mira, Fran, tú no actúas como ellos, para mí eres un señor de los pies a la cabeza. ¿Tan difícil es para mi pareja ser así?

—Mira, si tanto idealizas a Fran, vete con él —dijo Luis bromeando guiñándonos el ojo.

—A mí dejadme, demasiado tengo con cuidar a una —me señaló con el dedo.— Como para ocuparme también de la tuya —rio.

—¿¿¿A mí tú me cuidas??? —pregunté riendo.

—¿Ah, no? Muy bonito, pensé que mis atenciones le resultaban entrañables a usted, pero ya veo que no se percató —dijo poniendo serio triste, no sabía si bromeaba o no en esos momentos.

—Que sí, pero no como para decir que matas tu vida cuidándome —dije riendo.

—No dije que me mataba, no digas algo que no dije...

—Madre de Dios, cómo estáis todos hoy, cualquiera habla —sentencié.

—A mí no me metáis que estoy muy calladito —dijo Jaime.

—Sí, claro, ahora vas de sueco, tú eres el que has empezado esto

—dijo Luis riendo ante la cara de sargento que tenía Kate.

—¿Yo? —se puso los cascos y pasó de hablar, nos entró una risa a todos, incluida a Kate.

Nos fuimos a dormir bien tarde, por la mañana cogeríamos un vuelo a Lima, donde pasaríamos los 2 últimos días en Perú.

Capítulo 14

Aterrizamos en Lima, cogimos un taxi y nos llevó al hotel, dejamos las cosas y nos fuimos a callejear, Jaime decía que hoy sería el día de las copas, que nos íbamos a hartar de beber, Fran lo miraba mordiéndose el labio y negando con la cabeza, sabía al igual que todos, que Jaime no tenía remedio.

Paramos en el primer bar, sin duda en el que íbamos a arrasar, ya que teníamos toda un hambre descomunal, así que pedimos un poco de todo, el camarero nos miraba asustado.

—Carlota... ¿Qué bañador llevas para Brasil? —preguntó Luis bromeando, recordando lo que pasó en Varadero con el bikini de leopardo.

Lo miré con mirada asesina.

—No sé, dímelo tú, lo mismo me debo poner otra vez el de tigre, espero que esta vez no tengas que salir corriendo —hice una mueca ante la risa de ellos.

—Lo mismo trae el de las mulatas de la playa de Cuba —dijo Jaime para terminarla de liar.

—Lo mismo os mando a todos a freír espárragos —dijo Kate con cara de mala hostia.

—¿Y yo qué hice? —preguntó flipando Fran.

—¿Tú?, romperle el corazón a mi amiga. ¿Te parece poco? —dijo ante nuestro asombro y ofendida.

—¿Yo? ¿En serio me lo dices? —preguntó sonriendo, pero incrédulo.

—Y tan en serio ...

—Bueno, yo estoy flipando en colores, estáis hablando de mí, así, como el que dais por sentado todo y a la mierda yo, como si os hubiera dicho que opinéis de mi vida o mis sentimientos, esos que dais por sentada conocer — dije enfadada.

—A estas alturas.... —dijo Jaime interviniendo de nuevo.

—¿A estas alturas, qué? —levanté el tono de voz.

—Joder, para lo que ha dado mi preguntita del bikini —dijo en voz floja Luis.

—Eso te pasa por no ser prudente —recriminó Kate.

—Ya fue a hablar la que soltó que Carlota tenía el corazón roto por

Fran —contestó Luis ante la mirada asesina de Fran por que se callaran ya.

—Nos callamos todos ¡ya! —dijo seriamente Fran—. ¿Vamos a estar aquí como críos peleando quién le gusta a quién o qué cojones se va a poner de ropa de baño uno u otro? De verdad que a veces pienso que os quedasteis en edad escolar, por favor, y ustedes dos... —señaló a Luis y a Kate—. como sigáis de ese mal rollo, un día os arrepentiréis, porque este viaje es de esos que no suceden dos veces en la vida y estáis pisando sitios que no estáis observando; y creedme, a mucha gente le encantaría estar en vuestro lugar, así que disfrutad de esto. —dijo abriendo los brazos y girando para enseñar el entorno— Esto es una bendición, poder disfrutar de esto, es un privilegio, empezar ya a dejar los malos rollos —la cara de mis amigos eran un poema escuchando a Fran, hasta a mí se me quedó cara de gilipollas.

—Tienes razón —dijo Luis.

Los demás nos callamos como si un ángel hubiera pasado, estuvimos un rato así, observando, comiendo, intentando recapacitar sobre la lección de saber vivir que nos había dado Fran.

Tras la comida nos fuimos a un local donde la cerveza estaba hecha de forma artesanal, Jaime se las bebía de dos en dos, ya sabíamos que este estaba fuerte, Fran lo miraba negando con la cabeza, estaba claro que no tenía remedio.

—Mañana hacemos ya veinte días de viaje, solo nos quedan 40 más —dijo Kate.

—Pasa rápido, es verdad, pese a echar de menos algunas cosas, no quiero que esto acabe, ahora nos quedan 4 grandes países más por delante —dije animándola.

—Brasil me llama, señores —dijo Jaime entrando en conversación.

—A ti te llaman otras cosas... —bromeó Kate.

—¿Lo ves? Eres tú la que me busca —Jaime le hizo una burla con la lengua.

—Al final terminamos liándola de nuevo —dijo desesperado Luis.

—Venga ya, chicos, vamos a cambiar de tema —dije intentando evitar otra polémica.

Pasamos el día por el centro de Lima, fue divertido, probamos muchas cosas de la gastronomía de ese país y vivimos unas preciosas sensaciones que nos hizo ir al final de muy buen rollo para el hotel.

Nos acostamos, teníamos que descansar, por la mañana saldríamos rumbo a Brasil.

Capítulo 15

Aterrizamos en Río de Janeiro y cogimos un taxi que nos llevó directamente al Sol Ipanema Hotel, justo a pie de playa. Nos había costado un poco elegir entre tantas playas, pero al final nos decantamos por la de Ipanema, quizás una de las más famosas del lugar. Las fotos que habíamos visto del hotel nos había encantado, las vistas por la noche, con el mar justo enfrente, debían de ser excelentes.

No teníamos reservas hecha, menos mal que había habitaciones libres, extraño en esa época del año.

Jaime escogió una para él solo, diciendo que necesitaba relax. Como si no supiéramos todos que iba dispuesto a tener compañía todas las noches. Kate y Luis cogieron la contigua a la de nuestro amigo y, cuando nos tocó el turno de elegir, Fran, sin pedirme opinión, cogió una para nosotros dos.

Nadie dijo nada, pero todos se dieron cuenta del detalle, no pasó desapercibido. Pero nos mantuvimos en silencio.

Nos despedimos de nuestros amigos, quedando con ellos un poco más tarde para comer y pasar el día en esas playas paradisíacas. Fran y yo entramos en la habitación y a mí casi me da un infarto al ver que solo había una cama. De matrimonio, inmensa, pero solo una cama.

Miré a todos lados, esperando encontrar un sofá o algo así, pero no había nada. No tenía ya suficiente con tener una habitación para los dos, que además compartiríamos la cama.

Ví cómo él se fijó y no le dio la mínima importancia. Abrió su maleta y empezó a ordenar su ropa. Yo hice lo mismo, me vendría bien mantenerme ocupada y no pensar en esa primera noche que íbamos a dormir en esa cama, los dos, solos en la habitación. Que, aunque no era la primera vez, no era lo mismo.

Estábamos solos, ¿por qué había hecho Fran eso? Tampoco me atrevía a preguntarle.

Tenía ganas de darme cabezazos contra la pared.

Tomamos una ducha, separados claro, y nos preparamos para irnos a comer y tomar el sol. Nuestros amigos no aparecieron, así que comimos algo en el restaurante del Hotel y, con un mojito en las manos, nos sentamos a pie de playa. Casi en la orilla, donde poco tiempo después nos mojaban las olas.

—Este viaje está siendo muy especial —dijo Fran mirando al mar.

—Sí, un poco cansado también —sonreí.

—¿No lo estás disfrutando? —me miró.

—Sí, no es eso. Solo que a veces necesito tiempo para mí sola.

—Eres así de siempre, recuerdo cuando eras pequeña y te separabas de todos nosotros. Te quedabas sentada, mirando a la nada. Yo decía que era como tu manera de recargar las pilas. Porque cuando volvías, tenías energía para dar y regalar.

—Sí, mis momentos de soledad —reí.

—¿Qué hacías? ¿Pensar? ¿Relajarte?

—Un poco de todo. Es como un escape, lo sigo haciendo. Necesito a veces dejar mi mente en blanco, otras pensar en cosas que me afectan... No sé —me encogí de hombros—, pero lo necesito.

—¿Y te sientes así ahora?

—Sí, un poco —sonreí tímidamente.

—A mí solo tienes que decirme que te deje sola, Carlota, no tengas apuro.

—Oh, no, no es por ti, ni quiero que te vayas. Pero después de tanta locura, sí me vendría bien un poco de relax.

—¿Te refieres a los chicos?

—A todo, solo relax.

Se quedó pensativo, volvió a mirar al mar antes de que su mirada regresara a mí.

—¿Te apetece ese relax conmigo?

Lo había preguntado de una manera que... Iba a tener un orgasmo allí mismo. No podía hacerlo con esa mirada, con esa voz, con esa... No podía hacerlo y punto. Me iba a derretir, y no por el clima precisamente.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté intrigada. Y excitada y todo lo demás, pero eso mejor lo olvidamos.

—Pasemos el día juntos, paseemos por la playa, los dos solos, algo se nos ocurrirá. Un poco alejados de todo y de todos.

—No tienes que hacer eso, Fran, no tienes que cambiar los planes por mí.

—Me apetece estar contigo. Solo eso...

Dejó la frase en el aire, y mi mente ya había empezado a divagar. Tenía que cortarla como fuera. Pero iba a aceptar su propuesta, un día para los dos, un poco de tranquilidad, un día solo para los dos. ¿Cómo iba a negarme?

Asentí con la cabeza, él sonrió, se levantó y me ofreció la mano para ayudarme a que hiciera lo mismo. Regresamos al hotel y le dejamos dicho a los chicos que íbamos a dar una vuelta, que ya nos veríamos. Kate me guiñó el ojo, no hizo preguntas y yo puse los míos en blanco, ya estaba malpensando. Aunque yo también lo hacía, no podía culparla.

Nos pusimos algo de ropa cómoda, dejándonos los bañadores, preparamos una mochila con algunas cosas y nos fuimos a pasear.

Aluciné con el lugar, era realmente precioso. Pero eso no era relax, cada dos por tres nos parábamos a hacernos un selfie, nos quitábamos la ropa y nos metíamos en el agua, reíamos sin parar.

Empezaba a anochecer y me daba pena que el día acabase. Se había acabado demasiado pronto. Yo quería más.

Y seguía triste cuando entramos en la habitación, era como si mi sueño se terminara, como si mi regalo no diera para más.

Nos preparamos para ir a cenar con los chicos. Cuando llegamos al restaurante, no estaban. Nos sentamos a la mesa y el camarero apareció con una nota que nos habían dejado: iban a cenar en la habitación.

No quise que mi cara demostrara nada, pero sabía de más que eso era una jugada de ellos para que Fran y yo siguiéramos solos. Él también se dio

cuenta, su sonrisa lo decía todo, pero se encogió de hombros, no le importaba en absoluto. La verdad que a mí tampoco, necesitaba más tiempo con Fran sin los incordios de mis amigos.

—Estás nerviosa —dijo cuando terminamos de comer.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Lo estás últimamente, pero aún más desde que llegamos a este lugar. Ahora entiendo por qué necesitas tu soledad.

—No sé, yo no me veo extraña.

—¿Es por estar conmigo a solas entonces? —preguntó riendo.

—Sí —dije seria y su risa se cortó.

Se levantó y me ofreció la mano, extrañada, la agarré. Cuando estuve de pie, me abrazó para bailar mientras él comenzaba a cantar en voz baja.

—¿Te pongo nerviosa, Carlota? —preguntó minutos después, cuando yo estaba a punto de perderme en esa mirada.

—No en el sentido que estás pensando.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando? —sonrió.

—Parece como si me consideraras ahora una conquista y no una amiga o hermana pequeña.

—¿Es eso lo que crees que eres? ¿Una hermana pequeña?

Seguíamos moviéndonos al ritmo de la música de fondo, él con sus manos en mis caderas, yo con las mías en sus hombros. Nuestros cuerpos cerca. Rozándose. Mis piernas a punto de ceder.

—Somos amigos, Fran.

—Lo sé, pero no es eso lo que te pregunté.

—Pues sí, eso es lo que pienso. ¿Debería pensar otra cosa?

—¿Me ves como si fuera tu hermano mayor?

—No voy a contestar a eso —me ruboricé hasta las raíces del pelo.

—Tampoco es tan difícil.

—Somos amigos —parecía un disco rayado.

—Me encanta cuando te sonrojas.

Oh, mierda, ¿a qué venía eso? Me iba a dar algo más que un infarto. Fran tampoco había bebido mucho, no podía culpar al alcohol. Y sí, a veces me había mirado diferente, como un hombre a una mujer, y siempre estaba pendiente a mí, pero... ¿A qué venía todo esto? ¿Estaba ligando conmigo? Si supiera que no era necesario...

—¿Estás intentando ligar conmigo, Fran? —pregunté echándole todo el morro del mundo. Por dentro estaba como un flan e, igual que me daba miedo que me dijera que sí, porque no sabría cómo actuar, me daba miedo que dijera que no, tampoco sabría qué hacer.

—¿Te molestaría si lo hiciera? —preguntó mirándome fijamente.

Vale, esa respuesta no la esperaba. ¿Y qué le contestaba yo en ese momento? Si ni siquiera sabía la respuesta.

—No puedes responderme con otra pregunta —hala, esa era la mejor respuesta.

—Esa es otra de las cosas que me gustan de ti —seguía seductor.

—¿Mi lengua viperina? —pregunté con las cejas enarcadas.

—Tu lengua en general.

Y tras eso, a por mi lengua que fue. No me lo podía creer, me estaba dando el morreo del verano. ¿Qué digo del verano? Del año, de la década, del siglo.

Y yo hice lo que no tenía que hacer, agarrarlo más fuerte, pegar mi cuerpo al suyo mientras él apretaba el agarre en mis caderas y devorarlo.

Madre mía del amor hermoso, eso era un beso y lo demás tontería. ¿Dónde había quedado la vergüenza? Yo no lo sabía, en ese momento no tenía ninguna. Fran me estaba besando y yo no iba a desaprovechar esa oportunidad. No iba a desaprovechar un segundo.

Y cómo besaba... No me quería imaginar cómo haría otras cosas...

Me separé de él, de esa boca que tanto deseaba, mi respiración agitada, sus labios húmedos. Pasó su lengua por ellos y sonrió. Mierda, iba a por el orgasmo de cabeza.

—Creo que ha quedado claro que no nos vemos como hermanos —dije con toda mi poca vergüenza.

Se rio a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás. Yo me sentí avergonzada de nuevo, pero su risa era contagiosa y acabé riendo con él.

Cuando su mirada se centró de nuevo en la mía, sus ojos quemaban.

—Pasa la noche conmigo —dijo con voz ronca, miró mis labios y subió de nuevo a mis ojos.

No era necesario que me dijera para qué, el bulto que me clavaba en mi vientre lo decía todo.

—Compartimos habitación, tengo que pasarla contigo —bromeé, más que nada porque lo necesitaba, tenía que canalizar esa tensión sexual que me había provocado.

—Está bien, lo digo de otra manera. Pasa la noche conmigo, en nuestra cama, desnuda, teniéndome dentro de ti.

Oh, señor... No sé cómo no me desmayé, pero os juro que mis rodillas temblaron. Mis fantasías secretas de años hechas realidad.

—¿Me estás pidiendo sexo? —sonaba frío, pero así me salió.

—Te estoy pidiendo mucho más que eso.

Fui a preguntarle qué, pero ni tiempo me dio. Tiró de mí para dentro del hotel, ignorando las miradas de los demás clientes y trabajadores porque sabían de más a dónde íbamos, normal, bonito espectáculo habíamos dado.

Y por mí que miraran lo que quisieran, como si se fijaban en el bulto que escondía tras sus pantalones, yo también lo hice y levanté la mirada al verlo. Iba a ser todo mío, de nadie más, al menos por esa noche.

No me reí porque estaba demasiado avergonzada con mis pensamientos, eso y porque intentaba recordar qué conjunto de ropa interior llevaba, a ver si después de llegar a tener ese triunfo, le iba a bajar la lívido.

Llegamos a la habitación rápidamente, tuve que cerrar la puerta con el pie porque él no dejaba de tirar de mí. No paró hasta dejarme justo delante de la cama, frente a él. Respiraba agitado, ¿tan excitado estaba?

Mi mirada bajó hasta ese lugar prohibido, dándome la respuesta.

Pero Fran parecía que ahora quería tomarse las cosas con calma, o se había arrepentido.

—Fran, yo...

No, no se había arrepentido. Cogió mi cara entre sus manos y me besó. Esa vez con delicadeza, disfrutando, con calma. Puse mis manos en su pecho hasta subirlas a su cuello. Nos besamos a conciencia, no me importaba si terminaba con los labios magullados, solo quería saborearlo, lo haría a todas horas.

—¿Puedo desnudarte? —preguntó cuándo terminamos el beso.

Asentí con la cabeza, me gustaba que fuera así, considerado. Se agachó un poco hasta coger el dobladillo del vestido que llevaba. Empezó a subirlo con los pulgares, sus otros dedos acariciando mis piernas, las caderas, la cintura, casi el pecho... hasta quitármelo por la cabeza.

Era mi turno, alargué las manos y desabroché los botones de su camisa, me sentía un poco torpe, mis manos temblaban, pero terminé por hacerlo y quitarle la camisa por completo.

Me agarró de nuevo, besándome, tocar su piel con la mía fue como tocar el cielo. Yo temblaba, por los nervios y por el deseo, estaba completamente excitada.

Desabrochó mi sujetador y me lo quitó, observando mis pechos por primera vez. En ese momento sí quise que la tierra me tragara. Siempre había tenido complejos con ellos, tenía demasiado. Aunque no era un problema para los hombres, sí para mi inseguridad.

Fran levantó la mirada, me sonrió y tras decir un “Por fin” que no entendí, volvió a devorar mi boca. Era dulce, lento, pero también notaba en él que intentaba controlarse, como si no quisiera precipitarse o perder el control. Y eso me llenaba de alegría, me daba un poco de poder si era cierto.

Caímos en la cama, de lado, frente a frente. Seguíamos besándonos, acariciándonos. Solo disfrutando.

Cuando se terminó de desnudar, os juro que tuve que tragar saliva. Madre mía, ahora entendía los comentarios hacia su miembro. ¿Me iba a caber eso?

Me reí mentalmente, no era momento de preocuparse por eso. Pero los nervios no me lo ponían fácil.

Se acomodó encima de mí, preguntándome con los ojos si podía seguir. Yo no le contesté, me abrí más de piernas, esperándolo. Su sonrisa torcida me dejó claro que lo había entendido.

Pero a mi amor no le iban las prisas, otra vez empezó a jugar conmigo. Con el cuello, bajó a los pechos. Los torturó, o yo lo sentí así en ese momento. Necesitaba tenerlo dentro por una vez en la vida, no podía esperar más.

Me moví un poco desesperada, ya podía jugar con mis pechos después, tenía toda la noche, pero no la primera vez, iba a matarme.

Como si me hubiera leído la mente, se colocó y me penetró con un movimiento. Hasta el fondo, gemí más fuerte de lo que me hubiera gustado. Pero joder, lo tenía por fin dentro de mí, eso era más que tocar el cielo, estaba en la gloria.

Pero Fran seguía sin prisas, con calma, sus movimientos lentos. Hasta que, por fin, perdió el control y, besándome, comenzó a moverse con fuerza hasta que los dos estallamos en un orgasmo que nos dejó sin fuerza.

¡Sí, sí, sí!, grité mentalmente. ¡Por fin!

Se quitó de encima de mí y se puso a mi lado. Los dos intentando respirar con normalidad. Me abrazó y nos quedamos en silencio. Hasta dormirnos sin darnos cuenta.

Abrí los ojos cuando noté cómo el sol entraba por la ventana. Levanté un poco la cabeza y todos los recuerdos de la noche anterior volvieron a mi mente cuando sentí cómo seguía agarrada a él.

Lo miré y vi que ya estaba despierto.

—Buenos días —dijo con esa voz que me volvía loca.

—Hola —sonreí tímidamente—, lo siento, yo...

—¿Qué sientes? —me agarró fuerte, pegándome a él.

—No sé —dije con sinceridad, no tenía idea de por qué me disculpaba— Ya es de día y yo... Nosotros... —me desesperaba a mí misma cuando era tan insegura, no podía ni explicarme.

—Crees que solo te pedí una noche —aclaró él, leyéndome la mente.

—Esto... Sí —carraspeé.

Me hizo moverme hasta tumbarme encima de él.

—No pienses tanto, solo disfruta —dijo antes de besarme.

Disfrutar, disfrutaba, sin duda. Dios, ese hombre me tenía loca. Si ya estaba así por él antes, desde que lo tuve para mí, miedo me daba no poder controlarme.

Las palabras sobraron, hicimos el amor de nuevo. En la cama, después en la ducha.

Cuando salimos, miré cómo se vestía. Yo ya me había colocado el bikini, así que salí a fumarme un cigarro a la terraza, contemplando el panorama que tenía en frente. No era la playa, que seguro era alucinante, si no el culo de Fran. Señor, otra vez estaba excitada. Lo mío era más que un problema.

Dejé de mirarlo y contemplé el horizonte. Resoplé, temiendo lo que había pasado. No me arrepentía, pero sí tenía miedo a lo que seguiría.

Fran no me había prometido nada, ni yo a él. Ninguno había hablado de sentimientos, pero estaba claro que eso era más que sexo.

En momentos como ese era cuando necesitaba mi soledad y pensar, pero no iba a pedírselo en ese momento, a saber, lo que podía pensar.

¿Y cómo actuaría ahora delante de nuestros amigos? ¿Cómo siempre? ¿Como si no hubiera pasado nada entre nosotros? ¿Cómo esperaba él que actuara yo?

Porque si yo tenía un problema era que no podía disimular demasiado. Que hubiera funcionado con él no significaba nada, con los demás no iba a ser posible. Es que estaba segura de que se darían cuenta solo al verme la cara. Tenía que tener una sonrisa de idiota tremenda. Y seguro que se acentuaría con cualquier gesto, sonrisa, roce por parte de Fran.

No, no iba a poder ocultar ni lo que había pasado entre nosotros ni mi preocupación por saber qué éramos.

—Carlota...

Giré la cabeza cuando lo escuché. Estaba listo, guapísimo, como siempre.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —sonreí ampliamente, con toda la seguridad que no sentía.

—Bien —sonrió—, ¿vamos a desayunar? Me muero de hambre —hizo una mueca con los labios.

—Claro.

Pasé por delante de él, Fran me paró agarrando mi brazo.

—¿De verdad estás bien? —insistió.

—Sí, de verdad —le aseguré.

Me miró unos segundos, me dio un dulce beso en los labios y salimos de la habitación. Fran puso su brazo alrededor de mis hombros.

Y no le mentí, estaba bien, pero las dudas me tenían nerviosa. ¿Cómo tenía que actuar a partir de ese momento?

Capítulo 16

Nuestros amigos estaban desayunando en el restaurante, en las mesas que había al aire libre. Nos acercamos a ellos y nos sentamos después de darles los buenos días.

Fran pidió el desayuno para los dos y noté cómo el silencio caía de repente sobre nuestra mesa. Miré a mis amigos, tenía a los tres frente a Fran y a mí y levanté las cejas.

—¿Qué? —pregunté.

—Ha pedido el desayuno por ti —dijo Kate.

—Sí, ya me di cuenta —dije, Fran se rio—. ¿Y? —pregunté cuando seguían callados.

—Nunca dejas que nadie pida por ti — Kate me miraba con cara de extrañada, pero sabía que se había imaginado algo y que estaba jugando conmigo.

—Ya, bueno, se lo dije por el camino.

—¿Por el camino o antes de salir de la cama? —preguntó Jaime.

—Vaya, Jaime. No esperaba encontrarte solo hoy, ¿mala noche? —se burló Fran, intentando llevar la conversación hacia otro tema.

—Mejor no hablemos de eso —dijo mi amigo.

—Perdone, señor —el camarero apareció de nuevo—. Nos hemos quedado sin zumo de naranja natural, ¿prefiere otro o le pongo de botella?

—No, a ella no le gusta el de botella —respondió Fran—, ¿de piña? —preguntó mirándome y yo asentí— De piña —le dijo al camarero y este se marchó.

El silencio se había adueñado de todo de nuevo.

—¿Y ahora qué? —me estaba empezando a enfadar.

—Nada —dijeron todos a la vez y siguieron desayunando, evitando mirarnos.

Yo miré a Fran, intentando entender, él sonrió y me guiñó un ojo. Gracias a Dios, la atención se desvió de nosotros, pero notaba cómo todos estaban intrigados. Y yo no entendía el porqué, qué habían notado, qué habíamos hecho para ponerlos sobre aviso.

Miré a Fran. No, no tenía sonrisa de idiota. Estaba más guapo que

nunca sí, pero nada raro. Y yo... debía ser eso, la sonrisa de idiota en mi cara. Me puse seria, a ver si eso ayudaba.

Tras desayunar, decidimos ir a pasar el día por la ciudad. Jaime decía que tenía ganas de andar y que así podíamos aprovechar para comprar algunos regalos.

Cuando nos vestimos, salimos todos al encuentro y en dirección al centro de Río de Janeiro. Se notaba a kilómetros que éramos turistas, no parábamos de reír, de hacernos fotos en cualquier lugar, extraño o no, que encontrábamos. Eso por no contar con la cantidad de bolsas que cargaban los chicos. Habíamos comprado regalos para medio país, a ver cómo lo metíamos todo en la mochila a la vuelta para España.

Cuando llegamos esa tarde a la habitación, tenía un dolor de pies horrible. La excusa perfecta para que Fran me diera un masaje y acabáramos haciendo el amor de nuevo. Por eso aparecimos tarde a la cena, lo que no necesitábamos para la curiosidad de los alcahuetes de mis amigos. No fue fácil desviar el tema, pero Fran tenía arte para eso, acabó consiguiéndolo.

Estábamos tomando unas copas de pie, en la barra, cuando a Jaime casi le da la vuelta la cabeza como a la niña de El exorcista. Resoplé, imaginando que ya había divisado a su siguiente presa, así que a nadie le extrañó cuando, sin decir palabra, desapareció. Todos imaginábamos hacia donde iba.

Pero el alboroto que oímos un rato más tarde, nos llamó la atención.

Todos miramos hacia el lugar del que provenía y fuimos directos allí, asustados al ver que era Jaime el causante de la discusión.

—¿Qué pasa? —preguntó Luis cuando llegamos, pero Jaime y la chica no nos hacían caso.

—No puedes hacerme eso —decía la mulata.

—¿Que no puedo hacerte eso? Haré eso y más como no te largues de aquí a la de tres.

—No es contigo esto, Jaime —decía enfadada.

—Como si lo fuera, lárgate de aquí.

—¿Quién eres? ¿El dueño del hotel?

—No, pero no me importa traerlo. Así que si no quieres que lo llame y llame a la policía, lárgate de aquí.

—¿Cuál es tu problema, Jaime? ¿Te quedaste insatisfecho? —preguntó ella, se cruzó de brazos, altanera, y yo tosí para evitar reír.

—Cállate —dijo él tras mirarnos a nosotros—, que te largues.

—¿Les has dicho a tus amigos que no das la talla?

Oh, señor, se iba a liar gorda. Yo empecé a reírme, no podía evitarlo.

—¿Estás segura que quieres que les cuente? Porque si es así, lo haré. Pero contaré todo.

—No eres capaz.

—Y tanto que lo soy, así que, si no quieres problemas y que yo te denuncie, vete —dijo muy enfadado.

Fran y Luis intentaron calmarlo, pero él no entraba en razón. La quería fuera de su vista.

—Jaime, déjala, no es tu problema. Ignórala y ya —dijo Fran.

—No puedo, va a intentar jugársela a otro. No lo puedo permitir.

—¿Jugársela? —preguntó Kate.

—¿De qué hablas? —preguntó Luis a su vez.

Jaime fue a hablar, pero se calló de repente. Ella sonrió, victoriosa. No sabía qué había pasado, pero tenía que ser algo que avergonzara

demasiado a Jaime para que no lo dijera. Él nunca trataría así a nadie, menos a una mujer. Además, era un “No me importa nada”.

Estábamos todos expectantes, la intriga nos reconcomía. Todos imaginábamos que era su ligue de la noche anterior, pero nada más.

—Vamos, Jaime —lo agarré del brazo, la gente empezaba a acercarse—, no vale la pena, sea lo que sea.

—Sí, sí que la vale. Es una ladrona.

—Yo no soy eso —dijo la otra con rabia.

—Estafadora, embustera, como prefieras. Pero lo eres.

—Me estás insultando.

—Sí, y más que lo haría. No se engaña a la gente.

—Yo no te engañé. Tú me invitaste a tu habitación.

—Porque no sabía nada —dijo él con rabia.

—Pero ese es tu problema.

—Ese es mi problema... ¡¿Que ese es mi problema?! —gritó.

—Ya, Jaime, vamos, por favor —insistimos Fran y yo, pero no había manera.

—¿A qué juegas? ¿Robas cuando ya consigues lo que quieres? —siguió mi amigo.

—Fran... —rogué mirándolo. Veía a Jaime mal y me daba miedo lo que pudiera pasar, no quería malos rollos en el viaje.

—Bien que te gustó cuando te tuve en mi boca —dijo la chica con toda la poca vergüenza del mundo.

No sabía si Jaime iba a gritar, a golpear algo o le iba a dar un infarto.

—Cállate, no me hagas hablar —le advirtió de nuevo.

—Ahora cállate, anoche bien que decías “Oh, sí, más” —dijo ella poniendo la voz de orgasmo.

—¡Eso porque no sabía que eras un hombre! —gritó mi amigo muy enfadado.

Todos nos callamos, nos quedamos con la boca abierta. Lo mirábamos a él y la mirábamos a ella. No podía ser, era un hombre. Es decir, tenía pene.

Entendía el enfado de Jaime, eso se avisa. No lo tienes que descubrir como sorpresa.

De repente, no pude evitarlo y comencé a reírme a carcajadas. Dios, solo a Jaime le pasaban esas cosas, eso por andar siempre detrás de un culo y unas tetas. Aunque a la chica no se le notaba nada.

Pero lo del robo seguía sin entenderlo.

—Dame el dinero que me robaste —dijo Jaime aún enfadado.

Vale, en ese momento lo entendí. Le había robado.

La seguridad del hotel llegó y tomaron cartas en el asunto. Consiguieron echarla, pero no que le devolviera el dinero a Jaime, obvio.

Nos llevamos a nuestro amigo a la barra de nuevo y nos pusimos a beber un chupito tras otro, Kate y yo muertas de risa, Fran sin saber qué decir y Luis queriendo saber los detalles.

Al final acabamos todos riendo, borrachos y nos fuimos a la cama al amanecer. Antes de acostarnos, Fran quiso hablar conmigo.

—Carlota, vaya jaleo que ha montado Jaime, ¿verdad?

—Sí, pero es que él solito se busca los problemas, madre mía.

—Es un caso. No tiene remedio. Parece que nunca va a aprender la lección.

—En el fondo me da mucha pena, Fran.

—¿Por qué? Bueno, puedo imaginarlo. Te refieres a que lo ves hecho un loco toda su vida.

—Necesita centrarse. Está continuamente metiéndose en problemas.

Nos miramos a los ojos. Las estrellas volvían a temblar en el cielo. El rumor de las olas sumía nuestro encuentro en la terraza en una especie de sueño merecido. Y hablo de sueño merecido porque yo había luchado mucho a lo largo de mi vida para lograr unos momentos tan especiales como este. Pero había algo en la mirada de Fran que me inquietaba, que me desasosegaba.

—Fran, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, pregúntame lo que quieras.

Tuve la tentación de preguntarle por Lina y Susan, aquellos dos nombres que me iban rondando la cabeza y que, al pronunciarlos Kate, Luis y él se estremecieron. Pero no era el momento de mostrar mis celos. No podía permitirme el lujo de que viera que yo quería vigilarlo, flanquearlo como si

fuera un guardaespaldas.

—¿Eres feliz, Fran?

—¿Por qué me preguntas eso ahora mismo? Siempre he notado en ti algo que te diferenciaba de otros hombres a los que conocí y cuyas relaciones resultaron más que frustrantes.

—No me gusta hablar de la felicidad. No me gustan esas palabras tan ambiguas.

—¿Por qué dices que la felicidad es una palabra ambigua?

—Porque parece que tengamos la obligación de ser felices. Y yo creo que cualquier día en el mundo es una oportunidad. Estos momentos a tu lado ya no se van a repetir jamás. Estos momentos, aquí, en este paraíso desaparecerán como desaparece el fulgor de las estrellas.

Yo me quería morir. De nuevo aquellas palabras, su poesía, me estaba excitando. Sentía que me elevaba frente a la oscuridad del universo. Las olas morían en la orilla.

Voces y ecos de canciones inundaban aquel silencio que inundaba todo, un silencio sagrado porque era sencillamente puro. Nos volvimos a mirar y yo le dije con la misma voz tierna y sensible.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? Me sorprende esa respuesta, Carlota.

—Gracias por estos días. Yo no soy nadie, Fran. Yo soy una peluquera. Pero mi padre también me dijo más de una vez algo parecido a lo que me has dicho tú. Me dijo que cada día en la tierra es un último día.

—¿Te da miedo pensar eso?

—No lo sé. Pero es una extraña sensación la que me embarga al pensar eso. El hecho de estar a tu lado hace que esos momentos sean verdaderamente maravillosos.

—Carlota, me gusta escuchar eso de tus labios. Siento que eres una mujer a la que tenía que haber conocido mucho antes. No te infravalores. Eres una persona que se ha esforzado mucho por tener lo que tiene. Mírame a mí. Yo trabajo con mi padre. No he conseguido nada por mis propios méritos.

—Me ofende eso. Eres un músico excepcional y sé que algún día lograrás llenar estadios de fútbol. Ya lo verás.

—Y tú también lo verás.

No dije nada. Nos besamos de nuevo lentamente. Nuestras salivas se mezclaron y presentí que sus manos como una nueva tentación irreprimible

comenzarían a elevarme al séptimo cielo como lo estaba haciendo aquella serenata de luces y estrellas temblorosas.

Fulgores de astros y soles se pagaban en el firmamento mientras nosotros nos besábamos.

Éramos especiales. Éramos profundos. Nos teníamos el uno al otro. Era lo que había soñado muchas veces, demasiadas. Éramos Superman y Louis Lane. Solo faltaba que Fran se propusiera volar y que yo lo acompañara en ese viaje hacia Metrópoli como en la película, como en esa secuencia que se quedó grabada en mi retina.

Tenía ganas de desaparecer y olvidarme de mí misma. Y Fran con aquel beso lo estaba consiguiendo. Nos separamos por un instante y yo me quedé vacía.

Lo necesitaba. Entonces, sus labios se entreabrieron para pronunciar una palabra que él odiaba.

—¿Follamos?

Capítulo 17

Y sí. Hicimos el amor, y volvió a ser apoteósico. No me daba tiempo a respirar. Sus manos se hundieron en mi pelo. Temblaban. Luchaban contra mi fragilidad y era hermoso comprobar cómo Fran era capaz de amarme con un arrojo y un vigor extraordinarios, siendo al mismo tiempo lo suficientemente sutil con cada parte de mi cuerpo.

No conté las horas. No hubo sombras que poblaran nuestros pensamientos. Éramos libres y el ansia de tenerlo me hacía más poderosa, hacía que la tentación fuese cada vez más impetuosa.

Yo era el mar, en definitiva, un sueño en su cabeza y él era esa música que componía con todos sus sentimientos.

No hay palabras para describir ese clímax, para explicar que estábamos cerca y lejos, que nuestros cuerpos separaban nuestras almas y que nuestros espíritus, poseídos por una fuerza superior, aguardaban el fuego, el fuego que desprendían nuestros cuerpos, el sudor frío, un aliento dorado que poblaba nuestros labios.

Era el aire con el que respirábamos, con el que nos manteníamos con vida porque el aire de ahí afuera no nos importaba en absoluto.

Acabamos rendidos.

Tenía sed y me levanté. Aún faltaba mucho para que amaneciera, pero una misteriosa línea de luz se había posado sobre las aguas, sobre la ciudad, una franja luminosa que provenía de esas estrellas que se reflejaban sobre la faz de la tierra. Era hermoso sentir eso.

Bebía agua afanosamente. Todavía me temblaban las piernas. Noté que se acercaba. Fran se acercó por detrás y me cogió por la cintura. Estábamos desnudos como dos animales salvajes. Éramos dos seres especiales. Fran me lo había susurrado más de una vez al oído mientras yo gemía de placer.

También me había susurrado la letra de alguna canción, un estribillo, una pieza como ese “Esperarte”, que había empezado a componer en La Habana mientras yo dormía profundamente tras el incidente de la piscina.

*“Esperarte,
quererte despacio
para que mi vida no siga avanzando,
para que tal vez el Universo
se detenga y todo sea más fácil,
lleno de tu luz.”*

Aún lo recuerdo como si fuera ayer. Esas palabras me atravesaban el corazón mientras él me devoraba lentamente, consumiendo mis energías, mientras la oscuridad húmeda y latente trepaba sobre nuestros cuerpos.

Dejé que bebiera agua de mi vaso. Y luego volvió a besarme despacio en el cuello. Mirábamos al horizonte. Una estrella fugaz apareció nuevamente

frente a nosotros y entonces me acordé de Kate, de la buena de Kate.

Nos manteníamos allí, de pie. Estábamos flotando. Sé que estábamos flotando y que no había otra posibilidad que soñar despiertos, que permanecer, así como si hubiésemos admitido que la eternidad se parecía a ese instante, que, según él, ya no volvería a repetirse.

—¿No se va a repetir, Fran?

—¿Qué no se va a repetir? —preguntó con un tono misterioso.

—Este momento. No lo volveremos a sentir.

—Se repetirá, Carlota, pero no será el mismo y eso me apasiona. Y eso es lo que me hace feliz. Que cada segundo es diferente y lleno de imprevistos.

Me volví y lo miré a los ojos.

—Fran, ¿puedo pedirte una cosa?

—Dime, ¿qué necesitas? —respondió con naturalidad, esbozando una sonrisa que recordaba a esas sonrisas inolvidables de los actores de una película.

—No quiero quedarme sola.

—¿A qué viene eso ahora? Tienes cada frase, Carlota —intervino con cierto tono de burla.

—No te rías de mí, por favor. Hablo en serio.

—Nunca vas a estar sola. Una mujer como tú, una persona como tú, no puede estar sola jamás.

—No me has entendido.

Lo volví a mirar y sonreí tímidamente. Un rubor rojizo salpicaba mis mejillas. Una suave brisa me estremeció. Sentí un escalofrío por mi cuerpo.

—No tienes que preocuparte de esas cosas. Serás feliz y nunca vas a estar sola, ¿me oyes?

—No sabes a lo que me refiero, músico —dije yo con aire infantil e intentando quitarle hierro al asunto.

—Entonces, dime a qué te refieres.

—Me refiero a que no quiero estar sola de ti. ¿Lo entiendes? Sola de ti.

—Es precioso lo que acabas de decirme. Vale para el título de una canción. Sola de ti.

—No seas estúpido. Vuelves a reírte de mí.

Hice el ademán de escapar de él, pero Fran no me lo permitió. Me abrazó y volvió a susurrarme palabras hermosas.

—No puedo prometerte nada. No sé qué futuro nos espera. Pero ahora estás conmigo y no estás sola. Disfrutemos. Simplemente disfrutemos, Carlota.

Aquellas frases me aliviaron. Y de nuevo nos besamos y las primeras luces del amanecer comenzaban a reflejarse en el mar. El cielo azul regresaba a nuestra mirada.

Volvimos a acostarnos y cerramos los ojos. No madrugamos. Dormimos abrazados y no soñé con nada y, si soñé con algo, no lo recuerdo. Cuando no recuerdas los sueños, dicen que han sido sueños hermosos.

Nos vestimos después de ducharnos juntos. Habíamos quedado con los chicos que nos estarían esperando en el comedor del hotel.

Así nos lo hicieron saber con sus mensajes.

En efecto, estaban allí. Como siempre, faltaba Jaime. Kate y Luis

lucían un bronceado estupendo. Estaban especialmente guapos. Los veía diferentes y era lógico. Mi forma de mirar las cosas había cambiado. Kate se levantó y buscó un poco de intimidad para que le contara alguna intimidad.

—Creo que estoy soñando —dije yo como si por mi boca hablara una quinceañera.

—Estás de broma, ¿verdad? Baja ya de las nubes, hija.

—No, no estoy bromeando, Kate. No quiero hacerme de ilusiones.

—Por lo que veo en el brillo de tu cara, en la cama funciona muy bien.

—No seas grosera. Me da vergüenza hablar de eso.

—No me lo puedo creer. Pero si tú eres la lanzada del grupo, Carlota.

—Es hablar de Fran y me freno. Me quedo parada. Es mirarlo y todo mi mal humor desaparece de repente.

—Yo sé cómo se llama eso, amiga —dijo Kate con una leve sonrisa en sus labios.

Los cuatro nos sentamos juntos en una mesa y dejamos un sitio para Jaime. ¿Dónde diablo se había metido?

De repente, lo vimos aparecer. Venía sudando y nervioso, con los faldones de su camisa por fuera de los pantalones.

Algunos turistas que desayunaban cerca de nosotros se dieron cuenta de que nuestro amigo no tenía muy buen aspecto.

Se acercó y se sentó. Hundió el rostro en sus manos.

—Pero, ¿qué te pasa ahora? —preguntó Luis preocupado—. ¿No habrás montado un drama por lo que te ha pasado con ese transexual?

—No, no es eso. Es algo peor —contestó con voz temblorosa.

—¿Qué demonios has hecho esta vez? No ganamos para sustos, maldita sea —la voz de Fran sonó autoritaria. Parecía un padre regañando a su hijo.

—No puedo hablar. Necesito agua y unos ansiolíticos. Me va a dar un infarto —repuso Jaime sin dejar de sudar y con los ojos fuera de sus órbitas.

—Si no nos dices qué te pasa, no podemos hacer nada, maldita sea —intervino Kate frunciendo el ceño.

Yo permanecía en silencio. Yo estaba sumida en mi sueño al lado de Fran, quien hacía manitas conmigo por debajo de la mesa.

—Habla de una puta vez —susurró Luis con cara de pocos amigos.

—Está bien. Lo soltaré. Allá va la bomba. Me ha llamado Susan.

De repente, Fran y Luis se quedaron paralizados. Yo dejé de hacer manitas y miré a los chicos con expectación. Kate dejó de masticar la fruta y se limpió los labios con su servilleta, esperando una respuesta.

—Sí, no os quedéis así. Ha llamado Susan y dice que Lina está embarazada dos mellizas. Y el padre es uno de nosotros.

En aquel momento, casi me da un infarto. Al final, el tópico de que todos los hombres son unos capullos iba a ser verdad. Yo me quedé pálida. Kate vomitó el bocado de fruta sobre el plato. Luis comenzó a toser como si el café se le hubiese atragantado.

—Estás de broma, ¿verdad? —preguntó Fran lívido y con perlas de sudor sobre su frente.

—No estoy de broma. Lina va a tener dos hijas y ya han pensado en los nombres y todo.

Kate y yo asistíamos sobrecogidas. Mi amiga se había recuperado por unos momentos. Yo le había servido agua y ahora trataba de recuperar el sentido de aquella conversación.

—¿Te quedas tranquilo? Vienes, sueltas la bomba y... —dijo Luis muy enfadado.

—¿Te parece que yo estoy tranquilo? —respondió Jaime a la defensiva.

—Pero, ¿cuánto tiempo hace que no vemos a esas chicas? —preguntó Fran.

—Nueve meses —contestó Luis serio.

Kate se levantó completamente turbada. Yo sentía arcada. Todo el horizonte de ensueño que había trazado en mis pensamientos se había borrado de repente.

—Sois unos cabrones, unos estúpidos y unos canallas —intervine yo sin contar hasta diez.

—No te equivoques, Carlota. Esas chicas están locas. Seguro que es mentira todo lo que dicen. Se lo han inventado.

—No sé si se lo han inventado. Por cierto, a las mellizas, Lina les va a poner Brenda y Lucia. Para que lo vayamos asimilando... —dijo Jaime con su habitual sentido del humor.

—No doy crédito a lo que estoy escuchando —dijo Fran encogiéndose de hombros.

—No sé cómo me has podido hacer una cosa así, Luis. ¡¡Te odio!! ¡¡Maldigo el día en que te conocí!! —gritó Kate en medio del comedor.

—No puedes irte. Te necesito. Eres todo lo que tengo, por favor. Yo no hice nada con esas muchachas —dijo Luis con la voz rota.

—No te voy a perdonar jamás, Fran, lo que has hecho. Eres como todos los hombres que he conocido. ¡¡No te acerques a mí!! —manifesté yo con rabia y dolor.

Estábamos dando un auténtico espectáculo en aquel lugar. Las miradas de muchos turistas y del personal de servicio nos acorralaban.

—Vámonos de aquí. No tenemos que hacer nada con esta basura —dije yo con determinación agarrando a Kate del brazo.

—Eres un idiota, Jaime. ¿Cómo sueltas delante de ellas esa noticia? Has jodido nuestro viaje por completo —dijo Fran.

—Oye, a mí no me eches la culpa. Vosotros me habéis pedido que os dijera qué me estaba pasando.

Fran intentó agarrarme por el brazo, pero yo rehuí. Lo miré con desengaño, con frialdad. Me había decepcionado. Le había dado mi cariño. Había sido generosa con él y pensaba que había un futuro para nosotros dos.

Pero no era así. En España, nos esperaban dos mujeres dolidas y resentidas, como lo estábamos ahora Kate y yo. Una de ellas, además, esperaba dos hijas de uno de nuestros amigos, o mejor dicho, de los que creíamos que eran nuestros amigos.

Kate estaba hundida. Me metí con ella en su habitación.

—Respira. Ha sido una decepción muy grande —dije yo intentando que mi amiga dejara de llorar amargamente.

—No me lo puedo creer. Pensaba que Luis era el hombre de mi vida —los sollozos y las palabras de Kate me llegaban al corazón.

—Imagínate cómo me siento yo también. Pensaba que Fran y yo teníamos un futuro y ahora me encuentro con esta sorpresa. No sé qué hacer. No puedo pensar con claridad.

—Yo era feliz a su lado, Carlota. Luis y yo habíamos escrito una historia muy bonita juntos.

—Lo sé, Kate. Pero no nos podemos hundir ahora. No podemos dejar que esa noticia nos deprima. Tenemos que seguir adelante.

Yo intentaba animar a Kate. Pero yo también sentía que me hundía por momentos. Toda mi felicidad se había roto en mil pedazos como quien arroja un espejo contra el suelo. ¿Qué iba a ser de nosotras? ¿Qué iba a ser de mí?

Capítulo 18

No tardaron en llegar. Fran, Luis y Jaime estaban en la puerta de la habitación. Se notaba que estaban alterados. Se podía escuchar el jaleo al otro lado de la pared. No sabía si debía abrir la puerta. Kate no estaba para tomar decisiones en ese momento. Pero me dejé guiar por mi instinto y abrí.

Fran, Luis y Jaime entraron en trompa, como si la habitación fuese el camarote de la película de Los Hermanos Marx. Noté más que preocupación en los ojos de los muchachos. Estaban horrorizados.

Luis se vino abajo cuando vio a Kate llorando contra la pared, sentada sobre la cama. Intentaba desahogarse. Yo estaba aguantando el tipo. No me reconocía. Creo que la vida me había hecho fuerte y ahora sentía que debía ayudar a mi amiga sobre todo en esos momentos tan difíciles para nosotras dos.

Luis se acercó a Kate y se puso en cuclillas, a la altura de sus ojos.

—No he hecho nada con esas chicas. No he hecho nada, te lo prometo. Por favor, debes creerme —suplicó con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo puedo creerte? Dime cómo. ¿Por qué nunca me has hablado de esas muchachas? ¿Por qué? —repuso Kate entre sollozos.

—Lo siento, de verdad. No le di importancia. Yo no me acosté con ellas. Solo tonteamos una noche que salimos los tres a ver un partido de fútbol en un pub. Te juró que no pasó nada.

Nunca había visto a Luis en esa situación. Nunca lo había visto tan destrozado. Sus palabras sonaban verdaderas. Había certeza en lo que decía. Kate lo miró por unos instantes y de nuevo volvió a llorar. Él intentó abrazarla, pero ella no se dejó. En ese preciso instante, intervino Jaime con decisión.

—Debes creerle, Kate. Él no hizo nada. Luis te quiere y nunca haría algo así. Hubo risas y piropos entre ellos, pero no hizo nada. Si alguna vez me has considerado tu amigo, has de confiar en lo que te digo —la voz de Jaime era también la voz de la sinceridad.

—Hazle caso. Luis siempre tiene tu nombre en su boca. No has de sentirte traicionada —intervino Fran con voluntad de solucionar aquel problema emocional.

—No sé si creeros. Luis, ¿por qué no me dijiste nada? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Porque no quería que pasara esto. Que te vinieras abajo. Que te hundieras. Que me dejaras para siempre. Fui un tonto al coquetear con esas muchachas.

Sentí alivio al saber que Luis y Kate estaban a punto de solucionarlo, pero ¿qué iba a ser de mí? Yo estaba en una situación más difícil, porque, si Luis no había sido el que se había acostado con Lina, no quedaban más que dos opciones.

Él tuvo que intuir que yo estaba confusa, entre triste y airada. Jaime se echó atrás un momento, cabizbajo. Se tiró en el diván como si fuese un títere al que le han cortado los hilos.

Salí de la habitación, dejé a los cuatro allí, no dije ni media palabra, tenía rabia, estaba claro que Jaime o Fran era el padre de esas criaturas que iban a nacer ¡Vaya marrón! No quería ni pensarlo, pero no se me quitaba de la cabeza.

Me fui a la terraza del bar del hotel, que estaba en la playa. Me senté en uno de esos sofás tipo balinés y me pedí un cóctel. Las lágrimas no dejaban de cesar, ahora que mi vida tomaba un rumbo sucedía esto ¡Quería morirme!

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Fran acercándose por detrás de mí.

Asentí con la cabeza, se sentó a mi lado, yo estaba en lo alto del sofá, descalza, con las piernas cruzadas y la mirada ida.

Llamó al camarero y se pidió una cerveza, hubo unos minutos de silencio.

—Carlota, lo siento...

¿Lo sentía? ¿Y? yo no quería ni responder.

—Estoy un 90% seguro que no son mías, usé medios y no se rompió en

ningún momento... —dije mientras más rabia sentía.

—¿Y el otro 10%? —pregunté con rabia.

—Si hubo un error que desconocía, seré responsable de mis actos, no estaré con ella, pues no es lo que quiero en mi vida, pero si daré la cara si son mis hijas, no voy a permitir que crezcan sin el amor de su padre, nadie tiene derecho a eso... —se sinceró.

Cada vez tenía el corazón más encogido, no podía dejar de llorar, su mano sobre mi rodilla intentaba darme un poco de consuelo, cuando debería ser yo quien estuviera animándolo, pero no podía, mi mundo se había desmoronado en un instante.

—Carlota, sé que ya no me mirarás de igual manera, pero no quiero perder tu amistad... —dijo tristemente.

Yo seguía en silencio, ahora lo que me faltaba, que viniese a hablarme de amistad, cuando había puesto mi mundo patas arribas, cuando ya era el centro de mi corazón, cuando ya no sabía vivir sin él...

Lloré desconsoladamente, él me tiró a su pecho, besó mi cabello y dejó su rostro pegado al mío mientras me abrazaba, yo no le correspondía era un muñeco, no podía ni moverme, estaba tan destrozada que estaba ida, era incapaz de reaccionar, sabía que, a partir de ahora... nada sería igual.

—Lo siento, te lo juro, Carlota, lo siento, no te mereces estar así por mí, lo siento... —decía sin dejar de abrazarme, lo decía de corazón, pero yo era incapaz de articular palabra.

Nos quedamos unas dos horas allí, bebíamos, escuchábamos música, me acariciaba la rodilla, me daba algún que otro beso en la mejilla, pero yo no reaccionaba, seguía ida, seguía en mi mundo, sin gesticular una sola palabra, hundida en el dolor más profundo que jamás había sentido. ¿Y ahora qué? Esa pregunta destrozaba mi cabeza.

—¿Nos vamos a dormir, Carlota?

Asentí con la cabeza, me levanté y comencé a caminar hacia la habitación, Jaime estaba en el pasillo hablando por teléfono, nos saludó con la mano y entramos Fran y yo a la habitación, me cambié de ropa y me metí directa en la cama, él lo hizo un poco después, se pegó a mí y dejó su cara pegada sobre mi cuello, yo cerré los ojos, tardé una eternidad en dormir, pero lo conseguí.

Por la mañana Kate llamó a la puerta, salí al pasillo a fumar un cigarro con ella.

—¿Cómo estás? —Le pregunté dándole un beso en la mejilla.

—Yo bien, creo a Luis, se ha sincerado conmigo — dijo apenada.

—Claro, haces bien.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Yo mal, sinceramente mal, no puedo verlo ya de la misma manera, estoy destrozada, tengo miedo, mil sensaciones extrañas...

—Pero Carlota, no tiene nada con ella, en caso que desafortunadamente sea el padre, eso no le implica no poder tener una relación contigo...

—Da igual, ahora mismo no quiero hablar de ellos, me hundo —dije mientras rompía a llorar y ella me abrazaba.

En ese momento, abrió la puerta Fran, nos vio abrazadas y a mí llorando desconsoladamente, se acercó a nosotras y nos besó la coronilla abrazándonos. Así era él, cariñoso y con gestos increíbles, pero ahora, yo estaba rota, sin consuelo y con mucho miedo a enfrentarme a nada.

Entramos a cambiarnos para irnos a desayunar, Fran avisó a Jaime llamando a su puerta, un rato después estábamos en la playa tomando un café con una variedad de cosas que me revolvían el estómago, estaba tan mal que era incapaz de comer.

—¡Qué marronazo! —dijo Jaime con desespero.

—La verdad es que sí —intervino Luis.

—Bueno, cuando volvamos del viaje, ya habrán nacido y podréis pedir las pruebas de paternidad... —dijo Kate.

—Lo que voy a pedir va a ser una pistola para pegarme dos tiros —respondió Jaime desesperado, negaba con rabia con la cabeza.

—Creo que ahora no podemos hacer nada, lo mejor será centrarnos en el viaje —dijo Luis, para mi asombro, cualquiera se le quitaba de la cabeza eso.

Para centrarme estaba yo....

Pasamos el día en un chiringuito de la playa, tirados en esas hamacas balinesas, bebiendo cervezas, bañándonos, yo no hablaba, era incapaz aún, no me apetecía, Fran estaba en todo momento atento a mí, pero yo no podía corresponderle.

Allí mismo comimos, bueno, yo seguía sin poder apenas comer nada, solo bebía y observaba todo lo que sucedía a nuestro alrededor, Fran estaba atento a mí, pero no interrumpía mi silencio, se limitaba a respetarlo.

—Yo voy a decir una cosa, que sea lo que Dios quiera, pero paso de amargarme mis vacaciones —dijo Jaime de forma espontánea, para

incredulidad mía—. Aquí os dejo a los cuatro me voy a dar una vuelta.

Así fue, se fue sin más, a olvidar ese momento que se le había venido encima, yo me quede todo el día ahí, nos cayó el atardecer, terminamos cenando en el mismo lugar, en el mismo sitio con el mismo paisaje acuático.

Subimos a la habitación y volvimos a quedarnos dormidos, él, abrazado a mí, en silencio, sin ningún aliciente para buscar esos momentos íntimos de los que habíamos disfrutado días atrás...

Capítulo 19

No estaba feliz. La felicidad no era eso, no era por lo que yo estaba travesando ahora mismo. Aquella palabra que no le gustaba nada a Fran, porque era demasiado ambigua, resonaba una y otra vez en mi cabeza.

No lo había conseguido tener a mi lado para siempre. Ahora sentía que lo estaba perdiendo, que lo tenía lejos, que no podría alcanzar esos momentos de plenitud que había tenido con él pocos días antes.

¿Cómo es la vida? En unos minutos, todo cambia a nuestro alrededor de una forma imprevista.

A la mañana siguiente, todavía movidos por el recelo y la desconfianza, nos dirigimos a la ciudad. Jaime había vuelto a desaparecer de nuestro lado, algo que no era bueno para nosotros, pues eso significaba que tarde o temprano seguro que aparecía con malas noticias.

Alquilamos un coche para recorrer parte de Río. Yo me senté atrás con Fran, al que miraba a Fran con temor y con cautela, porque no sabía verdaderamente quién era. O sí lo sabía y no quería reconocer que, hasta que nos acostamos juntos, él había llevado también una vida sentimental como lleva cualquier joven a su edad. Seguramente, no había sido nada serio, pero me resultaba tan difícil aceptar lo de esa tal Lina y su embarazo que no lo miraba de la misma forma que había hecho antes.

Me daba cuenta de que tenía que ser realista y ser consciente de que tenía que enfrentarme a los problemas. Fran me había ocultado un secreto y debía aceptar quizá que él no era un superhéroe como esos que yo había fabricado en mi cabeza, sino un hombre de carne y hueso, lleno de pasión, de emociones y que se volcaba con la música. Y eso era admirable, y eso eran motivos suficientes para enamorarse de una persona como Fran.

No podía seguir teniendo esa mente de niña de colegio de Primaria. Debía madurar y percatarme de que habíamos crecido, que ya no había nada en nosotros que reprocharnos. De forma inconsciente, habíamos cumplido años y cada uno había ido desarrollando un papel en la vida, pese a pertenecer a un grupo de amigos inseparables.

Pero estaba claro que yo no podía exigir de Fran una relación o un noviazgo como esos que se ven en algunas telenovelas, lleno de inocencia y de bondad. No éramos unos niños.

Cada uno de nosotros había intentado buscar pareja a su modo y allí estábamos los cuatro, después de los años, queriendo que la vida no hubiese pasado por nosotros. Pero la vida había pasado por nosotros y más rápido de lo que yo podía haber imaginado nunca. Y Fran seguramente había conocido a otras chicas al igual que yo había conocido a otros nombres, y yo debía aceptarlo, ser sincera conmigo misma. Fran era un hombre con sus necesidades y con ganas de conocer a otras chicas que no fuese yo, su eterna amiga.

Menos mal que Luis y Kate parecían haber solucionado el problema. Por un momento, temí que los dos rompieran por aquellas dos chicas. Habría sido un desastre.

Visitamos algunas zonas turísticas de Río de Janeiro como el Palacio Imperial y algunas iglesias y conventos. Me sorprendía esa influencia colonial en aquel paraíso y cómo esa arquitectura europea se había mezclado con la cultura y las tradiciones de sus habitantes autóctonos. Y era hermoso contemplar esa combinación entre ciudad colonial y playas paradisíacas. Lo que me sobrecogía era el Cristo del Corcovado, quien gobernaba todo aquel lugar desde las alturas, una efigie que apuntaba hacia el cielo con los dos brazos abiertos en cruz, mirando hacia el infinito océano.

Las visitas no estuvieron marcadas por la alegría o las risas. Fran intentó hablarme varias veces y yo respondía con monosílabos. Algo raro me pasaba. No tenía ganas de fingir que estaba extasiada con cada cosa que decía. Necesitaba tiempo para asimilar todo lo que me había pasado en tan poco tiempo, para bien y para mal.

Paramos a comer cerca del majestuoso Palacio Catete. Era un pequeño restaurante de típica comida brasileña. Kate, que era valiente y atrevida a la hora de tomar decisiones, pidió varios platos y también el camarero nos orientó para probar bocados exquisitos, regados con licores y salsas dulces.

El marisco, la fruta y el arroz eran excepcionales. Durante la comida, estuvimos hablando sobre Jaime y sus locuras. Luis evitó hablar de Susan y de

Lina. Yo me di cuenta de que Fran no estaba cómodo con aquella conversación. De vez en cuando se acercaba para darme un beso en mi cabeza o en la mejilla. Yo no respondía.

Y no porque no quisiera besarlo, sino porque estaba dubitativa, porque necesitaba aceptar que Fran era un hombre con sus debilidades, con sus necesidades, como cualquier otro hombre. Intentaba calmarme, pensar con serenidad, entender que había sido muy valiente al sincerarse conmigo.

Después de comer, decidimos ir a la playa del Arpoador. Nos apetecía darnos un baño y tomar el sol. Para eso habíamos elegido estos destinos. Me quité mi vestido nada más pisar la arena y un bikini rojo, espléndido, que dejaba ver la belleza de mi cuerpo, fue la admiración de Kate.

—Pero, ¿dónde te lo has comprado? Es precioso, Carlota.

—Pues, lo compré en una tienda online. Una de mis empleadas me recomendó la página y había cosas preciosas.

—¿El modelito de leopardo también estaba expuesto en el catálogo?

—No seas tonta, Kate. Aquello fue herencia de mi abuela —dije yo bromeando.

—No sabía yo que tenías una abuela tan atrevida y provocativa —repuso ella siguiendo el juego.

Pude notar que Fran tenía sus ojos puestos en mi cuerpo. Me recordaba a aquella primera vez que me vio desnuda en el hotel de La Habana, cuando su mirada se retuvo un instante en cada curva de mi geografía, un instante que nos pareció eterno.

Luis ya se había quitado la camiseta y se fue corriendo hacia el agua. Parecía un corredor de atletismo. A Kate le brillaban los ojos cuando lo vio entrar en el agua y darse un chapuzón. Nos saludó efusivamente antes de que las olas lo cubrieran por completo. Fran quería estar a mi lado, pero yo le dije que se fuera con Luis a hablar de sus cosas o a jugar al frisbi.

Luis seguía saludando como un niño pequeño. De repente, un balonazo impactó en toda su cara y lo dejó inconsciente. Todos nos alarmamos porque las narices de Luis empezaron a chorrear sangre y se quedó inconsciente en el agua.

Fran se lanzó rápidamente a ayudarlo. Los chavales que le habían dado el balonazo salieron corriendo para evitar dar explicaciones. Había sido un accidente, pero Luis estaba con el rostro hundido en la corriente. No podía respirar. Se estaba ahogando. Las olas embestían contra su cuerpo que, inmóvil, flotaba todavía como un trozo de madera.

No tardó Fran en llegar al agua y rescatarlo. Luis estaba pálido. Salió cojeando, tosía, le faltaba el aire. Su amigo lo acostó en la arena y un círculo de curiosos se formó enseguida. No volvía en sí. Le costaba respirar. Fran se dispuso a hacerle el boca a boca, pero, de repente, llegó el vigilante de la

playa.

Todos esperábamos a una de esas chicas con melena rubia de las series americanas, pero no fue así.

Un mulato de dos metros se acercó a él y con unos labios que parecían dos ventosas succionó la boca de Luis. Kate estaba llorando en mi regazo. Aquel mulato casi asfixia a nuestro amigo con sus dotes de chupóptero.

Luis despertó enseguida y se pegó un susto de muerte cuando abrió los ojos y, en vez de encontrarse a Pamela Anderson, se encontró a aquel gigante con una boca que volvió a pegarse a la suya como si fuese un desatascador.

Los ojos de Luis se salían de sus órbitas.

—Para ya, gracias. Creo que está bien —dijo Fran entre risas.

—Pero, ¿qué cojones pasa aquí? —gritó Luis apartando al vigilante de un empujón.

El muchacho se marchó con un enfado monumental y las lágrimas de Kate se convirtieron en risas y carcajadas. Yo no sabía cómo reaccionar. Finalmente, también reí con ellos.

—Vaya dos besos que te ha dado el mulato, Luis —dijo Fran.

—Sí, pensaba que iba a venir Pamela Anderson y me aparece el morenazo —intervino Luis escupiendo en la arena.

—Era guapo —dije yo con sorna.

—Me voy a callar, porque si se me calienta la boca, no sé de lo que soy capaz —contestó él con enfado.

—Yo creo que te han gustado los besos —intervine yo mofándome.

—Pero, ¿estás loca? A mí me gustan las mujeres.

—Pues no lo parece —dijo Kate señalando el bañador de su novio.

Un ligero bulto sobresalía de la tela de aquel bañador que hizo que Luis se sonrojara y se fuera de nuevo al agua, solo. Fran, sin dejar de reír, lo acompañó para sortear algunas olas.

—Menudo susto me ha dado, Carlota.

—Yo pensaba que se ahogaba. Temí por su vida un momento. Menos mal que todo ha quedado en una anécdota —dije yo con complicidad.

Nos volvimos a tumbar en la hamaca. El sol apretaba, aunque ya estuviese atardeciendo, así que, sin decirle nada a Kate, me dirigí a un chiringuito que estaba a unos pocos metros de las hamacas.

Mi cuerpo y mi bikini impresionaban. No me di cuenta de que un par de jóvenes se fijaron en mí rápidamente y se pusieron a hablar conmigo.

—Hola, guapa. ¿qué haces tan sola? —dijo el más alto.

—Nada. Vengo a refrescarme —dije yo como si nada.

—Eso, que ese cuerpo no pase frío ni calor. Aunque el calor te sienta muy bien —dijo el otro, que parecía más joven.

Qué casualidad que fuera a encontrarme con dos españoles en aquella playa. Eran simpáticos y me apetecía sentirme observada. Kate me vigilaba desde la distancia. No me gustaba el gesto de su cara. Estaba seria. Pude ver que Fran dejaba de sortear las olas junto a Luis. Se puso a observarme atentamente, como si temiera por mi seguridad.

—¿Sois de Madrid? Hemos tenido que venir a Río de Janeiro a conocernos —dije yo como una tontina.

—Por alguien como tú, voy a la Antártida si hace falta —dijo el primero que habló.

—No seas exagerado. Tampoco soy gran cosa.

—Eres un monumento. Tenían que quitar al Cristo del Corcovado y

ponerte a ti. Madre mía, qué curvas.

En otro contexto, me habría levantado y me habría ido, o les habría hinchado a porrazos con mis zapatos, pero esta vez, me quedé allí, siendo el objeto del deseo, haciendo que aquellos chicos no dejaran de halagarme mientras no paraban de invitarme a ron y a toda clase de licores dulces.

Me los bebía como si fuesen vasos de agua. Qué bien entraban y luego vinieron los cócteles. Y yo me sentía diferente. Y aquellos chicos me cogían por la cintura para hacerse selfies. Lo estaba disfrutando. Notaba el sudor de sus cuerpos en mi piel y seguía bebiendo. ¿Por qué? ¿Por qué hacía eso? No sé muy bien por qué. Porque necesitaba olvidar. Porque aún me dolía lo que me había ocultado Fran. Porque quería darle celos a aquel chico que tanto me gustaba. Porque sencillamente a veces me comporto como una idiota y no hay quien me aguante.

Kate no lo soportó más y vino a rescatarme. Mi cabeza me daba vueltas. Los chicos protestaron. Luis se acercó para poner paz y los jóvenes entendieron la situación. Volví a las hamacas y Fran no estaba.

—¿Dónde se ha ido mi novio? —dije con hipo, tropezando con las palabras y lejos de la realidad.

—Eres idiota, Carlota. Se ha ido. Se ha ido al coche. Estaba hecho polvo. Se ha quedado como una estatua de mármol cuando te ha visto ligar con esos chicos.

—Yo no estaba haciendo nada. Tenía sed y esos madrileños fueron muy amables en invitarme a unas copas —volví a decir yo con voz de borracha.

Eché la cabeza hacia atrás de la hamaca y me quedé dormida. El alcohol estaba haciendo sus efectos y no era consciente de lo que me había dicho Kate.

Fran se había marchado. No quería verme en aquella situación, lejos de él, tonteando con otros chicos.

Me fui a la habitación a dormir, pero no podía, saber que Fran estaba metido en el coche, me ponía de mal cuerpo, así que a las cuatro de la mañana y viendo que no conseguía conciliar el sueño, me fui al aparcamiento del hotel y me asomé donde estaba, mirando al techo, en el asiento del conductor, con los ojos abiertos, se asustó al verme, se puso la mano en el pecho, le pedí que abriera el coche y me monté en el asiento de al lado.

—Sube a la habitación —dije mientras le cogía la mano, el como siempre, educado y muy correcto, acarició mi mano con sus dedos.

—Está bien, vamos, necesitaba estar un rato solo, pero ya estoy bien — dijo mientras me soltaba y salía del coche.

Fuimos en silencio hasta la habitación, al llegar nos sentamos en la cama.

—Fran, siento lo de esta noche —dije avergonzada.

—Tranquila, si lo hiciste es porque en ese momento lo considerabas oportuno.

—No, Fran, eso no son excusas —dije derramando las primeras lágrimas.

—No te debes lamentar, yo lo que quiero es que no te pase nada, por una tontería de esa puedes pasarlo mal, no los conocías de nada y ellos aprovechaban los selfies para tocarte...

En ese momento me di cuenta de que vio todo, me estaba matando esa imprudencia mía, no pude haber sido más carajota.

—Fran, siento haberte hecho pasar un mal momento.

—No pasa nada, pero cuídate siempre, Carlota, cuídate, que vales mucho... —decía tristemente mientras se clavaban las palabras en mi corazón.

—Lo haré, créeme que lo haré.

—Estamos ahora todos en un momento difícil, al fin y al cabo, lo que nos pase a unos, les duele a los otros, la noticia de Jaime ha puesto todo ese bonito viaje patas arribas, aunque no queramos, la incertidumbre nos va a

matar, tengo la sensación de que me he cargado mis sueños y los de muchos en un instante.

—No digas eso, Fran —decía llorando con el corazón encogido.

—Es así, Carlota, pero como decía mi abuela... A lo hecho, pecho. Así que pasará lo que tenga que pasar, pero no quiero complicar la vida de nadie, yo soy el responsable de mis actos y no puedo permitir que más nadie los pague.

—Estamos todos para apoyaros a Jaime y a ti.

—Lo sé, pero también sé, que os hemos causado un daño, sobre todo a ti —deslizaba sus manos por mis mejillas, secando mis lágrimas, mientras observaba mis labios.

—Fran, pienso apoyarte en todo, estaré para las buenas y para las malas...

—Lo sé, pero ahora debo de ser yo quien arregle mis problemas —decía sin yo entender, sí que lo que estaba intentando decir, es que ahora quería estar solo y que yo no interceptara en su vida.

—Quiero estar contigo...

—Lo sé y estaréis conmigo, no me cabe la menor duda.

—No pluralices, te digo que quiero estar contigo, Fran.

—Lo sé, necesito pensar, necesito aclarar muchos conflictos interiores
—dijo mientras se echaba hacia atrás y tiraba sobre su pecho para abrazarme.

—No me eches de tu vida, Fran...

—No lo haré, solo necesito tiempo para resolver, Carlota, solo eso, duerme, necesitamos descansar —dijo cortando aquella conversación que no dejaba claro sus intenciones de volver a estar conmigo como antes lo estaba.

Y me dormí, con el corazón encogido, notando que ya nada iba a ser igual, que todo iba a cambiar el rumbo de lo que había ido aconteciendo.

Capítulo 20

Desperté, Fran estaba mirando al techo con los ojos abiertos, yo estaba dejada caer en su hombro.

—Buenos días, Fran.

—Buenos días, guapa —dijo mientras quitaba mi flequillo de la cara.

—¿Cómo estás?

—Bueno, he dormido poco, no sé, será que me cuesta digerir todo, imagino que será cuestión de tiempo y de ir resolviendo dudas, para poder seguir hacia delante.

Sus sinceras palabras, se me clavaban como puñales, aunque sabía que no lo hacía de forma malintencionada, a mí me dolía cada una de ellas, parecía como si me estuviese echando de su vida.

—No quiero verte así, Fran —dije mientras me incorporaba para ponerme frente a él, a la altura de su cara, con mi cuerpo pegado al suyo.

—Lo sé, no te preocupes, vamos a desayunar.

—No —dije frenando a que se levantara, me fui directa sus labios y le propiné un beso.

—Carlota...

—No digas nada, por favor, te necesito, Fran —volví a darle otro beso fuerte.

—No quiero hacerte sufrir...

—No me quites de tu vida, así no me lo harás —esta vez me puse justo encima de él y le abracé bien fuerte, sentí su miembro entre mis piernas e hizo que casi jadeara, a pesar del dolor, le deseaba.

—Jamás te echaría de mi vida, no lo dudes, pero ahora necesito encontrarme como ya te he dicho...

—Yo necesito perderme en ti, Fran, perderme contigo —dije mientras agarraba sus mejillas y lo volvía a besar.

—Carlota, ahora no estoy al cien por cien —dijo con cara de tristeza.

En ese momento no le plante un beso, me lo comí a besos, devorando cada rincón de su boca, no iba a permitir que se apagase, que me desplazase, yo quería estar con él, en lo bueno y en lo malo, pero a su lado, no quería ni podía imaginar mi vida sin él.

—No sé si es buen momento —frenó el beso en el que se había perdido enloquecidamente unos instantes.

Lo ignoré, volví a su boca, no estaba dispuesta a permitir que eso no sucediese, estaba ahí, en la cama con él.

Me quité la camiseta y el sujetador, sentada encima de él, volví a ir a sus labios.

—Tócame, Fran, te necesito.

En esos momentos me giró, me dejó boca arriba y comenzó a mordisquear mi cuello, bajando a mis labios, hasta terminar en mis pechos, mientras que, con la otra mano, me quitaba las bragas, así lo quería ver, entregado a mí, dispuesto a darme todo de él.

Lamió cada parte de mí, llevándome a lo más alto, sin parar, sin dejarme que me moviera, me paraba con una mano y con la otra y sus labios torturaban cada parte de mí.

Cuando entró dentro, empezó a moverse sin dejar de mirarme un solo instante, serio, sudoroso, excitado, llevándome más allá de lo que ningún hombre había conseguido.

Sus movimientos eran perfectos, sincronizados, bajó su cabeza y me mordisqueaba el labio de nuevo, quería sentirme, luego me volvía a mirar, con esa mirada de deseo, de esas que solo un hombre puede echar cuando está sintiendo algo muy grande... en esos momentos yo no dejaba de mirarlo, me mordisqueaba el labio, gemía y casi lloraba de placer, de estar sintiendo que en esos momentos era capaz de tocar el cielo con las manos.

Cuando los dos gritamos de placer, se quedó tirado sobre mí, abrazado, sin salir, besando mi hombro mil veces, luego se separó me miro y me cogió la mano, fuimos a darnos una ducha, donde hubo caricias, pero de sentimientos, abrazos, miradas, pero todo en silencio, sin hablar, no hacía falta, luego nos vestimos y salimos al encuentro de los chicos que estaban en la terraza de la playa esperándonos para desayunar.

Capítulo 21

Ahí estaba Jaime sentado con una resaca impresionante, hablando con Luis y Kate, que nos recibieron con una gran sonrisa.

—¿Qué tal estás, Fran? —preguntó Jaime.

—Igual de jodido que tú —soltó inesperadamente provocándonos unas risas.

—Vaya marrón tenemos, hermano —respondió Jaime sonriendo forzosamente.

—Pues sí, pero bueno, ya veremos quién seremos los padres o quienes actuaremos como titos... —dijo Fran.

—Yo como tito, yo como tito —se apresuró a decir Luis ante la risa de todos.

—Sí, hijo, tú te salvas —dijo Jaime negando con la cabeza, riendo de todo lo que estaba sucediendo, quizás lo hacía por no romper a llorar.

—Y digo yo una cosa, ¿no es posible que sea toda una mentira de ella para joderos? —preguntó Kate.

—Poder, puede ser, pero de que está a punto de parir dos, es cierto, me lo han corroborado varias fuentes, mi abogado ya está tomando cartas en el asunto —dijo Jaime.

—Bueno, lo mismo es de otros, vete tú a saber si no se acostó con algunos más —dijo Luis.

—Pues la tía dice que tiene muy claro que es de Fran o mío —respondió Jaime.

—Yo tengo claro que mi padre es el mío, pero jamás me enseñaron una prueba que lo confirmara, así que ustedes ir a por la prueba y que gane el mejor —dijo Luis bromeando.

—¡Qué bestia eres! —exclamó Kate mientras se comía la tostada.

—Aquí sea por uno u otro lado, estaremos cambiando pañales los días que nos toquen las niñas ¡Qué marrón! —se quejaba Jaime.

—¿Tú puedes desayunar calladito? —preguntó Fran con tono serio.

—Qué poco sentido del humor tienes, hijo.

—Ya, será que hay cosas que lo último que se me pasa por la cabeza es tomarlas a bromas.

—Solo he dicho que, por un lado, u otro, nos veremos todos cambiando pañales. ¿Dónde está la broma?

—Si es mi problema, no hará falta que nadie se los cambie, sé hacerlo solito —dijo muy serio.

—¿No me dejarías cambiar a mi sobri los pañales? —preguntó Kate ante la mirada asesina de Luis para que se callara.

Ni contestó, ya nos quedamos unos minutos en silencio mientras desayunábamos, un rato después se levantaba de la mesa Jaime y se despedía de nosotros hasta el próximo desayuno.

—Por cierto, chicos —irrumpió Kate dirigiéndose a Fran y a mí— Luis y yo, nos vamos hoy de día romántico, spa, playa, coctel, habitación, comida íntima... —dijo mientras ya me imaginaba que lo hacía por dejarnos solos para tener nuestro espacio.

—Está bien, disfrutad, ya planeo algo con Carlota, no os preocupéis por nosotros.

Eso sonó divino, mi plan, darme 5 revolcones, comerlo a besos y hacerle ver que ahí estaré siempre para apoyarlo, pese al posible marrón que se me venía encima. El suyo... ¡Cara de sargento! Se le veía que no podía evitarlo, en el fondo era tristeza, era algo muy fuerte enterarte de algo así, era hasta para mí, que no era responsable.

Se levantaron, nos dieron un beso y se despidieron hasta el día siguiente que nos veríamos aquí en el desayuno.

Fran me dijo de cambiarnos a las tumbonas, estaban en frente, ahí podíamos tomar algo más cerca de la orilla, asentí con la cabeza y le seguí, nos tumbamos en una grande, con la espalda inclinada, hubo unos momentos de silencio y nuestras miradas perdidas en el mar, en el horizonte, el camarero irrumpió con dos cervezas que había pedido Fran.

Me dio una que apoyé en la mesita que tenía el lado.

—Fran, no me gusta verte así —dije dejar de mirar al horizonte, mientras me encendía un cigarrillo.

—Soy el mismo, es solo un estado, ahora tengo los ánimos por los suelos, pero se me pasará —puso la mano en mi rodilla, acariciándola para tranquilizarme.

Me lancé con las manos a su cuello y se lo besé, un fuerte tierno y fuerte a la vez, él acariciaba mi espalda, quería hacerme sentir bien.

—¿Qué te apetece hacer hoy, Carlota?

—Disfrutar de ti, me da igual dónde y cómo, pero disfrutar de ti —dije con voz flojita y triste.

Me miró con una media sonrisa, denotaba dolor, me transmitía mucha lástima, me dolía verlo de esa manera, él no era así, él era feliz, soñador por naturaleza, educado, correcto, cariñoso... lo tenía todo, pero ahora estaba abatido, con dolor, con rabia de haber metido la pata de su vida y la responsabilidad que eso conllevaba, además de tener que ver a esa mujer toda su vida, por los lazos que le atarían por siempre.

—Vamos a pasar un bonito día, Carlota —dijo mientras levantaba la cerveza para brindar con la mía.

—¿Y eso? ¿Qué cambio, no? Aunque me alegra verte así.

—Pues porque te lo mereces, no quiero que la única opción que tienes hoy para pasar el día, te lo estropee, así que tú manda, pide por esa boca lo que quieres, que aquí estoy yo para complacerte. —dijo mientras acariciaba mi muslo.

—Solo quiero estar contigo... —dije antes de dar un trago.

En ese momento se acercó el camarero por si necesitábamos algo, le pedí dos chupitos de tequila con sal y limón, Fran me miró sorprendido.

—Como te emborraches, no permitiré que te acerques a ningún hombre más —dijo bromeando recordando la noche anterior.

—¿Perdona? Se acercaron ellos, no pudieron resistir ver a esta belleza española —dije bromeando.

—Ven, siéntate aquí —abrió sus piernas para que me sentara delante de él, mirando al mar, mientras el me abrazaba.

En ese momento trajeron los chupitos, así que me volví un poco, nos pusimos la sal en la mano, mordimos el limón, chupamos la sal y chupito para dentro, el primero del día a las 11 de la mañana, progresábamos adecuadamente, para vernos, pero ahí me dejé caer, en su pecho, frente al mar, en esa playa de Brasil, con el amor de mi vida, y él su cabeza apoyada en mí, en mi hombro, con sus labios en mi cuello...

—¿Me vas a tener todo el día bebiendo? —preguntó a mi oído.

—No, también pienso abusar de ti... —dije de espaldas a él, mirando al mar, intentando aguantar la risa.

—No me lo merezco...

En ese momento giré todo mi cuello y lo miré a los ojos.

—No vuelvas a decir eso —dije en tono amenazante y luego me giré de nuevo.

—Perdona, pero no me siento bien, no estoy a gusto conmigo mismo,

me siento extraño, como si no perteneciera a lo que me está pasando, esto ha desordenado mi vida por completo...

—Vamos a darnos un baño —le agarré de la mano y tiré de él.

No me gustaba verlo así, tan triste. Aunque él intentara sonreír, yo lo conocía bien, esa sonrisa no era la de siempre, estaba dolido y yo lo sabía.

Comenzó a nadar y se alejó de mí, internándose algo más en el mar. Yo lo observé unos instantes, hasta que no pude evitar ir tras él.

Llegué a su lado y me agarré a su cuello, por detrás.

—Carlota, no.

—Fran, no me gusta verte así.

—¿Verme cómo?

—Triste, decaído.

—No tengo ganas de hablar.

Intentó que quitara mis brazos alrededor de él, pero yo no lo dejé. En su lugar, me las ingeníé para poder ponerme frente a frente, enlacé mis piernas

en su cintura y lo obligué a moverse un poco, hasta que volvió a tocar el fondo con el pie.

Sin pensármelo, lo besé. Porque me apetecía, porque me encantaba hacerlo. Porque necesitaba hacerlo.

Se mostró reacio a mi beso y eso me dolió.

Pero yo estaba dispuesta a que fuera mío allí, y lo iba a conseguir.

Moví mis caderas, apreté mis pechos contra su torso, volví a besarlo, con fuerza, gimiendo, demostrándole que yo ya estaba excitada.

Le costó responderme, pero al final lo hizo. Fue un pequeño triunfo para mí sentir cómo me devolvía el beso.

Bajé una mano y saqué su miembro del bañador.

—No, no —dijo rápidamente.

Pero yo no iba a darle tregua, lo quería dentro de mí en ese momento. Y él estaba tan excitado como yo.

Moví mi bikini y, no sin ingeniármela, logré meterlo dentro de mí. Luchaba contra él mismo, pero el deseo estaba allí.

Me moví con delicadeza para que nadie notara nada, hasta que llegamos al clímax. Le di un beso y me quité de encima.

Me miró tras colocarse el bañador y, sin más palabras, sonrió, volví a hacerlo sonreír, aunque realmente estaba abatido.

Pasamos el día tirados en esas hamacas del bar de la playa, el seguía cariñoso conmigo, cómplice, pero realmente no estaba bien, esta ido, intentaba disimular, pero no podía.

Por la noche subimos a la habitación estaba inquieto, se dio una ducha mientras yo hablaba con mis padres por Skype, luego al salir del baño me dijo que lo siguiera, volvió a llevarme a la playa.

Contemplábamos el mar en silencio. Estaba esperando que Fran me dijera lo que necesitaba decirme. Era de noche, tarde, y me había hecho salir de la habitación para hablar conmigo.

No entendía nada, estaba nerviosa. Fuera lo que fuera, podía habérmelo dicho ya, no con esa intriga que me estaba matando. La ansiedad se apoderaba de mí, el miedo a lo que quisiera decirme era terrible.

—Fran, ¿estás bien?

Estaba de pie, detrás de él, tomé asiento en la arena, a su lado. Él no

decía nada, estaba así desde que habíamos llegado, simplemente mirando al infinito.

Movió un poco la cabeza, como si saliera de algún trance y me miró. Me mordí el labio al ver su mirada, mi corazón dio un vuelco. Lo conocía bien y lo que vi en su mirada...

—No sé cómo decirte esto —susurró.

—No lo digas —negué con la cabeza, no sabía exactamente qué era, pero me sonaba a despedida, simplemente no quería escucharlo—. No lo hagas, Fran.

—No quiero hacerte daño, pero lo nuestro se acaba ahora.

En ese momento quise que la tierra me tragase, mi miedo hecho realidad. Estaba terminando con nosotros. Ni siquiera habíamos comenzado nada, ¿cómo iba a terminarlo?

—¿Por qué? —pregunté con un poco de rabia.

—Yo necesito arreglar mi vida, yo no merezco una oportunidad ahora. Con nadie.

—¿Por qué dices eso?

—¿Y si yo soy el padre, Carlota?

Tragué saliva. ¿Por eso era todo? Si lo era... Yo lo apoyaría. Yo estaría con él. Era mi amigo. Era el amor de mi vida.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros ahora, Fran?

—No me lo pongas más difícil —me rogó.

—Que no te lo ponga difícil. ¿El qué, Fran? Me traes aquí y me dices que lo nuestro, sin que ni siquiera tenga yo idea de qué es lo nuestro, se termina. ¿Y yo te lo pongo difícil?

—Sí, lo haces. Porque ni siquiera puedo tenerte cerca ahora. Porque necesito tiempo, necesito pensar. Tengo que arreglar mi vida antes de poder decidir nada. Mi vida no es fácil ahora mismo.

—No, la de nadie lo es. Pero yo no voy echando al mundo de mi lado. Somos amigos.

—Tú lo has dicho. Amigos. Pero como lo éramos antes de todo esto. Así es como tenemos que seguir.

—Sin sexo, dices —dije dolida.

—No te etiquetes como sexo, jamás hice nada para que te sintieras así,

Carlota, no es justo.

—Lo estás haciendo ahora. Me estás dejando, o diciéndome que no te toque, que se acabó el sexo. Me estás etiquetando tú.

—No, yo no hice eso —dijo enfadado—, lo haces tú al verte así. No sé qué pensaste que tuvimos, pero ningún te vi como solo sexo.

Me callé, estaba dolida, tenía una presión en el pecho que no me dejaba respirar. Joder, estaba herida, no podía terminar así algo que ni siquiera había comenzado.

—¿Sabes qué? Da igual —suspiré.

—No, no da igual. No lo estás entendiendo y me molesta.

—¿Qué no entiendo, Fran? Lo que sea que hubiera entre nosotros, lo terminas aquí.

—Pero somos amigos.

—Sí, pero no me pidas que todo siga como siempre. No después de lo que tuvimos.

—Carlota... —suspiró— Tengo que poner mi vida en orden, tengo que regresar a España, tengo que saber si voy a ser padre. Nada es fácil. Pero no

quiero perderte.

—Tú eres el que me está echando.

—No de mi vida, solo termino con esto.

—¿Qué esperas? ¿Que todo vuelva a ser como antes? ¿Qué olvide todo lo que hicimos? No es fácil, Fran.

—¿Y crees que para mí sí?

—No dije eso...

—Pero lo piensas. Lo siento, Carlota, espero que volvamos a ser los mismos de antes, pero entenderé lo que decidas.

—Haré lo que quieres, mantenerme alejada de ti.

Se levantó después de pasarse las manos por el pelo, como si estuviera frustrado. Sabía que lo estaba, pero yo también me sentía dolida.

Hice lo que menos debía, levantarme y abrazarme a él llorando. No quería que se alejara de mí, no podía permitirselo. ¿Por qué no lo entendía?

—Fran, por favor, no hagas esto.

—Carlota, no me lo hagas más difícil —me rogó sin tocarme.

Yo no podía controlar las lágrimas, me abracé a él con más fuerza y seguí llorando. Noté cómo me tocaba varias veces la cintura, pero volvía a quitar las manos. Hasta que, en un momento, de repente, me abrazó con fuerza.

Me acunaba como si fuera una niña pequeña.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Lo adoraba. Pero quería ver esa sonrisa que me enamoraba, la chispa en sus ojos, de alegría, de picardía... No la tristeza y la desesperación que ahora notaba en ellos.

Me acerqué y lo besé. El beso sabía a lágrimas, le enseñé en él todo lo que nunca pude decirle con palabras.

Cogió mi cara con sus manos y rechazó el beso.

—No —negó con la cabeza—, no vuelvas a hacerlo. No me toques.

—Me duele tu rechazo.

—Por dios, entiende que mi vida no es sencilla ahora.

—Y estás jodiendo la mía —le dije con rabia.

—Carlota, esto se acabó. Solo te pido distancia. Nos quedan días en este viaje, luego vamos para otros destinos, llevémoslo lo mejor que podamos. En España...

—¿Qué? —pregunté.

—No lo sé —resopló—. Ahora mismo no sé nada, solo que tengo que arreglar mi vida.

—Y yo no soy parte de ella.

—No, no como tú esperas. Al menos no por ahora.

Me dio un dulce beso en la frente que me dejó rota y se fue, dejándome allí.

Lo vi alejarse, cómo su silueta se iba perdiendo con la distancia. Tapé mi boca con las manos, sollozaba, lloraba sin poder evitarlo.

Me dejé caer en la arena hasta que me calmé.

Su vida no era sencilla... ¿Y cómo iba a ser la mía ahora? Yo no podía olvidarlo. Nunca pude. ¿Cómo hacerlo después de todo lo que había pasado entre nosotros?

Lo peor era que no sabía qué quería. ¿Tiempo? ¿Paciencia? ¿O, claramente, lo nuestro era imposible?

Me levanté cuando dejé de llorar y caminé por la playa. No podía volver a la habitación que compartíamos. No sabía cómo actuar cuando lo viera. No... No iba a ser fácil para mí mantenerme alejada de él, menos aún mirarlo como lo hacía antes, cuando yo jamás lo había visto como un simple amigo.

Dudé mucho a la hora de volver a la habitación, pero era tarde, tenía que descansar. Al día siguiente viajaríamos.

Cogí aire antes de abrir la puerta y entrar. Entré temerosa, una mezcla de alivio e inquietud se apoderó de mí cuando vi que él no se encontraba allí. ¿Estaría con alguno de nuestros amigos? ¿Volvería más tarde a dormir conmigo?

Lo dudaba, él no quería que lo nuestro siguiera, no podría dormir conmigo.

Me acosté y cerré los ojos, pensando en cómo podría seguir adelante a partir de ahora. No necesitaba a Fran, pero él estaba ahí, en mi vida.

Era él. Siempre lo fue. Seguramente siempre lo sería.

Dios... ¿Cómo iba a soportar tenerlo cerca ahora?

Continuará

Parte 2
Dudas

Capítulo 22

Abrí los ojos, después de haber logrado dormir un poco, sus palabras de despedida se habían quedado grabadas en mí, aunque aún nos quedaba la otra mitad del viaje, ya nada iba a ser igual... todas sus palabras retumbaban en mi cabeza.

Me di una ducha, pero antes, al mirarme al espejo, me di cuenta de que estaba mal, demacrada de llorar, con bolsas en los ojos, me veía horrible, pero mi rostro era el reflejo de mi alma, ese era el último día en Brasil, no sabía cómo se iba a acontecer, pero tenía que guardar la compostura ya que no podía reventar el viaje de nadie.

Fui hacia la playa, ese lugar donde nos reuníamos para desayunar, llegué y comprobé que no había nadie, aún seguirían durmiendo, así que me pedí un café y me encendí un cigarro, quería aguantar de no romper a llorar allí, pero tenía ganas de regresar, refugiarme en mi casa, en mi dormitorio, desahogar la presión que sentía en mi pecho, esa que me estaba matando y consumiendo.

¿Qué haría yo sin él? ¿Cómo olvidar al amor de mi vida con el que por fin había podido llegar a tocar el cielo? Pues no, no lo iba a poder olvidar, tampoco asumir que todo lo que tan feliz me había hecho, se hubiese acabado de esa manera.

Ví aparecer a los lejos a Jaime y Fran, casi me puse a temblar, las gafas de sol ocupaban todo lo que yo no quería que viera, todo aquello que mi corazón estaba expulsando, ese dolor que se escondía de ser visto.

—Buenos días, tía buena —Decía Jaime, mientras se acercaba, no sabía de donde podía sacar el humor después del marrón en el que estaba metido.

—Hola —dije secamente, mientras seguía mirando al mar.

—Buenos días, Carlota —la voz de Fran sonaba a derrota, pero era él, solo él, el que había decidido tirar la toalla.

Levante la cara en un gesto rápido, para luego seguir con la mirada al infinito, no me apetecía entrar en conversación, no correspondía ni siquiera a sentirme bien estando ahí sentada, no me veía en mi lugar.

—Mañana nos vamos al Caribe. ¡Qué emoción!

Casi mato a Jaime con la mirada, no entendía como se podía estar con ese humor después de la que habían liado, Fran en su caso estaba serio, también llevaba gafas de sol y permanecía callado.

Así, de esa guisa se me presentaba el viaje a partir de ahora, me estaba volviendo loca, sinceramente, quería huir, marcharme lejos, pero lejos estaba e iba a terminar ese sueño que me iba a costar un mes más de sufrimiento.

Aparecieron Luis y Carlota, venían cabizbajos, me daba la sensación de que de alguna manera ya sabían todo lo que había, saludaron de forma sincronizada y se sentaron.

—Voy a decir una cosa —irrumpió Kate el silencio, levanté la cara, la miré y volví a encender otro cigarro.

—Espero que la escuchéis y razonéis —dijo Luis en tono serio.

—Veréis, somos amigos desde chicos, nos hemos apoyado en las buenas y en las malas, hemos estado siempre los unos para los otros y ahora esto parece un velatorio en lo que podía ser las vacaciones de nuestras vidas y miraros, menos Jaime, que a veces parece que el tema no va con él, ustedes dos —nos señaló a Fran y a mí— da lástima veros, pero quiero decir que pase lo que pase, dentro de 3 años todo será diferente, el problema sea de Fran o de Jaime, se convertirán en alegría, porque, aunque sea de una relación fugaz, esos niños se van a convertir en el centro de nuestras vidas ¿Por qué jodernos ahora? ¿Por qué no disfrutar y esperar a que pase lo que tenga que pasar? Somos ese grupo de amigos que siempre estamos juntos, disfrutando de momentos que jamás podré olvidar, hoy estamos aquí y mañana no sabemos dónde, la vida está llena de momentos y este es uno de ellos ¿Lo vamos a desaprovechar?

—Yo por mi parte, intentaré dar buen rollo y serenidad al grupo —dijo Jaime como si no supiéramos que estaba deseando llegar al próximo destino para pillar alguna caribeña, casi lo mata Kate con la mirada.

—Quiero buen rollo por parte de todos —volvió a recalcar.

—Lo siento por ustedes, pero intentaré poner de mi parte, para que este viaje sea como lo habíamos soñado —dijo Fran con voz triste.

¿Cómo lo habíamos soñado? ¡Mis muelas! No abrí la boca por qué pasaba de entrar en conversación, ya nada sería igual, dijera Kate lo que dijera, yo solo quería estar con Fran y me había echado de su vida, pues ahora no iba a fingir paz y amor y el dolor para el rincón, ahora seguiría en mi línea, sentía rabia, así que seguí mirando al horizonte.

—¿Carlota? —preguntó Kate como esperando que me pronunciara.

—No, no tengo nada que decir...

—Pues deberías, me doléis todos y no os quiero ver así ¿Lo puedes hacer por mí?

—Lo intentaré...

—No me vale con un lo intentaré, Carlota.

—Camarero tráeme dos chupitos —dije levantando la mano.

—¿Qué haces?

—Pues empezar a divertirme, es lo que querías ¿no? pero no comprenderás con el cuerpo como lo tengo ahora que saque una sonrisa, así que, para complacerte, me pido dos chupitos y lo mismo de aquí a media hora me río del mundo, cosa que dudo, pero que no quede por mí —dije y volví a mirar al mar.

—Son las 10 de la mañana, Carlota.

—¿Y? no sabía que aquí había hora para pedir algo de alcohol.

—Estás desayunando...

—Ah... ¿Lo dices por la tostada? No te preocupes, no me entra...

—Todo ha sido por mi culpa —irrumpió Fran.

—No, es culpa de todos —irrumpió Kate.

—Yo de verdad os digo, seguramente sean míos, yo me lo pase pipa y no puse ningún medio, así que no pasa nada, lo afrontaré de la mejor forma —sorprendía Jaime como si ya lo tuviese asimilado.

—Bueno, debemos de hacer caso a Kate, lo dice por el bien de todos, esta unión no puede romperse de esta manera —decía Fran casi sin fuerzas.

En ese momento llegó el camarero, me trajo los dos chupitos, todos me miraban fijamente.

—Por las vacaciones —solté de forma irónica levantando el vaso y bebiendo el primero de golpe y seguidamente el segundo.

Notaba que Fran me miraba fijamente, Kate resoplaba mientras tomaba el desayuno, sabía que, si empezaba de esa manera, el día no iba a acabar muy bien.

De repente, esos dos tragos me habían subido a la cabeza, le pedí al camarero que me trajese una cerveza, en esos momentos me venía la imagen de Fran cantando en La Habana la de “Despacito”, una sensación de deseos recorrió todo mi cuerpo, pero no, no me iba a dejar llevar por esos recuerdos, no era justo, él no quería nada conmigo fuera de una amistad y yo debía comenzar a olvidarlo, al menos a intentarlo, pero iba a ser una misión imposible.

Kate y Luis se despidieron de nosotros, sabía que estaba afectada, que estaba mal, quedó en vernos por la mañana para salir a coger el vuelo a México, decía que necesitaba pasear y hacer unas compras con Luis, imagino que se quería quitar el marrón de la tirantez que se vivía en esos momentos.

—Pues nada, nosotros 3 nos quedaremos juntitos —Fran y yo miramos a Jaime, no se sí con la misma reacción al escuchar eso, pero yo tras mirarlo di un buche a la cerveza y seguí mirando al ma— ¿No vais a decir nada?

—Está bien —respondió Fran con voz flojita.

—¿Y tú, Carlota? Ya Fran me ha respondido. ¿Qué me dices?

—Yo iré improvisando, tomaré aquí algunas cervezas, me iré a la hamaca, me bañaré, poco más —respondí de forma borde.

—Vale, nos parece un plan perfecto, Fran y yo nos amoldamos a todo, te seguiremos en tu circuito.

Me aguanté de responder, no quería ser más borde, estaba claro que quería que me siguiesen, sobre todo Fran, me daba rabia por lo que me había hecho, pero para que mentirme, lo quería cerca de mí, su lejanía me mataba, aunque sabía que así sería más difícil intentar olvidarme de él, pero de todos modos me quedaba un mes por delante a su lado.

—La verdad que tuve mucho acierto escogiendo estos destinos, me lo curre mucho con los vuelos, aunque ya pude haber puesto todo junto la zona del caribe y desde Cuba haber tirado a México y dejar esto para lo último, pues nada a dar vueltas, todo sea por disfrutar de estas maravillas, que pasada, estoy deseando llegar a Rivera Maya. El mar caribe es el mar caribe, su propia palabra suena a belleza, ese mar, ese todo incluido... estoy deseando estar mañana allí. Aunque Brasil es fascinante, pero creo que me amoldará mejor a aquel ambiente. —Jaime se estaba haciendo el solo un monólogo.

Yo miraba al mar, pasaba de él, aunque evidentemente lo estaba escuchando y Fran pidió una cerveza y no contestaba.

Después de allí me fui a la hamaca, ellos me seguían cerveza en mano, me tumbé y para mi asombro cada uno de ellos se tumbaron a un lado mía, como rodeándome, sus cosas me hacían gracias, pero yo sentía mucho dolor, en esos momentos me crecí un poco, supongo que el alcohol me estaba ayudando.

Jaime dijo que se iba a andar un rato, ya sabía yo que ese no aparecía hasta la noche, Fran le dijo que perfecto, así que allí nos dejó a los dos.

—Siento todo, Carlota.

—Fran, déjalo...

—Quiero que seamos amigos.

—Así somos.

—Pero no me miras...

—No me apetece, Fran, quiero estar sola.

—No vas a poner de tu parte, ¿verdad? Conmigo no hace falta que finjas, respetaré lo que decidas.

—Fran, ya vale.

—¿Quieres que me vaya?

—Fran haz lo que quieras, de verdad, si quieres irte te vas, si quieres quedarte te quedas, pero decide tu por ti, que ya me encargo yo de mí...

El silencio se hizo latente, nos quedamos ahí en silencio hasta la hora de la comida.

—¿Vamos al restaurante a comer, Carlota?

—No tengo hambre.

—Debes de comer, no me gusta verte así.

—¿Tú te has visto? Tienes cara de infelicidad y me dices a mí, ya te vale hijo...

—Yo estoy destrozado, perdido, sin saber qué hacer, me siento sin fuerzas.

—Ese es tu problema, tú solo te lo has buscado y cuando tenías apoyo y comprensión me mandas a la mierda y ahora me dices esto, se te va la cabeza Fran, no sabes ni lo que dices, todo eso que sientes es producto de tu rechazo a los que hemos querido apoyarte.

—No seas injusta, yo no os he echado, no te he mandado a la mierda, solo te dije que no podía tener ahora mismo nada más que una amistad, no podía ofrecerte otra cosa, tengo mucho lio que arreglar y no te quiero arrastrar a ello.

—Venga vamos a comer, así callas, me estas poniendo de los nervios
—me levanté y el tardó un poco más y me siguió.

Pasamos la comida callados, volvimos a la hamaca después, él estaba muy triste, yo también lo estaba, pero él se lo había buscado, lo malo, que me afectaba su dolor...

Capítulo 23

Nunca me ha gustado el silencio.

Aunque sé que a veces lo buscamos para pensar, para encontrar un poco de paz, para recogernos en un sosiego en el que analizamos nuestros pensamientos y recuerdos. No me gustaba que Fran y yo no habláramos, sinceramente. Pero yo necesitaba aquel silencio. Necesitaba un retiro personal para aclarar mis ideas y necesitaba que él sintiera mi decepción.

Llegamos a la Riviera Maya. Aquel lugar era el paraíso. No sé cómo describirlo. No sé cómo usar las palabras para explicar con detalle aquella naturaleza prodigiosa y salvaje que aparecía ante mis ojos.

¿Era feliz? No.

Pero aquel paisaje me estaba haciendo ver que el mundo, aquel mundo, aquel viaje, eran razones suficientes para vivir. Las aguas cristalinas, la arena blanca, la frondosa vegetación, la luz del sol brillando en la superficie como si fuese a incendiar de repente, eran esas razones.

Me embargaba todo aquello, todo aquel resplandor, toda aquella naturaleza que estaba allí, delante de mis ojos, como si no hubiese otra verdad en el mundo que aquella realidad sobrecogedora.

Noté que Fran estaba triste. Desde que bajamos el avión, apenas dijo nada, estaba como el día anterior, que pasamos el día juntos sin cruzar palabra.

Sus miradas intentaban llamar mi atención. Sé que quería hablarme. Sé que sentía la frustración de quien no le hace caso pese a que él lo intentaba una y otra vez con aquello que no eran las palabras. Yo tenía que hacer mi papel, pues estaba dolida. Sentía que mi mayor sueño se había desvanecido, y ese sueño no era otra cosa que mi vida junto a Fran.

Durante el trayecto hacia el complejo hotelero, pude comprobar que también quería comunicarse conmigo. Sus gestos, su intención de abrir la boca para susurrarme algo cuando me tenía cerca y su propia tristeza lo delataban.

Cuando dejamos el equipaje en la habitación, no hicimos otra cosa que acercarnos al mar. Era una playa para nosotros solos, una playa a la que tenían acceso solamente los turistas y donde reinaba un extraño silencio que el rumor de las olas rompía de vez en cuando. Me gustaba mirar el mar. Lo había hecho en Cuba y en Brasil. Me encantaba quedarme delante de aquella inmensidad, aunque solo fueran unos segundos. Era una forma de regresar al seno materno, de sentir la cálida mirada de un ser que te abraza con la brisa, con las aguas. Con la luz.

Pese a la belleza de aquel lugar, mi mayor sueño, que era estar al lado de Fran, se había roto en mil pedazos, como ya he dejado por escrito. Aquella misma mañana sucedió algo que me produjo un escalofrío. Al llegar a nuestra habitación, donde los cinco estaríamos alojados, miré que, en una mesita, cerca de la ventana, había un pequeño espejo. Tenía un marco precioso. Lo

cogí y una voz de Jaime me asustó e hizo que resbala entre mis dedos.

El espejo cayó al suelo y se rompió. No soy una mujer supersticiosa, pero aquel incidente hizo que me preguntara si no había algo de verdad en lo que dicen: si rompes un espejo, siete años de mala suerte.

Miré a Fran en ese momento y sentí que lo nuestro, nuestra relación, se había roto en mil pedazos como aquel cristal. Recogí como pude los cristales. Kate también me miró, pero ella esbozó una leve sonrisa de resignación.

Delante de las aguas, estaba ausente de todo. Ni siquiera las payasadas de Jaime hacían que sonriera. Sentí que Fran estaba cerca y más que Fran, sentí cerca su tristeza, su forma melancólica de mirarme y de respirar incluso.

Yo había amado a ese hombre y no me refiero al hecho de tener sexo, sino al hecho de saber que lo que más había deseado desde mi infancia ya no era posible.

Aquella mañana no había nubes en el cielo. Aquella mañana algunas aves se abrazaron al suave viento de las alturas para desaparecer después de lanzarse contra las aguas a buscar unos pececillos.

Cada detalle en aquel paisaje era percibido por mí con gratitud, pues aquello que yo miraba era un regalo del Cielo. El mar infinito era absorbido por un cielo luminoso.

Kate se acercó un momento. Intenté evitar que hablara, pero no pude.

Era mi amiga. Y, aunque yo necesitaba aquel silencio de la playa, aquel silencio en el que las aves se sumían durante su vuelo incansable, la escuché.

—No puedes seguir así, Carlota. ¿No te das cuenta de que Fran está sufriendo?

—No quiero consejos ahora. No me gusta que hagas de alcahueta. Sabes de sobra lo que necesito.

—Carlota, demonios, ¿qué necesitas?

—Necesito esperar, vaciarme aquí mismo, delante de este paraíso.

—No te entiendo. Quiere hablar simplemente, ¿no te das cuenta?

—No es lo que quiero yo. Te pido, por favor, que me dejes sola.

Jaime no se atrevió a acercarse. Pese a su inmadurez, sabía cuándo no tenía que involucrarse en aquellos temas donde su participación solo podía complicar más las cosas.

—No voy a dejarte sola, Carlota.

—Eres mi amiga, Kate. Estoy pensando.

—No necesitas pensar nada. Tienes que actuar. Intenta que todo sea más fácil para Fran.

—¡Eres una hipócrita!

—¿Por qué me insultas?

—No es un insulto. Eres una hipócrita porque solo intentas protegerlo. Porque parece que yo no necesitara ayuda. Como si yo no estuviese sufriendo, Kate. Como si yo fuese un ser despreciable.

—No digas eso, por favor. Me ofendes. Yo no soy ninguna hipócrita. Yo solo quiero el bien para los dos. Quiero que volváis, ¿me oyes?

Fran y Luis hablaban. Jaime se perdió. Buscaba un chiringuito donde tomarse una cerveza. Mi amiga me cogió del brazo y me invitó a dar un paseo por la playa. Mientras me empujaba a caminar, giré la cabeza y comprobé los ojos vidriosos del que había sido la persona más importante de mi vida hasta ahora. Intentaba ocultar sus lágrimas, intentaba buscar cierto alivio en una conversación con Luis sobre posibles negocios en el futuro.

Yo me descalcé como también hizo Kate. Caminábamos sobre la tibia arena blanca. A veces las olitas mojaban nuestros pies. La sensación era agradable.

—Ya lo has intentado antes, Kate. No voy a cambiar de opinión. No

hay nada que hacer. Perdóname por llamarte hipócrita. No era mi intención. Estaba nerviosa.

—Pues, relájate. Las parejas pasan por malos momentos.

—¿Hablas de pareja? No sé qué somos en realidad Fran y yo. O qué fuimos.

—No puedes olvidarlo, así como así. Os habéis amado. Os conocéis mejor que muchos novios que llevan saliendo años y años. Ahora no puedes fallarle.

—¿Por qué me culpas? Eres muy injusta, Kate. Te pones siempre de su parte. Estoy harta. Ha sido él el que me ha fallado, mierda.

Mi humor iba cambiando por momentos. No quería enfadarme con ella, pero al final lo iba a conseguir. El mar brillaba al fondo como si el sol se hubiese hundido en él. Y esa sensación era maravillosa, pero chocaba con el dolor que yo sentía.

—No quiero que te enfades conmigo, Carlota. Solo intento ayudar. Fran es un gran hombre y lo sabes de sobra.

—Ha cambiado mi visión de él. No se parece en nada a ese hombre del que estaba enamorada, el que yo pensaba que jamás me hubiera abandonado sabiendo que lo estaba apoyando en su metedura de pata.

—Quizá creemos que los príncipes azules existen, Carlota. Ese ha sido tu problema siempre.

—En eso tienes razón. Pensaba que Fran podía ser un hombre distinto y he descubierto que no lo es.

—¿Qué te da miedo, Carlota?

—Me da miedo todo. Siempre he temido al fracaso y siento que hemos fracasado. No puedo decirte otra cosa. Por esa razón, necesito estar sola.

—Bueno, estás con tu mejor amiga, paseando por el paraíso. Tampoco te puedes quejar. Puedo ser una mujer silenciosa cuando quieras.

—Sé que nunca me vas a fallar, Kate, pero no me gusta que te pongas de su parte.

—Carlota, no me he puesto de parte de nadie. Solo trato de que las cosas no se compliquen más de lo que están. Me duele verte así y me duele también sentir que Fran te ha perdido.

—Solo él tuvo la culpa, Kate.

Mi frase sonó a sentencia. Mi amiga se detuvo. Me miró con sus ojos claros y quiso volver a hablar, pero yo se lo impedí. Apoyé la punta de mi

dedo sobre sus labios para que callara y ella lo comprendió.

La luz era hermosa en su rostro. Parecía que no era un ser de este mundo. Las aguas no dejaban de vibrar. Las gaviotas volvían a sumergirse más allá de las pequeñas olas. A lo lejos, pude ver a Fran sentado en la arena junto a Luis.

—Te voy a dejar un rato, Carlota, para que pienses.

—¿Me dejas sola?

—¿Acaso no es lo que quieres? ¿No querías estar con tu silencio?

—Sí, pero pensaba que te ibas a pegar a mí como una lapa.

—Yo ya te he dicho lo que pienso. Yo quiero verte feliz. No quiero que sufras por nada en el mundo, aunque ese mundo se llame Fran.

—Sé que lo dices de corazón. Necesito estar sola, de verdad. En unos minutos, vuelvo a estar con vosotros.

Me quedé allí delante de las aguas mientras mi amiga se marchaba con un paso lento y distinguido, dejando huellas a lo largo de la orilla y que unas olas perezosas borraban al poco tiempo.

Miré el fondo cristalino. El sol me deslumbraba a veces. No era la

mujer feliz de hacía unos días. Algo había cambiado también en mí. Quería estar con Fran, pero no a cualquier precio. Quizá Kate tenía razón. Habíamos idealizado a los hombres de los que nos habíamos enamorado.

Busqué la soledad y no sirvió para nada.

Mi frustración hacia Fran seguía intacta, permanecía en mi corazón, como si alguien hubiese atado una piedra a mis pies y me hubiese lanzado al fondo de aquel mar que ahora, con su azul intenso, nos invitaba a bañarnos.

Y eso hicimos, cuando regresé con el grupo. Nos sumergimos en las aguas. Sentí que Fran quería acercarse, pero yo nadé hasta el fondo con Kate. Queríamos perdernos en las aguas cristalinas, en aquel lugar que, en tantos libros de viaje, describen como el cielo en la tierra.

El primer día transcurrió así.

Los dos éramos dos seres distantes y yo quería demostrarle que no me importaba su dolor. Que no me causaba ninguna pena su sufrimiento. Después de comer, volví a la playa, sin él, sin Kate, sin nadie.

Miré al horizonte y recordé momentos de mi infancia al lado de mis amigos, como aquel día en que le propinaron un golpe a Jaime en la nariz sin ningún motivo a la salida del colegio. Kate y yo salimos en su defensa y nos tiramos a por aquel repetidor de cuarto, que iba de matón por la vida. Lo arañamos, le estiramos del pelo, hasta que llegaron Luis y Fran a poner paz. Aquel chaval ya no se volvió a meter con Jaime.

Éramos amigos, amigos de verdad, éramos un grupo. Pero, ahora, habíamos crecido y todo parecía distinto. Seguía siendo hermoso, sin embargo, que hubiésemos decidido viajar juntos para celebrar esa amistad que habíamos forjado en momentos como los que yo ahora recordaba.

Tenía miedo a todo lo que estaba sucediendo.

¿Había perdido esta batalla? ¿Había perdido a Fran para siempre? Sabía que si lo miraba a los ojos, podía volver a caer en la trampa. Los sentimientos son traicioneros. Los sentimientos esconden la verdad tantas veces, porque muchas veces los sentimientos se confunden con espejismos.

El mundo volvía a resurgir ante mí. No escuché sus pasos. Aquella visión me tenía hipnotizada. Pero, como era de esperar, se trataba de Fran.

Sin camiseta, con un bañador ajustado, y descalzo se puso a mi lado. Yo no dije nada, pero él sí. Él quería hablar conmigo, tal y como me había dicho Kate. Me dieron ganas de desaparecer de allí, pero no lo hice. Lo miré de arriba abajo. En otro tiempo, hubiera esbozado una sonrisa para invitarle a aquí me besara, pero ahora no iba a hacer eso. Ahora no estábamos lo suficiente cerca sentimentalmente para que yo le brindase esa oportunidad.

Las primeras luces elevaban su cuerpo sobre la arena. Parecía un ángel. Era jodidamente guapo.

—Quiero hablar contigo, Carlota —dijo con voz firme.

—No quiero hablar contigo—repuse yo con cara de pocos amigos.

—Estás siendo injusta —continuó él buscando una manera de que yo me abriera.

—No me juzgues. No tienes ningún derecho, Fran, a juzgarme. Eres un ser patético. Me has decepcionado tanto ...

—No sé cómo piensas eso. Lo siento. Ya te lo he dicho muchas veces. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—Puedes hacer una cosa —dije yo con ironía y sin sonreír.

—Dime, estaré dispuesto a hacer lo que sea —sus ojos se iluminaron cuando pronunció aquellas palabras llenas de ilusión.

—Quiero que me olvides, que me dejes en paz, que admitas, como yo he hecho ya, que lo nuestro fue un maldito error. Nunca tuve que haber confiado en ti, en haberme ...

Me callé en aquel instante. No quería que mi boca se calentara y al final le hiciera aún más daño. Quería decirle que no debía haberme enamorado de él, pero la palabra “enamorarse” no iba a salir de mi lengua.

El paisaje de la playa se incendiaba con el sol que resurgía de las aguas como si fuese un anillo de fuego.

—Estoy sufriendo, Carlota.

—No te creo, Fran. Y, si lo estás haciendo, acostúmbrate porque no te queda otra.

—¿Tan poco han valido estos días conmigo?

—No han valido nada, Fran. Porque hemos vivido en una mentira. Bueno, debo decir que he sido yo la que he vivido en una mentira, entérate de una vez.

—Vuelves a ser injusta conmigo, Carlota.

—No te quejes. Demasiado estoy haciendo que estoy hablando contigo.

—No pensaba que fueras a ser tan dura, tan fría.

—Aquí se ha acabado nuestra conversación, Fran.

Y, sin mirarlo, avancé hasta las aguas y el mar me envolvió. Era un tacto cálido el que sentí, como el de las manos de Fran alguna vez. Ahora él volvía al hotel. El mar me abrazaba y sentía que volvía a estar sola y libre. Pero estaba claro que yo no quería aquella libertad. Yo quería la libertad al

lado de Fran. Por ahora, eso era imposible.

Miré al horizonte de nuevo y recordé que hubo una vez que a Fran y a mí no nos hubiera importado hacer el amor dentro de aquellas aguas.

Aguas del paraíso.

El día transcurrió en ese silencio que yo había forjado entre Fran y yo. El día transcurrió con los amigos, hablando, riendo, bebiendo un poco más de la cuenta. Guardaba las distancias con Fran quien no dejaba de mirarme con el dolor del que siente que ya no puede recuperar aquello que tanto desea.

Por la noche, tumbados en las hamacas, los cinco nos dedicamos a contar historias de miedo y a encontrar estrellas fugaces. Cuando Fran o yo hablábamos parecía que lo hacían dos extraños.

Capítulo 24

Cansada...

Estaba ya hasta el mismísimo cogote de sentirme así. ¿Qué demonios pasaba conmigo? Yo no podía quedarme esperando que la pena me invadiera. Yo era una mujer adulta, fuerte. Por más que adorara a Fran... ¿Iba a permitir que lo que había pasado entre nosotros me hundiera?

Al menos, en la superficie, no. Y de eso me iba a encargar a partir de ese momento. Se acabaron las lágrimas, mi vida seguía. Fran había elegido y yo no podía hacer nada. Era su decisión. Y yo tenía que seguir adelante.

Con esos pensamientos me desperté. Dejé a mis amigos dormidos y me fui a desayunar. Era temprano, no había dormido mucho la noche anterior porque mi mente no podía dejar de pensar.

Y en parte me había asustado, me daba miedo que la tristeza acabara con quien yo era.

El camarero me trajo el zumo de naranja y bebí un poco.

Me sentía diferente a como me acosté, me sentía con fuerzas para seguir. Y eso también me daba un poco de miedo, porque conociéndome,

saldría la rebeldía.

¿Pero a quién le importaba?

A Fran...

Esa vocecita en mi cabeza siempre fastidiándome...

Si a Fran le molestaba verme bien, iba a tener que fastidiarse. Nos quedaban días que vivir de nuestras vacaciones, yo había ido con la intención de pasármelo bien y eso iba a hacer.

Me iba a desmelenar.

Una pequeña sonrisa se formó en mis labios. Sí, iba a disfrutar del tiempo que me quedara en tierras latinas al máximo. Vaya, que no pensaba cortarme.

Y el destino estaba de mi parte...

Dos chicos monísimos se sentaron en la mesa de enfrente. Dos rubios que parecían sacados de un desfile de modelos. Madre mía, estaban para mojar pan.

Uno de ellos me miró y sonrió. Una sonrisa tímida, dulce, pero con algo de picardía. Aunque para pícaro estaba el otro, se notaba que era más

descarado. Un guiño de ojo y sacarme la lengua me confirmaron que estaba en lo cierto.

Y yo, para no variar, me sonrojé. Iba a maldecir mentalmente a mi genética por ello.

Con toda la poca vergüenza que tenía, me levanté, con mi zumo de naranja en las manos y me acerqué a ellos. Estaba como una cabra, yo no era tan lanzada, pero ver cómo Fran se acercaba para sentarse a desayunar conmigo, me hizo sacar toda mi impulsividad.

Ni siquiera presté atención a cómo él se quedaba parado, con las manos cerradas en puños, con la mandíbula apretada, como bien podéis observar...

Y yo era la más idiota del mundo, ahora estaba delante de esos dos chicos, que me miraban sonrientes, con Fran mirándome completamente enfadado y yo quería que la tierra me tragase.

—Hola, ¿puedo sentarme? —a lo hecho, pecho.

—Claro, preciosa —dijo el rubio número uno, el tímido. Que de tímido iba a ser que tenía poco.

—Lo siento, no suelo ser tan lanzada —tomé asiento frente a ellos y mi sonrojo se acentuó.

—Me alegra que lo hayas hecho —sonrió esa vez el rubio número dos, el pícaro de sonrisa Profident.

Aunque ninguna sonrisa se podía comparar a la de Fran, dijo de nuevo la molesta voz de mi cabeza y yo estuve a punto de jalarme de los pelos. Así no iba a conseguir mi objetivo de volver a tomar las riendas de mi vida, olvidar la tristeza y pasármelo de escándalo. Que para eso había viajado.

—¿Cómo te llamas? —pregunta hecha por el rubio uno.

—Carlota. ¿Vosotros?

—Yo soy Jorge, él es Miguel. ¿Española? —preguntó el mismo chico.
Jorge.

—Sí, vosotros también, ¿verdad?

—El acento nos delató —rio Jorge.

—Sí, porque por lo rubio no ha sido —reí a mi vez.

—Carlota...

Giré la cabeza hacia esa voz tan conocida. Estaba a mi lado, con cara de cansado, como si no durmiera bien por las noches. Por un momento se me encogió el corazón al verlo así, le faltaba chispa, como si le faltara la vida.

Pero tenía claro que no era por mí, sino por sus problemas. Así que esa pena fue reemplazada rápidamente por “indiferencia”.

Él había elegido todo eso.

—Buenos días, Fran. ¿Descansaste? —pregunté tranquilamente.

—Buenos días para quién los tenga. Levanta, vamos a desayunar.

—Sí, eso pensaba hacer. Pero aquí —seguía con mi sonrisa en la cara, esa vez más irónica. Notaba cómo Jorge y Miguel nos miraban con curiosidad, pensando que tenían ante ellos a un novio celoso y a una novia que quería provocar esos celos.

—No, desayunarás conmigo. ¿Tengo que llevarte a rastras?

—Ey, tío, no te pases —intervino Miguel por primera vez.

—Qué sabrás tú —escupió Fran, me agarró del brazo para que me levantara—. Vamos, Carlota, tenemos que hablar.

—Yo me quedo aquí —dije testaruda.

—La chica se queda —la voz de Miguel no dejaba lugar a dudas de que, si Fran se ponía cabezota, la cosa sería seria. Me estaba dando miedo que se liaran a golpes, pero no pensaba levantarme de esa silla.

—Carlota... —insistió Fran.

Yo negué con la cabeza, me quedaba ahí. Iba a vivir mis vacaciones, iba a disfrutar, eso significaba “No más Fran por el momento”.

Resopló y, sin más palabras, se dio la vuelta y se marchó, sin ni siquiera desayunar. Volví a sentirme culpable, pero ¿qué esperaba él? Que siguiera con su vida, que yo seguiría con la mía.

Al final logré poder centrarme en mis acompañantes. Dos andaluces de mi edad que venían a parar una semana de vacaciones.

Eran dos chicos divertidos, bastante agradables y me sentí bien con ellos.

Cuando mis amigos aparecieron por el restaurante, vi cómo me miraban con curiosidad, pero gracias a Dios, ninguno se atrevió a acercarse a nosotros.

Al final del desayuno, quedé con Jorge y Miguel esa noche para tomarnos unas copas después de la cena, me despedí de ellos y me fui directamente a la playa, sola, sin avisar a nadie.

Estaba siendo un poco egoísta, pero no me importaba en ese momento. Quería ser solo yo ese día.

Pero mis amigos no me iban a dejar tranquila, tuve que haberlo sabido desde el primer momento. Al final los tuve a todos alrededor preguntándome por los chicos nuevos.

—Son dos buenos chicos, esta noche os lo presento, nada más —dije por duodécima vez.

—Carlota, no vayas a hacer la idiota.

—No voy a hacer nada, Luis. Además, ¿qué os importa? Soy una mujer libre —le contesté.

—Claro que eres libre, pero también tonta a veces.

—Yo también te quiero, Kate —le respondí a mi amiga. Que era idiota lo sabía, no tenía que recordármelo.

—No entiendo qué tiene de idiota querer divertirme.

—Cuidado, Carlota, solo espero que no te arrepientas —dijo Jaime.

—Dejadme en paz.

Me levanté, enfadada, y me fui. Si no querían que me divirtiera, si no

querían verme, lo haría sola.

Y así estuve, todo el día sola, ignorando a mis amigos de toda la vida, pasando de ellos completamente. Comí sola, me bañé en el mar sola, me dormí una siesta sola y bebí sola. Todo sola. Y bebí tanto que, a la hora de la cena, ya estaba más que achispada.

Tras arreglarme y ponerme un vestido rojo de infarto, bajé a la discoteca por la noche. No sabía dónde estaban los demás y tampoco me importaba. Esa era mi noche y punto.

—Vaya, ¿eres la misma de esta mañana?

Me giré a mirar a los dos bombones rubios ante su pregunta. Vestidos de ibicencos, se colocaron uno a cada lado de mí, en la barra.

—No seáis exagerados —reí tontamente.

—¿Exagerados? Sabía que estabas buena, pero esto ya es irresistible —dijo Jorge. ¿Y ese era el que yo había etiquetado como tímido? Pues el tío iba a matar.

—¿Sabéis qué? —arrastré las palabras.

—¿Qué? —preguntaron a la vez.

—Que de eso se trata, de verme irresistible.

—¿Para darle celos a tu novio?

—No, Miguel, él no es mi novio. Es... Es... Un buen amigo.

—Con derecho a roce —continuó.

—Con derecho a nada. No soy un objeto —dije enfadada.

—El objeto de mis deseos sí que eres —miré a Jorge, su comentario me había hecho sentir escalofríos, su voz...

—No, yo no quiero nada —negué con la cabeza.

—¿Entonces qué es lo que quieres?

La pregunta la hizo el otro, el manolarga podemos llamarle. Había tardado poco en agarrarme por la cintura.

Me enfadó tanto que le di un manotazo que le dolió, a juzgar por cómo resopló sobre su mano.

—Tócame y te corto lo más preciado que tienes —dije con voz de psicópata, la rabia ayudaba.

—Ey, chica, pensé que querías divertirte —dijo el otro.

Vi cómo su mano iba hacia mi rodilla y ya me estaba preparando para darle el guantazo del siglo.

—Tócala y mueres.

Mierda, Fran... Gemí cuando su voz resonó más psicópata aún que la mía.

Los tres nos giramos a mirarlo. Estaba engañosamente calmado y eso no me gustaba. Era como un volcán a punto de explotar, como la calma que desataba a la tormenta.

Levantó su mano para tocarme y yo me quité de su alcance.

—Carlota...

Me mordí el labio y, lentamente, me acerqué a él. No llegué a tocar su cuerpo con el mío. No quería eso. Me quedé frente a él y levanté la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Que yo recuerde, tú me pediste que no te tocara —recordé sus palabras—. Así que hazme un favor y tampoco me toques tú a mí.

Su cuerpo se tensó. Yo no sabía si en ese momento actuaba como un

amigo protector, un hermano preocupado porque alguien tocara a su hermana... Lo que tenía claro es que celos no sentía, así que se podía ir al infierno.

Yo quería divertirme, no malos rollos. Y aunque me había ayudado a deshacerme de esos dos imbéciles, tampoco se lo iba a agradecer.

Tenía demasiada rabia y el alcohol no me estaba ayudando a sobrellevar todo aquello.

Pasé por su lado sin rozarlo, dejando a los tres allí, por mí como si se liaban a golpes, y me acerqué a la zona destinada a los bailarines.

Había mucha gente, me mezclé con ellos y comencé a mover mi cuerpo al ritmo de la música. Siempre me había encantado bailar, aunque no lo hacía tanto como me gustaría. Quizás debería retomar esa costumbre.

Cerré los ojos y seguí moviéndome, disfrutando de la música. Fui por una copa y volví a mezclarme con la gente. Estaba más que borracha ya, pero me sentía libre, estaba disfrutando, sin pensar en todo lo que había pasado con él...

Y en ese momento empecé a sentirme yo de nuevo, cuando dejé a mi mente descansar, cuando solamente disfrutaba del baile. Así que eso era lo que tenía que hacer, descansar la mente, dejé de pensar. Dejarlo fluir.

Cuando comenzó a sonar la canción que me recordaba a Fran, me detuve de repente. No en ese momento, pensé.

Pero tenía que superarlo, tenía que tomar las riendas de mi vida de nuevo. Muchas cosas me recordaría a él y yo tenía que superarlo.

Me mantuve con los ojos cerrados y seguí bailando, sensual.

Di un pequeño salto cuando noté cómo alguien me agarraba por detrás y bailaba conmigo, moviéndose a mi ritmo. No me importaba quién era. Me gustaba la sensación y lo dejé hacer.

*“Tú, tú eres el imán y yo soy el metal.
Me voy acercando y voy armando el plan
Solo con pensarlo se acelera el pulso...”*

Cuando me cantó eso al oído, el mundo volvió a ponerse al revés.

Me giré rápidamente y lo encaré. Pero no fui capaz de decirle nada al ver la mirada de culpabilidad en su rostro, arrepentido por lo que había hecho.

¡Ese hombre iba a terminar con mi paz mental!

Salí corriendo como pude, chocándome con la gente, no paré hasta llegar al dormitorio. Tenía tanta rabia dentro...

—Carlota...

—Déjame en paz —dije cuando me habló.

—Lo siento, no tuve que hacer eso.

—Qué inteligente eres —la ironía era mi mejor arma, como mi escudo.

—Lo siento —repitió—, no volverá a pasar.

—Por supuesto que no volverá a pasar. Eres tú quien terminó con lo nuestro. ¡¿Qué demonios quieres ahora?!

—Solo quiero verte sonreír —dijo tristemente, como si se sintiera culpable.

—Entonces déjame en paz, Fran. Déjame vivir, déjame divertirme. Deja de ser mi sombra. ¡No tienes que protegerme de nada!

Ví cómo entendía mis palabras, pero él seguía pensando que hacía lo correcto, que tenía que ser mi protector. A veces me daban ganas de degollarlo.

—Perdón, no volverá a pasar. Pero me duele...

—¿Qué te duele, Fran?

—Que nuestra amistad...

—Déjalo —le interrumpí—, solo déjalo estar.

—Tienes razón —asintió con la cabeza.

Y sin decir nada más, me dejó allí, en la habitación, sola. Llena de rabia y de tristeza.

Tenía que dejarme mi espacio, tenía que entender que entre nosotros ya nada podría ser igual. Pero primero era yo quien tenía que cambiar su actitud.

Esa no era la manera de sentirme libre, así no iba a divertirme, no con ese tipo de locuras en la que no era consciente de mis actos. No bebiendo.

Iba a pasármelo bien siendo yo, estando con mis amigos, disfrutando de nuestro tiempo juntos. Iba a ser la chica que había sido siempre. La de la lengua viperina, la divertida, la borde... Iba a volver a ser yo, Carlota. Y Fran y su despedida no iban a impedir eso.

Capítulo 25

Ese día iba a ser un completo desastre, lo supe nada más levantarme. La cabeza me iba a estallar, no pensaba tomar más alcohol en mi vida.

No había nadie más en el bungalow cuando desperté y eso me puso de más mal humor, aunque en parte lo prefería, no estaba para hablar con nadie hasta que la cabeza dejara de martillearme.

Volví a la cama y me tumbé. Tal vez, si descansaba un poco más, el dolor iría a menos. Necesitaba descansar. Cerré los ojos, apretándolos con fuerza, me aliviaba bastante.

—Carlota...

Escuché la voz de Fran en sueño, como llamándome.

—Carlota, venga, levanta.

—Déjame dormir —respondí, creyendo que estaba soñando.

—Es tarde, tienes que levantarte.

—Déjame en paz, Fran, este es mi sueño, no me digas lo que tengo que

hacer. Y no, no me voy a levantar.

Escuché cómo se reía y yo seguí a lo mío.

—Carlota, te traje el desayuno. Despierta.

—Dios, eres peor que una pesadilla.

Noté cómo me movía y mi neblina se disipó, no estaba soñando. Levanté la cabeza de golpe y lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres? —pregunté de mala manera.

—Tómame el zumo, es tarde.

—Bueno, Fran, ¿quién eres?, ¿mi madre?

—O te lo tomas por las buenas o lo harás por las malas —dijo muy seguro de sí mismo y yo no estaba en condiciones de querer saber si sería capaz de hacérmelo tomar por las malas.

Así que me senté en la cama y cogí el vaso que me ofrecía.

—Gracias —al menos le debía eso.

—De nada, ¿mucho resaca?

—Me duele la cabeza horrores —resoplé.

—Tienes que comer algo —me acercó un croissant y yo puse cara de asco.

—Quita eso de mi vista o voy directa a vaciar mi estómago.

—No te vendría mal hacerlo, pero solo saldría alcohol. No me gusta que bebas así Carlota.

—Fran, es mi vida, hago lo que quiero.

—Sí, pero yo tengo que estar pendiente a cada una de tus locuras. No me fio de ti, la lías en dos segundos.

—¿Qué quieres? —interrumpí de mala manera, me estaba poniendo de peor humor del que ya tenía— ¿Por qué no me dejas en paz?

—Me preocupas.

—Tranquilo, no haré nada que atente contra mi vida, no eres para tanto.

Sé que me pasé con el comentario, pero es que me tocaba la moral. ¿Por qué no podía dejarme en paz? Así no sería sencillo seguir adelante, no como cuando él seguía en modo protector.

—Es mi deber, somos amigos.

—Tu deber... Fran, por favor. Dejémoslo estar. Solo déjame tranquila, ¿sí?

Asintió con la cabeza después de decirme un “Lo siento” y se levantó de la cama.

—No soy el único que está preocupado por ti, todos lo están. Espero que al menos hoy, pases el día con nosotros —cogió algo de la bandeja en la que me traía el desayuno y me lo acercó—. Te ayudará con la migraña —dijo al darme la pastilla.

Le di las gracias de nuevo y vi cómo se marchaba. Como los últimos días, triste, cabizbajo. Pero era él quien quería que eso sucediera, yo solo seguía adelante con su decisión. Ambos teníamos que afrontar las consecuencias.

Esperé en la cama hasta que el dolor menguó un poco y, tras una ducha, salí en busca de mis amigos.

Estaban en la playa. Los chicos tomando un baño, Kate tomando el sol. Me senté en la hamaca, a su lado, esperando la regañina que sabía me iba a dar.

Pero los segundos pasaban y ella no decía nada.

—Buenos días —dije por enésima vez, a ver si dejaba de ignorarme. Nada, seguía ignorándome—. Pues nada, a este paso te doy las buenas noches.

Movió la cabeza y me miró a través de las gafas de sol.

—Ni siquiera te mereces los buenos días.

—Vamos, Kate, lo siento, ayer tuve un mal día, pero tampoco es para tanto.

—¿Ver a mi amiga hacer la idiota? No, a eso estoy acostumbrada —dijo con ironía—, pero que me mantenga apartada de ella...

—Lo siento, de verdad, solo necesitaba estar sola.

Se sentó en la tumbona y se quedó frente a mí.

—Mira, Carlota, sé que todo lo que te ha pasado es jodido, tienes que estar sufriendo y debe de doler. Pero así no se llevan las cosas.

—¿Tú nunca has metido la pata?

—Muchas veces, pero hablamos de ti. Ayer uno de esos tipos, o los dos, pudo haberse sobrepasado y tú estabas como una cuba para reaccionar, si no llega a ser por Fran...

—Fran, ¡Fran! Estoy cansada de tanto Fran.

—Estás dolida.

—Sí, lo estoy. Me echó de su vida.

—Él también lo está pasando mal, Carlota.

—Déjame dudarle, no deja de perseguirme cual sombra. Así no, Kate, así no podré olvidarlo.

—A veces eres más que tonta —resopló—. Ese chico está loco por ti, está sufriendo.

—¡Y una mierda! —exploté.

—Está bien que no quieras verlo, pero si su manera de mantenerse cerca de ti es protegiéndote como hizo siempre, no se lo pongas tan difícil.

—Me parece increíble que me estés diciendo esto. Él fue quien me dejó, ¿y yo tengo que tener consideraciones hacia él? —pregunté con la boca abierta.

—Hacia los dos, Carlota. No estás llevando esto como una persona adulta.

—Mira quién fue a hablar... —dije para fastidiarla, pero ella ignoró mi comentario— Bastante tengo con tener que olvidarlo después de que estuviéramos juntos... No me pidas que lo trate como siempre, Kate, no puedo —empezaba a venirme abajo.

—No te pido eso, solo te pido que entiendas que para él también es complicado, aunque sea el que te ha dejado.

—Tú lo has dicho.

—Pero por problemas, Carlota, porque tiene cosas que arreglar. Eso no significa que él no sufra y que no le importes.

—No le importé mucho cuando me dejó —la rabia en mi voz.

Kate y yo miramos al lado tras escuchar el carraspeo. Los chicos estaban allí y casi muero al ver la mirada de dolor de Fran. Cogí aire para decir algo, pero él se agachó a coger su toalla y se marchó, sin una palabra.

—Te pasaste, Carlota —dijo Jaime.

—¿Tú también vas a reñirme? —no podía evitar ser cínica.

—Dios, la que he liado —dijo Jaime resoplando.

—¿La que has liado? —preguntó Luis.

—Dejadlo. Solo te digo algo, Carlota, te estás equivocando —y tras esto se marchó tras Fran.

Los demás nos quedamos allí sin entender nada.

—Ni caso —Luis suspiró—, pero deberías de cambiar tu actitud. Fran también es mi amigo y me duele, no estás siendo justa.

—¿Por qué no os metéis en vuestros asuntos? —pregunté enfadada y me levanté.

Me marché a pasear, ya me había enfadado bastante. ¿Por qué todos lo defendían? Era él quien me había dejado, ¿y se preocupaban porque estuviera mal? ¿Y yo qué?

Estaba siendo egoísta, pero seguía muy dolida.

No me apetecía nada, solo estar sola...

Estaba empezando a odiar mis vacaciones, tenía que cambiar mi actitud de verdad, no podía seguir así, enfadada con el mundo. Lo de Fran había ocurrido, pero nosotros éramos una piña, no podíamos separarnos. No podía culparlos o hacerles pagar mi mal humor tampoco.

Era la hora de cenar cuando llegué a la habitación. Todos estaban allí, habían llevado comida al bungalow y estaban preparando la cena.

Se quedaron en silencio cuando entré.

—Lo siento —dije a todos en general.

Cuando los vi sonreír, supe que ya estaba todo arreglado, que todo volvía a ser como siempre, al menos en cuestión de buena armonía.

—Dúchate, tienes arena hasta en las pestañas —rio Kate tras darme un abrazo.

—¿Cenamos aquí? —pregunté.

—Sí, así que no tardes —me dio un beso en la mejilla y siguió con lo suyo.

Miré a Fran y le sonreí tímidamente. Nada sería igual entre nosotros, pero haría un esfuerzo porque todos nos sintiéramos mejor con la situación.

Tras la ducha y ponerme algo de ropa, me senté a la mesa con ellos, ya habían empezado a servir unas copas de vino y Jaime ya estaba devorando la comida.

—¿Dónde has estado? —me preguntó Kate.

—Por ahí —dije simplemente.

—¿Necesitabas pensar? —preguntó Fran, me conocía bien.

—Ajá...

—¿Te sientes mejor? —insistió.

—Ajá... —no quería hablar con él, si seguía así, mi resolución de intentar llevar eso de buena manera se iba a ir al traste.

—Necesitas descansar, dormir más —volvió a hablar.

—¿Controlas lo que duermo, Fran?

—No, solo que se te ve en los ojos, estás agotada.

—Estoy agotada de que penséis que estoy agotada. Solo dejadme tiempo, no es fácil —resoplé, todos sabían a lo que me refería.

—Para mí tampoco es fácil —dijo con tristeza.

—No lo pareció en su día —volví a ser mordaz y volví a sentirme culpable cuando vi cómo le había dolido mi comentario.

Él fue a levantarse para marcharse y yo me maldecía porque el ambiente volviera a estar tenso de nuevo.

—Lo siento —dije antes de que se levantara—, de verdad, perdonadme. No volverá a pasar —miré a todos, disculpándome.

—Todo esto es mi culpa —Jaime tiró lo que comía a la mesa y resopló.

—Y dale con la culpa —refunfuñó Luis—, es la segunda vez que lo dices. ¿Culpa de qué?

—Del mal rollo, todo es una mierda —suspiró Jaime pasándose las manos por la cara, agobiado.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No —negó con la cabeza—. Lo siento, chicos.

—Tranquilo, ¿podemos ayudarte en algo? —insistí.

—Sí, en que no me matéis cuando os cuente... —torció los labios.

—Me estás preocupando ya, Jaime, ¡habla! —gritó Kate.

—Dios, ayuda... —susurró Jaime— ¿Os acordáis de Lucía?

El silencio recayó sobre la estancia. Nadie decía nada, me atrevería a decir que nadie respiraba.

Todo pasó como a cámara lenta. Fran se levantó después de gritar ¡Cabrón! y su puño fue a parar a la cara de Jaime, quien cayó para atrás por el impacto. Yo me levanté a aguantar a Fran, quería ir a golpearlo de nuevo. Luis llegó a ayudarme a pararlo y Kate ayudaba a Jaime a levantarse.

—Te voy a matar como sea lo que estoy pensando —Fran estaba fuera de sus casillas.

—Joder, tienes buen derechazo —Jaime se levantó y se limpió un poco de sangre que le salía del labio.

—Poco te hice para lo que te quiero hacer. No será lo que estoy pensando, ¿verdad?

Yo en ese momento no pensaba nada de nada, estaba demasiado nerviosa por verlos así que ni tiempo me dio a reaccionar.

—Os dije que me vengaría.

Pero esas palabras de Jaime hicieron que entendiera todo de repente. Mi mente se trasladó al pasado, a cuando teníamos 15 años y Jaime había tenido su primera relación sexual con una chica. Se llamaba Lucía, tenía un año menos que nosotros y era una de las más populares de la escuela. Y Jaime, cómo no, fue directo a por ella.

Y consiguió lo que quería. Pero nos tenía a todos hartos. Que, si Lucía por aquí, Lucía por allá. Hasta el cogote estábamos, así que le gastamos una broma. Pesada, pero una broma. Como Lucía estuvo varios días sin salir de casa y mi madre era amiga de la madre de ella y yo sabía que estaba enferma con faringitis, le hicimos creer a Jaime lo más normal del mundo: que Lucía se había quedado embarazada.

Una broma muy pesada, sí, pero lo que nos reímos al ver su cara descompuesta no tuvo precio. Además, éramos adolescentes, un poco cabrones entre nosotros.

Jaime se pasó una semana encerrado en casa, no salía del dormitorio ni para comer. Sus padres preocupados, pero nosotros no éramos capaces de

decirle que era una broma.

Cuando conseguimos que volviera al instituto, nos encontramos con Lucía también de vuelta. Se quedó mirándola mientras él perdía el color y acabó desmayándose. Cuando reaccionó, se puso de rodillas ante ella y dijo:

—Lucía, ¿quieres casarte conmigo?

Todos nosotros nos morimos de la risa, pero él estaba cegado.

—¿Pero qué dices? —dijo ella.

—Vamos a ser padres, y seré el mejor padre. Así que tenemos que casarnos.

Sí, Jaime era demasiado infantil a esa edad, no para pensar solo en culos y tetas, claro.

—¿Qué estoy qué? —la chica casi se desmaya después.

—Embarazada —dijo él, delante de todo el instituto. Delante del director.

Ese momento fue un caos, acabamos todos en dirección y expulsados por una semana. Jaime no nos quería ni ver, hasta que al final nos perdonó, no sin antes jurar vengarse.

Y años después...

—Te vengaste —dije lentamente.

Todos lo habíamos entendido y a mí me empezó a temblar todo.

—Solo fue una broma, os la debía —dijo él sin verse arrepentido en absoluto.

—No puede ser lo que estoy pensando —negué con la cabeza.

—¿Qué Lina no está embarazada? —preguntó Jaime— Que yo sepa no —se encogió de hombros.

Miré a Fran, tenía los ojos abiertos como platos y temía que fuera a abalanzarse de nuevo contra su amigo. En ese momento los nervios me pudieron, no sabía reaccionar a todo lo que pasaba. Hice lo que menos esperaba, comencé a reír.

A reír a carcajadas, no pude evitarlo.

Se había vengado, pero bien... Cogí la botella de vino mientras todos me miraban con incredulidad y empecé a beber.

—Deja eso —Fran me la quitó de los labios, pero yo ya me había hartado.

—No vas a ser padre, Fran —dije muerta de risa.

—¿Y te hace gracia esto?

—Bastante —no podía dejar de reírme.

Pero la risa se convirtió en llanto rápidamente, en tal estado de nervios estaba.

—Carlota... —Fran fue a acercarse para abrazarme, pero puse la mano entre los dos impidiéndoselo— Por favor.

—No, esto no cambia nada, no te acerques a mí. Y tú —miré a Jaime—, olvídate.

Y salí corriendo, a la playa. Necesitaba aire. Necesitaba pensar...

Cuando volví a la habitación, estaban todos sentados en las camas. Ninguno hablaba, nadie decía nada.

—Uy, qué caras —reí. Venía del bar del hotel, había bebido más de la

cuenta de nuevo.

—¿Estás borracha? —Fran se levantó cuando me tropecé con mis propios pies.

—Noooo... Solo tomé un par de copas.

—Eso es estar borracha para ti —resopló.

—No lo estoy y no me toques.

—Venga, Carlota, déjalo ya —suplicó Kate.

—No estoy haciendo nada. Solo me divierto.

—Tenemos que hablar...

—No, Fran, tú y yo no tenemos que hablar nada.

—No ahora, cuando estés en tus cabales.

—¿Hablar sobre qué? Lo único que tengo que decirte es enhorabuena porque no vas a ser padre. Pero nada más.

—No, tenemos que hablar de nosotros.

—¿Nosotros? No hay ningún nosotros. Lo dejaste claro. ¿Qué haces?
—pregunté cuando jaló de mi brazo.

—Necesitas una ducha fría.

—Necesito que me dejes en paz, Fran.

Pero Fran me ignoraba, me cogió en peso y me puso encima de su hombro.

—Déjame, Neandertal. ¡Kate! —chillé— ¡Ayúdame!

Pero mi amiga solo reía, nadie impidió que Fran me sacara afuera.

—Bájame, no soy un saco de patatas —gruñí.

—Shhh... —me dio una palmada en el trasero— Vas a tomar un baño.

—Fran, ¡bájame!

Chillé antes de que los dos entráramos de pleno en el mar. Tragué agua para todo lo que me restaba de vida, salí a la superficie tosiendo y escupiendo, intentando respirar y buscando a Fran para matarlo.

—¡Eres un idiota! —chillé.

Jaló de mí y me sacó hasta la orilla.

—Cada vez que te vea con alcohol en las manos, te juro que te meto en el mar, la bañera o te tiro la copa por la cabeza, ¿queda claro?

—¿Pero quién te crees? No eres nadie.

—Los dos sabemos lo que soy.

—Lo eras, Fran. Ya no.

—Y volveré a serlo —dijo seguro de sí mismo.

—No seas idiota —reí—, deja las cosas como están.

—Qué poco me conoces, Carlota.

Y se marchó, dejándome así, sin saber de lo que hablaba. ¿Iba a volver conmigo? ¡Y un cuerno! Para eso tenía que aceptar yo y no iba a hacerlo. Por más que lo del embarazo no fuera real, no iba a perdonarle cómo había terminado con nosotros, cómo me había echado de su vida.

Si Fran quería volver, yo no. Y se lo demostraría.

Y en cuanto a Jaime... A ese lo iba a matar lentamente....

Los días siguientes fueron una locura. Me había propuesto ignorar por completo a Fran, pero no me lo ponía fácil. Siempre estaba sin camiseta y usando mi atracción sexual hacia él para intentar que mis defensas decayeran.

No tenía ni idea de lo que quería en realidad, si entre nosotros todo había terminado. Y si buscaba solo sexo... La respuesta seguiría siendo no, por más que me pasara el día excitada al ver cómo provocaba con esos pectorales, esa boca esa...

Sí, era una tortura. Así que, para hacer mis días más a menos, me autonombré “La vengadora”, y mi víctima no era más otro que Jaime. Tenía que darle un escarmiento por la que había liado. Y ya que Kate y Luis lo trataban como si nada, Fran, al ser su mejor amigo, terminó perdonándolo, yo iba a llevar la venganza a mi manera.

Y así empezó mi venganza.

Lo primero que hice, la mañana siguiente cuando me desperté, fue despertar a Jaime echándole encima un cubo de agua fría. El grito que dio fue mi gran victoria. Pero su mirada me dijo que me iba a arrepentir de esa, empecé a caminar hacia atrás mientras se levantaba hasta que tuve que acabar corriendo fuera del bungalow. Él, en calzoncillos, detrás de mí. Me agarró antes de llegar muy lejos y me tiró a la piscina.

Mi venganza no comenzaba muy bien, tenía que haber otras maneras.

Guindilla en la comida, colorante en su bote de champú, lejía en su frasco de colonia...

Estaba desatada, pero me la iba a pagar. Lo peor era que al final era él quien acababa vengándose.

Al final acabamos los dos en el dormitorio sin atrevernos a movernos de allí. Y Fran con nosotros. No se separaba de mí.

—Me muero de hambre —suspiró Jaime.

—Ve a comer —le dijo Fran.

—Paso, no me fio de esta.

—Que vayas a comer solo, yo me encargo de ella.

—Ah, no —fui a levantarme para irme con Jaime, me divertía mi venganza.

—Tú, de aquí, no te mueves —Fran me agarró por la cintura y Jaime salió corriendo.

—Eres idiota —le dije.

—Sí, lo sé bien, pero las bromas se acabaron, Carlota. Ya está, no más.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Fue a ti a quién engañó.

—Créeme, lo sé bien... Pero, ahora mismo, nada de eso me interesa —se puso frente a mí, casi rozándome.

—¿Qué te interesa entonces?

—Tú.

Y me besó. Mierda, no entendía por dónde iba, me cogió desprevenida. Fue un beso desesperado que no pude evitar.

—Déjame en paz —me separé de él, enfadada.

—No lo haré, Carlota, no hasta que hablemos.

—No tenemos nada que hablar.

—Y tanto que sí. No creas que esto se va a quedar así.

—¿Pero qué quieres, Fran? Entre nosotros no hay nada. Dejemos que las cosas se enfríen, volvamos a ser amigos y ya.

—Yo no quiero solo eso.

—Eso es lo único que vas a tener de mí —dije haciéndome la segura.

—Veremos, Carlota, lo veremos.

Me guiñó un ojo, se quitó la camiseta, se dio la vuelta y comenzó a bajarse el bañador mientras entraba en el baño.

No podía creer lo que estaba viendo. ¿Me retaba? ¿Quería volverme loca?

Yo no entendía nada, pero algo sí tenía claro, no iba a volver a caer en los brazos de Fran por las buenas. No cuando él me había dejado claro que no lo tocara. No cuando me había echado de su vida.

Y como bien había dicho él, todo se vería.

Veremos, Fran, lo veremos... susurré mientras cerré las piernas. Mierda, iba a ser difícil no caer si insistía, solo viendo su culo ya me había excitado.

Levanté la cabeza y pedí ayuda divina. Rezando porque no intentara nada, si no...

Deja de pensar, Carlota, mejor vete a fastidiar a Jaime, me dije mientras me daba la vuelta para ir a buscar a mi “amigo”.

Capítulo 26

Ostras, me había besado y Fran no paraba de tentarme con sus insinuaciones. Estaba claro que sabía qué tecla tenía que tocar para que yo me disparara. Pero mis instintos de mujer salvaje se contuvieron.

Mejor era así, pues él tenía que ver que no iba a ser tarea fácil que yo cayera en sus redes. Pero, qué apetecible estaba allí, bajo la ducha. Y yo, para no pensar en él, me dirigí a buscar a Jaime. No había sido suficiente mi venganza. Aquel que decía ser mi amigo debía pagármelas todas juntas.

Cuando salí, Jaime no estaba en la habitación. Pensaba que lo iba a encontrar allí comiendo como un oso que acabara de despertar de su invierno, pero el tipo se había marchado.

Luis trasteaba en la pequeña cocina y le pregunté.

—¿Has visto al idiota de tu amigo Jaime?

—Vaya tono que empleas, Carlota. Creo que está en la playa. Me estás preocupando seriamente, ¿sabes?

—No sé por qué. Solo quiero divertirme un poco. Tengo que vengarme de lo que ha hecho.

—Me preocupa tanto que quieras buscar pelea. ¿No conoces el dicho? Los que se pelean se desean.

En ese momento, no supe frenarme. Mis instintos ya se habían contenido demasiado anteriormente, cuando Fran se quitó el bañador, así que cogí un cenicero que había sobre una mesita y se lo lancé a la cabeza directamente.

En aquel momento, Luis, no lo vio venir. Sus reflejos fallaron así que el cenicero impactó directamente.

Aquel objeto le abrió una brecha en la frente y empezó a manar sangre. Yo me asusté y los gritos de mi amigo resonaron por mi casa.

Kate apareció de repente en bikini. Venía de dar un paseo por la playa. Aquello empezaba a parecerse demasiado a una comedia macabra. Todo el mundo comenzó a aparecer de repente. La cara que puso mi amiga fue un poema. Yo estaba horrorizada. No sabía cómo actuar. Luis se mareó y se sentó como pudo en un sofá. Solo sabía gritar que le dolía.

Me llamó bestia y animal y otras lindezas que no voy a dejar aquí por escrito por vergüenza. De repente, Fran salió del baño, con una toalla liada a la cintura, y a mí, en medio de aquel jaleo, no se me ocurrió otra cosa que fijarme en su cuerpo húmedo, en su torso musculoso y fibroso, en su ... bueno, me callaré.

Los servicios médicos del hotel no tardaron en llegar. Le pusieron

cuatro puntos. Al final, la herida no era tan grave, pero la hinchazón era horrorosa. Luis parecía el hombre elefante. Yo no sabía si reír o llorar.

Lo mejor de todo esto es que Jaime no había aparecido en ningún momento. Se había refugiado en la arena de la playa. Seguramente estaría buscando a una mujer con la que ligar y a la que engañar.

No podía contener la rabia. No sabía cómo demonios administrar todo aquello. Salí corriendo mientras Kate no dejaba de reprocharme lo mala persona que era. Luis estaba más tranquilo y parecía que la herida no le había afectado a la memoria, pues no dejó de acordarse de toda mi familia durante más de media hora.

Fran intentaba calmar a Luis.

Puedo decir abiertamente que me sentí ridícula. Al llegar a la orilla del mar, me puse a llorar. Había perdido el control. Mientras mis lágrimas no dejaban de caer, noté una palmadita en mi espalda. Era Jaime. Quería hablar conmigo.

—¿Qué te pasa, tontina, que estás llorando?

—Le he tirado un cenicero a Luis y le he abierto la frente. Han tenido que venir los médicos a curarlo.

—Pero, Carlota, ¿estás bien de la cabeza?

—Mejor que tú, imbécil. Que sepas que lo que me has hecho te lo voy a hacer pagar. Porque todo esto ha sucedido por tu culpa.

—No digas tonterías. Yo no soy culpable de nada. Yo no he hecho nada. Era una broma, una maldita broma. Tenía derecho a devolvérselas.

—Pero, no, en este viaje, Jaime, maldita sea.

—Claro, ahora me vas a decir tú cuándo debo o no debo gastar bromas. Era el mejor momento, porque ellos me machacaron con aquel falso embarazo.

—Jaime, ¿te puedo decir una cosa con franqueza y sinceridad?

—Sí, claro, sorpréndeme.

—Vete a la mierda. No vuelvas a dirigirme la palabra.

—Viva la amistad —soltó irónicamente

Cuando iba a levantarme, para alejarme de él, sucedió algo inesperado. Jaime me cogió del antebrazo, como si quisiera pedirme que no me fuese de su lado. Noté en su rostro, el reflejo del dolor, de un dolor intenso y agudo.

Dos lágrimas rodaban por sus mejillas. Yo empezaba a sentirme mal. Seguramente, estaba siendo demasiada severa con él. Quizá me estaba pasando con tanta broma y tanta acusación.

—Jaime, no es necesario que te pongas así. No pasa nada.

Pero él no contestaba. Seguía llorando. Nunca había visto a Jaime con esa expresión en su rostro. Nunca.

—De verdad, siento mucho, si te he faltado al respeto o he abusado de bromista. No era mi intención —intentaba animar a Jaime.

Pero él seguía sin hablarme. Sollozaba. Gemía como si fuera un niño pequeño. Me dio tanta pena que me disponía a abrazarlo, pero entonces gritó como un animal herido y luego dijo.

—Carlota, es un cangrejo.

—¿Qué dices, idiota?

—Me está picando un maldito cangrejo en el dedo gordo del pie. Me cago en ...

—Eres insoportable —dije enfadada.

Jaime se quitó el cangrejo del pie y lanzó el animal al agua. No podía

aguantarlo más. Me largué de allí. Unas rocas se divisaban al fondo de la playa. Sería un lugar idóneo para sentarme y ponerme a pensar

Me sentí sola. No solo era Jaime, sino que yo también estaba echando a perder aquel viaje. Buscaba la paz y la serenidad en aquel momento. Caminando lentamente, no dejaba de respirar hondo. Quería recuperar el aliento y tomar el control de las cosas.

Era difícil que eso sucediera porque allí estaba Luis con la frente hinchada y Kate con un enfado monumental. Jaime se había ido de rositas. Y de Fran, mejor no voy a hablar.

La brisa acariciaba mis párpados y, cuando llegué a las rocas, para sentarme frente al mar, que es algo que siempre me ha gustado, escuché unos gemidos. Me asusté al principio porque pensé que se trataba de algún animal salvaje que iba a despedazarme allí mismo.

Pero no fue así.

En un pequeño recodo de arena que se había formado entre las rocas y la arena, una pareja de novios hacía el amor frenéticamente.

Me daban una envidia. Eran unos cuerpos jóvenes y hermosos, y, en vez de mirar al mar, en vez de marcharme de allí, que hubiese sido lo lógico, me puse a mirarlos con descaro.

En uno de los momentos en que la chica, embriagada de placer, estaba sobre su hombre, giró la cabeza y me vio. El grito que dio fue mayor que el de Jaime y Luis. Yo me estremecí y salté las rocas, como si fuese un ciervo en celo, y comencé a correr por la playa como una loca, como una desesperada.

Jaime cojeaba al fondo a causa de la picadura del cangrejo. Sin saber cómo, me abalancé sobre él, pues tropecé antes de poder frenar. Caí encima de Jaime y nos miramos por un momento. Aquel accidente fue lo peor que me pudo pasar en aquel día, porque, cuando estaba encima de Jaime, Fran salió del bungalow. Iba en mi búsqueda y no dio crédito a aquella escena. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo en ese momento.

Allí estaba yo, sobre el cuerpo de Jaime, sin camiseta, mirándonos fijamente y él pensó lo que no debía. Si ya estaba bastante cabreado con el que había sido uno de sus amigos de la infancia, faltaba que ahora, yo, precisamente yo, estuviese en esa situación.

Jaime no me soltaba. Quería jugar conmigo el muy tonto. Quería que hiciéramos la croqueta por la arena. No se había dado cuenta de que Fran estaba delante de nosotros, con una cara que daba miedo al miedo. Yo gritaba. Pero fue inútil. Fran se dio la vuelta y volvió al bungalow.

Ojalá me hubiese tragado la tierra allí mismo. Ojalá hubiese podido darle una buena patada a Jaime en la entrepierna para que me hubiese soltado inmediatamente. Pero no pude. Al fondo, la pareja de novios venía también a por mí. Estaban airados y yo estaba a punto de sufrir un ataque de pánico a causa de tanto nerviosismo. No podía con tanta presión, así que me levanté de

nuevo y me metí en las aguas. Me hundí hasta el fondo. No me importaba nada que mi vestido se mojase. Quería desaparecer del mundo. No era Carlota, era otra mujer que no conocía.

Salí a la superficie a tomar aire y pude ver que Jaime discutía con aquella pareja. Nos culpaban de mirones. Desde el agua, podía seguir la escena con detalle. Los gritos de nuevo alarmaron a los chicos que salieron del bungalow para evitar que aquel malentendido se complicara aún más.

Al final, Fran consiguió arreglarlo todo. Yo seguía en el agua, observando cada cosa que allí sucedía. Cuando la pareja se marchó, Jaime se encaró con Fran y Luis. Y fue Kate la que tuvo que ponerse en medio para evitar una pelea. La que se había armado por mi culpa.

No quería salir del mar, pero allí no iba a estar toda la vida.

Salí cuando comprobé que la playa estaba despejada. Mi vestido se había empapado y seguramente se había echado a perder. Con cuidado, me acerqué despacio hasta el bungalow. Temblaba de frío inexplicablemente. Había pasado demasiado tiempo dentro del agua y una suave brisa había enfriado mi piel.

Al entrar al bungalow noté que todos estaban en silencio. Luis sostenía una bolsa de hielo que apoyaba en su frente. Kate permanecía a su lado con los ojos vidriosos. Se notaba que había llorado. Fran estaba sentado en una punta del sofá y Jaime en la otra, haciendo visible que no se hablaban.

Mi vestido aún goteaba. De nuevo mi cuerpo se transparentaba a través de aquella tela. No iba a pasar la vergüenza que pasé cuando me puse el modelito de leopardo que había comprado a través de Internet.

Me tapé los pechos y me dirigí al baño. Me secaría y me cambiaría de ropa. Después, intentaría poner arreglo a todo aquel desaguisado.

Me desnudé y, como estaba tan nerviosa, no tomé la precaución de cerrar con pestillo la puerta del dormitorio. Escuché unos pasos acelerados cuando estaba completamente desnuda. Se trataba de Fran, que abrió de repente y me vio tal y como Dios me trajo al mundo. Aunque ya me había visto desnuda demasiadas veces, parece que, como ya no éramos pareja, él se sintió incómodo y atraído al mismo tiempo. Pero pude sentir, y yo creo que él también, que me miraba de arriba abajo con aquella admiración con la que lo hizo en Cuba, cuando vio mi cuerpo sin ropa por primera vez.

Fue un instante, un solo instante, pero pareció eterno. Esta vez no me contuve y disparé por mi boca.

—¡Sal de aquí, Fran! ¡Me estoy vistiendo! ¿O no te das cuenta de que estoy desnuda?

—Sí, perdona. Me daré la vuelta, pero voy a hablar contigo. ¡Estoy hartos!

—Yo sí que estoy harta, más que harta.

—Carlota, estamos haciendo los idiotas prolongando esta situación. Y ahora me faltaba tu numerito con Jaime. ¿Querías darme celos, ¿verdad?

—No tengo nada que hablar contigo, Fran. Máchate.

Cuando pasó un tiempo prudente, él se dio la vuelta. Yo estaba todavía a medio vestir. Pero él me miraba a los ojos con cierto enfado.

—Querías darme celos, ¿verdad? Admítelo, Carlota.

—No voy a discutir contigo. Tropecé simplemente porque me di una carrera que ni Flash cuando descubrí a la pareja de novios tras las rocas.

—¿Ahora te dedicas a mirar a las parejas? No hay quien te entienda.

—¿No estarás hablando en serio, Fran? Fue un accidente. Me fui hasta las rocas a pensar y me encontré con ellos. Pero esos malpensados creían que yo los estaba espiando y que me estaba excitando al mirarlos.

—No entiendo nada, Carlota. ¿Qué historia me estás contando? No veas más la tele, haz el favor. Tienes la cabeza llena de fantasías.

—Sal de aquí. Que aún no he terminado de vestirme.

—Está bien, pero que sepas que no te voy a perdonar esa escena con Jaime.

—No soy nada tuya, Fran. No eres mi dueño.

De repente, como había sucedido por la mañana, se acercó y me besó. Buscaba mis labios y los encontró enseguida porque yo no opuse resistencia. Pero, al cabo de unos segundos, lo aparté de mí.

Ahora quería que sintiera el rechazo, que sintiera que, con mis sentimientos, no se jugaba. No iba a permitir que Fran lo tuviera fácil conmigo. Lo que había sucedido con Luis me había dejado descolocada y me había faltado lo de aquella pareja y mi abrazo con Jaime en la arena.

Sé que, si lo hubiera dejado un poco más, Fran me habría llevado al agua como había hecho el día antes. Pero había demasiada tensión y demasiado mal humor para que aquello sucediera.

Aquel día lo pasamos enfadados, distantes. Kate me hablaba lo justo y nuestra vida en aquel paraíso se había convertido en la convivencia de unos estudiantes universitarios que comparten piso, pero que son unos auténticos desconocidos. La playa y el complejo eran lo suficientemente grandes para que cada uno desapareciera.

Y así lo hicimos. Por la noche volvíamos a la habitación sin apenas compartir algo de lo que habíamos hecho cada uno por separado.

Los únicos que permanecían acaramelados eran Luis y Kate. Por la noche, Fran y yo nos mirábamos en la oscuridad de la habitación, pero no nos decíamos nada. Alguna vez hizo el ademán de querer iniciar una conversación, pero yo no estaba dispuesta. Me daba la vuelta.

La noche anterior tenía calor. Sentía la necesidad de sumergirme en las aguas y eso fue lo que hice. Salí a la playa. Caminé bajo el manto de estrellas y me quité la ropa. Me quedé completamente desnuda. Nadie me observaba.

Temí que Jaime saliera al porche a beber o fumarse un cigarro y me viera. Pero no fue así. Dormía como un tronco. Lo comprobé antes de llenarle el pelo de gomina y de peinarle una cresta de gallina. Cuando se levantara por la mañana, no habría forma de que domesticara ese pelo. Nos íbamos a partir de risa.

Me bañé desnuda. Las aguas me abrazaron. El mar estaba sereno. Y, a lo lejos, vi una figura que se acercaba. El corazón se me aceleró. Como fuera Jaime, a ver qué hacía yo. Pero no. Era Fran. Y se paró delante de mi ropa.

A continuación, me miró. Yo deseaba que se uniera a mí, pero, por otro lado, sabía que, si lo hacía, me iba a resultar muy difícil no caer en la tentación. Se desnudó y, al igual que yo, se metió en las aguas a bañarse conmigo. Yo temblaba. Pensaba que estaba perdida.

Pero no fue así. Se acercó a una distancia prudente y no quiso tocarme ni besarme. Estaba seduciéndome, estaba provocándome y jugando conmigo

con el simple hecho de no querer tocar mi cuerpo. Me excitaba aquella capacidad suya para contenerse. Nos miramos. Nos sumergíamos.

Pero nunca nos tocamos. Al cabo de un rato, mientras seguíamos con ese cortejo, vimos que la pareja que me acusó de mirona pasó por la orilla de la playa y, sin pensarlo, nos robaron la ropa y salieron corriendo.

Fran se puso a increparles, pero era demasiado tarde. No íbamos a darles alcance.

Menos mal que estaba todo oscuro y que nuestro bungalow no estaba lejos. Salí yo primero y él me siguió, en silencio. No comentó nada de lo que nos había sucedido. Lo peor fue que, en la ropa, estaba la llave de la puerta. No podíamos entrar por el porche. ¿Qué íbamos a hacer?

—No tenemos llave. Ahora tendremos que despertarlos a todos y verás las caras. No me lo quiero imaginar.

—No te preocupes, Carlota. Tengo una idea. Confía en mí, ¿vale?

—No estoy yo en la disposición de confiar en ti. La hemos hecho buena. Como nos abra la puerta Jaime, me voy a morir de la vergüenza.

—Sí, menudo cuadro, Carlota. Nosotros, desnudos y él con esa cresta de gallo en el pelo. Te he visto cuando lo engominabas.

—Cállate de una vez y sácame de este apuro. Lo que haga yo con Jaime no es de tu incumbencia.

—Ya lo sé. Luego, te revuelcas con él en la arena y yo me tengo que callar.

—Ya te dije que no nos revolcamos. Fue todo un accidente.

Mientras discutíamos, Fran me dio la mano y bordeamos el bungalow hasta dar con la pared trasera donde había un enorme ventanal. Fran intentó abrirlo desde fuera. No podía con sus manos, así que, tras intentarlo varias veces con toda clase de maniobras, le dio una patada al travesaño, y misteriosamente el ventanal se abrió.

—Entro yo primero, Carlota, y luego te ayudo a que entres tú, ¿vale?

—Está bien. Date prisa que no tengo ganas de que nadie me vea así.

—A nadie se le ocurre bañarse desnuda en el mar.

—¿Por qué no? Es mi última noche en este paraíso y tenía que celebrarlo de alguna manera.

—Pues podías haber descorchado una botella de champán en vez de hacer esta tontería.

—¿Y tú para qué te metes en el agua desnudo, listillo?

—Me voy a callar porque no quiero enfadarme.

Fran entró y, en ese instante, yo escuché un golpe y todas las luces se encendieron. Luis le había dado con el cenicero a Fran en la cabeza.

—Perdona, pensaba que eras un ladrón. Lo siento, de verdad.

Allí estaban todos de pie mirando a Fran que tardó un buen rato en incorporarse. Por suerte, el golpe no fue demasiado fuerte y no perdió el sentido.

De repente, Fran arrancó las cortinas y me las lanzó por la ventana para que me envolviera con ellas. Qué vergüenza, por favor. Todos nos miraban. Kate se alegraba y una sonrisa de complicidad se dibujaba en la cara de Luis y de Jaime, quien relucía un pelo precioso, engominado, con una cresta puntiaguda, de la que todavía no se había dado cuenta, pero que le quedaba ridícula.

Todos comenzamos a reírnos al final, a carcajadas. No sabíamos si lo hacíamos por el golpe, por nuestros desnudos o por aquel peinado de payaso que lucía Jaime mientras me miraba y no precisamente a los ojos.

Capítulo 27

Es una forma de tortura.

No lo sé. Tal vez, lo estaba haciendo mal. Tal vez, estaba anteponiendo mi frustración personal al verdadero amor. Fran era un ser especial, sin duda. Pero también me había dado cuenta de que, en ese distanciamiento, yo había logrado que él se interesara por mí.

No sé por qué tanta gente lo llama amor. No sé por qué tanta gente piensa que es tan fácil aceptar el engaño, el fraude.

No sé, en realidad, lo que quería de mí aquel que había sido la persona más importante de mi vida. Soñamos. Soñamos con aquello que no encontramos en el mundo real. Yo quería que Fran no me tuviese como amiga, pero, en realidad, no sé a lo que jugaba. Su cuerpo me atraía y yo sé que también lo atraía.

Sin embargo, yo no estaba dispuesta a ser una mujer más, a intentar una relación que fracasara al poco tiempo que yo fuese su amiga, que yo dejase de importarle como amante, me dolió.

Ahora que estoy sola en esta habitación desde donde escribo, siento que la vida no es otra cosa que ese cúmulo de sentimientos, esa tendencia a imaginar aquello que no poseemos, pero que solo, en nuestras ideas, en

nuestras visiones, cuando dormimos, aparecen para defraudarnos.

Los sueños defraudan como nos defraudan aquellas personas en las que hemos depositado toda nuestra confianza. A veces, no hay tanta diferencia entre soñar y vivir. Porque, si los sueños no se cumplen, a veces tampoco se cumplen las esperanzas que tienes depositadas en algunas personas.

Capítulo 28

Todo iba de mal en peor, entre otras cosas, porque yo no me aclaraba.

Porque yo quería mantenerme alejada de Fran, pero él venía a buscarme. Quería que yo accediera a sus deseos, pero yo insistía en mantenerme distante. No había otra razón que demostrarle de verdad que yo estaba más que dolida.

Después del incidente de la playa, después de que nos pillaran desnudos tratando de entrar por la ventana, después de que Jaime se mirara en el espejo y descubriera que parecía un pollo de campo con aquel peinado, todo pareció volver a la calma.

Nos acostamos, aunque Jaime no durmió en lo que quedaba de noche, porque no se fiaba de mí. Sabía que, en cualquier momento, yo se la iba a hacer de nuevo. Le iba a gastar otra broma de las buenas.

En el fondo, creo que Jaime no tuvo la culpa del todo. No tuvo la culpa de cómo se desencadenaron los acontecimientos. Ahora que lo meditaba con calma en la oscuridad, tenía claro que me había afectado profundamente que Fran no me considerara como una mujer a la que amaba, sino todavía como una amiga, convirtiéndome prácticamente en un objeto, en un ligue pasajero.

Aquella mañana, desayunamos juntos, pero, en silencio. Curiosamente,

Jaime se quedó en el bungalow conmigo. Fran desapareció sin decirnos adónde iba. Yo pasé del tema y seguía pensando en disfrutar de aquel paraíso los pocos días que me quedaban. El pobre Jaime todavía tenía rastros de gomina en su pelo y me miraba con una cara de asesino en serie que solo me causaba risa.

Había intentado echarle sal en su café, pero fue precavido y él se encargó de prepararse personalmente su desayuno. Fran me había estado mirando de vez en cuando buscando algo de complicidad en mi mirada, pero yo seguía desafiante y bajaba los ojos cuando él intentaba decirme algo con un movimiento de labios o con algún gesto.

Tenía que darse cuenta de que pasaba de él. Cuando recogimos, yo me puse mi bañador y me fui a la playa con Kate. Luis, al que le dolía todavía la cabeza a causa del golpe de mi cenicero, nos acompañó.

Notaba que aún estaba molesto conmigo y era para estarlo. Mis comportamientos tenían que ver más con la niña de El exorcista que con aquella Carlota que ellos conocían, un poco loca, pero no tan caótica y desastrosa como lo estaba siendo los últimos días.

Era cierto que yo era una mujer atrevida y lanzada, pero nunca había montado todas estas escenas. Pero la culpa, como ya he escrito, solo era de Fran y de aquel viaje que había hecho que mis sentimientos hacia él fueran cada vez más efusivos.

Nos sentamos en las tumbonas y yo me quité mi pareo y me quedé con

mi biquini rojo. Luis se metió al agua para nadar un poco.

—Oye, ¿no has visto a Fran? Parece que se ha ido con un poco de prisa, ¿no crees?

—No, no lo he visto, Kate.

—¿Hablaste con él anoche cuando os quedasteis a solas en el agua? ¿O usasteis la lengua para otra cosa?

—No seas tonta. No hicimos nada. Nos bañamos. Cada uno iba por su lado. Como la pareja de novios nos robó la ropa, no tuvimos más remedio que salir del agua juntos y buscar la manera de entrar en el bungaló. Un puto desastre.

—Madre mía, estas vacaciones parecen una atracción de circo.

—No hace falta que lo jures, Kate.

Se hizo un silencio entre nosotras y, durante en esos momentos que aproveché para relajarme, apareció Jaime. No me saludó. se sentó en una hamaca lejos de nosotras y se puso mirar el mar con unas gafas de sol más horteras que unas bragas de esparto.

—Jaime, ¿no me saludas? —pregunté con sorna.

—El médico me ha recomendado que no hable con locas.

—¿Eso también va por mí? —intervino Kate riendo.

—Dejadme en paz —dijo él como un niño enfadado porque sus padres no quieren comprarle un juguete.

—Bueno, no hace falta que te pongas así. ¿Cuánto tiempo llevas sin mojar? —pregunté yo con ironía.

—Eso a ti no te importa, loca.

—Pero, ¿no te había dicho el médico que no hablaras con loca?

—No os dais cuenta de una cosa —dijo Jaime serio.

—¿De qué no nos hemos dado cuenta? Venga, sorpréndenos.

—No quiero esposa, no quiero hijos, no quiero novias y me estoy planteando seriamente si quiero tener amigos. ¡Soy un espíritu libre! —gritó al final de aquel discurso.

Kate y yo nos miramos.

Nos dijimos con los ojos que este chaval había perdido la cabeza.

Tanto sol no es bueno, ya lo decía mi madre.

De repente, se levantó, se quitó la camisa, las sandalias y el bañador. Mi amiga y yo estábamos alucinando.

—Soy un espíritu libre. ¡¡¡Soy un espíritu libre!!! —siguió gritando mientras corría hacia la playa completamente desnudo.

De repente, se zambulló y pudimos ver que su culo blanco se quedaba a flote como una pequeña isla.

—Este tío es tonto —dije yo sin hacer demasiado caso a lo que había dicho Jaime.

—No hace falta que lo jures. Entonces, ¿no sabes dónde está Fran?

—No lo sé, Kate. No preguntes más por él. Parece que te gusta —respondí con un tono recriminatorio.

—Cuando se trata de ser estúpida, no hay quien te gane, Carlota. Estás insoportable. Solo intento ayudar y tú me sales con esas.

—Es que no paras de acosarme, maldita sea. Me importa bien poco dónde esté ese gilipolla. No quiero que vuelvas a hablarme más de él.

Había mentido a Kate. Me preocupaba que Fran no hubiese aparecido

por allí. Seguramente habría ido a las tiendas del complejo hotelero a comprar alguna cosa.

Estaba claro que, si había ido a comprar preservativos, que no contara conmigo. Me dije mientras el sol calentaba mi cuerpo. Luis seguía nadando y Jaime, como si fuese un hipopótamo, asomaba su cabeza desde el fondo del agua y miraba a la orilla. De repente, miré a Kate y, para mi sorpresa, se había puesto a hacer topless.

—Pero, ¿estás loca? Te va a ver todo el mundo.

—Carlota, no seas tonta. No me va a ver nadie. Aquí no hay nadie y, si me miran, no van a ir a la puerta de mi casa a chivarle a mi madre que su hija mayor estaba sin bikini en una playa desértica.

—Tienes razón, pues yo voy a hacer lo mismo.

Yo también me quité el bikini y me puse con mis pechos apuntando hacia el cielo. Allí estaban cuatro pirámides a merced de la brisa y de un sol amable que nos iba a broncear por completo.

Jaime seguía en el mismo sitio. Y nos miraba. Y yo noté cierto tono de relajación en su cara. Un tono de relajación que llevaba a placer.

—¿No estará pasando lo que yo me imagino? —solté de repente ante la sorpresa de Kate.

—¿Qué pasa, Carlota? —preguntó Kate con cara de susto.

—Que Jaime se está ...

Me daba vergüenza pronunciar la palabra.

—¿Se está tocando? —dijo Kate con horror.

—Menudo guarro. Yo pensaba que no se iba a excitar. Que éramos unas hermanas para él.

—Yo lo mato, Carlota. Te juro que lo mato. Lo que me faltaba. Ser la conejita Playboy de este mamarracho.

Se acabó nuestra sesión de topless. Nos pusimos el bikini y seguimos a lo nuestro. Cuando saliera del agua, Kate y yo le íbamos a dar una bofetada de tal calibre que la recordaría en el lecho de muerte.

Pero no sucedió así. La naturaleza se nos adelantó. ¿Por qué? Porque vimos que su cara de placer se convirtió en una cara desencajada como si le hubiese sucedido algo dentro del agua y algo que no era bueno. Y, en efecto, así fue.

Una medusa le había picado en la base de los testículos y Jaime salió corriendo.

Parecía un pato que está a punto de despegar. Con las piernas abiertas y sus testículos enrojecidos e inflamados, no dejaba de dar alaridos. Aquello no eran dos testículos. Eran dos globos terráqueos de los que yo usaba en la escuela para conocer las capitales de Europa y el nombre de los mares y los océanos.

—Por favor, ayudadme. Creo que me ha picado una medusa. Por favor, no puedo ni respirar.

Kate, en vez de ayudarlo, se lanzó a pegarle y el pobre, además de lo que estaba pasando, se llevó tres bofetadas de las buenas. Luis apareció enseguida y llevó hasta el bungaló a Jaime, que iba con las piernas abiertas, como si montara a caballo. Nosotras fuimos detrás. Yo no sabía si morirme de risa o de la vergüenza.

Luis lo sentó en el sofá y le puso una toalla con hielo encima. Telefoneó a los servicios médicos. Kate y yo estábamos allí como dos estatuas mirando a la cara de Jaime.

—Te lo mereces por gilipollas —soltó ella.

—Pero, ¿Qué culpa tengo yo?

—A nadie se le ocurre hacer lo que estabas haciendo. Estabas tocándote mientras nosotras hacíamos topless —dijo ella mientras yo me

tapaba la boca porque no podía contener la risa.

—Yo no estaba tocándome.

—¿Por qué nos mirabas? —intervine yo.

—Yo miraba al bungalow. Dejadme en paz.

—Sí, vamos a dejarlo, porque este tipo de picaduras en esas partes blandas suele acabar con un ingreso en urgencias —intervino Luis como si fuese un médico experto.

—No me jodas. Yo no quiero morirme por una picadura en los huevos —empezó a gimotear Jaime.

—Ya he llamado al médico. Viene enseguida.

En ese momento, mientras los cataplines de Jaime se hinchaban como globos de feria, apareció Fran con un ramo de flores.

Era para mí, pero Kate, emocionada, se lanzó a cogerlo.

—¡Qué detalle, Fran! ¡Qué detalle! ¡Son preciosas! Huelen genial.

Mi amiga sabía de sobra que las flores eran para mí, pero no pudo contener la emoción.

En aquel momento, una abeja, que estaba oculta entre los pétalos, salió directamente a la nariz de Kate y le picó.

Mi amiga pegó un grito. El ramo de flores cayó al suelo y la nariz de Kate empezó a hincharse al mismo ritmo que los testículos de Jaime.

Aquello no era normal. Fran se quedó boquiabierto. Luis se lanzó a ayudar a Kate y a ponerle hielo. Como no quedaba, cogió el que había envuelto en una toalla para aplicar sobre los testículos de Jaime.

—Luis, pero... ¿eres gilipollas?

—Solo quiero ayudarte. Se está hinchando. Sabes que eres alérgica a esas picaduras.

—Prefiero morirme antes que ponerme el hielo de los huevos de ese gilipolla en la cara.

Menos mal que enseguida llegaron los servicios de urgencia que entraron como si fuesen una tropa de infantería. Chafaron las flores que con tanto cariño había comprado Fran.

El día empezaba genial. Yo, presa de los nervios, salí a la playa y me tropecé.

No quería levantarme hasta que escuché una voz.

—¿Te encuentras bien?

Pensaba que era Fran. Recé todo lo que sabía. Quería que fuese Fran quien iba a socorrerme. Pero no. Era la voz del muchacho que nos había robado la ropa. La chica no estaba a la vista. Al volverme, el tipo no pudo callarlo.

—¡Ostras, vaya par de tetas!

—Eres un cerdo. Para eso no vengas a ayudarme.

En ese instante, apareció su novia, que lo oyó.

Como decía, aunque la chica tenía un cuerpo precioso, sus pechos no tenían mi volumen. Al ver que su novio no dejaba de mirarme, ella montó en cólera.

—Pero, ¿Qué haces, cerdo? ¿Cómo te atreves aligar delante de mí con esta tiparraca?

—Pero si yo no he hecho nada. Solo quería ayudarla. Se había caído, cariño —dijo él con voz tímida.

—No me vengas con esas. Estabas mirándole las tetas. Lo he oído todo, idiota. ¡¡Eres un idiota!! Déjame en paz. Ya me lo dijo mi madre.

—¿Qué te dijo tu madre?

—Que, además de ser un pichacorta, parecías tonto del culo —soltó ella.

Yo me callaba. Yo no sabía que decir. Tampoco podía marcharme.

—¿Y tu madre cómo sabe cómo tengo yo el miembro?

—Porque te espió en la ducha —dijo ella tan fresca.

—¿Tu madre me espió en la ducha? ¿Está loca o qué? Pero... ¿en qué familia me he metido?

—Hemos terminado. Vete con tu nueva amiga y olvídate.

La muchacha se marchó y el joven se quedó allí, mirándose de arriba abajo mientras yo trataba de soltarme aquellos nudos. No vi que siguiera a la muchacha para intentar calmarla. Aunque también lo entiendo. Después de lo que le dijo de la madre, cualquiera volvía a ingresar en esa familia.

Al final me fui.

Vi que el joven quiso seguirme, pero yo corrí más rápido. Y llegué hasta las rocas donde iba a sentarme para buscar un momento de paz después de tantas emociones en tan poco tiempo.

Tomé aire. Tenía que regresar cuanto antes. Las picaduras tenían muy mala pinta y seguramente Jaime y Kate tendrán que ser ingresados.

Pasaron unos minutos y miré hacia el bungalow. Una figura se recortaba en el horizonte. Soñé por unos momentos. Sería Fran que vendría a buscarme, a demostrarme una vez más que estaba preocupado por mí, que le interesaba de verdad.

Pero no. No era Fran. Vaya una desilusión que me llevé. Se trataba del joven que había roto con su novia delante de mis narices. Se acercó hasta a mí y, cuando estuvo frente a mis ojos, me dijo.

—Me he enamorado. Me llamo Bryan. Y me gustaría salir con usted, señora.

Como no encontré un cenicero, cogí lo primero que encontré a mano, que fue una piedra lisa de esas que la marea deja al descubierto.

No pude contenerme y se la lancé. Menos mal que no le di. El chico

estuvo hábil y comencé a insultarlo como si mi boca fuese una metralleta y como si cada insulto fuese una bala dirigida directamente hacia él.

—Lo que más me duele no es que me hayas pedido salir después de haber roto con tu novia hace dos minutos, sino que me llames señora. Ya quisiera tu madre tener el cuerpo que tengo yo.

—Señora, no quería que se ofendiera de esa manera. Yo solo me he fijado en su cuerpo y me ha hechizado. Solo intentaba ser amable.

En ese instante, volví a coger otra piedra y se la lancé. Esta vez le di en el cogote y el tipo salió corriendo hacia las dunas, como si llevara un petardo en el culo. Lo que me faltaba; un jovencito inmaduro en el lío de vida sentimental que llevo.

Estaba claro que algo no iba bien en el bungaló. Sin perder de vista al joven que seguía mirándome a unos doscientos metros desde una loma, caminé hacia donde estaban mis amigos. Todo parecía estar tranquilo.

El ramo de flores ya no estaba en el suelo. Alguien lo habría recogido y lo habría tirado a la basura. Aquel ramo chafado por el servicio médico era el símbolo de lo que estaba siendo mi relación con Fran.

Cuando entré al bungaló, allí estaban todos.

Sumergidos en un silencio tenso, Fran permanecía pensativo, sentado

en una silla. Parecía triste, sin duda.

Jaime estaba en el sofá con las piernas abiertas y con un apósito que parecía un pañal entre sus piernas. Estaba con los ojos cerrados y dormitaba. Kate se había tumbado en una cama. Luis estaba a su lado cogiéndole la mano para tranquilizarla. La cara de mi amiga era un poema. No había diferencia entre su nariz y la nariz de un payaso.

—Luis, ¿cómo está Kate?

—Está bien. Le han pinchado. No tardará en actuar.

Kate no hablaba. Roncaba. Los medicamentos en su sangre le habían adormecido. Vaya cuadro. Yo fui al baño a cambiarme. Aquello parecía el velatorio de un muerto.

Nadie comió aquel día. Ni los enfermos ni los sanos.

Pero lo peor no terminaba aquí. Lo peor comenzó a media tarde. Decidida a dar una vuelta por la playa, el cielo se llenó de nubes y la peor tormenta que yo haya visto en mi vida se puso sobre nosotros.

Temblábamos de miedo en el interior de la habitación. El bungalow parecía un camarote del Titanic. Las goteras empezaron a aparecer y Fran y yo tuvimos que poner cubos y ollas por todos los sitios y mover las camas continuamente según iban a brotando las nuevas gotas de agua. Aquello era un

puzle cada vez que teníamos que mover muebles y camas para que no se mojara nuestra ropa y las mantas.

De repente, comenzó a caer una gota sobre la cabeza de Jaime que seguía en el sofá, quieto como una estatua de mármol. Pero se negó a levantarse del sofá.

—Prefiero calarme que, a mover los huevos de aquí, ¿me oís?

Y allí se quedó empapado según la tormenta era cada vez más intensa. Para colmo de males, mientras asistíamos todos a ese velatorio en el que se había convertido nuestro viaje, se fue la luz. Nuestros móviles no tenían conexión a ningún sitio y se quedaron sin batería.

Kate y yo estábamos asustadas. Y empezamos, en plena oscuridad, a escuchar un gemido. Pensábamos que era el viento que embestía contra los muros del bungalow como si intentara derribarlo. Pero no era el viento. Era Jaime, que lloraba.

—No le contéis a nadie esto, por favor —sollozaba.

—Jaime, tranquilo, no le vamos a contar nada a nadie nada de lo que ha pasado. Esto queda entre nosotros —dije yo con un hilo de voz.

—Si esto sale a la luz, es mi ruina. Ya no tendré a nadie a quien conquistar.

—Eres un gilipolla. Cállate ya de una vez, por favor. Nos faltabas tú ahora y tu jodido patetismo —dijo Kate con un humor de perros.

—Déjalo en paz. Lo está pasando mal —intervino Luis con intención de regañarla.

—¿Estás defendiendo a tu amigo? —saltó Kate con rabia.

La discusión empezó enseguida. A oscuras, mientras los rayos y los truenos amenizaban aquella fiesta de pijamas, aquella pareja estaba a punto de mandar su relación a la mierda. Madre de Dios, y hasta las seis de la mañana no amanecería.

—¿Quién te manda a ti meter las narices en un ramo de flores?
—preguntó Luis con enfado.

—¿Sabes por qué metí las narices?

—Sí, dime por qué.

—Porque Fran regala flores y tú nunca tienes un detalle conmigo. Antes eras detallista. ¿Te acuerdas de la última vez que me regalaste flores? Dilo. ¡¡Dilo!! Que lo escuchen —la voz de Kate sonaba a resentimiento.

A las lágrimas de Jaime, se unieron las de Kate. Y los truenos y

relámpagos seguían con su sinfonía de horror. De repente, noté que una mano, la de Fran, cogía la mía. Y lo agradecí de verdad. Lo agradecí.

Al día siguiente, no salió el sol. Nuestro último día en aquel paraíso, lo pasamos encerrados. La hinchazón de Kate había desaparecido prácticamente. Jaime seguía en el sofá. Parecía una gallina ponedora. Bebimos y comimos un poco, y comentamos cosas de nuestro próximo destino. Luis y Kate no se hablaban. Aquel dormitorio se estaba convirtiendo en una celda de aislamiento para todos.

Una de las veces, miré por la ventana. La lluvia seguía cayendo sobre el mar y sobre la playa. En medio de aquella tempestad, vi pasar a una pareja. Era Bryan y su novia. Era aquel chico que quería salir conmigo. Había vuelto con su novia.

Me alegré por él. Sin que yo lo pidiera, giró la cabeza y me lanzó un beso. Sabía que yo estaba asomada a la ventana. Su novia no se dio cuenta.

Busqué hablar un momento con Kate en el porche. Pero el viento y la lluvia lo impedían. Pero, aun así, le pude sonsacar algo.

—¿Te has enfadado con Luis?

—Sentí envidia, Carlota. Sentí mucha envidia cuando vi que Fran te traía flores. Hace meses que él no hace algo así. Me temo que nuestra relación ha llegado a un punto muerto.

—Eso es mentira, Kate. Se os ve muy unidos siempre. No creo que vuestra relación haya caído en picado. Es un bache. Estos últimos días han sido un auténtico infierno para todos.

—Tienes razón. Espero que, en nuestro próximo destino, no nos pasen tantas fatalidades.

—Eso espero.

Entramos al bungalow. Fran se acercó a mí con una mano escondida detrás de su espalda. No sé qué intentaba hacer.

De repente, sacó una flor, una de las pocas que habían sobrevivido a las pezuñas de médicos y enfermeros. No le di las gracias. Se la cogí y, como una tonta, la guardé en mi mano todo aquel día, llevándomela de vez en cuando a la nariz para sentir su aroma.

Y el de Fran.

Capítulo 29

Los sentimientos se tienen o no se tienen.

Fran estaba intentando conquistarme. Fran quería empezar de nuevo. Pero yo estaba confusa. Sé que todas las parejas pasan por baches, por malos momentos, como les estaba sucediendo a Luis y a Kate. Yo tenía miedo a entregarme. Tenía miedo a una nueva decepción. No podía dejar que eso sucediera. No me gusta sufrir. A nadie le apetece verse en mi situación. Pero llegaría el momento que tendría que elegir y demostrarme que era capaz de ser una mujer madura en cuanto a sentimientos se trataba.

¿Amigo o amante? No iba a estar segura nunca. Fran tenía un largo camino por delante. Fran tenía que demostrarme que podía confiar en él. Y él tenía que aclararse, valorar qué quería de mí. Yo no iba a ser un juguete.

No iba a ser una amiga con derecho a roce. No me iba a eso. Mi atracción hacia Luis desde hacía muchos años no entendía de relaciones temporales, sino de un amor para toda la vida.

Si Fran tenía tantas dudas, quizá no era el hombre que yo esperaba, aquel galán y príncipe de cuento que había construido en mi cabeza. Pero debo reconocer que, en una relación, no hay ninguna certeza. No hay nada que nos diga con total seguridad que ese hombre o esa mujer son nuestro futuro.

Capítulo 30

Estábamos a punto de aterrizar en Venecia. El vuelo lo pasé al lado de Kate. Intentábamos hablar de nuestros asuntos emocionales sin que los chicos se diesen cuenta.

No era fácil, sobre todo, para mí, que tenía que soportar las miradas de Fran. Y, cuando digo “soportar”, me refiero a que eran una carga, a que eran una forma de intimidarme, entendida esa intimidación como una forma de sentirme mirada constantemente.

Pero yo no le correspondía. Yo intentaba distraerme con las palabras de Kate.

A veces quiero entenderlo. A veces quiero darme cuenta de que es posible comenzar una relación desde cero. Pero, con Fran, era diferente. Con Fran no era igual que con otro chico con los que había salido. ¿Por qué? Porque Fran había sido un amigo y esa era la incógnita. Y sentía que esa familiaridad podía hacer que él se desprendiese de mí cuando le apeteciera.

No podía ser un objeto de usar y tirar. Nada de eso. Yo no era esa amiga de la infancia. Ya no lo era. No podía entender nuestra relación como una más de nuestras aventuras en épocas pasadas.

No me daba cuenta de que quizá yo tampoco podría verlo como un hombre al que amar, como ese desconocido con el que comienzas desde el principio y vas conociéndolo poco a poco. No. Eso no estaba sucediendo.

Por esa razón, estaba tan confusa. Me había acostumbrado a su presencia. Eran sus pensamientos y ese cuerpo los que me hacían tener una imagen renovada de él, los que me hacían darme cuenta de que era posible que yo amara a otro Fran, que no tenía nada que ver con aquel hombre que me recordaba continuamente a la infancia y a nuestros años de adolescencia.

Sé que él tampoco me veía con ojos de niño, pero sí todavía como ojos de amigo. Quizá él estaba buscando en mi interior nuevas sensaciones, nuevas experiencias y emociones que le aportaran una imagen nueva de esa Carlota.

¿Le gustaba de verdad? Mi cuerpo tampoco era el cuerpo de una niña, maldita sea. Era una mujer atractiva y, con poderosas razones, para atraer a un hombre como él.

El miedo que yo tenía es que, en cualquier momento, fuera capaz de dejarme sin darme ninguna explicación, simplemente porque le apetecía y, como yo era su amiga, pensaría que yo, al final cedería, para volver con él si se cansaba de estar con la otra persona.

Dentro de mi atrevimiento y de mi locura, era una persona que, tras sus fracasos sentimentales, sentía que mi autoestima estaba tirada por los suelos. En algunos momentos de soledad, me planteaba si había hecho bien en hacer este viaje sabiendo que Fran me gustaba y que algo como lo que estaba

sucediendo ahora mismo podía ocurrir.

Quizá no debía haberme embarcado en esta aventura. Pero... ¿cómo se lo iban a tomar Kate, Luis y Jaime? Fran no podía ser un obstáculo para mi diversión y la del resto de mis amigos.

Que yo hubiese roto con algunas parejas, me obligaba a ser una persona pesimista en cuanto al amor. En ese aspecto, me iba pareciendo cada vez más a Jaime, porque él tampoco había terminado de mantener una relación duradera con ninguna de sus amigas. Pero había una diferencia. Yo sí que quería encontrar al amor de mi vida. Yo sí quería demostrarme que era capaz de romper con esa imagen jovial y frívola de mujer que solo se dedica a acostarse con uno y con otro sin otra intención que pasar un buen rato.

Conforme pasaban los días y después de todo lo que aconteció entre Fran y yo, me daba cuenta de que el amor es una experiencia misteriosa donde el fracaso, la frustración y la tristeza pueden pasarte factura y pueden marcar tu vida para siempre, si no encontramos un final feliz a nuestra historia.

A veces me pregunto por qué he escrito esta historia. Y, según voy avanzando, me voy dando cuenta de que no es solo mi historia, sino que es la historia de Fran y de mis amigos. Y eso me entristece en ese momento, como me entristecía en aquel otro. ¿Cómo podemos saber si estamos acertando en nuestra elección? ¿Cómo podemos saber si hemos dado con el amor de nuestra vida?

Me pasaba algo similar a lo que le pasaba a Fran. Aquellas palabras

como “amor” o “felicidad” quedaban muy bien en las canciones, pero a veces eran muy difíciles de sentir o de comprender. Nos quedaba todavía bastante por aprender. Nos quedaba mucho camino por recorrer, pero yo no quería jugármela. No quería que de nuevo Fran cambiase de opinión y me dejara completamente destrozada.

Nunca había estado en Venecia.

Todos comentaban que su belleza era inigualable. Ninguno de mis destinos me había defraudado hasta ahora, salvo la última tormenta que ensombreció un poco aquella imagen paradisiaca que me tenía de Brasil. Poco antes de aterrizar, Kate y yo estuvimos hablando sobre Luis y Fran.

Aunque ella estaba de mejor humor respecto a la última discusión que habían tenido tras la picadura, seguía pensando que sus vidas se habían acomodado a una rutina que no los beneficiaba.

Sin embargo, yo le hice comprender que era normal lo que estaba pasando y que, tarde o temprano, esos nubarrones que ella ahora tenía sobre su cabeza enseguida se disiparían. No sé si yo estaba en lo cierto, pero, si yo tenía que apostar por una relación, apostaría por ellos dos.

—Lo que tienes que hacer, Kate, es prepararle alguna sorpresa —le susurré al oído con cierto aire pícaro.

—¿A qué clase de sorpresa te refieres? —preguntó ella con cara de ingenua.

—Ponte una ropa interior provocativa. Haz que se sienta especial y así tú también te sentirás de otra forma. Conquistalo de nuevo —dije yo con una enorme sonrisa en mis labios.

—¿Ahora eres una consejera matrimonial? —preguntó extrañada.

—Kate, no me hagas enfadar. Llevas todo el viaje hablándome de Fran, que si Fran por aquí, que si Fran por allá.

—Tienes razón, Carlota —dijo ella asintiendo con su cabecita de pájaro.

—¿En qué tengo razón? ¿En lo de la sorpresa? ¿En lo de Fran?
—repuse yo a la defensiva.

—En las dos cosas. Seguramente, lo que Luis necesita es volver a mirarme con otros ojos.

—Sedúcelo de nuevo y oblígale a que te regalé flores —sonreí tras aquella intervención.

El avión se detuvo y los cinco nos miramos cara a cara al levantarnos. Pese a todo lo que había pasado en nuestro anterior destino, parecía que el ambiente estaba más calmado y noté que Jaime estaba mucho más relajado. No sé si debía seguir gastándole bromas. Todo dependería de cómo se fuera

comportando.

Fran quiso ayudarme con el bolso de mano, pero no lo dejé. Aquello le dolió. Sé por experiencia propia que esos pequeños gestos de rechazo duelen más que decirle algo directamente a la cara. Su indiferencia hacia mí durante tanto tiempo a lo largo de estas últimas semanas me había hecho una experta en ese tipo de lenguaje.

Dos taxis no llevaron hasta el alojamiento. Allí habíamos alquilado un piso nada más entrar a la ciudad por el Puente de la Libertad. Era lo que más dinero nos había costado de todo el viaje, vivir como venecianos unos días. Los alquileres en una ciudad como esta son carísimos. Pero era nuestro viaje y habíamos decidido tirar la casa por la ventana. Cosas como esta solo se hacen una vez en la vida.

El apartamento era un piso pequeño, con bastante luz, algo raro en Venecia, y constaba de tres habitaciones. Luis y Kate dormirían en una. Yo me quedaría en otra y Jaime y Fran compartirían la que quedaba. Quedamos que, en media hora, una vez que hubiésemos colocado la ropa en los armarios, saldríamos juntos a dar una vuelta por la ciudad.

Entré a mi dormitorio y lo primero que hice fue acostarme en la cama. No quería pensar en Fran, pero no podía evitarlo. Desde la ventana de mi habitación, podía ver la belleza de aquella ciudad italiana: torreones, cúpulas y palacios ocultaban desde donde yo estaba ese gran entramado de canales que partían del Gran Canal.

Podía observar el ritmo hipnótico de pequeñas embarcaciones y góndolas que discurrían por las aguas. Al fondo, descubrí enseguida la Basílica de San Marcos. Aquella imagen me conmovió. Fue un gran acierto alquilar allí y, sobre todo, elegir como destino, para el final de nuestro viaje, la ciudad de Venecia.

Estaba emocionada, pero, al mismo tiempo, sentía lo injusta que era la vida. En aquel marco de felicidad, faltaba Fran, pero él lo había querido así y me habría encantado compartir aquella visión con él a mi lado, como hombre, pareja y amante. Ahora estaba con Jaime y yo me quedaría sola estos días y estas noches, como una princesa que está encerrada en su castillo y puede contemplar la belleza de un mundo en completa soledad.

Es triste pensar así. Es triste no creer en la felicidad. Volví a acostarme. La ropa estaba en mi maleta. Apreté los puños fuertemente. Quería contener la rabia y aquella impotencia que yo experimentaba en mi corazón.

No quería que, al salir, comprobaran que había llorado, que estaba enormemente triste. No quería complacer a Fran en ese sentido. Tenía que ser fuerte. Pero había sido la belleza de aquel lugar la que había hecho que me viniera abajo. La belleza a veces también nos destruye. Y eso es lo que descubrí en aquella vista, eso es lo que comprobé al mirar por la ventana y ver que todo refulgía en aquel cielo azul sobre una ciudad que parecía que los hombres habían construido para honrar a los dioses.

A los pocos minutos, salí de mi habitación. Todos me estaban esperando. Íbamos a ir a algún supermercado para abastecernos de comida

esos días.

No nos vendría mal ahorrarnos un poco de dinero. Tener comida allí nos daba mayor libertad de movimiento por la ciudad.

Kate se dio cuenta enseguida porque una buena amiga sabe cuándo una persona como yo lo está pasando mal. Los chicos se adelantaron.

La luz del sol doraba los edificios nada más cruzamos el umbral de la puerta. Un rumor de aguas inundaba aquella atmósfera ensoñada.

—¿Qué sucede, Carlota?

—Estoy destrozada. Me he venido abajo me he asomado a la ventana y al ver la belleza de Venecia he sentido que... —las palabras no podían salir de mi boca. Tenía un mundo en el estómago.

—Sigue, por favor. No te vengas abajo ahora. Desahógate. Dime en qué has pensado.

—Me habría gustado que Fran hubiese compartido esa experiencia conmigo. Me habría encantado que la emoción que yo he sentido no la hubiese sentido a solas, sino al lado de él.

—Habla con él, Carlota —me aconsejó Kate con los ojos vidriosos,

compartiendo conmigo esa tristeza infinita que yo sentía en mi corazón.

—No voy a hablar con él. Fran es el culpable de lo que estoy sufriendo, de esta soledad, de esta angustia. Hemos perdido la oportunidad de nuestras vidas. No puedo fiarme de él, Kate. No puedo fiarme —comenté sin dejar que ni una sola lágrima rodara por mi rostro.

—Pero no puedes seguir así, Carlota. Vas a volverte loca. Si decides olvidarlo, hazlo ya. Y, si decides hablar con él, hazlo también, pero inmediatamente. Sabes que vas a contar con mi apoyo siempre —dijo ella con voz animada para que yo dejara de estar tan triste.

Paseamos por algunas calles empedradas. La antigüedad de aquellas fachadas y la luz blanca que se reflejaba en las paredes hacía que yo sintiera que estaba en una ciudad muy especial. Turistas y grupos de alumnos en su viaje de estudios se mezclaban con nosotros.

Después de comprar lo indispensable en un súper que encontramos cerca de donde estábamos alojados, volvimos a nuestro apartamento. Dejamos allí lo que habíamos comprado y decidimos comenzar nuestro paseo por aquella ciudad que rebosaba arte por todos sus rincones.

Sentí que Fran había entendido mi mensaje. Estaba más distante. Pero, aun así, se acercaba, se alejaba. Yo iba al lado de Kate. Éramos inseparables. Luis había descubierto en mi forma de hablar y en mis ojos la tristeza que me embargaba.

Palacios, plazas y calles formaron parte de ese paisaje que nada tenía que ver con el horizonte cálido y afectuoso del mar, pero cuya belleza, sin embargo, había hecho que yo me diese cuenta de que Fran y yo no estábamos predestinados el uno para el otro.

Aquella ciudad habría sido el marco ideal para que los dos hubiésemos culminado nuestro amor.

Tomamos unos aperitivos en una terraza. Por la tarde, después de comer en nuestro apartamento y descansar un poco, volvimos a salir.

Yo estaba en silencio, sumida en mis pensamientos. La ciudad hervía de vida nocturna. Canciones y parejas elegantemente vestidas, celebrando la alegría de vivir, se cruzaban conmigo.

Cuando volvimos al apartamento, me encerré en mi cuarto. Fran volvió a mirarme entre triste y abatido antes de que yo cerrara la puerta y mirase a través de la ventana lo que significa la belleza.

Capítulo 31

Me despedí a la mañana siguiente de mis amigos, me preparé una pequeña mochila y me fui a caminar. No duré mucho, soy la persona más vaga del mundo, así que al final, acabé sentada en una pequeña plaza cercana mientras observaba todo.

Me encantaba eso, mis momentos de tranquilidad. Aunque también los odiaba, pensaba demasiado. Y Fran seguía siendo el objeto de mis pensamientos, y de mis deseos, para qué mentirnos.

Pero tenía que seguir con mi vida y él había decidido no estar en ella, aunque ahora quisiera volver, ya había perdido su tren.

Empezó a entrarme hambre, no había desayunado, como siempre, y ya era media mañana. Así que intenté ubicarme e ir a una cafetería que me había llamado la atención el día anterior mientras íbamos de camino al apartamento.

No tardé demasiado en encontrarla, el cartel era bien grande. Cafetería Cappuccino. Vale, el nombre no era de lo más rebuscado, bastante normal teniendo en cuenta que era una cafetería y que estaba en Italia, pero la decoración me había encantado. Se veía clásica desde fuera y tenía una gran cristalera desde donde observar los pequeños cupcakes que hacían que me subiera el azúcar con solo verlos.

Pero se me había antojado ir, yo tenía que probar algunos de esos deliciosos dulces. Me daba la impresión de que me iba a dejar medio sueldo en solo una galleta, pero bueno, después de todo, ¿qué más daba? Tenía que darme el capricho algún día.

Estaba llena a rebosar, pero el camarero me llevó a una pequeña mesa que había al fondo del lugar, al lado de la ventana. Pero no me atendió él, si no otro hombre que no iba vestido precisamente de camarero.

Menudo morenazo, con media melena, esas facciones italianas que derretirían a cualquiera. Y yo no iba a ser menos, estaba temiendo empezar a babear.

—Buongiorno.

—Buenos días —sonreí.

—Buenos días, ¿qué desea tomar? —dijo en español, menos mal, si yo tenía que hablar en italiano, tendría que ponerme con los gestos al estilo indio.

—Quiero cupcakes —y esperé a que se fuera. Pero no se iba—. Y un café latte —y el hombre seguía sin irse.

Sonrió y volvió a hablar.

—¿Quiere cupcakes?

—Eso dije...

—Ya... ¿Pero ¿cuál? ¿Cuántos?

—Oh —me sentí idiota, no volvería a salir más sin mi dosis de cafeína, mis neuronas no daban—, pues no sé, un poco de todo, el que usted elija.

—¿Lo dejas a mi elección? —la pregunta no sonó precisamente normal, sino más bien dicha con una voz que me hizo cerrar las piernas. Mierda, me había excitado, ¿qué demonios me pasaba?

—Esto... Bueno... Verá... —tartamudeé, ese hombre me había idiotizado— A su elección, sí. A los pasteles me refiero —carraspeé y me ruboricé hasta las pestañas.

—Sí, yo también me refería a eso —se mordió el labio para no reírse.

—Pues menos mal, yo ya estaba malpensando —reí nerviosamente.

—A veces es bueno malpensar —me guiñó un ojo, se dio la vuelta y me dejó allí, idiota perdida, mirándole el culo.

Yo estaba más que enferma, lo mío no era normal. Pero eso era bueno, ¿no? Al menos miraba a otro hombre y no pensaba en Fran. Hasta ese

momento, resoplé.

El Dios italiano apareció un momento después con mi café y una pequeña bandeja de cupcakes variados.

—Gracias —dije—, pero no podré comerme todo eso.

—Bueno, lo que puedas. Espero que te gusten.

—Oh, seguro, ya te lo digo yo. Pero estoy esperando lo contrario.

—¿Y eso? —sonrió abiertamente.

—Porque como me gusten, sí que no voy a dejar ni las migajas —torcí los labios, agobiada.

El hombre rio a carcajadas, echando la cabeza para atrás y yo sonreí. Si es que cuando quería, era una payasa de las buenas.

—¿Estás aquí de vacaciones? —preguntó y yo ya empecé a atacar la bandeja.

—Mmmm... —tragué antes de hablar— Sí y joder, esto está buenísimo. ¿Quieres?

—No, gracias, no soy de mucho dulce.

—Pues lo tienes que pasar mal trabajando aquí.

—Más que mal si tenemos en cuenta que el negocio es mío.

—Oh —abrí los ojos como platos—, lo siento, yo pensé que...

—Tranquila, trabajo como todos. Y me alegra que te gusten.

—Son deliciosos. Pero no me los comeré todos.

—Hazlo, invita la casa —volvió a guiñarme el ojo.

—Oh, no, no puedo permitir eso.

—¿Por qué no? El negocio es mío, te invito yo. Pero con una condición.

—Ya sabía yo que no sería tan fácil, a ver, dime —suspiré, pero me gustaba ese hombre, era divertido.

—¿Puedo sentarme?

—¿Esa es una de las condiciones?

—Sí —tomó asiento—, te acompañaré para que puedas comértelos todos y no te sientas tan mal.

—Al menos la gente pensará que tú también comes, bien pensando —cogí otro dulce y lo devoré—, ¿y la segunda condición? —pregunté mientras masticaba.

—Pasa el día conmigo mañana, déjame enseñarte algo de la ciudad.

Me atraganté, eso era ir a matar.

—No me conoces y no te conozco. Vaya, que no nos conocemos —dije cuando pude respirar.

—Soy, Flavio, ¿y tú?

—Carlota. Pero no se trata de eso.

—Pues listo, ya nos conocemos. Ahora no puedes rechazar mi invitación.

En ese momento reí yo, chico listo.

—No vas a aceptar un no, ¿verdad?

—No —dijo con seguridad—, me lo debes —otro guiño de ojo, iba a empezar a pensar que tenía un tic.

Pero no pude hacer otra cosa que reírme y aceptar quedar con él al día siguiente, tenía algo que me llamaba la atención, como un magnetismo.

—Ahora tengo cosas que hacer, pero te espero mañana —se levantó sonriendo.

—De acuerdo, aquí estaré.

—No veo la hora... —y se marchó

Y yo me quedé allí, idiotizada perdida.

Cuando acabé con todo lo que tenía en la mesa, me fui caminando a casa. Lentamente, estaba llena, eso sin contar que sufriría una subida de azúcar importante, me había puesto hasta las cejas.

Mis amigos estaban en el apartamento, vagueando, no tenían pensado salir hasta por la noche a cenar a algún lugar, así que me alegré de haberme ido sola.

Fran, en el sofá, leyendo, sin decir nada. Notaba cómo me miraba de vez en cuando, con añoranza, pero yo pasaba de él.

Me acosté a dormir una pequeña siesta y me asusté cuando alguien se sentó en la cama, a mi lado. Casi mando a mi amiga al suelo del bote que di.

—Mierda, Kate, odio que hagas esas cosas, ¿nadie te enseñó a llamar a la puerta?

—Estás sola, no tengo por qué llamar.

—Quizás hago cosas sola —le dije con doble intención.

—Bah, tampoco sería raro, nada que no hagamos todas, no me asustaría.

—Eres una cerda —reí.

—Lo sé, y me encanta —sonrió.

—¿Qué quieres? —pregunté entre risas.

—Ya puedes contarme.

—¿Qué te cuente yo? ¿El qué?

—Lo que te ha pasado, has llegado con una sonrisa de idiota increíble.

—No me ha pasado nada —resoplé, odiaba que me conociera tan bien.

—Venga, Carlota, que no me chupo el dedo. Empieza —se cruzó de brazos. Yo me incorporé y me senté, apoyándome en la pared.

—Tengo una cita.

—¿Que tienes qué?!

—Calla, loca, baja la voz. Que tengo una cita.

—Una cita... ¿Con quién? ¿Cómo se llama? ¿Edad? ...

Esperé a que terminara con la ristra de preguntas para poder hablar.

—Pues mira, sé todos esos datos —mentí—, pero se me olvidó preguntarle algo.

—¿Si es casado?

—No, su grupo sanguíneo y si es estéril —dije con ironía.

—Disculpa, solo es curiosidad.

—Curiosidad es tu apellido, Kate —resople—. ¿Recuerdas la cafetería que vimos viniendo hacia aquí?

—¿La de los pasteles?

—Sí.

—Sí, la recuerdo —afirmó con la cabeza.

—Pues bien, entré a tomarme algo y conocí al dueño y me invitó a enseñarme Venecia mañana.

—¿Y le dijiste que sí? ¡Estás como una cabra!

—¿Y qué tiene de malo?

—Que no lo conoces, Carlota. Que lo mismo es un asesino en serie y mañana estamos llamando a los medios de comunicación porque mi amiga ha desaparecido y al final te encontramos, días después, en un callejón, violada y degollada, con tus órganos mutilas, porque a ti se te ocurrió decirle que sí a un desconocido —cogió aire al terminar.

—¿Acabaste?

—No, pero ¿sirvió?

—Para nada. Se ve un buen chico, y tranquila que sé cuidarme. Solo necesito divertirme un poco.

—Para eso estamos nosotros...

—Lo sé, Kate, pero estás entendiendo lo que quiero decir.

Vi cómo mi amiga comprendía lo que yo necesitaba. Se levantó y me dio un beso en la cabeza.

—Me gustaría que fueras feliz, Carlota, pero creo que te estás equivocando. Solo cuídate, ¿vale?

—Lo haré —sonreí ante su preocupación, por eso la adoraba tanto.

—Y que Fran no se entere —dijo antes de marcharse de mi dormitorio.

No, yo tampoco quería que lo hiciera, pero me daba igual si pasaba. Él tenía que entender que yo viviría mi vida sin él.

Volví a tumbarme y sonreí al recordar a Flavio. Sería bueno conocerlo, de eso no tenía dudas. Y ya estaba deseando que llegara el día siguiente.

Capítulo 32

Estaba más que nerviosa. En momentos como ese, quería que la tierra me tragase. Me gustaba Flavio, era cierto que había habido química entre nosotros, algo especial, como un feeling, de esas cosas que a veces lees o te cuentan, pero nunca crees.

Pero también era cierto que yo seguía enamorada de Fran. Tenía que olvidarlo, lo sabía, y Flavio podía ser mi oportunidad.

Estaba en la esquina de la calle donde se encontraba su cafetería dándole vueltas a mi cabeza. Lo mismo una y otra vez, como si necesitara autoconvencerme o encontrar las fuerzas para poder olvidar a Fran de una vez por todas y poder seguir con mi vida.

Eso y porque me temblaban las piernas por los nervios. Pero es que ese hombre era realmente guapo, tenía como una especie de imán, algo que me llamaba a acercarme. Y yo no iba a decir no, ¿quién sabía lo que podía pasar?

Cogí aire lentamente y caminé hasta entrar en la cafetería. Lo vi nada más entrar por la puerta, de pie, charlando con uno de los camareros. Una gran sonrisa en su cara y madre mía... Más guapo de lo que lo recordaba.

Pero no era Fran.

Odiaba cuando mi mente se imponía con ese tipo de comentarios.

No, nadie era Fran, pero Fran no era para mí y yo tenía que seguir adelante. No iba a cerrarme como mujer por haber tenido una desilusión, por más dolida que todavía me sintiera.

—Buongiorno, amore mio.

—Buenos días —sonreí ante el saludo de Flavio, despidió al camarero y se acercó a mí.

—Estás preciosa hoy, ¿preparada para conocer la ciudad? O lo que nos dé tiempo.

—Sí, hay algunos lugares que quiero visitar.

—OK, pero primero vamos a desayunar. Necesitas coger fuerzas para todo lo que vamos a caminar —puso su mano en mi espalda y me guio hasta una de las mesas libres.

—¿Caminar? —pregunté desilusionada después de tomar asiento.

—Sí, es la mejor forma de hacer turismo, ¿no?

—Seguro —afirmé con la cabeza—, pero es que yo soy algo vaga, para qué nos vamos a engañar.

—¿Y cómo tienes pensado conocer Venecia entonces? —preguntó riendo.

—No sé, ¿en góndola? —puse cara de esperanzada y él se rio aún más.

—En góndola no se puede ir a todos lados, pero veré qué puedo hacer —me guiñó un ojo—. ¿Tienes hambre?

—Me como una vaca —resoplé.

Entre risas, pedimos el desayuno, lo tomamos juntos. Era cierto que tenía hambre, ni yo misma me pude creer que me hubiera comido una tostada con mantequilla y mermelada, un croissant de chocolate, el zumo de naranja, el café y aún le hubiera pedido a Flavio que preparara algún sándwich para llevarnos por si me entraba hambre.

La cara de incredulidad que puso cuando se lo dije me hizo ruborizarme, pero parecía que con los nervios que sentía por el día que iba a pasar con él, se me había abierto el apetito como nunca.

Ignoró mi propuesta sobre la comida y salimos del restaurante hacia la Plaza de San Marcos, uno de los lugares más representativos de la ciudad.

Me quedé boquiabierta cuando llegamos, lo había visto tantas veces en la televisión o por fotos que me parecía mentira estar allí en ese momento.

—El salón más bello de Europa —miré a Flavio cuando habló.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Así la definió Napoleón.

—El más bello no sé, pero uno de los más bonitos que he visto, sin duda. No puedo perderme nada de esto —saqué el móvil de mi bolso y me dispuse a hacer fotos a cada rincón.

Ya me había olvidado de Flavio y de todo lo demás. Me encantaba hacer turismo de esa manera, fotografiando todo para que, cuando lo viera en algún momento de mi vida, recordara las sensaciones que sentí en cada sitio.

Me paré frente a una cafetería en la que unos músicos preparaban sus instrumentos.

—¿Y eso? —pregunté, refiriéndome a ellos.

—Están ahí todo el tiempo que el bar esté abierto, siempre que haga buen tiempo, así que has tenido suerte de verlo hoy. Tocaban música clásica mientras, sobre todo, los turistas, se toman algo.

—Entonces vamos a tomarnos un café —dije rápidamente.

—Eh, espera —me agarró del brazo, impidiéndome moverme cuando yo ya salía disparada para tomar asiento—. Primero, es algo caro, segundo, tengo una cafetería, no voy a sentarme en otra a tomarme un café.

—Vamos, no digas tontería. Además, ahora mismo piensa que no eres el dueño de ninguna cafetería, no vas a hacer nada desleal.

—¿Qué soy entonces?

—Mi cita —dije encogiéndome de hombros, diría lo que fuese por tomarme ese café allí—, o mi guía turístico, lo que quieras. Pero tu clienta no se puede ir insatisfecha.

—¿Siempre consigues lo que quieres? —rio.

—La verdad es que no —fruncí el ceño—, a veces ni llorando, pero hago lo que puedo —le saqué la lengua y corrí hasta coger la mejor mesa que había.

—Me parece que no sueles aceptar un no por respuesta —se sentó a mi lado, sin borrar la sonrisa de su cara.

—Ojalá fuera así... —suspiré, pensando en Fran y en cómo su no había sido la última palabra.

—Ey, ¿dije algo malo? —cogió mi cara con su mano y me hizo mirarlo

de nuevo.

—No, tranquilo, solo me acordé de algo —sonreí.

—Pues deja de hacerlo, me gusta la chica con chispa, la de la sonrisa preciosa. El tiempo que estés conmigo, no quiero que esa sonrisa desaparezca. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —me sonrojé exageradamente, pero me habían encantado sus palabras. Eso era lo que yo necesitaba también, reír y no pensar en...

Fran...

Allí estaba cuando miré al centro de la plaza, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y mirándome.

Me tensé, había visto cómo Flavio me tocaba, nada del otro mundo, pero noté, por su postura, que estaba tenso también. ¿Y qué hacía ahí? ¿Me seguía?

Flavio miró hacia donde yo lo hacía y carraspeó.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Ninguno —volví a mirar al guapo italiano—, solo observaba la

arquitectura, me tiene enamorada —mentí.

Él asintió con la cabeza, pero sabía que no me había creído. Miré de reojo hacia el centro de la plaza, pero ya Fran no estaba allí. Suspiré de alivio e intenté olvidar que lo había visto. Tal vez había sido un producto de mi imaginación por sentirme culpable en algunos momentos. Y no tenía por qué sentirme así, entre nosotros no había nada y yo tenía una vida. Nada más.

Flavio, tenía razón, el café fue caro, pero merecía la pena con tal de disfrutar de la melodía que tocaban esos profesionales.

De allí, fuimos a visitar una de las fábricas de cristal más importantes de Venecia. Era increíble cómo creaban ese tipo de objetos, aún a mano. Cómo les daban la forma de cualquier cosa que se pudiera pensar. Eso sí, podía permitirme algo pequeño, los precios eran bastante elevados.

A la hora de almorzar, Flavio eligió comprar algo de comida y sentarnos a orillas del río. Era precioso aquello, ver las góndolas de un lado para otro, llena de parejas enamoradas. Y también un poco doloroso.

—Venecia es eso, ¿verdad? —susurré.

—¿El amor? —preguntó Flavio adivinando a qué me refería.

—No sé si el amor, eso es algo muy importante para hablar de ello rápidamente.

Pero sí la ilusión, el enamoramiento, la magia...

—¿No crees en el amor, Carlota?

Lo miré antes de responderle.

—No lo sé —negué con la cabeza—. Quizás en el amor sí, pero no en la gente.

—¿Tanto daño te han hecho?

—No, no es eso —sonreí con tristeza—. Solo que ese tema no es fácil. A veces no es suficiente con querer a alguien, la vida no te lo pone fácil y tienes que renunciar.

—No pienso así. Si hay amor, se lucha —dijo convencido.

—¿Entonces por qué estás solo? —la pregunta salió de mis labios antes de pensar en lo que decía.

—Porque todavía no encontré el amor. Pero no desisto, y creo que, cuando llegue, lucharé con uñas y dientes.

—Tal vez la persona por la que quieres luchas, no quieres que luches por ella —le respondí, acordándome de cómo Fran me pidió que lo dejara, que no lo tocara, que no intentara nada...

—Quizás esa persona es la que más necesita que lo haga —me guiñó un ojo y miró de nuevo al canal.

Me quedé allí, en silencio, con esa última frase dando vueltas en mi cabeza. Quizás tenía razón, pero no iba a comprobarlo. Yo ya había tomado mi decisión y seguiría sin Fran.

Tras un momento en el que ambos estábamos perdidos en nuestros pensamientos, decidimos ir a dar un paseo en góndola y terminar de pasar la tarde paseando y conociendo lugares menos turísticos.

Empezó a anochecer cuando me dejó en la puerta del apartamento. Tras darme las gracias y decirme que quería volver a verme, me dio un rápido beso en los labios y se marchó.

Lo vi alejarse y toqué mis labios con los dedos. Me gustaba ese hombre, tenía algo especial. Tal vez tenía que darle una oportunidad para ir a más...

—Buenas noches, Carlota —me giré al escuchar la voz de Fran. Estaba asomado a la ventana del apartamento, mirándome—. Ya veo que te lo pasaste bien.

—Sí, espero que tú también hayas tenido un gran día.

—Estuve solo, paseando por la ciudad.

—¿Y te gustó lo que viste?

—No —negó con la cabeza—, y cada vez me va gustando menos.

Volvió a meterse para adentro y yo suspiré ante sus palabras. No me gustaba verlo así, triste, pero ya no era cosa mía. Abrí la puerta del apartamento y entré. Saludé a los chicos y, con las mismas, me fui a mi dormitorio. Fran no iba a evitar que yo me sintiera culpable, no podía. Yo no estaba haciendo nada malo, solo viviendo mi vida.

Y Flavio me gustaba, me gustaba su físico, cómo sonreía, pero, sobre todo, cómo pensaba. Era divertido y a la vez un hombre que sabía bien lo que quería. Y eso era lo que yo estaba buscando, seguridad.

Aunque tampoco tenía que pensar en nada serio, tampoco era el momento para mí.

Me levanté de madrugada, no podía dormir, mi mente no dejaba de pensar. Me senté en el salón a oscuras y pegué un bote cuando noté a alguien allí. No chillé porque no me dio tiempo, me taparon la boca antes.

—Tranquila, soy yo —dijo Fran antes de quitarme la mano, encendió la luz de la lámpara de pie y pude verlo bien. Se sentó de nuevo en el sofá, sin mirarme.

—Lo siento, no quise molestarte.

—Lo sé, tranquila.

—¿Estás bien?

—¿Desde cuándo te interesa, Carlota?

—No seas cínico y no seas injusto.

—Sí, puede ser que lo esté siendo. Lo siento, pero ahora mismo no creo que sea el mejor momento para hablar. Quédate aquí si quieres —se levantó y me señaló el sofá—, me voy a dormir.

—Fran, yo...

—¿Sí? —se dio la vuelta cuando lo nombré.

—Nada, que tengas buena noche.

—Lo mismo para ti.

Se marchó y me dejó allí. Resoplé, era una tortura verlo así, a ratos me sentía culpable, otra segura de mí misma y diciéndome que estaba haciendo lo

que debía.

¿Pero qué era lo correcto?

Nada, todo tenía sus consecuencias. Solo podía seguir adelante con mi decisión de mantener a Fran lejos de mí y de pensar, por una vez, primero en mí misma.

Doliera lo que doliera, él acabaría entendiéndolo. Y quizás, algún día, podríamos ser amigos, no como antes, pero tampoco con la mala relación que teníamos en ese momento.

Me tumbé y miré la luna que se veía a través de la ventana. El tiempo pondría todo en su lugar.

Capítulo 33

Me levanté con intención de ir a desayunar, quería ver a Flavio, es cierto que me moría de amor por Fran, pero había puesto un muro frente a mí y no iba a permitir que lo traspasara.

Cuando salí al salón estaba sentado en el sofá, no me lo esperaba, me limite solo a saludar.

—Buenos días —mi seriedad era absoluta.

—Buenos días, te estaba esperando.

—¿Para?

—Quiero hablar contigo...

—Mira Fran, no tenemos nada que hablar, además he quedado.

—Ya, sé que me has olvidado rápido, que has conocido a otra persona, pero antes de tirar la toalla, quería intentar hablar contigo... anoche no me gustó con la sensación que me fui a dormir después de hablar contigo de madrugada.

—Tírala, yo lo hice en Brasil, en aquel viaje que decidiste que no

pertenecía a tu vida, esa que debías solucionar solito, esa que no había cabida para mí —dije mientras me iba hacia la puerta.

—Espero que no te arrepientas, cuando cruces esa puerta, no volveré a insistir para hablar contigo...

Salí, metí un portazo que retumbó en todo el pasillo, pero me daba igual, encima me decía que si me arrepentía no había vuelta atrás, era algo que no me apetecía escuchar, pero no me iba a quedar quieta, para orgullo el mío.

De repente escuché la voz de Kate llamándome por la venta, miré hacia arriba.

—Sube un momento Carlota —dijo con tono serio.

—¿Es urgente? —pregunté viéndome venir la película.

—Sube... —dijo de nuevo más enfadada y se metió hacia dentro.

Subí las escaleras enfadada, llegué hasta la puerta que ya estaba abierta y entré.

Estaba apoyada en el quicio de la cocina, con los brazos cruzados, sería como el portero de una discoteca.

—Dime...

—¿Lo ves normal?

—No sé a qué te refieres...

—Te estas alejando de todos, los que somos tus amigos, los que hemos estado siempre unidos, llevas dos días en otro mundo.

—En mi mundo.

—Pues en tu mundo ¿También nos vas a sacar a nosotros?

—No, solo necesito aire, respirar, olvidar el dolor que otros me provocaron ¿entiendes?

De repente escuche la voz de Fran por el pasillo, de camino a la puerta.

—Hasta luego —dijo para luego marcharse.

Kate me miró con rabia.

—Ya te puedes ir si quieres, ya veo que ni vas a cambiar y este grupo que era una familia ahora ya es como unos desconocidos, felicidades —dijo y después desapareció a su dormitorio.

Me dio rabia ese dolor con el que me había hablado, pero ahora me

querían hacer ver que yo era la culpable, cuando yo solo, quería estar con él y me apartó de su vida.

Salí de la casa y me fui a pasear, ni siquiera fui a ver a Flavio, no quería estar con nadie, quería estar sola, sentía que estaba más vacía que nunca y ese dolor me era insoportable.

Miré mi móvil, lo bueno de estar en Europa era que ya lo podía usar normalmente, me aseguré de hacer el contrato así antes de viajar, revisé el Facebook, cuando de repente Fran había colgado una foto tomando un chocolate en la terraza de la cafetería de Flavio, estaba incrédula a lo que estaba viendo, encima tenía puesto de estado en su foto

“Ven y elige, sé valiente...”

Me quedé muerta, sin aliento, era incapaz de seguir caminando, me senté en una terraza y me pedí un café solo, no podía dejar de mirar la foto, el estado de forma incrédula.

¿Valiente? ¿Me estaba retando? Yo ir, era capaz de ir, vamos que, si era capaz, pero no quería formar ningún numerito, menos aún poner a los dos enfrentados y por supuesto eso de elegir... ¡no me lo podía creer!

Saqué mi móvil y me tiré un selfie, y puse en mi estado

“Iré donde mi alma me lleve, no donde me impongan”

Esperé un rato más y digo si respondió, con dos cojones, como se dice en mi tierra.

Una foto sonriendo y justo detrás Flavio hablando con una chica...

El capullo había buscado el ángulo perfecto para pillarlo hablando con alguna amiga, clienta, hermana o vete tú a saber y tirarse una foto con una sonrisa por ello.

Ese no iba a poder conmigo, por mi vida que no, me estaba encendiendo de una forma brutal, es más ya le declaraba la guerra de verdad.

Le mandé un mensaje a Flavio con el bar en el que estaba, muy cerca del suyo, le dije que viniese si quería, a los 3 minutos estaba aquí, para mi sorpresa.

—¿Pero qué haces aquí? —decía levantando las manos y juntando los dedos.

—Siéntate, verás. —Estaba pensando que inventarme para salir de esa— Es que quedé aquí con una amiga para traerle una cosa y ya me pedí un café, luego iré a tu bar ¿Quieres uno?

—No, tengo que ir al banco, luego nos vemos en mi cafetería que es más bonita que esta —me guiñó el ojo.

—Vale —puse mi móvil a modo cámara— Espera que nos sacamos un

selfie. — dije alargando la mano, pegándome a él y poniéndole mi cara para que la besara.

Eso hizo, ya tenía mi objetivo, así que le sonreí, me dio un beso en los labios y se fue insistiendo que fuera a su cafetería.

Subí la foto a Facebook y puse “Sigo siendo su primera opción. Si le digo ven, no falla, esté con quién esté”, le di a publicar y me salió una sonrisa picarona, hubiera pagado por ver su cara cuando la viera.

Ni un minuto y ya le había dado un me encanta a mi foto, encima, provocando ¿Le encantaba? ¡Venga ya! No podía creerme el juego que se había montado y menos aun cuando vi lo que había hecho...

—¡Lo mato! —dije casi tirando la taza de café de los nervios.

Había colgado una foto con una chica, que no sé de donde la había sacado y puso el estado de “Despacito, deja que te diga cosas al oído” y así salía pegando su boca casi a su oreja... ¡Gilipollas!

Ahora si me había buscado, me fui hacía la cafetería, me daba igual ya, así que mientras me acercaba lo vi que estaba sentado la terraza con esa chica, me senté en la mesa de al lado, notaba como me miraba, yo me hacía la tonta y esperé a que llegase Flavio.

La chica coqueteaba con él, de vez en cuando lo miraba y notaba que

estaba deseando quitársela de encima, por lo menos me daba esa impresión, lo conocía bien, sabía que no estaba cómodo con ella, pero que se jodiera que si me quería poner celosa se iba a tener que preparar para el juego...

Apareció Flavio, traía dos preciosas amapolas, preparadas exquisitamente por la floristería, la puso sobre la mesa, delante de mí, luego se agachó y besó mis labios, para felicidad y triunfo mío frente a Fran.

—Hoy te invito a comer a un sitio espectacular.

—Vale Flavio, eso suena muy bien —puse cara interesante, sabía que Fran estaba mirando.

—Pues listo, ahora vengo voy a traer un café para los dos.

Le sonreí, era muy nervioso, pero me encantaba, notaba que Fran no paraba de mirar, hasta ella se estaba dando cuenta de algo, me crucé la mirada en más de una ocasión, le puse la misma cara de indiferencia que a él, total, tanto monta, monta tanto...

Flavio volvió con dos espresso y un platito con mis cupcakes.

—Toma para que te endulces la vida.

—Gracias, Flavio.

Estuvimos un rato, luego nos fuimos a pasear, dejando a los dos

tortolitos en la otra mesa haciendo el papel de sus vidas, más que nada Fran, de del despacito, que me estaba tocando bien la fibra, pero yo pensaba jugar.

El restaurante era precioso, con vista a un canal muy frecuentado por Góndolas, me puse con Flavio y nos tiramos una foto espectacular con el fondo del canal, y la mesa tan delicadamente preparada, puse un post que decía “Cuando menos te lo esperas...”

Ya pensaba la mitad de mis contactos que estaba enamorada, demasiadas fotos en poco tiempo, un poco después vi un post que puso Fran, era con ella en una Góndola y un estado que decía “Unos la pueden enseñar y otros la pueden disfrutar”.

¡Gilipollas! Lo decía por mi foto que solo la tenía de fondo, pero encima iba con doble sentido, me estaba buscando y bien.

Después de comer en ese precio lugar nos fuimos a pasear, luego me acompañó hasta la puerta de casa y nos despedimos hasta el día siguiente.

Llegué a la casa y no había nadie, me encerré en la habitación, quería estar desconectada del mundo, así que me quedaría relajada hasta el día siguiente.

Capítulo 34

Estaba más que harta. No podía con él. Fran se me estaba mostrando como un tipo arrogante e imposible. Jamás pensé que fuese a presentar aquella vena tan cabrona. Me había equivocado con él, pero yo no le iba a ir a la zaga.

Yo me iba a encargar de convertir su estancia en Venecia en un infierno. Se añadía, además, todo el juego que llevábamos en Facebook. Desde luego, en las redes sociales, estábamos dando un espectáculo. Cuando regresara a la peluquería, iba a ser el motivo principal de todos los comentarios de mis empleadas y de todas las clientas.

Trágame tierra.

¿Aparecería Fran en la cafetería de Flavio con su ligue? Yo estaba de los nervios. Lo peor de todo, por mucho que me cueste reconocerlo, es que mi enfado y mi malhumor no eran otra cosa que causa de los celos. Pero no iba a reconocerlo.

Yo no estaba dispuesta a ceder, así que volví a la cafetería a desayunar como cada mañana con mi Flavio. Luego, pasado el tiempo, lo he pensado muchas veces. Conozco a muchos quinceañeros que no hacen esta clase de tonterías.

Cuando llegué, allí estaba Fran con su ligue. Yo ya estaba sufriendo un

corte de digestión antes de comenzar a comer. Aquella escena me puso de los nervios. Se los veía acaramelados, pero yo sabía en el fondo que lo que quería hacer Fran era darme celos.

Me llenaría mi wassap y mi Facebook con todo tipo de selfies y comentarios. Menudo idiota. Pero ahí estaba yo, más dura que una piedra. Me senté cerca. Yo creo que ni me vieron. Podía escuchar toda clase de frases bonitas que uno y otro se decían, frases bonitas que él jamás me había dicho: “Qué ojos tan hermosos tienes”, “Me gusta tenerte cerca”, “No te imaginaba así” ... y un largo etcétera de frases melosas que no se creían ninguno de los dos.

Conmigo, había tenido otra actitud claramente. A mí no me había soltado esa clase de sandeces. La chica se veía dulce y era guapa, con una carita de muñeca de cera. Se notaba que era una de esas chicas de la alta sociedad italiana, acostumbrada a fiestas en casas señoriales con piscinas y fuentes en el centro de un jardín espléndido.

Sus labios gruesos parecían seductores y estaba continuamente tocando el pelo de Fran. Aquellos mimos me estaban poniendo de los nervios. De repente, recibí un mensaje.

¿A qué no sabes con quién estoy, Carlota?

Yo no me quedé parada. Yo tenía también ganas de guerra, así que le contesté enseguida.

Ni lo sé. Ni me importa.

Haz lo que te dé la gana con tu vida, que yo haré lo mismo con la mía.

No te pongas celosa, Carlota.

Como se nota que no me conoces.

Los celos se quedaron en el instituto.

Lo que te pasa es que no sabes qué hacer con tu vida.

Te aburres y, por eso, hablas conmigo.

Yo no me aburro, Carlota. Mira dentro de unos minutos en tu Facebook.

Estaba viendo a Fran con mis propios ojos. Estaba viendo cómo disfrutaba al teclear toda aquella información.

Mientras él escribía, yo miraba cómo ella le acariciaba la rodilla y lo miraba fijamente a los ojos. Yo estuve a punto de coger la primera silla y lanzársela a la cabeza. No era la primera vez que actuaba así, pero me contuve y preferí hacer mi guerra a través de los mensajes como lo estaba haciendo él.

Ahí me di cuenta del amor que sentía hacia aquella chavala. Ninguno, pues estaba más pendiente del móvil que de devolverle las caricias a aquella joven que vestía con un precioso traje de falda y chaqueta. Se notaba que era

una joven elegante. Con qué facilidad había conseguido Fran conseguir ese ligue.

Bueno, de mí también podría decirse lo mismo. Lo que estábamos haciendo era jugar al gato y al ratón, pero, sin saber por qué yo estaba ilusionada con Flavio. Vi que, de repente, se hacían un selfie poniendo morritos y yo me ponía cada vez peor. Me salía humo de la cabeza.

Enseguida miré en mi perfil y ahí estaba su foto con aquella joven. Me dieron ganas de bloquearlo, pero atacué. Le puse un comentario.

Pensaba que tenías mejor gusto.

Él no tardó en responder. A mí me daba pena aquella muchacha, porque él estaba pasando de ella. Solo quería saber qué le contestaba yo para contraatacar.

Tiene muchas cosas que otras no tienen.

Si los tontos volaran, Fran, no habrías pagado ningún billete de avión.

No hace falta que te pongas así. Reconoce que es más guapa que tú.

Qué superficial eres, ahora resulta que las mujeres se miden por la belleza física. Qué pena das.

No tienes ni idea de lo que es el amor.

*Claro, y tú sí, que estás sentado en una cafetería,
pensando más en joderme a mí que en pasarlo bien con esa
muchacha. Pobrecita, la que le ha caído.*

En ese momento, dejé de seguir respondiendo a los comentarios de Facebook. Me daba miedo que conocidos y algunas de mis clientas entraran en esa guerra.

Me centré en lo que tenía que centrarme, que no era otra cosa que esperar a mi Flavio que apareció enseguida.

En ese momento, Fran giró la cabeza y se quedó pálido. No sabía que yo estaba allí desde hacía rato y que lo había pillado haciendo el tonto con aquella muchacha. Ahora que lo pienso desde la distancia del tiempo, me pregunto que, si estas cosas las hubiésemos hecho con quince años, a nadie le sorprendería, pero, claro, ya no éramos unos niños por lo que el espectáculo que estábamos dando iba más allá de lo ridículo.

Flavio, con su sonrisa habitual, llevaba una camisa blanca y unos pantalones ajustados que lo hacían atractivo. Estaba claro que a los italianos les gustaba vestir muy bien, no como a esos chicos con los que había salido tiempo atrás, que iban siempre con chándal y bermudas. Me tenía que pelar con ellos para que se pusieran un triste pantalón vaquero.

Mientras Flavio me besaba en la frente y se marchaba de nuevo para atender a unos clientes que se habían sentado en otra mesa, un nuevo mensaje llegó a mi wassap.

No sabía que eras tan fácil, Carlota. Ha llegado tu italiano.

Estarás contenta, ¿verdad?

Yo ni volví la cabeza. Podía haberle lanzado una mirada asesina, pero no quería montarle un pollo allí en medio. Aquella muchacha no tenía ninguna culpa de que estuviera sentado al lado del que yo consideraba ya como un auténtico farsante. Me puse a escribirle a su wassap.

No sé por qué te irrita tanto que un chico como Flavio se haya enamorado de mí.

Estará loco. Porque no hay otra razón, Carlota.

Me temo que el celoso eres tú.

Deberías estar más pendiente de esa joven a la que tienes bastante aburrida. Aunque no me extraña, la diversión no es tu principal virtud.

Me estás irritando. Deja la fiesta en paz, Carlota.

Fran, yo no he empezado esta guerra.

*Has sido tú. Por cierto, ahora, cuando esté con Flavio,
no podré atender a tus mensajes.*

*Lo siento mucho. Disfruta de un día maravilloso en Venecia con tu
amiguita.*

No es mi amiguita. Vamos muy en serio.

Estarás de guasa. No te acuerdas ni de su nombre, Fran.

Tú no sabes enamorarte.

Para ya, Carlota.

Dejé el móvil sobre la mesa y evité seguir contestando. Flavio apareció con un café especial de caramelo y unos pasteles que quitaban el hipo.

Yo me levanté y lo besé en los labios. Fran no dejaba de mirarme.

La chica intentaba llamar su atención con frases bonitas y caricias en sus manos y en sus muñecas. Pero él solo estaba pendiente de los movimientos de Flavio.

Yo abracé a mi nuevo amigo con efusividad. Y comenzamos a hacernos selfies. Mientras nos sentábamos a disfrutar de aquel desayuno, le fui enviando las fotos a Fran que, cada vez, se ponía más rojo. Su cabeza parecía una olla a

presión.

Y yo reía por dentro. Y él podía verlo en mis ojos. Porque las miradas son siempre un segundo idioma.

Capítulo 35

Estaba más que harta. Estaba hasta el mismísimo c...

No podía creer que, de verdad, Fran y yo, estuviéramos jugando a ese juego tan ruin. Nos hacíamos daño, pero no nos importaba. ¿Acaso tenía que importarme a mí que él anduviera con semejante... tremenda... ¡Idiota!

Sí, eso es lo que era él, un idiota de primera, un imbécil y yo... Mierda, yo era aún peor, tenía que cortar con aquella situación, pero no me daba la gana. ¿Él quería seguir con esa tipa? Entonces que me aguantara.

Y no eran celos, claro que no, solo una manera de desahogarme por lo rápido que me había reemplazado. Y sí, por esto podéis deducir que estaba dolida. ¿Pero él no quería volver días antes conmigo? Ahora no importaba, ya tenía quien le calentara la cama, como se dice en mi país.

Me levanté de la cama, era tarde y casi se había pasado la hora de desayunar, pero me apetecía un café e ir a ver a mi Flavio, necesitaba que me alegrara el día. El pobre lo tenía difícil, estaba que echaba humo por las orejas. Pero haber soñado con Fran haciéndole el amor a esa mujer, había acabado con mi posible buen humor para todo el día.

Y no, no eran celos, lo repito.

Saludé a mis amigos, a todos menos a Fran, no estaba, y me serví una taza de café.

—¿Dónde está Fran? —pregunté cuando me senté en el sofá.

Todos se quedaron callados y mirándome.

—Bueno, ¿qué dije? —pregunté.

—¿Desde cuándo te importa dónde está? —preguntó Luis.

—No me importa, solo me extrañó no verlo. Por mí como si se va a China o de misionero a África, no me importa lo más mínimo.

—Eso lo veo bien, al menos parece que tú a él tampoco es que le importes mucho, así no sufrís —dijo Jaime y yo tuve ganas de asesinarlo.

—Sí, ¿verdad? Es bueno que todo lo tengamos claro —dije en su lugar.

—Te estás comportando como una imbécil y él como otro, os vais a arrepentir —dijo Kate.

—Somos mayorcitos para saber lo que hacemos —dije con rabia.

—No, estáis despechados. Pero seguid a lo vuestro —continuó ella.

En ese momento se abrió la puerta del departamento, todos miramos y vimos cómo Fran entraba con su chica. A la mierda el café, ya no quería más.

—Hola, me alegra que estéis todos. Ella es...

Me levanté lo más tranquila que pude y directamente me metí en el dormitorio. No iba a estar allí mientras la presentaba en sociedad. Anda y que le dieran.

Escuché risas en el salón y me puse aún de más mal humor, tenía que vestirme y largarme de allí, y eso empecé a hacer.

Estaba en sujetador cuando mi móvil sonó con un mensaje de wasap.

No tenías que ser tan desagradable.

Las palabras de Fran me tocaron aún más la moral. Este tío era idiota.

No, no podría. No los hay más desagradables que tú.

Carlota, ¿estás celosa?

¿Yo? ¿De quién? ¿De un rollo de unos días? ¡Por favor!

¿Eso es para ti tu italiano?

¿Para eso te esfuerzas en parecer la pareja perfecta?

Yo no me esfuerzo en nada, pedazo de imbécil. Y no lo nombres.

Saboría.

Idiota.

Y con eso tiré el móvil en la cama y me terminé de vestir. Idiota, más que idiota, todo lo estaba haciendo por fastidiarme, no me cabía duda de eso. Pues nada, que siguiera con la muñeca que paseaba, solo esperaba que tuviera un gatillazo.

Y joder, ¿por qué me importaba?

Salí del apartamento sin mirar a nadie, dando un portazo, por mí todos podían pensar lo que quisieran, ya lo hacían de todas formas.

Acababa de salir del apartamento cuando volvió a sonarme el móvil. Como fuera Fran, lo iba a mandar bien despacito a la mierda.

No corras tanto, no estás acostumbrada a hacer ejercicio.

Pues sí, era Fran...

Más ejercicio que tú hago, al menos en la cama.

Jajaja. Dudo eso, no creo ni que al pobre se le levante.

Eso me dolió, sobre todo sabiendo mis inseguridades.

Ni siquiera contesté. Ni siquiera fui capaz de responder mordazmente. Nos habíamos dicho muchas cosas hirientes, pero eso era dañar, ahí se había pasado.

Dos lágrimas empezaron a salir por mis ojos y me las limpié con rabia. No iba a llorar cuando yo también estaba participando en ese juego.

Llegué hecha polvo al restaurante, pero no iba a dejar que me afectaran sus palabras, no iba a dejar que me afectara nada. Vi a Flavio y me acerqué a darle un abrazo.

—Ey, ¿estás bien? —estaba preocupado.

—Sí, es que no dormí mucho.

—¿Has llorado?

—No —mentí—, te digo que no dormí y mira cómo tengo los ojos.

—¿Por qué no dormiste?

—Estaba nerviosa, demasiado tiempo lejos de casa, de mi trabajo, de todo. Me ha pasado factura.

—¿Quieres volver ya?

—No, no es tanto como eso, pero me preocupa cómo va la peluquería. También tengo un negocio —le guiñé el ojo cómplice.

—Sí, sé que no es fácil. Pero también tienes que vivir.

—Lo hago.

Me acerqué y le di un beso que él profundizó, pero yo no estaba en condiciones para eso.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —pregunté cuando me separé de él.

—Lo de siempre, pero si tienes algo en mente... Tú estás primero —respondió con su preciosa sonrisa.

—Me apetecería que vinieras a comer a casa. No sé si mis amigos

saldrán, pero si no lo hacen, pues comemos juntos.

—Me parece bien. Terminó un par de cosas y nos vamos.

—Vale, pero no he desayunado —dije con cara de pena.

—Y no vas a comer si te pongo el desayuno...

—Pero es que no desayuné —puse la cara aún más triste.

—Está bien —rio—, bandeja de cupcakes para ti.

—Si es que me encantas —le saqué la lengua y me fui a sentarme. Me iba a hartar.

Una hora después, volvía de camino al apartamento. Para mi desgracia, estaban todos mis amigos allí, Fran y su chica incluidos. No podía tener más mala suerte.

Flavio se adaptó a la situación rápidamente y yo noté cómo Fran me miraba, como llamando mi atención. Pensaba ignorarlo directamente, como ignoré las tres o cuatro veces que mi móvil sonó.

Sabía que era él para mofarse, pero no iba a responderle.

También sabía que no se quedaría tan tranquilo, solo esperaba que no hiciera alguna de las suyas delante de Flavio.

El almuerzo se prolongó hasta la merienda, Flavio tuvo que marcharse por temas de la cafetería y Fran también se fue a acompañar a su chica a casa. Su chica, cómo odiaba eso. Pero era su vida, hacía bien en vivirla siempre que se mantuviera alejado de mí.

Y yo cada vez me sentía más bipolar, esa relación amor—odio acabaría conmigo. Tenía que cerrar el capítulo rápidamente.

Esa noche ni siquiera salí del cuarto para cenar. Estaba sentada en mi cama, aún no había leído los mensajes que Fran me había enviado, y no quería hacerlo, pero la curiosidad acabó ganando la batalla.

Carlota, tenemos que hablar.

Vamos, Carlota, no me ignores.

Estoy empezando a enfadarme, me estás ignorando a conciencia.

No pienses que esto se va a quedar así.

Se le iba la cabeza, seguro. A ver a qué venía todo eso. No teníamos nada que hablar, nada que no nos hubiéramos dicho ya.

Estaba acostada en la cama leyendo en mi e-book, cuando la puerta del dormitorio se abrió.

—¿No te enseñaron a llamar a la puerta?

—Si llegas a saber que soy yo, no abres o te haces la dormida, lo que sea para no verme.

—Si sabes que no quiero verte, ¿qué haces aquí, Fran?

—Quiero pedirte disculpas.

—Muy bien, ya lo hiciste, puedes marcharte.

—Esto se nos está yendo de las manos —cerró la puerta tras de sí y yo me levanté como alma que lleva el diablo para volver a abrirla y que se fuera, pero él fue más rápido y me paró por el camino—. Carlota, relájate, no voy a discutir.

—No sé qué quieres, Fran. Pero tienes razón, estoy cansada de todo esto. ¿Por qué no me dejas en paz?

—¿Yo? Eres tú la que no para.

—Que yo no paro... No me lo puedo creer. ¿No has venido a disculparte?

—Sí, por el comentario que hice, pero la culpa de todo esto la tienes tú.

—Hombre, claro, si a mi novio no se le levanta conmigo, la culpa es mía —dije irónicamente para tapar el dolor que sentía.

—Mierda —se pasó las manos por el pelo—, sabía que te lo tomarías por ahí.

—¿Y por dónde tenía que tomármelo?

—Por él, lo dije metiéndome con él, no contigo. Jamás haría eso y lo sabes.

Sí, lo sabía. Conocía a Fran, pero eso no quitaba que el comentario me hubiera dolido.

—Está bien, Fran, lo entendí. Ahora haz el favor de irte.

—Solo quiero verte feliz.

—¿Y qué te hace pensar que no lo soy?

—No lo eres, Carlota, se te nota en la cara.

—Dios, eres más que idiota.

—No me importa que me insultes.

—No lo hago, solo constato un hecho. Fran, deja de preocuparte por mí y hazlo más por tu chica. Yo estoy muy bien con Flavio, y soy mayorcita.

—No quiero que sufras.

—Haber pensado eso mucho antes —solté con rabia.

—Carlota...

—No te acerques a mí. ¿No está todo claro entre nosotros, Fran? Déjalo estar, terminemos con esto de una vez, dejemos de molestarnos y vivamos cada uno nuestra vida.

—Sí, tienes razón —suspiró—. Pero quiero verte feliz.

—Y yo a ti.

No iba a mentir, claro que quería verlo así, pero los celos...

Sonrió y se marchó. Me quedé mirando a la puerta y suspiré. Al menos,

los siguientes días serían más tranquilos.

Ni 24 horas había durado esa afirmación. ¿Nos íbamos a dejar en paz? Y una mierda. El día después estábamos como siempre, o, mejor dicho, peor que nunca. Los comentarios eran cada vez peores. Y todo porque en una ocasión que lo vi besarse con ella, no pude contenerme y le escribí un wasap que decía: Ten cuidado que en una de esas te mete la lengua hasta la garganta y te quedas sin respiración.

Lo hice para reírme, pero para Fran fue la excusa perfecta para arremeter contra mí también. Estaba claro que ninguno de los dos iba a dejar el juego.

Y la cosa se nos estaba yendo de las manos. Había gente en Facebook que ya esperaba que subiéramos alguna foto para que el otro comentara. En la última que Fran subió con ella, me sonó una notificación de una clienta de la peluquería que decía: Carlota, no te pierdas esta que tengo ganas de reírme.

¿Y cómo no se iba a reír con el espectáculo que dábamos?

Pues nada, ahí que iba Carlota, o sea, yo, a liarla.

Y así seguimos los siguientes días. Cada vez íbamos a peor y cada vez teníamos menos aguante.

La noche antes a marcharnos de Venecia, quedamos todos a comer en

el apartamento. Fue un show, pildorazos por todos lados, mis amigos incómodos, incluso Flavio me comentó algo. Intenté llevar la fiesta en paz, pero Fran no colaboraba.

Salí a la puerta a despedirme de Flavio, al día siguiente ya no lo veía y sentí tristeza, ojalá me pudiera quedar más tiempo con él. Pero sin Fran, seguro.

—Te echaré de menos —dije sinceramente.

—No más que yo a ti. Pero no te preocupes, no tardaré mucho en ir a verte.

—¿En serio?

—Sí, antes de lo que imaginas. Y te quiero todo el día con el móvil encima, nunca dejes de hablar conmigo.

Lo abracé y le di un beso, ya todo se terminaba.

—Ey, no llores. Ya vuelves a tu vida. Deja las cosas fluir y cuenta conmigo.

—Gracias, pero te echaré tanto en falta...

—Carlota, nos veremos pronto, confía en mí.

Me besó de nuevo y se marchó, entré triste en el apartamento y me encerré en mi dormitorio. El día siguiente sería largo.

De madrugada me levanté y no me extrañó encontrarme con Fran en el sofá sin poder dormir, parecía que teníamos la misma costumbre, menos las veces que habíamos dormido juntos.

—Lo siento, no te quise molestar —fui a darme la vuelta.

—No, tranquila, no me importa. Siempre y cuando a ti no te importe.

—No, está bien.

Era extraño, pero estábamos los dos como temerosos, no podría explicar por qué.

—¿No puedes dormir? —le pregunté para romper el silencio.

—No, estoy nervioso. Mañana volvemos a la normalidad.

—Sí, todo esto ha sido una locura.

—Sí, demasiadas emociones —sonrió.

—Pero tendremos mucho que contarles a nuestros nietos —supe que había metido la pata en el mismo momento, pero yo no podía hacer nada.

—Al menos hemos disfrutado, ¿no? —rio.

—Sí —recordé algunas de las locuras que habíamos hecho y me reí—, será un viaje para recordar.

—Aunque no todo haya salido bien.

—Aunque no todo haya salido como quisiéramos —aclaré.

Nos quedamos en silencio, sintiéndonos más extraños que nunca. Y eso me dolía, prefería que nos matáramos verbalmente a sentirnos así, incluso incómodos. Y tal vez por eso lo hacíamos.

Me levanté, le di las buenas noches y me marché.

—Carlota...

Me giré antes de abrir la puerta de mi cuarto.

—Dime, Fran.

—Aunque todo haya acabado así, no me arrepiento de nada de lo que

vivimos.

—Bueno, eso me alegra —dije sin entenderlo.

—De nosotros, no me arrepiento de lo que pasó.

Asentí y entré en mi cuarto. Ya me había dejado mierda, ya me había hecho recordar. Y no, no iba a venirme abajo, no iba a pensar en lo que vivimos, lo nuestro pasó y ahora cada uno tenía una vida.

Había que cerrar página, quizás, estando en casa, fuera más fácil. No tendríamos ni vernos.

Horas después estaba sentada en el avión, mirando por la ventana cómo Italia se convertía en un pedazo de tierra. Ahí terminaban mis vacaciones, las de todos. Y no habían acabado como imaginé.

Había habido roces, sobre todo con Fran y tal vez ya nada sería como antes, pero habría que esperar a llegar a casa, a centrarnos en nosotros, a volver a nuestra vida diaria y el tiempo pondría todo en su lugar.

Para mí solo había una cosa clara, y era que cualquier historia posible con Fran, si es que alguna vez hubo alguna, se había acabado. No tenía posibilidad. Porque yo era la primera que se había negado en su momento, yo seguía dolida y eso no iba a cambiar.

Llegaría a retomar mi vida y a, por fin, sacar a ese hombre de mi mente, y esperaba poder sacarlo por completo de mi corazón.

Capítulo 36

Sí. Os lo podéis imaginar. El regreso de aquel viaje no fue como lo habíamos imaginado. Hubo frialdad en las despedidas. Quizá “tensión” no sea la palabra correcta, pero estaba claro que aquel viaje nos había influido a todos de una manera o de otra.

A mí me había hecho darme cuenta de que las relaciones humanas son más complicadas de lo que parecen. Fran ya no era ese joven del que yo me había enamorado perdidamente desde que tuve uso de razón. La realidad de aquel viaje me había hecho descubrir que las personas no son como las imaginamos o las idealizamos, sino que cada uno de nosotros tiene sus defectos y sus virtudes. Él me había fallado, pero yo tampoco había actuado de la forma más adecuada. Estaba decepcionada conmigo misma en cierto modo.

Besé a Kate y dije simplemente “adiós” a los chicos. Fran me miró entre abatido y serio, como si en aquellos ojos pudiera descubrir la derrota y también cierto rechazo. Iba a ser muy complicado que yo confiase en él como una pareja para el futuro y creo que él se había dado cuenta de que yo no iba a tolerar sus bromas, su falta de seriedad y sus dudas. Aunque parezca extraño, me sentía culpable de no haber estado a la altura de los acontecimientos y de haber sido tan ilusa al pensar que Fran era una clase de hombre especial, diferente al resto.

Cogí un taxi en el aeropuerto y fui para casa. Tenía ganas de abrazar a mis padres. Durante el trayecto, pensé en las anécdotas que habíamos vivido

esos días que abandonamos la isla y me daba cuenta que, en el fondo, seguíamos siendo aquella pandilla de amigos que hacíamos todo lo posible por estar juntos y por protegernos. Por otro lado, me había dado cuenta de que ya no éramos niños de parvulario, ni siquiera unos adolescentes que miran a la vida con rebeldía.

Habíamos crecido y nuestros intereses estaban puestos en otros objetivos, si bien Jaime seguía pensando en vivir como si fuese todavía un joven que no tiene otra pretensión en la vida que disfrutar.

Luis y Kate habían madurado como pareja y yo sentía que Fran no era mi futuro. Yo me había ilusionado con Flavio. No sé si sería el hombre que yo andaba buscando, pero aquel italiano estaba demostrándome que al menos podía confiar en él y que su alegría y su simpatía me habían ayudado a salir de esa frustración en la que Fran me había sumido.

Pero no podía negar que, con Fran, había sentido cosas que no había sentido con Flavio y con otros hombres. Quizá eso lo salvaba. Quizá, aunque no fuera muy diferente del resto y no fuese alguien especial, Fran había despertado emociones en mí que no había experimentado hasta ahora.

En casa estaban esperándome. Regresar al hogar siempre tiene algo reconfortante. Que los seres queridos se alegren al verte no tiene precio. Con lágrimas en los ojos, abracé primero a mi padre y luego a mi madre que notó que no estaba bien.

Las madres, por mucho que queramos negarlo, lo saben todo. En la cocina, mientras me preparaba un café, estuvo un rato hablando conmigo. Mi padre escuchaba desde el salón. No quería entrometerse en esas conversaciones que parecen a veces confesiones.

—Me habrás traído algún regalo, ¿verdad? —preguntó ella con desenfado.

—Sí, os he comprado varias cosas. He estado en auténticos paraísos, mamá —dije yo con ilusión, intentando ocultar el dolor.

—Hay algo que no me queda claro, Carlota. Veo en tus ojos algo que no termina de convencerme — dijo ella como si se tratara de una adivina.

—No sé a qué te refieres —contesté yo con cierta sorpresa.

—Escondes algo. Por tu expresión y por tu tono de voz, tengo la sensación de que no ha ido todo como esperabas —mi madre me miraba fijamente mientras comentaba sus impresiones.

—Date cuenta, mamá, que éramos cinco personas y a veces teníamos nuestros desencuentros. Pero te prometo que ha ido todo genial —mentí porque cuando mi madre comenzó a sospechar de mi fingida alegría, en mi cabeza apareció el nombre de Fran.

—¿Puedo hacerte una pregunta, hija?

—Sí, mamá. Puedes hacerme las preguntas que quieras —respondí yo temiendo que sacara el tema de los chicos, como así fue.

—¿Te has echado algún novio por esos lugares del mundo?

En aquel instante iba a contestar como un autómata y a decirle que Fran y yo estábamos enrollados. De hecho, me habría encantado decirle algo así y a ella le habría gustado escucharlo, pues siempre había tenido muy buena impresión de aquel joven, algo que no sucedía, por ejemplo, con Jaime, al que tildaba de loco de remate.

Se hizo un silencio y yo respondí que había conocido a un chico italiano. Lo susurré. No había alegría en aquella respuesta y pude comprobar un gesto de dolor y resignación en el rostro de mi madre, pues ella esperaba escuchar el nombre de “Fran”.

Mi madre no quiso profundizar en mi ligue italiano, así que estuvimos hablando de algunas peculiaridades de los sitios que había visitado. No dejaba de alabar el estupendo bronceado que mi piel había adquirido con el sol de aquellas playas. Ni siquiera Venecia pudo apagar el color dorado que exhibía mi piel.

Una vez que desayuné, dejé las maletas sin abrir y me fui directamente a la peluquería. Tenía miedo de cómo había ido el negocio sin mi dirección. Confiaba en mis trabajadoras plenamente y también en mis clientas. Estas

últimas sabían que yo me merecía unas vacaciones. Había estado volcada día y noche en mi trabajo y más de una me había dicho que necesitaba una escapada como la que había hecho.

Me tranquilizó ver que la peluquería estaba llena de gente. Cómo echaba de menos aquel jaleo, aquel barullo, el ritmo sonoro de las conversaciones entre empleadas y clientas.

Cuando me vieron entrar, se armó tal revuelo que hasta me aplaudieron. No pude contener las lágrimas, pero era el cariño de aquel lugar lo que había hecho que mi vida, ajena al éxito o al fracaso con los hombres, mereciera la pena vivirla.

Ahora, más que nunca, pese a mi relación con Flavio, necesitaba refugiarme en el trabajo para olvidar a Fran. Al menos para intentarlo. Porque yo sentía también que había fracasado en aquella relación que no llegó a cuajar, que no llegó a convertirse en lo que una mujer como yo espera de un hombre: sinceridad, fidelidad y compromiso.

Una de mis trabajadoras, Merche, se acercó enseguida y me besó. Algunas clientas también lo hicieron, fieles clientas que jamás me abandonarían. Ahora sentía el calor de un afecto impagable. Una vez que pude hablar con tranquilidad, tras saludar a cada una de las que estaban allí, le dije a Merche que todo había ido muy bien en mi viaje.

Estaba mintiéndole claramente, pero no iba a agobiarla con mis problemas sentimentales nada más llegar. Merche era una de las personas en

las que más confiaba entre todas mis trabajadoras. Le tenía un gran cariño. Se había divorciado hacía unos años. Su marido la maltrataba y encontró en mi peluquería una forma de olvidar los malditos fantasmas del pasado.

A lo largo del día, fui recibiendo mensajes de Kate con algunas fotos del viaje y algunos mensajes que no decían nada interesante. Sé que ella estaba ahí para cuando la necesitara. Kate era más que una amiga, aunque habíamos terminado bien, notaba que ella estaba muy dolida y distante.

Cuando todo el mundo se fue y estábamos a punto de cerrar, Merche me preguntó con sinceridad qué me pasaba, siendo lo suficientemente sutil para que no me tomara a mal nuestro intercambio de opiniones.

—¿Te sucede algo, Carlota?

—¿Por qué lo dices? —pregunté yo haciéndome la tonta.

—Veo que no estás tan contenta como yo esperaba. Veo que sufres. Y sé de lo que hablo — dijo ella con un tono de resignación más que significativo.

—He disfrutado mucho de este viaje, Merche. Lo necesitaba. Pero me he llevado alguna que otra decepción. Ahora no me apetece hablar de esto, ¿sabes? —respondí yo con ternura, aliviada por el interés de mi trabajadora.

—Carlota, sabes que me tienes para lo que quieras. Cuando quieras, si

te apetece hablar, hablamos. Pero ningún hombre merece la pena para que una mujer como tú esté así de triste.

Al llegar a casa por la noche, llamé a mis padres. Les dije que todo había ido perfecto en la peluquería y que me daba cuenta de que tenía un gran equipo a mi lado. Abrí algunas latas que tenía en el armario para cenar algo.

Mañana ya iría a comprar al supermercado de la esquina. Estuve viendo un rato la tele, concretamente una serie americana de crímenes que no hizo que yo desconectara de todo lo que estaba pensando en aquel momento. Me levanté a prepararme una infusión. Y, una vez que tuve la taza entre mis manos, me asomé a la ventana.

No era Venecia ni el mar de Brasil, pero era mi hogar y un sentimiento parecido a un abrazo inundó mi cuerpo. Entonces me acordé de la frase de Merche: ningún hombre merece la pena para que estés así de triste.

Capítulo 37

Mi hogar, mi peluquería, mi dolor, mi vida... ¡mi puñetera vida!, tenía una sensación muy mala esa mañana, llegué a la peluquería y todos me dijeron que parecía que venía de la horca, estaba triste, no podía evitarlo, aunque Flavio había aparecido en mi vida y no me molestaba, ni importaba, yo amaba a Fran era evidente que me causaba mucho dolor al pensar en él, sus abrazos y esos momentos en la cama ¡eran imposible de olvidar!

Salí de la peluquería a tomar un café en la terracita de mi amigo Moi, se alegró al verme.

—¿Qué tal esas largas vacaciones? —dijo mientras besaba mi mejilla.

—Un desastre Moi.

—¿Y eso?

—Fran...

—¿Qué le paso al musiquito?

—Uf, es muy largo de contar...

—No tengo prisa —hizo un gesto a su camarera y le pidió un café, se sentó conmigo.

—Me lie con él y luego se lio parda, hemos vuelto todos como el rosario de la aurora.

—¿Qué me estás contado? Pero si ustedes sois los cinco una piña Carlota.

—Éramos, después de esto no sé ni cómo vamos a terminar, o si ya hemos terminado... hay muy mal rollo entre nosotros.

—No me lo puedo creer, tiene que haber una forma de solucionarlo.

—Uf, cada vez que hemos intentado hacerlo, se ha complicado todo más —me puse las manos en la cara y comencé a llorar.

—Veo que se ha liado gorda, si quieres me lo puedes contar, creo que no hay una razón en este mundo, para que el grupo de amigos más apegado que he conocido, ya no lo sean... seguro que hay solución Carlota.

—Me quiero morir...

—¡Eh! ¿Qué dices? Por dios, niña, eres un cielo, no digas eso, seguro que tiene solución, quizás es cuestión de tiempo.

—El tiempo lo ha empeorado todo...

—¿Te has liado con Fran?

—Sí, si lo hice, pero iba todo genial, hasta que Jaime gastó una broma y puso las vacaciones y nuestra relación patas arriba.

—Siempre Jaime— esbozó una sonrisa.

—Lo peor de todo, es que el grupo se ha disipado, aunque no sé, creo que la única que está sola soy yo...

—No estás sola, sabes que somos muchos los que te queremos, que, aunque no formemos parte de tu pandilla, puedes contar con nosotros, pero no quiero verte así, debes de dejar pasar el tiempo y el pondrá todo y a todos en el lugar más conveniente.

—Moi... no te imaginas la que hemos liado —me salió una risa de pensarlo.

—¿Tan grave ha sido?

—Jo, muy grave, mira que empezamos bien, pero como se fue liando...

—¿Qué dice Kate de todo esto?

—Al principio intentó unir al grupo, pero luego, se puso en contra mía, no era capaz de recapacitar y darse cuenta que el culpable era Jaime, pero que Fran fue el que me dejó después de darme los días más bonitos, todo por la broma de Jaime...

—No entiendo nada...

Entonces fue cuando me descargué y le conté todo desde el principio, desde que aterrizamos en La Habana... el me escuchaba perplejo, no decía ni media palabra, hasta que terminé.

—Dios, la que ha liado Jaime y su broma.

—Ya te digo.

—Aunque Fran, debió de no sacarte de su vida.

—Eso pienso yo.

—¿Así que ya estas con un italiano? —rio.

—Sí, algo así como que estamos, pero ni yo sé lo que somos —puse mis manos sobre la cara.

—No lo amas...

—Me gusta, a su lado estoy cómoda, pero amar no, amar amo a Fran.

—Y yo que siempre lo supe, siempre lo intuí.

—Pues es eso, Flavio creo que va a aparecer en breve por la isla, creo que va a luchar por lo nuestro, pero no consigo cerrar la herida de Fran.

—Es muy fuerte, que inoportuna la broma de Jaime, es todo surrealista, porque te conozco, si no pensaría con lo que me has contado del viaje, pensaría que te lo estabas inventando.

—Ojalá fuera una mentira...

—Pues daros tiempo, creo que es lo mejor, pero claro, también el tiempo y ahora me refiero a lo tuyo y lo de Fran, puede correr en vuestra contra, date cuenta Carlota que estás empezando una relación que nadie quita que se convierta en algo fuerte y serio en tu vida, la amistad con el tiempo sé que la recuperaréis, pero el amor, corre más peligro.

—Pues eso ¡Me quiero morir!

—No seas loca, no te vas a morir, además, estoy seguro que todo esto va a quedar en una anécdota de esas que no se le olvida a nadie en su vida.

En esos momentos apareció Kate a lo lejos, iba sola, los dos la miramos sin reaccionar, ella nos vio y cruzo de acera y se vino hacia nosotros, pensé que vendría a recriminar algo, así que me preparé para el ataque.

Se fue a Moi y le dio dos abrazos, luego se vino a por mí, pensé que me iba a dar una hostia, pero no, besó mi mejilla y luego me agarró el cachete zarandeándolo de modo cariñoso y se sentó con nosotros.

—¿Te ha contado ya mi amiga lo bien que lo pasamos? —dijo mientras Moi soltaba una carcajada y yo sonreía.

—Algo me ha contado —dijo sin parar de reír.

—¿Algo? ¡Te he contado todo!

—Bueno, pues entonces te ha puesto bien al día ¡Qué desastre Moi! Se ha liado la de dios.

—Sí, eso parece —volvió a soltar otra carcajada.

—¿Qué tal está Luis? Pregunté para variar el tema.

—Bien, además la vuelta al trabajo le ha venido genial, para sacar todo el estrés de lo ocurrido en el viaje —volvió a soltar una carcajada, contagiándonos a nosotros.

—Sí, a mi volver a la peluquería me ha dado más paz... Por cierto,

¿sabes cómo está Fran? —no podía evitar preguntar por él.

—Está mal, no ha salido de casa desde que aterrizamos, hasta el próximo lunes no se incorpora al trabajo.

—Me da pena, que mal parados hemos salidos.

—Sois unos cabezones, ya os lo dije.

—Bueno, chicas, os dejo, el deber me llama, cualquier cosa estoy por aquí —Moi se levantó entendiendo que debía dejarnos a solas.

—Sinceramente, Carlota, podríais haber terminado mejor, esto se os fue a los de las manos y ya en Italia la liasteis más.

—Si, somos las habladurías de Facebook.

—Habéis tenido entretenidos a todos vuestros contactos —sacó su lengua para hacerme una burla.

—Uf, no sabes cuánto dolor hay dentro de mí.

—¿Y Flavio?

—Me gusta, si lo hubiese conocido en otro momento y otras

circunstancias, sería la mujer más feliz del mundo, pero reconozco que Fran puede con mi corazón, lo hecho mucho de menos.

—¿Crees que lo vas a volver a ver?

—No para de mandarme mensajes, dice que cuándo menos lo espere, estará aquí...

Estuvimos hablando un buen rato, volvía a ser la Kate de siempre, comprensiva y más que una amiga, era mi hermana del alma, esa que nunca había tenido.

Los primeros días en la isla fueron duros, no me crucé ni un solo día a Fran, no subió nada a las redes y a mi ese vacío me partía el alma.

Flavio me avisó de que vendría a pasar el fin de semana, eso me puso más nerviosa, por un lado, lo deseaba, pero por otro me daba miedo a que aquello pusiera todo peor de lo que estaba.

Capítulo 38

Ahí estaba él con su sonrisa habitual. Sus ojos brillaban de ilusión. Tenía ganas de verme. Flavio me abrazó. En el aeropuerto muchas parejas nos miraban con alegría. Pensarían que éramos dos novios que se acaban de reencontrar después de mucho tiempo.

Lo abracé con miedo.

Y él, sin ningún reparo, me besó en los labios. Yo no me opuse. Yo estaba temblando porque no sé si estaba haciendo lo correcto. No quería que Flavio sufriera una desilusión conmigo. Mi cabeza, no mi corazón, me decía que aquel muchacho quizá merecía la pena y tenía que intentarlo. Su estancia en España debía ser agradable y tenía que actuar como una gran anfitriona. El hecho de que él estuviera allí quizá me ayudaría a aclarar mis sentimientos.

Durante el trayecto al hotel donde se alojaría, yo no hablé demasiado. Con los ojos puestos en la carretera, escuchaba todo lo que me decía. Tenía desparpajo con el español y una de las virtudes de Flavio era que hacía, de cualquier anécdota, una aventura. Me había contado un pequeño percance que había tenido en el control de seguridad con sus llaves, collares y pulseras de metal, lo mal que lo había pasado en el vuelo al lado de una señora que olía a momia recién embalsamada y un largo etcétera de tonterías a las que yo respondía sonriendo o con monosílabos.

En la habitación de hotel, Flavio volvió a besarme y yo accedí, pero no hubo más. No sé si él se estaba dando cuenta de lo que sucedía. Sé que, en muchas relaciones, hay que ir despacio y pienso que eso es lo que él estaba cavilando cuando veía que yo respondía a sus zalamerías con timidez.

Cuando colocaba la ropa en el armario, me daba cuenta de que era un muchacho guapo. En otras circunstancias, no habríamos salido del hotel en dos o tres días. Pero ahora las cosas eran diferentes. No es que yo estuviese dejando de ser esa mujer lanzada que era, sino que era la confusión y el dolor los que me hacían frenarme a la hora de actuar, a la hora de mirar a Flavio como una relación de futuro o simplemente como un yogurín con el que pasar un buen rato.

Me daba miedo aventurarme en una relación con aquel chico en esos momentos de inseguridad e incertidumbre por los que yo estaba atravesando y por culpa de un nombre que no se me iba de la cabeza. Y ese nombre no era otro que el de “Fran”.

Pasamos la tarde juntos. Después de comer en una marisquería, de las más populares de la isla, decidimos salir juntos por la noche. Quedé con mis amigos en un karaoke que estaba cerca de mi peluquería y que se había convertido en el lugar de moda para muchos jóvenes. Servían unas copas y unos cócteles excelentes, y siempre estaba muy animado.

Como Flavio era tan simpático, se puso a saludar efusivamente a todos mis amigos. Fran no iba a ser menos, quien, con una cara de perro, también lo abrazó sin dejar de mirarme, con intención de recriminarme lo que estaba

haciendo. Fran estaba interpretando la llegada de Flavio como una forma de darle celos.

Pero yo no pensaba en eso. Yo solo quería divertirme y pasarlo bien al lado de Kate, Luis y Jaime, que no paraba de ligar con algunas camareras que, a cada piropo, respondían con una frase cortante que lo ridiculizaban.

Jaime les pedía hasta matrimonio y aquellas camareras solo sabían responderle con amenazas. Un miembro del equipo de seguridad de aquel local tuvo que pedirle que se saliera un rato a tomar el aire. Y Jaime, como si el profesor del instituto lo hubiese expulsado de clase, obedeció mansamente. Claro, aquel tipo que cuidaba de las empleadas medía el doble que Jaime.

Nosotros nos reímos y dejamos que nuestro amigo acatase la orden. Flavio se dio cuenta de que Jaime era un auténtico payaso y un provocador nato. Fran me miraba serio. Otras veces lo hacía con ojos tristes, cargados de una nostalgia que yo interpretaba enseguida.

Kate también se había dado cuenta y me mandó varios wassaps asegurándome que Fran lo estaba pasando fatal con la presencia de Flavio, quien no dejaba de reír y de hablar con Luis.

La sala se estaba llenando cada vez con más parejas y grupos de jóvenes. El local estaba a tope.

Sin que nos hubiera dicho nada, Fran se levantó y se dirigió al escenario. La música sonó y aquel joven músico y compositor, al que yo

seguramente aún amaba, comenzó a cantar Mía, de Romeo Santos. Aquella canción, interpretada por Fran iba a llegar directa a mi corazón. Se hizo un silencio en el local y todos asistimos a aquella actuación.

**Ya me han informado que tu novio es un insípido aburrido
Tú que eres fogata y el tan frío
Dice tu amiguita que es celoso no quiere que sea tu amigo
Sospecha que soy un pirata y robare su oro**

**No te asombres
Si una noche
Entro a tu cuarto y nuevamente te hago mía
Bien conoces
Mis errores
El egoísmo de ser dueño de tu vida
Eres mía (mía mía)
No te hagas la loca eso muy bien ya lo sabias**

**Si tú te casas
El día de tu boda
Le digo a tu esposo con risas
Que solo es prestada
La mujer que ama
Porque sigues siendo mía (mía)**

Dicen que un clavo saca un clavo, pero eso es solo rima

No existe una herramienta que saque mi amor

No te asombres

Si una noche

Entro a tu cuarto y nuevamente te hago mía

Bien conoces

Mis errores

El egoísmo de ser dueño de tu vida

Eres mía (mía mía)

No te hagas la loca eso muy bien ya lo sabias

Si tú te casas

El día de tu boda

Le digo a tu esposo con risas

Que solo es prestada

La mujer que ama

Porque sigues siendo mía (mía mía mía)

Si una noche

Entro a tu cuarto y nuevamente te hago mía

Bien conoces

Mis errores

El egoísmo de ser dueño de tu vida

Eres mía (mía mía mía)

No te hagas la loca eso muy bien ya lo sabias

**Si tú te casas
El día de tu boda
Le digo a tu esposo con risas
Que solo es prestada
La mujer que ama
Porque sigues siendo mía**

Aquella canción fue interpretada de forma magistral. Flavio, que no era estúpido, se dio cuenta de cómo me miraba, de cómo cada gesto de dolor y de nostalgia que destilaba la canción estaba dirigido a mí.

Sus ojos vidriosos no dejaban de mirarme con cada palabra que salía de su boca, con cada silencio, mientras la melodía me inundaba de dolor, al mismo tiempo que de pasión, al ver a Fran sobre el escenario, con un alma cargada de impotencia y de indefensión.

El rostro de Flavio se tornó sombrío una vez que Fran dejó de cantar. Y yo, con el pulso acelerado, sentía que cada latido era como aquel mía, mía, mía, ...

Levantó a todo el karaoke, la verdad es que lo había hecho increíblemente bien, se movía a su antojo, al ritmo de aquella canción, con esa voz tan peculiar y bonita que tenía, yo también lo aplaudí mientras lo miraba fijamente.

La cara de Flavio era un poema, estaba empezando a sentirse incómodo, aquella situación era desagradable y él no era tonto, un rato después me dijo que venía cansado del viaje y quería descansar, así que nos despedimos de nuestros amigos y lo llevé al hotel.

—Vas a subir, ¿verdad? —preguntó mientras llegábamos, después de estar todo el tiempo en silencio.

—Flavio, prefiero ir poco a poco...

—Ya —salió del coche y dio un portazo, se fue dejándome allí con cara de gilipollas.

Llamé a Kate, me dijo que estaban en el local de al lado del Karaoke, en una terraza, le dije que iba hacía allí.

La vuelta la hice llorando, yo no amaba a Flavio, me atraía, pero quien me hacía vibrar era Fran, aparqué y al llegar a la terraza estaba solo.

—¿Y los demás? —pregunté mientras me sentaba.

—Se acaban de ir, Jaime se fue por su cuenta, Kate y Luis se acaban de marchar, no sé dónde...

Entendí que eso era cosa de mi amiga, un intento más por arreglar todo este lío que nos mantenía a todos de otra manera.

Fran llamó al camarero y pidió dos Gyn Tonic, hubo unos momentos de silencio.

—Has cantado muy bien...

—Gracias, Carlota. ¿Cómo estás?

—Bueno, no tan bien como quisiera.

—Siento todo lo que ha pasado, créeme que lo siento.

—Yo también, Fran, yo también... —dije antes de empezar a llorar.

—No llores —dijo acercando su silla a la mía y secando con sus dedos mis mejillas.

—He sido una idiota, mira la que he liado...

—Todo tiene arreglo, Carlota.

—Ah sí... ¿Cómo? —pregunté mientras que rompía más aún a llorar.

—Haz lo que te dicte tu corazón y verás cómo todo irá como realmente deseas.

—Vaya marronazo tengo, Fran... —dije poniendo mis manos sobre mi cara, para el luego quitármelas.

—No tienes ningún marrón. ¿Hasta cuándo se queda Flavio?

—Hasta pasado mañana, coge el primer vuelo del domingo.

—Se ha ido muy rápido...

—Se ha enfadado conmigo, me pidió que subiera a la habitación y le dije que no, se fue dando un portazo al coche.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dime.

—¿Te has acostado con él?

—¡No! —vi como su rostro se relajaba y se echaba el pelo hacia atrás aliviado.

—Y tú... ¿Te acostaste con esa chica?

—¡Qué va!

—¿Sigues en contacto con ella?

—Nooooooooo

—¿Y eso?

—Era una chica de compañía que contraté para darte celos. —puso ojos en blanco.

—No me lo puedo creer, no lo parecía —negué con la cabeza, puse mis manos de nuevo sobre mi rostro— ¡Te mato, Fran! —dije siguiendo negando con la cabeza.

—Ya, pero no podía ver cómo te ibas con otro, necesitaba hacer algo y se me ocurrió llamar a una agencia... —soltó una carcajada.

—¡Qué fuerte!

En ese momento recibí un mensaje de Flavio.

“He conseguido cambiar el vuelo, salgo en el primero de mañana, ya tengo contratado un taxi que me vendrá a recoger, siento despedirme de esta forma, pero creo que lo que vieron mis ojos y tu cara

reflejaba,

era lo suficientemente fuerte para hacerme comprender que nunca me mirarías de la misma manera, te deseo lo mejor del mundo y fue bonito conocerte, aunque ahora me vaya con el corazón en mil pedazos. Suerte.”

El rostro me cambió, Fran no paraba de preguntarme que me pasaba, le enseñé el mensaje para que lo leyera, suspiró, creo que sintió alivio, yo en cierto modo también, aunque me daba pena haberle hecho eso a Flavio, pero seguir era engañarlo de una manera cruel, yo amaba a Fran, estuviese o no a su lado, era el que me hacía sentir que el mundo brillaba con una luz especial.

—¿Le vas a responder?

—No sé qué hacer, pero no lo voy a frenar.

—Yo sabía que no eras feliz a su lado...

—Si lo hubiera conocido en otras circunstancias y otro momento, no te digo que no pudiera haber surgido algo más entre nosotros, pero ahora...

—Sé que no me has olvidado, Carlota —cogió mi mano y la besó.

Cogí el vaso y me lo terminé de beber de un trago, hice señas al camarero para que me trajese otro, Fran me miró y se bebió el suyo también, así que le dijo al camarero que fuesen dos, nos miramos y comenzamos a

reírnos.

—Carlota, creo que este es el verano que más he bebido en toda mi vida —dijo recordando todos los lugares por los que habíamos pasado— No sé cómo me atrevo a dejarte beber después de las que has liado.

—Necesito emborracharme —dije soltando una carcajada nerviosa.

—*No te hagas la loca, eso muy bien ya lo sabias* —cantó en voz flojita mirándome a los ojos y recordando ese momento Karaoke que nos había dado dos horas antes.

—No me cantes más por favor, que ya son dos traumas... —dije aguantando de reír.

—¿Dos traumas? No te entiendo

—La canción de “Despacito” que me dejaste traumatizada de por vida cuando me la cantaste en Cuba y que no logro borrar ese momento de mi vida y ahora en el Karaoke la de “Mía”, que ha conseguido que el trauma sea mayor —saqué una sonrisa mientras negaba con la cabeza— ¡Tú me quieres dejar majara de por vida!

—Ya será menos...

—En el fondo agradezco que cantases la de “Mia” pues si llegas a haber cantado la “Propuesta indecente” te cargas a Flavio del todo —nos entró

una carcajada solo de pensarlo.

En el fondo me daba pena Flavio, no tenía culpa de nada, había venido desde Italia a verme, pensaba que lo nuestro iba a ir a más, me sentía culpable por ello, por haberle arrastrado sin decirle la verdad, que era a Fran al que amaba, pero era así y ahora volvía a tener la oportunidad de arreglar lo que los dos habíamos destrozado, mi corazón no podía desaprovechar esa oportunidad.

Tras un rato en el bar, bajamos a la cala que teníamos en frente.

Pasear por la playa de noche era algo que siempre me había encantado, llevaba el mar en la sangre y las sensaciones en momentos como ese me hacían sentir viva.

Y compartir ese momento con Fran lo hacía tremendamente especial.

Aunque era tarde, había gente disfrutando de la playa. Sobre todo, parejas que contemplaban la luna. La música de las discotecas cercanas se oía cada vez menos a medida que nos íbamos alejando del lugar donde se concentraba todo el bullicio.

—Siempre me ha llamado la atención tu mirada en momentos como este.

Miré a Fran cuando habló, la luna nos proporcionaba la luz suficiente

para poder ver su cara con nitidez. Me paré, haciendo que él hiciera lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—Tus ojos brillan especialmente cuando paseas por la playa. Tienen un brillo diferente cuando lo haces de noche. O tal vez es por mí —bromeó.

No supe qué contestarle. Seguramente, por él, siempre brillaría mi mirada. Pero me había llamado la atención que se fijara en eso. Me puse un poco nerviosa y me senté en la arena, él hizo lo mismo.

—No sé, el mar es como parte de mí —hablé mientras miraba a la luna—. Creo que nunca podría vivir en un lugar que no tuviera playa. Tal vez nunca podría salir de esta isla más allá que para unas vacaciones. Este lugar tiene algo especial, ¿no te parece? —giré la cara hacia él.

—Sí, bastante especial. Magia diría yo.

Supe que se estaba refiriendo a mí por su tono de voz, su mirada lo confirmaba. Negué con la cabeza, cerré los ojos como si ese comentario me hubiera dolido, y en parte era así.

—Carlota...

Temblé cuando tocó mi cara con su mano. Supe en ese momento que siempre temblaría por él y eso no me hacía sentirme segura. Pero era algo que

me encantaba, lo que Fran provocaba en mí.

—Fran, hemos bebido demasiado —no podía dejar que pasara nada, nos podíamos arrepentir.

—Bebido o no, yo siempre tengo ganas de ti.

Acarició mis labios con su pulgar y abrí los ojos de nuevo, lo miré fijamente y vi la necesidad en su mirada. La misma que sentía yo, pero no era más que eso, deseo. No podíamos volver a meter la pata.

Y tener sexo en una noche en la que habíamos bebido era meterla y hasta el fondo.

—Carlota, mírame —insistió cuando desvié la mirada. Volví a encontrarme con sus ojos—. Pase lo que pase, yo no puedo dejar de desearte.

—No digas eso.

—Es lo que siento. Desde que te tuve... Yo nunca he podido dejar de pensar en ti, te deseo, tanto o más, como la primera vez que lo hicimos.

—Todo eso terminó, Fran, y no muy bien.

—Deja de pensar, no ahora. Dame una tregua de una noche. O de una vez más al menos. No pensemos en lo siguiente —cogió mi cara entre sus

manos—. Carlota, no nos niegues esto, lo deseas tanto como yo.

Sí, claro que lo deseaba. Me moría de ganas porque me besara y por tenerlo dentro de mí, pero no podía dejar de pensar en “¿y después qué?”

Tal vez me lo debía a mí misma, se o debía a él. Nos lo debíamos a nosotros. Pero...

—Deja de darle vueltas a esa cabecita loca. No pienses. Solo siente.

Acercó su boca a la mía, me besó tan dulcemente que casi me derrito allí mismo.

—Me moría por hacer esto —susurró sobre mis labios.

—No seas zalamero —sonreí.

—No lo soy, tiemblo igual que tú de las ganas que tengo de ti.

Madre de Dios, zalamero o no, se había ganado lo que quisiera con ese comentario. Era todo un seductor, eso sin contar que a mí no tenía que decirme muchas cosas para que me dejara hecha un flan.

Luchaba conmigo misma, pero sabía que no iba a ganar. Cuando sus labios tomaron los míos de nuevo, dejé que el deseo tomara el control. No iba a pensar en nada que no fuera él y en saciar ese deseo que me estaba

carcomiendo durante tanto tiempo.

Lo empujé, haciéndolo caer en la arena, me puse encima de él y le correspondí al beso. Pero a Fran le gustaba el control, así que intercambió nuestras posiciones rápidamente.

Con sus dedos, bajó la tiranta de mi vestido. Su lengua seguía el rastro de sus dedos. Estaba excitándome como nunca.

—Fran, no hagas eso.

—¿El qué? —levantó la cabeza antes de llegar a mis pechos y me miró— ¿Estás bien?

—No, no lo estoy. No quiero calentamientos, no me hacen falta. Te quiero ya.

—Lo siento por ti, porque yo sí quiero disfrutarte.

Y ya no hubieron más palabras. Su boca comenzó a besar mi cuello, mi clavícula, mis pechos... Él no tenía prisa, iba a tomárselo con calma.

Levanté su camisa, necesitaba sentir su piel desnuda sobre la mía. No sabíamos si había gente alrededor y tampoco nos importaba. Solo él y yo en ese momento.

Como pude, puse mis manos entre los dos, intentando desabrochar su pantalón. Lo conseguí con un poco de esfuerzo y me encantó oír su gemido cuando cogí su miembro con mis manos.

—Como toques mucho, esto será rápido.

—Lo quiero rápido —sonreí.

—Pero yo no. Así que aparta las manos.

—No —me negué.

Y él hizo lo que yo esperaba, quitarme las manos de él y poner las suyas sobre mi sexo. Apretó y vi las estrellas, el orgasmo estaba cerca.

—Sigue —gemí.

—No, espérate

Volvió a besarme y con sus manos separó mi ropa interior a un lado, colocándose para entrar en mí.

Fue poco a poco, entrando y saliendo, en ningún momento dejó de mirarme a los ojos, hasta que los cerró cuando entró por completo en mí.

Me mordí el labio por la sensación, era mejor de lo que la recordaba. Empezó a moverse con la misma lentitud, sus manos en mi cintura, apretando, subiendo hasta coger mis pechos.

Mi respiración más que acelerada con esa mirada que me estaba quemando.

Agachó de nuevo la cabeza y besó mis pezones, los lamió. Mis manos agarraron su cabeza, agarrando su pelo con fuerza, diciéndole que no parara.

Sus movimientos se volvieron más rápidos y su boca volvió a la mía. Besos que eran interrumpidos por los gemidos. Bajé mis manos hasta coger su culo y apreté con fuerza cuando el orgasmo llegó. Pero Fran estaba cerca, se movió más deprisa hasta que terminó en mi interior.

Estuvo unos segundos tenso hasta que cayó sobre mí, intercambiando las posiciones de nuevo, quedando él tumbado en la arena sin salir de mí.

—¿Estás bien? —me dio un beso en la cabeza y acarició mi espalda con sus manos.

—Ha sido bueno.

—Ha sido perfecto —aclaró—, pero insuficiente.

—Tú nunca tendrás bastante, ¿no? —reí sobre su pecho.

—De ti, no.

Levanté la cabeza y lo miré. Otro comentario que volvía a tocarme en lo más profundo. No supe contestarle e hice lo que me apetecía. Besar lo. Sin que me importara nada. Sin preguntarme nada.

En ese momento estábamos juntos. ¿Y el mañana? La vida diría...

Capítulo 39

Me desperté temprano, pese a que me había acostado hacía apenas 5 horas, pero no podía dormir, lo de Flavio me dolía, que hubiera venido para irse de esa manera, pero por otro lado suspiraba, había vuelto a estar con Fran, había vuelto a vibrar, era el hombre que amaba, al que quería a mi lado...

Ya en esos momentos debía estar volando para Italia, me sentía mal por ello, era como haber traicionado de la forma más cruel a una persona, no se lo merecía, él no, pero mi corazón no pudo evitar hacer lo que deseaba.

Miré mi móvil y tenía un mensaje de Kate en el grupo de nosotros, decía que quién se apuntaba a ir de cervecitas, Jaime dijo que sí, Fran respondió que también, yo esperé unos instantes y de repente Fran dijo “Carlota también viene”, eso me sacó una sonrisa, Kate ya sabía que algo habría pasado entre nosotros, ella se encargó de dejarnos solos.

Respondí que sí y Fran quedó en que en una hora me recogía.

Me puse una minifalda vaquera con la camiseta de tirantes blanca, unas sandalias blancas con un poco de tacón y me cogí una cola alta, me sentía guapa, quería estar bien, quería que Fran se perdiera en mi cuerpo, ese que pedí a gritos, estar cerca de él...

Sonó un mensaje, ya estaba abajo, así que salí emocionada de poder verlo de nuevo, en otras circunstancias, de otra manera...

—Estás preciosa —dijo mientras arrancaba.

—Gracias, tú no lo estás menos.

—¿Te gusto? —me guiñó el ojo.

—Anda, mira hacia delante que nos la vamos a pegar —evité responder, me estaba ruborizando.

—Tenemos una charla pendiente —su tono cambió completamente.

—Lo sé...

Agarró mi mano y se la llevó hacia los labios, la estuvo besando un buen rato, mientras conducía, yo permanecía callada.

Llegamos al lugar donde habíamos quedado con el grupo, una terraza frente a una cala espectacular, Kate sonreía al vernos aparecer juntos, Fran para picar más, al bajarse del coche, me puso la mano sobre los hombros mientras caminábamos hacia ellos.

—Hola, parejita —soltó Kate despiadadamente.

—No somos pareja —puse ojos en blanco.

—Por ahora... —respondió Fran enseñando su preciosa dentadura.

Lo miré, puse ojos en blanco, en el fondo se me caía la baba con esas cosas.

Jaime no paraba de mirarnos, parecía que había visto un fantasma, Fran estaba de lo más relajado, se notaba que la noche anterior conmigo le había cambiado la tristeza que denotaba su rostro.

—Vosotros mejor que no volváis a salir de la isla —soltó Jaime mientras nos miraba alucinando.

—Mejor, dirás, que no salgamos de la isla contigo —le saqué la lengua.

—Bueno, no empecéis, dejad ya el temita que me veo lo que viene, primero la broma, luego la desesperación y cada uno por su lado —dijo Kate.

—Yo ya me vi cambiando pañales dobles —bromeó Fran poniendo sus manos sobre la cara.

—Ya nos vimos todos cambiándolo, el capullo de Jaime —decía Kate mirándolo con cara de mala hostia.

—¿Yo capullo? Poco hice para lo que os merecíais.

—¡Venga ya! La peor parte me la llevé yo y fui el que menos estuve en vuestra broma — recriminó Fran.

—Sí, claro, fuisteis todos... Donde la dan, la toman.

—Bueno, cambiemos el tema que me pongo de mala leche —dije recordando la maldita broma que casi nos lleva a terminar todos sin hablarnos de por vida.

Pasamos un día de esos que eran típicos en nosotros, las miradas de Fran me decían todo, sabía que teníamos una conversación pendiente, pero sus ojos ya me decían lo que su boca callaba.

Al atardecer decidimos ir a un restaurante que estaba al otro lado de la isla, en el coche de Luis, se montaron Kate y Jaime, yo con Fran íbamos en el mío, antes fuimos a dejar el de él, que se lo tenía que prestar a su hermano.

Nos montamos en el coche. Íbamos a cenar al otro lado de la isla. Yo presentía que no era verdad. Que no podía ser que Fran y yo volviéramos a mirarnos con la complicidad de aquellos días soñados en los que estábamos tan bien juntos.

La carretera era una lengua de asfalto que moría en la noche. Yo lo miraba con la sensación de saber que aquellos instantes eran otra vida, otra

forma de saber que era posible el amor, el futuro.

No había apenas tráfico a aquella hora. Las estrellas habían sido ocultadas por unas nubes densas. La música sonaba en el interior del coche; un recopilatorio de Michael Jackson que a Fran no le disgustaba.

Lo tenía todo. Lo tenía todo, maldita sea. Quizá era eso la felicidad. Él me miraba con un extraño brillo en los ojos. Esbozaba una leve sonrisa. El silencio decía lo que no nos atrevíamos a decir con las palabras. La carretera era una lengua de asfalto, hipnótica, y yo quise darle un beso. Y él sonrió y dejé que unos segundos cambiasen nuestro destino.

Un charco de aceite. El azar es así. Un charco de aceite en mitad de la carretera. Un descuido. Unos segundos. Un beso. El coche se salió de la carretera.

Las luces del vehículo se apagaron. El barranco masticó nos masticó. No vi a Fran. Solo veía mis brazos delante de mi cara, intentando inútilmente evitar el golpe. Misteriosamente, la música siguió sonando. No hubo gritos, sino el vapuleo contra las rocas. ¿Y el miedo? No hubo tiempo para el miedo, porque la muerte era inmediata.

Un chasquido seco y el coche se detuvo. Yo estaba consciente. No había nada en el fondo de aquel barranco. Arbustos quemados por el sol. Rocas arenosas que parecían ruinas antiguas. Escupí sangre.

Miré a mi derecha. Fran tenía los ojos cerrados. Olvidé su nombre por

unos instantes. Luego recordé todo y le grité. Pero él no se movía. La noche se poblaba de estrellas y allí estábamos los dos, sumergidos en la nada, mientras una mujer, que era yo, gritaba desconsolada a la persona que más quería.

—¡¡¡Fran, Fran, despierta!!!

Parte 3
Sentimientos

Capítulo 40

Fran no despertaba, pese a mis gritos y a mis súplicas.

Me cuesta pensar que aquello pudo suceder de una forma tan rápida e inesperada. A veces uno no es consciente de lo que significa la muerte y de lo que significa la vida.

Todo pasó en un segundo y, sin embargo, tengo la sensación de que fue eterno.

Ahora que han pasado los años puedo asegurar que fue el momento más terrible de mi vida. Yo me sentía responsable de aquel accidente. Yo sentía que de algún modo le había fallado a Fran.

Todo estaba perdido. Aquel accidente en mitad de la nada se había convertido en una sentencia de muerte. Miré a la derecha y él estaba como dormido. Su cara reflejaba serenidad. Pero no podía negar lo evidente. Lo que pensé de verdad es que había perdido la vida.

Las sombras lo cubrían todo. ¿Qué podía hacer yo en aquel momento? Seguramente nada. Pero era Fran, era la persona a la que yo quería, con la que yo había iniciado una relación que prometía ser la relación de mi vida y vida solo tenía una, maldita sea.

Recordé muchas cosas en aquel momento cuando logré incorporarme y

abandonar el coche, sobre todo, momentos de nuestro viaje. Puedo decir que, estando dentro de aquel vehículo, sin saber muy bien qué iba a ser de nosotros, todo sucedía demasiado rápido: imágenes de felicidad e imágenes de tristeza y decepción llegaban a mi cabeza como si se tratase de un fuerte oleaje.

No podía permitir que nuestras vidas acabaran ahí, en el fondo de un barranco. Fran era lo único que tenía, una razón por la que vivir. Por primera vez me daba cuenta de que aquel joven era el futuro, además del presente.

Saqué fuerzas de flaqueza e intenté quitarme el cinturón de seguridad. Pude hacerlo. El humo de las llamas había llegado hasta donde estábamos. Comencé a toser. Por suerte, el coche no se había bloqueado y las puertas se podían abrir con facilidad.

—¡¡Fran, despierta!! ¡¡Tenemos que salir de aquí!! —chillé para nada.

Él seguía sin reaccionar y eso me ponía cada vez más nerviosa. La niebla se había empozado en el fondo del barranco, así que, además de la oscuridad, tenía delante de mis ojos un telón blanco que hacía cada vez más difícil que yo pudiera ver con claridad, lo que me obligaba a maniobrar mucho más despacio.

Quería que Fran despertara. Yo quería salir de ahí cuanto antes. Porque el fuego estaba cada vez más cerca de nosotros. Siempre nos han advertido que mover a una persona inconsciente, tras un accidente de tráfico, puede ser una temeridad, puede ser muy peligroso para la víctima. Un movimiento brusco puede dañar aún más los órganos afectados tras un impacto como el

que habíamos tenido. Pero si no lo hacía, el fuego podía devorarnos y de hecho era lo que estaba sucediendo en aquel instante. Las llamas avanzaban demasiado rápido. Los nervios me impedían pensar con claridad, pero el hecho de ver a Fran, con los ojos cerrados y completamente inmóvil, me indicaba que tenía que actuar como una auténtica heroína.

Es difícil imaginar cómo una persona débil, sin recursos apenas, es capaz de hacer cosas que jamás pensaría que podía llegar a hacer en situaciones límite. Muchas veces me había colocado en el lugar de personas que habían sufrido accidentes o habían sido testigos de auténticas catástrofes y que habían salido con vida e incluso habían sido capaces de salvar a otras. Siempre me dije que yo sería incapaz de hacer cosas así, pero ahora lo estaba haciendo por muy increíble que parezca.

Era el momento de demostrarme a mí misma que yo podía ser una de esas personas. Las llamas estaban llegando a los sillones y el humo me estaba asfixiando. Imaginaba que el estado de salud de Fran empeoraba por momentos. En ese instante, una vez que salí del coche y accedí a la otra puerta, le quité el cinturón de seguridad que cruzaba su pecho.

Seguramente, estaba cometiendo una imprudencia.

Mis gritos no servían de nada porque él no reaccionaba. Las llamas iban consumiendo toda la tapicería y sentía por momentos que lo estaba perdiendo de verdad y para siempre.

Lo que más temía era pensar que seguramente era la última vez que lo veía. Las llamas acabarían con el cuerpo de Fran. Nunca pensé que podía

tener tanta fuerza, así que lo agarré de las axilas y tiré. Lo arrastré como pude hasta el final de una pendiente donde se iniciaba la subida hasta la carretera. A los pocos segundos, vi que las llamas alcanzaban el asiento del conductor y el copiloto.

Aquel vehículo era una hoguera en medio de la oscuridad, una hoguera que se abría el cielo oscuro.

Allí estaba yo. Yo era la mujer débil que rescataba a ese hombre que había formado parte de mi infancia, que había formado parte de mis sueños y también de mis fantasías.

La oscuridad era una cortina que no me permitía ver más allá de mis pies. Escuchaba el crepitar de las llamas cuando estas envolvieron por completo el coche en el fondo del barranco, en aquel abismo. Nunca pude imaginar que yo iba a acabar en aquella situación.

Ahora no era el momento de echarme la culpa de lo que había hecho, aunque todo había sido consecuencia de la emoción de querer darle un beso, de querer demostrarle que yo sentía algo por él y que empezábamos a hacer las cosas como yo quería.

No podía pensar en el futuro. No podía pensar en lo que iba a venir después.

Yo no sabía si Fran seguía vivo y si yo había hecho lo correcto al intentar salvarlo. Pero no iba a consentir que las llamas acabaran abrasándolo. Era preferible sacarlo del coche, pese a los riesgos, a ser testigo de una muerte segura.

Parece mentira que días antes estuviéramos en aquellos paraísos donde la felicidad y el deseo gobernaban nuestros corazones. Mi vida dependía de aquel chico, de aquel joven. Su forma optimista y sensible de mirar a la vida y su cuerpo eran para mí lo más importante que había experimentado estos últimos años. Es cierto que, a lo largo del viaje, llegó la decepción y la frustración, pero también los seres humanos somos capaces de perdonarnos y de emprender nuevas aventuras partiendo desde cero. Y eso era lo que yo quería conseguir ahora con Fran.

El azar había querido que yo tuviera ese accidente y que condujera a la persona que más me importaba en estos instantes a una muerte segura. Cuando estaba en el fondo del barranco, no pensaba en todo esto, porque solo pensaba en hacer todo lo posible para sobrevivir

Lo arrastré y pude comprobar que aún respiraba. El hecho de saber eso me alivió, pero mis pulsaciones se aceleraban por momentos. Sabía que tenía que encontrar ayuda cuanto antes. Miré hacia arriba y las luces de algunos coches que pasaban por aquella maldita carretera me advirtieron de que había una salida.

Me aseguré de dejar el cuerpo de Fran en un hueco que había hecho un círculo de rocas arenosas. Sin aliento, sudando, temblorosa y unos escalofríos que recorrían todo mi cuerpo, me aventuré a escalar como pude, ayudándome de mis manos que se agarraban con fuerza a los peñascos. No era nada fácil. Mis pies no encontraban un apoyo fuerte y sólido.

Intentaba agarrarme a los riscos, a los arbustos y viejos troncos que salían de aquella masa de arena y piedra. Al final, pude alcanzar la carretera. De nuevo, se hizo el silencio. Por desgracia, en aquel instante, no pasaba ningún coche.

Comencé a preguntarme si las luces que había visto desde el fondo del barranco eran meramente un espejismo, fruto de la ilusión y de la ansiedad por salir de aquel infierno en el que Fran y yo nos habíamos sumergido.

Es cierto que la muerte tiene una mirada para cada uno de nosotros, pero lo que no iba a consentir es que nuestras vidas acabaran en aquel maldito lugar y de aquella manera tan ruin y desafortunada. En aquel momento, cuando fui capaz de respirar con tranquilidad, sentí el peso de la culpa. Por primera vez, me daba cuenta de mi error. Pero no era el momento para esas lamentaciones, pues tenía que encontrar ayuda y cuanto antes, porque la vida de Fran estaba en peligro.

De repente, sentí ganas de vomitar. Los nervios me estaban pasando factura. Dos luces venían hacia mí. He tenido suerte, pensé en aquel momento. Me puse en mitad de la carretera, arriesgando mi vida. No quería imaginar qué pensaría el conductor o la conductora que me viera en plena oscuridad, pidiendo ayuda, suplicando que parara. Si yo hubiera estado en el lugar de esas personas, no sé cómo habría actuado.

Tenía que hacer todo lo posible para que aquel vehículo frenase. No me había dado tiempo a comprobar si mi móvil o el de Fran funcionaba. Yo no lo llevaba encima. A causa de los nervios, no busqué. Seguramente, el mío el

suyo todavía funcionaban pero, en esos instantes, donde ves la muerte tan cerca, es imposible pensar con claridad.

Necesitaba ayuda, necesitaba un móvil con el que llamar al 112 para que nos asistiera. En principio, yo me encontraba bien. Tenía un fuerte dolor de cabeza y mis sienes palpitaban como si un dolor agudo no dejará de martillearme.

La suerte no estaba de mi parte. Contra todo pronóstico, el coche no se detuvo. Me esquivó y a punto estuvo de arrollarme. Tuve que lanzarme a un lado y mi cuerpo dio en el asfalto. Me entraron unas ganas terribles de llorar. Me daba cuenta de que había perdido una oportunidad para salvar a Fran. Ahora tenía que esperar a que llegara otro coche. Aquellos minutos se hicieron eternos. Yo miraba al fondo del barranco y solo veía un pequeño grupo de llamas cuya luz se perdía en la noche.

Comencé a rezar, comencé a pedirle al cielo que me ayudara. Hacía tiempo que no hacía una cosa así. Con el paso de los años, dejé de creer en una fuerza superior, dejé de creer en Dios. Pero ahora, en aquella situación tan dura, pensaba que solo un milagro podía ayudarme. La oscuridad devoraba la carretera. Al fondo no se veía nada. Ni luz, ni ruido, ni siquiera la presencia de alguna figura o de algún vehículo que pudieran asistirme.

Mis manos temblaban y mi cuerpo se quebró. De rodillas, caí al asfalto y ahí me quedé, esperando a que algún alma caritativa se presentara para ayudarme, aunque quien de verdad necesitaba ayuda era Frank, cuyo cuerpo estaba en el fondo del barranco, lejos de mí, congelándose.

Era terrible que todas mis ilusiones pudieran desaparecer en un momento. La vida se mostraba ante mí en forma de carretera solitaria, una carretera larga y solitaria. El coche que me había esquivado desapareció al fondo. Ni siquiera se veían las luces de alguna ciudad. En mis oídos, en mi cabeza, creía escuchar los gemidos de Fran. Pero Frank no gemía. Ojalá lo hubiera hecho cuando yo lo saqué del coche porque sería la confirmación de que estaba vivo y de que todavía era posible que se recuperarse.

No pensé en los amigos. No pensaba en mi familia. Pensaba en él y ahora, de rodillas en el asfalto, solo podía esperar su desaparición.

De repente, vi una luz, no era una sola luz, eran dos luces. Sentí que mi corazón palpitaba de nuevo, con una fuerza inusual. Era posible la salvación.

Ahora era necesario que aquella furgoneta parase delante de mí. De nuevo, arriesgando mi vida, me coloqué delante de aquel vehículo que corría a toda velocidad. La noche era un manto oscuro sobre mis hombros. Y sentía que aquel manto era como un presagio de muerte.

No tenía a nadie a mi alrededor. No había nada ni nadie.

En esa soledad, solo confiaba en que aquel vehículo parara y al final lo hizo. Escuché cómo sus ruedas frenaban en el asfalto. La furgoneta estaba delante de mí. Sus luces me deslumbraban. Estaba ciega en medio de aquella claridad.

Se abrió una puerta y bajó un hombre. Luego lo hizo también una mujer. Era una pareja joven, no mucho mayores que Fran y yo. Pude ver el susto en su mirada. Sus rostros desencajados miraban al mío. En ese instante, volví a ponerme de rodillas. Estaba derrotada, comencé a llorar como si fuera una niña pequeña. Alguien había venido por fin a recogerme, a recogernos, a Fran y a mí.

Que la furgoneta parase, justo en ese momento, significaba que aún había esperanza.

Pero habían pasado demasiado minutos y Fran seguía sólo, abajo, en el abismo que era aquel barranco.

Grité desesperada. Gritó una y otra vez. Creo recordar que grité el nombre de Fran varias veces. Aquella pareja, intentando calmarme, me abrazó. Éramos tres figuras solitarias en mitad de la carretera, en plena oscuridad. El hombre se dio cuenta de que un coche ardía más allá de la calzada. Se asomó y entonces comprendió lo que mis gritos intentaban describir. Fran, mi amigo, mi compañero, esa persona con la que yo intentaba iniciar de nuevo una relación, posiblemente estaba muerta.

Necesitaba ayuda urgente.

La mujer se alejó de mí. Regresó a la furgoneta y cogió el móvil. Vi cómo llamaba por teléfono. Luego me miró y volvió hacia mí. El hombre quiso ponerme su chaqueta sobre los hombros. Ese gesto de cariño y protección me alivió un poco. Pero yo sabía que todo era un engaño, porque la verdadera víctima estaba en aquel infierno de oscuridad, tierra, y arbustos quemados por

el sol.

Otros coches pasaron y esquivaron a la furgoneta. Otros pararon y sus conductores preguntaron a la pareja. Yo era incapaz de articular una sola palabra. Los nervios y la ansiedad me estaban poseyendo.

No podía controlar mis pensamientos porque eran pensamientos llenos de desesperanza y de muerte.

La ambulancia no tardó en llegar. La noche seguía siendo un lastre que yo arrastraría siempre. Cada vez que me asomara a una carretera por la noche, conduciendo, recordaría ese momento. Lo peor de todo es que, conforme ha pasado el tiempo, he sido consciente de las palabras que me dijo mi padre: cada día es el último. Y así fue que aquel día, aquel instante en que el coche cayó por el barranco, todo, todo lo que yo había vivido, estaba a punto de desaparecer sin que yo fuera capaz de cambiar nada.

Los enfermeros recogieron el cuerpo de Fran. Me sorprendió la destreza y la habilidad que tenían en esta clase de rescates. La mujer que me había socorrido había descrito perfectamente por teléfono la situación en la que se encontraba Fran. Cuando vi su cuerpo en la camilla, completamente amarrado, supe verdaderamente que el peligro no había acabado.

Ahora, cuando yo subiera con él a la ambulancia, me daría cuenta de que empezaba todo. No parpadeaba. Su boca era la boca inmóvil de una persona que prácticamente ha perdido la vida. Sus labios estaban sellados, aunque respiraba. Pero enseguida los enfermeros le colocaron una mascarilla

y su rostro se borró, ese rostro que yo tantas veces había soñado, que yo había besado y acariciado con tanta dulzura, con tanta ilusión.

Ahora aquellos momentos tiernos se resumían en un espacio cerrado, que no era otro que la trasera de una ambulancia. No me dio tiempo a agradecer aquellas personas lo que habían hecho que al auxiliarme.

A través de los cristales del vehículo, observé los rostros de esa pareja. Eran unos rostros que describían la desesperanza. Ellos habían visto también cómo se encontraba Fran. Y sabían, aunque no fueran médicos, que la situación era grave. Ya que el cuerpo que los enfermeros habían sacado del barranco era un cuerpo que estaba más cerca de la muerte que de la vida. Cogí la mano de Fran dentro de la ambulancia. Era una mano fría. Su cuerpo se había congelado mientras yo intentaba desesperadamente buscar ayuda en la carretera.

Los enfermeros lo cubrieron y, de repente, una maraña de cables y válvulas vistieron todo su cuerpo. El rostro de Fran no era el rostro que ya había conocido tiempo atrás.

A veces tengo la sensación de que perdí mucho en aquella carretera. Fue un charco de aceite, fue un descuido, fue simplemente la necesidad de darle un beso.

A veces me he preguntado si yo no hubiese iniciado esa nueva relación con Fran seguramente ahora las cosas serían diferentes, seguramente aquella tragedia nunca habría sucedido. La vida tiene esa capacidad para hacernos madurar y para mirar hacia atrás con la esperanza de que las cosas podían

haberse hecho de otro modo.

Pero no es así. Me he dado cuenta, con el paso de los años, que la vida es simplemente una sucesión de acontecimientos que una persona no es capaz de controlar. A veces tomamos decisiones que pueden influir en esos acontecimientos, pero hay algo inevitable sobre lo que no podemos actuar y se llama muerte.

Miraba a Fran en el interior de la ambulancia. Su piel se había vuelto pálida. Los enfermeros que me acompañaban no decían nada. Yo intentaba preguntarles, pero ellos estaban trabajando afanosos en recuperar el pulso y las constantes vitales de Fran.

El trayecto hasta llegar al hospital se me hizo eterno. Preguntaba a los enfermeros, pero ellos seguían sin decir nada. Podía advertir en sus ojos y en su mirada que estaba grave, muy grave. No paraban de intervenir, inyectándole toda clase de sustancias, intentando toda clase de técnicas y de maniobras para que él siguiera respirando.

La ambulancia llegó al hospital y de repente perdí de vista Fran. Otros médicos y enfermeros se lo llevaron. Yo me quedé sentada en el interior del vehículo. Una enfermera, con un semblante sereno, me dio la mano y yo bajé. Me acompañó hasta una consulta, donde dos médicos me atendieron y comprobaron que yo estaba en perfecto estado. Los dos se miraron extrañados y, al conocer la gravedad del accidente, no daban crédito a que yo siguiera viva y así me lo dijeron.

—Es increíble que solo tenga magulladuras y arañazos. Por lo que cuentan los enfermeros, ha sido terrible el golpe —dijo uno de los médicos.

—Yo quiero saber cómo está Fran, por favor —suplicaba.

—Es pronto todavía. Debe ser paciente y esperar a los resultados de las pruebas. Lo de usted es un milagro y le puedo asegurar que los médicos no creemos en milagros —intervino el otro especialista más que sorprendido.

Lo primero que hice fue llamar a mis padres. No quise llamar a mis amigos. Todavía no sé por qué hice aquello. Necesitaba ver a mis padres, que me abrazaran, que me dieran la seguridad que yo en aquel momento necesitaba.

Pasó mucho tiempo. Yo seguía dentro de la consulta esperando a recibir noticias de Fran. Cuando los médicos comprobaron, después de las analíticas y las pruebas que me habían hecho, que yo me encontraba bien, accedí a una sala de espera. Una enfermera, la misma que me había acompañado desde la ambulancia, se sentó a mi lado y me dijo que tuviese claro que iban a hacer todo lo posible por salvar a Fran.

Mis padres no tardarían en llegar. De repente, como si me hubiese vuelto loca, empecé a preocuparme por lo que le iba a decirles, como si el accidente hubiese sido una mera travesura de las que hacía cuando estaba en el instituto.

Trataba de no darle importancia a lo que me ha sucedido. Por esa

razón, mi cabeza buscaba alguna forma de entretenerse y, ahora, lo que más me preocupaba era precisamente lo que iba a decirles a mis padres. Menuda tontería. La enfermera se fue y, a los pocos minutos, llegó un médico.

Era un hombre con el pelo canoso. Su mirada desprendía inteligencia al mismo tiempo que ternura. Sus arrugas eran unas arrugas amables, fruto de esa madurez que dan los años vividos desde la confianza, la seguridad y la propia experiencia. El hombre no sé anduvo con rodeos y me dijo que Fran estaba a punto de morir.

—No sé qué podremos hacer, señorita. No voy a engañarle. Cuanto antes asuma la situación, mejor para usted —dijo con seguridad.

—No puede decirme eso. ¡¡No puedo aceptarlo!! —grité.

—Debe calmarse. Sé que es muy difícil. Pero no le queda otro remedio. Por desgracia, son muchas las víctimas que he tenido que tratar y sé de lo que hablo. Quizá, estoy siendo demasiado duro, pero, a la larga, me lo agradecerá — insistió con un tono grave.

Me sorprendió que me dijera aquello, sin apenas prevenirme. Sin embargo, quiso ser sincero. No quería que me hiciera de ilusiones sobre la posible recuperación de Fran.

Su experiencia como médico a lo largo de los años le había dicho que era mejor decir las cosas tal y como eran a los afectados antes que andarse con chiquitas. Lo que no quería el médico era que yo me creara falsas esperanzas. Por desgracia, con una voz sombría y neutral, me dijo que no era

la primera vez que se enfrentaba a un caso como este. Que todos los fines de semana suceden accidentes como el que yo había tenido al lado de Fran.

Lo miré a los ojos y él pudo ver en mí la tristeza. Pero, para un médico que ve la muerte todos los días en el quirófano, parece que la tristeza y las lágrimas de un familiar no son nada. De todas formas, el hombre se sentó a mi lado. Respiró profundamente y me dijo que lo que tenía que hacer inmediatamente era llamar a los padres y familiares más cercanos de Fran.

La situación se podía complicar en pocos minutos. Su experiencia como doctor en este tipo de traumas le decía que tarde o temprano el cuerpo de Fran no iba a responder a los tratamientos que le estaban aplicando en ese momento.

Ahora mismo estaba en la UCI y, aunque estaba bien atendido, eso no aseguraba ningún tipo de esperanza. A veces, uno tiene la sensación de que un enfermo, cuando está en un hospital, está a salvo, pero a veces sólo es la antecámara de la muerte.

Mi rostro se enterró en mis manos. No quería mirar a ningún sitio. Noté su mano en mi espalda. Fue una forma de aliviarme, pero aquel gesto me puso todavía más nerviosa, porque sabía en el fondo que era una forma de advertirme de que no volvería a ver a Fran con vida. Yo estaba hundida. Yo estaba sumida en unos pensamientos oscuros, tan oscuros como esa noche en mitad de la carretera, en mitad de ninguna parte, buscando desconsoladamente ayuda para rescatar a Fran.

A veces he sentido la necesidad la terrible necesidad de ponerme en su

lugar, en el lugar de Fran. La misma suerte que había hecho que yo me salvara era la misma suerte en la que yo ahora debía confiar para que, si existía la más mínima posibilidad de que Fran sobreviviera, todo se solucionara.

A partir de ahora, mi vida no tendría ningún sentido si Fran moría. Porque todo mi amor, todo mi afecto, toda mi ilusión y todas mis ganas de comerme el mundo dependían de mi relación con Fran desde hacía muchos años. Y, aunque siempre creí que seríamos amigos y no seríamos nada más que eso, a mí me bastaba para seguir adelante, para levantarme todos los días y mirarme frente al espejo y sentir el orgullo de que era una mujer que podía vencer mis miedos, sacar mi negocio adelante y vivir la vida como me había dicho mi padre, como si cada día fuese el último.

Y ahora qué. Ahora, si Fran ya no estaba a mi lado, si Fran no era ni siquiera el amigo con el que poder hablar porque había muerto, ¿qué demonios hacía yo en este mundo?

A veces me sorprende la actitud tan egoísta que tomamos algunas personas cuando descubrimos que alguien importante falta o ya no está al otro lado.

Pensamos constantemente en qué va a ser de nosotros y no nos damos cuenta de que el verdadero perjudicado es el que se ha ido, el que ha muerto, el que no va a tener la suerte ni la oportunidad de disfrutar los años, los días y los minutos que a nosotros nos quedan por delante.

El médico seguía mi lado. Seguía a mi lado en silencio. Tuve la sensación de que no era la primera vez que hacía lo que estaba haciendo en

aquel momento. Tuve la sensación de que estaba oficiando una ceremonia, una ceremonia que nos preparaba a los familiares y amigos ante la noticia terrible.

Estaba en silencio y se lo agradecí, porque ninguna palabra podía aliviarme, ninguna palabra podía aligerar el peso que mi corazón soportaba en aquellos instantes en que el nombre de Fran resonaba continuamente en mi cabeza.

Caras de enfermos, batas blancas y camillas pasaban por delante de mis ojos. Eran otros enfermos, otras vidas que esperaban una pronta recuperación, querían volver a sus rutinas al lado de los suyos. También me di cuenta de otros familiares que, al igual que yo, esperaban un diagnóstico, esperaban un desenlace a tanta incertidumbre.

Aquella sala de espera se había convertido en una especie de infierno, como lo había sido el fondo del barranco.

La espera, la ansiedad por saber qué iba a ser de cada uno de los enfermos y ese nerviosismo que se acumulaba, según pasaban los segundos, me hacían entender que seguramente no volvería a ver a Fran con vida.

Ya tuve la sensación, esa misma sensación, en el barranco, en la carretera y cuando los enfermeros lo rescataron y lo metieron en la ambulancia. Quizá el médico tenía razón. Lo mejor era hacerme a la idea de que no volvería a ver más al Fran ilusionado, gracioso, rebelde, lleno de vida, cuya pasión estaba inspirada en la música, en ser un gran compositor y llenar estadios de fútbol para que todo el mundo lo escuchara.

Mis padres todavía no habían llegado. No debía haberlos telefoneado. Ahora temía que, por culpa de las prisas y los nervios, a ellos también les pasaría algo en la carretera.

Confiaba en que el destino no fuera a ser tan canalla conmigo. El médico recibió una llamada en su busca y, de repente, salió corriendo.

Una enfermera me miró a los ojos, diciéndome que lo peor estaba sucediendo. Desapareció por una puerta y, a continuación, oí que alguien decía “parada cardíaca”.

Supe que se trataba de Fran y supe que, en ese punto, todo llegaba a su fin.

Capítulo 41

No había luz al final del túnel. La tristeza es un sentimiento que me embargaba. Lo llamo tristeza por no llamarlo de otro modo, porque podía llamarlo con otro nombre, pero ese nombre no existe para el dolor que yo sentía en aquellos instantes. Fran había entrado en parada cardíaca.

Esas palabras se clavaron en mi corazón.

La puerta entornada dejaba que yo oyera los comentarios de médicos y enfermeras. La situación era más que grave. De repente, escuche otras frases del tipo: “se nos va”, “no podemos hacer nada por recuperarlo” o “lo estamos perdiendo”.

Lo estamos perdiendo, lo estamos perdiendo, ... Lo estaba perdiendo. Cuando estaba en la carretera, no imaginaba que quizá ya no volvería a ver más a esa persona que tanto me importaba. Pese a lo duro que fue sacar su cuerpo del coche y llegar hasta la carretera para pedir ayuda, tuve la sensación de que en cualquier momento íbamos a ser rescatados.

Pero ahora allí, en aquel hospital, al escuchar las palabras que provenían de la UCI, me di cuenta de que todo había concluido. Ya no había esperanza. Mis esfuerzos habían sido en vano. El milagro de que yo hubiera salido prácticamente ilesa del accidente tampoco había servido de nada. Ya no había nada a lo que agarrarme en aquellos momentos, pues la persona que

había formado parte de toda mi existencia se iba para siempre.

Es duro escribir estas palabras y no puedo evitar pensar que todo aquello forma ahora parte de mi vida, de una vida que miro desde esta escritura, con dolor, con ansiedad y con la sensación de haber sido derrotada por el destino.

Me derrumbé. Caí de rodillas sobre el suelo. Los familiares de otros pacientes me miraban afligidos. No sabían si ayudarme o dejar que yo misma me vaciara de dolor en aquel rincón donde mi cuerpo, como un saco de boxeo, era golpeado una y otra vez por los recuerdos y por la tempestad de sentimientos encontrados que la pérdida de Fran estaba produciendo.

Los familiares no me miraban con extrañeza, me miraban con el dolor de quién sabe que ha perdido lo que más quería en esta vida. Las voces en el hospital se sucedían. Nada parecía cambiar, pese a lo que a mí me estaba ocurriendo.

Sentí el miedo, además de la decepción, y ese miedo estaba unido a la nostalgia, a la necesidad de recuperar los momentos en los que yo había estado con Fran, esos momentos en los que habíamos sido felices durante un breve espacio de tiempo. Logré incorporarme de nuevo. Se me había olvidado llamar a los padres de Fran y debía hacerlo cuanto antes.

Por primera vez, me daba cuenta de que la felicidad existía. La felicidad había existido en esos instantes que yo ahora recordaba con el dolor de la ausencia. Ya nada ni nadie podrían hacer algo para que aquellos

momentos volvieran a ser vividos por nosotros.

Cuando caí de rodillas al suelo, sentí que había hecho muchas cosas mal. Cometí el error de dejar pasar la vida, de no hablar con Fran sinceramente con el fin de arreglar todo. Ahora que habíamos empezado de nuevo, el destino nos había puesto una prueba muy difícil. Lo peor es que esa prueba no la podía superar ni yo ni él. Ahora todo estaba en manos de los médicos y de sus conocimientos para sacarlo de ese pozo.

Llamé a los padres de Fran. Mi voz temblaba. No sabía cómo comunicarles la noticia. No sabía si era capaz de decirles que yo me había salvado milagrosamente y que, sin embargo, su hijo estaba a punto de abandonar este mundo.

¿Cómo iba una madre a poder asumir eso? ¿Cómo iba yo a poder asumir el hecho de dar esa terrible noticia? Después de la tercera llamada, el padre fue quien se puso al teléfono. Durante un instante agradecí que lo hubiera hecho él y no su esposa.

—Lo siento, no sé cómo decirlo. Es Fran, ¡¡es Fran!! —dije yo entre sollozos.

—Sé quién eres. Carlota, necesito que me digas qué ha pasado —intervino el padre con una voz serena.

—Me salí de la carretera y Fran está a punto de morir. Deben venir cuanto antes, por favor. No sé cómo ha sucedido. Ha sido un segundo, ¡¡un maldito segundo!! —grité ante el estupor de los familiares que estaban allí

esperando también un diagnóstico.

—¡Cálmate! Vamos para allá ya, Carlota. No te tortures, te lo pido —
dijo antes de colgar.

Al escuchar mi voz rota por el dolor, supo que algo malo había sucedido. Tuve la suerte de que aquel hombre, consciente del miedo y del terror que yo estaba sufriendo, me facilitó las cosas. Después de su última intervención, colgó. Creo que ha sido la peor llamada que he realizado en mi vida.

Pero tenía que hacerlo. El médico me había dicho que la situación requería que urgentemente yo hiciera esa llamada. Lo que yo menos necesitaba en aquel momento era la presencia de amigos y familiares. Pero eso era también demostrar que mi egoísmo iba en aumento. Yo era la responsable, yo era la culpable y, sin embargo, no tenía ningún derecho a negar que otros también compartieran el dolor de la pérdida. Quizá no sentirían lo mismo que sentía yo en aquel momento, pero que Fran desapareciera de este mundo les iba a afectar y seguramente cambiaría sus vidas. Solo tenía que ponerme en el lugar de esa madre o de ese padre para darme cuenta.

Hubo un tiempo en el que pensé que las cosas serían fáciles. Era la época de la infancia, donde todo transcurría con la tranquilidad y bajo la protección de los padres. Es en esa etapa cuando conocí a Fran y, siendo niños, yo ya sentía una atracción hacia él.

Aquella infancia ya estuvo marcada por las miradas, por los gestos y

por un brillo especial en sus ojos. Yo sentía que había algo en mí que pertenecía a aquel chico. Ahora que habían pasado los años y se había confirmado lo que yo tantas veces había imaginado y que tantas veces había soñado a solas, en mi dormitorio, sin tener en cuenta a otros hombres que iban apareciendo en mi vida, descubría también que lo que más deseas puede marcharse cuando más lo necesitas.

Y yo lo necesitaba, necesitaba Fran, necesitaba al Fran que me han hecho disfrutar y me había hecho conocer un mundo que con otros hombres yo había sido incapaz de conocer. Porque era ese Fran optimista y lleno de energía el que yo necesitaba para mi vida, para mi futuro, pero eso ya me iba a suceder.

Eso se marchaba, se fugaba como un haz de luz sin que yo pudiera atraparlo. Volví a sentarme y los rostros que tenía enfrente me miraban fijamente. Una mujer se acercó hasta mí. Me contó que acababa de perder a su hijo y que había visto en mí la pena y la tristeza que ella ya no podía llorar, porque había llorado mucho antes de que su hijo se fuera. En ese instante, sentí que yo volvía a ser la persona más egoísta del mundo.

Estaba allí, destrozada, pensando en Fran, y aquella mujer, generosa y compasiva, me ayudaba a pasar mi dolor con lo que ella estaba sufriendo.

—Sé por lo que estás pasando, hija. Sacarás fuerzas. La vida es esto —dijo con un tono amable mirándome a los ojos.

—Me niego a aceptarlo. Es un hombre joven. Hace una hora estaba lleno de vida —dije encogida, ajena al mundo.

—Lo sé. Mi hijo también estaba lleno de vida hasta que aparecieron

los dolores de cabeza y no hubo nada que hacer. Me consuela mucho recordarlo, ¿sabes?

—Yo no voy a superarlo. ¡No voy a superarlo! ¡Lo necesito! —elevé la voz para intentar convencerme de que no era verdad nada de lo que estaba aconteciendo.

Me daba cuenta de que aquella mujer llevaba con completa dignidad la desaparición de su hijo, la desaparición de un ser querido que seguramente había dado sentido a toda su vida. Miré a sus ojos cansados y pude ver, en las arrugas de su rostro, esa amabilidad y esa generosidad que solo dan las personas que saben que la pérdida también te hace un ser más humilde y un ser mucho más consciente de la realidad que te rodea.

Hasta ese momento, pese a la decepción ya la frustración que yo había sentido hacia Fran tras nuestra pelea durante nuestro viaje, pensaba que la vida era eterna, pensaba que no existía nada más allá de mí o de Fran, o de mis amigos, pero ahora me percataba de que la muerte acechaba, nos acechaba siempre y de forma implacable.

Me cogió las manos. Pude sentir que las suyas estaban frías sin duda. Aquello fue un alivio para mí, mientras yo era testigo del ajetreo que médicos y enfermeras llevaban en la habitación de enfrente. Un corredor conducía a la UCI, donde Fran estaba muriéndose. Lo peor de todo es que yo no podía hacer nada. En la carretera, pude luchar, pude arriesgar mi vida por salvar la suya. Pero, ahora, en el hospital, era imposible que yo pudiese hacer algo.

Mis padres no llegaban.

Cada minuto parecía una eternidad. Yo esperaba que en cualquier momento ellos apareciesen y me dieran la protección que aquella mujer, de una forma imprevista y voluntaria, me estaba dando. Nunca olvidaré ese rostro, ese rostro ajado y marcado por el dolor.

No le pregunté su nombre. La mujer me comentó que yo tenía que tener paciencia y calma y que, en el peor de los momentos, tenía que aceptarlo, tenía que aceptar la muerte de Fran.

Miré hacia abajo, miré hacia el suelo y cerré mis ojos. Los párpados me pesaban. Ya no tenía lágrimas. Pero sentía la necesidad de gritar, pero no de gritar hacia fuera, sino de gritar hacia dentro, hacia el interior de mi alma, si es que tenemos un alma.

Recordé, cuando siendo todavía unos niños, Fran, Jaime, Luis, Kate y yo íbamos a buscar renacuajos a las charcas. Llenábamos de agua un bote de cristal y dentro colocábamos aquellas enigmáticas criaturas. Los renacuajos nos acompañaban en nuestras travesías por los caminos. Luego, cuando llegaba la noche y era hora de volver a casa, arrojábamos de nuevo aquellas criaturas al agua y veíamos cómo se movían nerviosamente hasta el fondo.

Otro momento que yo asocio a mi infancia junto a Fran y a mis amigos es la playa. En la playa, vivíamos toda clase de aventuras. Aún podía ver a Jaime ya Fran sorteando las olas y cómo esos cuerpos, todavía delgados, sin apenas vello eran dorados por el sol mientras Luis y Kate jugaban en la arena, se perseguían y, al caer al suelo, sin que yo los viera, se besaban. Pero yo me daba cuenta de que lo hacían y entonces reía.

Ya no pude escuchar nada al fondo de aquella sala donde Fran se debatía entre la vida y la muerte. Los recuerdos de la infancia y de la adolescencia venían a mí y yo sentía el hundimiento. Aquella mujer terminó por abrazarme y, en ese abrazo, noté que las dos compartíamos la misma soledad, la misma tristeza profunda que ahora nos unía para siempre. Escuché unos pasos. El sonido de esos pasos me resultaba familiar.

Habían llegado mis padres. Mi madre se adelantó y, de repente, solté a aquella pobre mujer que había sido mi paño de lágrimas durante unos minutos y me lancé a refugiarme en los brazos de mi madre. No hizo falta que yo abriera la boca. Mi madre y mi padre reconocían la gravedad del asunto. Habían visto en mi rostro, en mis ojos y en mi forma desesperada de abrazarlos, que Fran estaba a punto de morir.

Mi padre no dijo nada. Se limitó a darme fuerza con el calor de su cuerpo al igual que hacía mi madre. La mujer que estaba sentada a mi lado desapareció. Me di cuenta segundos después. Quería haberle dado las gracias. Pero allí no había nadie. Durante mucho tiempo, pensé que aquella figura no había sido más que un espejismo, una ilusión fabricada por mi cerebro para paliar el dolor de la pérdida. Todavía sigo pensando que aquella mujer que había visto morir a su hijo, no existió jamás. Enfermos en camillas, médicos y pacientes en silla de ruedas se movían a nuestro alrededor mientras los tres seguíamos abrazados, esperando el desenlace. Se hizo un silencio repentino y todo dejó de girar alrededor.

Aunque mis padres estaban junto a mí, yo no podía encontrar ningún consuelo. Era tal el desamparo en el que estaba que pensar en encontrar un

horizonte de esperanza era completamente absurdo. Ahora me di cuenta de la importancia que es saber aprender a vivir sola, pero la soledad no va conmigo. Yo había estado siempre acompañada de mis padres, de mis amigos, ahora de Fran.

Pero Fran se iba. Y el hecho de saber eso era terrible porque ahora mi soledad o mi compañía iban a estar siempre asociadas a la falta de la persona que más me importaba en ese momento y con la que yo pretendía construir mi futuro y mi porvenir.

No recuerdo si temblaba. No sé cómo podía soportar aquello. Ahora, en este escritorio, delante del folio en blanco, descubro que fui una persona verdaderamente valiente. Aunque, a decir verdad, la persona más valiente era Fran, que estaba luchando por su vida. La impotencia era quizás lo que más me dolía. La impotencia era saber que yo no podía actuar, que yo tenía que ser testigo de la muerte de Fran junto a mis padres. No podía evitarlo. No podía evitar que su organismo no reaccionara.

Ahora todos aquellos recuerdos no servían para nada. Yo había naufragado en un mar de sueños y de ideas absurdas. Cuando una se enfrenta a la realidad, como la que estaba yo afrontando en esos instantes, se da cuenta de que el pasado es un sueño inútil. Porque aquellos recuerdos junto a Fran ya no valían para nada. Eran insignificantes. Lo importante era el presente. Fran era mi presente y yo me negaba a vivir el resto de mi vida amarrada a esos recuerdos.

Mi padre, que parecía más entero, intentaba calmarme con palabras de

ánimo. Pero sabía que aquellas palabras no eran sinceras. Eran palabras que solo intentaban distraerme. Pero él no podía hacer otra cosa.

Mi madre era más consciente de la realidad que mi padre. Por esa razón, se abrazaba a mí e intentaba llorar conmigo. Pero, como ya he escrito anteriormente, a mí no me quedaban lágrimas. Todo era demasiado horrible en aquel lugar. Todo había sido demasiado horrible en aquel momento en el que sufrimos el accidente. Y también, demasiado estúpido. Una maldita mancha de aceite y un beso.

La noche, la maldita noche, se había convertido en el escenario de una pérdida. No me quedaban fuerzas para seguir, para estar de pie en aquella sala fría, cuya luz blanca cegaba mis ojos. Era esa misma luz la que había me había cegado en la carretera, cuando el coche, el primer coche, no quiso parar. Luego fue la furgoneta y aquellas almas caritativas las que consiguieron que, gracias a su ayuda, los enfermeros pudieran rescatar a Fran.

A veces pienso que todo depende del azar. Y el azar fue ese charco de aceite en mitad del asfalto, y el azar también fue que aquella pareja parara furgoneta delante de mí. Podría haberme arrollado. Ahora sabía que también era el azar el que podía hacer que Fran saliera con vida o muriera. Si el moría, yo también iba a morir con él. De hecho, yo ya lo estaba haciendo, abrazada a mis padres.

Hubo un momento en el que creí ver a aquella madre que había perdido a su hijo. Pero me equivoqué. Era otra figura, una figura oscura, sombría, como las que avanzaba por los pasillos y corredores de aquel hospital. No sabía ya diferenciar lo que era verdad de lo que era mentira, lo que era ficción

de lo que era la pura realidad.

De nuevo volvió el silencio a mi alrededor, una especie de plegaria que acompañaría a Fran hasta la eternidad. Me daban ganas de golpear las puertas, me daban ganas de tirarme al suelo y patalear como una loca, pero aquello no iba a servir de nada. Aquí yo no iba a sacar a Fran de aquel estado en el que se había sumido. Dios mío, una parada cardíaca. Fran estaba lleno de energía horas antes y rebosaba salud y, sin embargo, ahora, me veía abocada a presenciar su muerte.

Mi madre me obligó a sentarme, pues yo estuve a punto de desplomarse. Pero mi padre consiguió cogerme del brazo y sostenerme. Me acomodé y de nuevo las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos. Pensaba que ya no me quedaban. Mi madre, al ver mi rostro, arrasado por la dureza del sufrimiento, supo que el estado de Fran era más que grave de lo que pensaba en un principio.

—Carlota, no puedo verte así —dijo ella con dolor.

—Mamá, ha sido todo por mi culpa. Me despisté y el coche se salió de la carretera. No pude reaccionar a tiempo —intentaba justificarme con una voz turbia.

—No pienses en eso ahora. No puedes pensar en eso ahora. Tenemos que esperar. Ha pasado todo demasiado deprisa. Vamos a esperar a ver qué dicen los médicos.

—Mamá, hace un momento entró en parada cardíaca —añadí yo dejando que la ansiedad me dominara.

—Tenemos que esperar, Carlota. ¿Has llamado a su casa?

—Sí, sus padres vienen de camino. ¿Qué voy a decirles? —mis palabras tropezaban las unas con las otras.

Mi madre quiso decir algo más, pero mi mirada se lo impidió. Mi padre, ahora más hundido, con las manos enterradas en su rostro, dejó de darme palabras de ánimo. Sentía que él también se había desplomado.

Mis padres adoraban a Fran.

Pienso que, en más de una ocasión, ellos vieron a Fran como mi futuro marido. A veces, sin que nos demos cuenta, los padres ven mucho más que nosotros. Y tengo la sensación de que ellos tenían la certeza de que, en algún momento, él y yo acabaríamos saliendo juntos, casándonos y teniendo nuestra propia familia. Sé que quizá sea aventurarme en unos pensamientos que mis padres apenas me revelaron. Pero yo lo notaba en la mirada, yo lo notaba en su forma de hablar sobre el que entonces era solo mi amigo. Cuando yo nombraba a Fran en la mesa, el rostro de mi padre se iluminaba y mi madre reía con complicidad hacia él.

Agradecí las palabras de mi madre, agradecí ese breve diálogo que habíamos entablado. Mi padre solo escuchaba, mi padre solo atendía como si fuera un observador, un mero testigo de la tragedia que yo estaba viviendo.

Sabía que él no se podía poner en mi lugar, pero qué duro tiene que ser, para un padre y para una madre, ver a una hija sufrir. Ellos lo estaban viviendo en aquel momento. Pasaron unos minutos y él decidió levantarse e ir a por café. Al cabo de unos minutos, antes de que llegara mi padre, uno de los médicos que había atendido a Fran apareció tras una puerta. El corazón me dio un vuelco y mi madre me apretó mis manos con fuerza, dándome a entender que tenía que ser fuerte y aceptar la verdad que el médico me iba a transmitir.

Mi madre bajó los párpados, como intentando huir de aquella situación. Pero no había huida alguna. Teníamos que escuchar el dictamen. Noté que el rostro de aquel hombre era un rostro relajado, parecía que intentaba calmarnos desde su silencio. Pero no quería caer en el engaño. Seguramente, ya estaba acostumbrado a dar demasiadas malas noticias.

Se agachó. Estaba a la altura de mis ojos. Y pude notar que, si bien su rostro parecía sereno, su mirada y la forma en la que comenzó a hablarme reflejaban preocupación, una sincera preocupación.

Mi padre llegaba en ese momento con dos cafés. Los dos cafés cayeron al suelo. Ahí me di cuenta de que él estaba tan nervioso como yo o como mi madre. Fran era una persona muy importante para ellos.

El médico comentó que Fran había sobrevivido al ataque cardíaco. Pero tenía que seguir en la UCI porque el pronóstico era grave. No sabía si su cuerpo podría superar la noche. Si era capaz de superar la noche y su organismo reaccionaba positivamente a los antiinflamatorios y medicamentos que le habían inyectado en sangre, habría esperanzas. Pero el médico no quería que yo me ilusionara.

El médico no quería que nadie le acusara de haber dado falsas esperanzas. Reconocía que el golpe había sido brutal y que muchos huesos y órganos de Fran estaban afectados debido a esos golpes. Lo que no entendía es que yo hubiese sobrevivido. Como me habían dicho, hacía unas horas, solo un milagro podía haber hecho que yo estuviera allí, escuchando que el médico tenía muy poca fe en la recuperación de Fran.

—Voy a ser sincero. Siempre lo he sido. Tu amigo ha entrado en parada cardíaca hace unos instantes. Es un chico fuerte y ha salido de la crisis, pero no puedo asegurarte de que no se vaya a repetir —dijo el doctor con cautela.

—Pero, ¿se va a poner bien? —pregunté desesperada.

—No hay nada imposible en Medicina, pero debemos esperar —contestó él, siendo consciente de la gravedad de su paciente.

—Ya te lo he dicho, Carlota. No podemos adelantar acontecimientos. Debemos ser pacientes —intervino mi madre con la intención de darme ánimo.

—¿Puedo verlo? Por favor, necesito verlo, aunque sea por última vez —supliqué.

—Haremos una excepción —dijo el médico, esbozando una leve sonrisa.

Tras aquella conversación llena de dudas y de miedo, decidí entrar a ver, por unos momentos, a Fran. Iba acompañada del médico y de mi madre. Sólo serían unos segundos, pero esos segundos serían para mí toda una vida. Caminaba nerviosa. Notaba que el médico me agarraba con fuerza. Su mano sujetaba mi antebrazo y, con un ritmo lento, nos dirigimos a la cama en la que se encontraba el cuerpo de Fran. Sentí que no era la primera vez que el médico hacía eso, que no era la primera vez que el médico acompañaba quizá a una madre, a un hermano o a un padre, a ver a una persona que estaba a punto de fallecer.

Lo vi. Respiraba y eso me alivió. Me acerqué. Estaba solo. La mayor parte de las camas estaban vacías. Pronto llegarían nuevos enfermos que habían sido intervenidos quirúrgicamente y aquella sala se llenaría de nuevo.

Quise tocarlo, pero una enfermera, que estaba junto a Fran, no me lo permitió. El médico asintió con la cabeza y ella se apartó por un momento. Me acerqué y pude comprobar que, pese a los cortes y rasguños, el rostro de Fran era reconocible.

No se me ocurrió otra cosa que cantarle al oído una de sus canciones favoritas, la canción que él había interpretado en aquel karaoke para seducirme, para demostrar públicamente que yo le importaba y que le importaba demasiado para dejarme escapar.

Era la canción de Romeo Santos y, a través de un susurro, mi voz llegó hasta él.

Entonces sentí que su cuerpo temblaba y una de sus manos se movió.

Pero, al igual que la mujer que había perdido a su hijo había estado junto a mí, acompañándome, pensé que aquel movimiento, aquella vibración de dedos, aquella respiración acelerada, a causa de mi canción, eran solo imágenes de un espejismo.

Mi madre y el médico comprobaron que yo estaba poniéndome cada vez más nerviosa, así que decidieron apartarme de él, aunque yo no quería. Yo no quería separarme de Fran. Quería permanecer a su lado y seguir cantando esa canción que a él tanto le gustaba.

Capítulo 42

Y llegaron sus padres...

Dolor, tristeza, desolación, eso era lo que reflejaba la cara de su madre, me miró y me abrazó desconsoladamente.

—Lo siento —dije a duras penas.

—No tienes la culpa, Carlota —acarició mi barbilla con sus manos.

Siguió hacia delante, fueron a buscar al doctor, yo me quedé llorando, desconsolada, abrazada a mi madre. Un rato después, llegaron Jaime, Luis y Kate, me dieron un fuerte abrazo, no se pronunció ni una sola palabra, permanecimos un buen rato en silencio, hasta que volvieron a salir los padres de Fran desconsolados, les había impactado mucho ver a su hijo así, entubado y sin responder.

Se sentaron cerca de nosotros, mi padre comenzó a hablar con el padre de Fran y mi madre sujetaba la mano de su madre, intentaba consolarla, obvio que era muy difícil.

A las cuatro de la mañana, Jaime y Luis fueron a por cafés para todos, nadie era capaz de moverse de allí, una enfermera salió a fumar un cigarro, al vernos a todos, nos miró y se paró un instante.

—Luego hablará el médico con ustedes, pero se ha despertado —nos guiñó el ojo en un gesto tranquilizador.

Todos comenzamos a llorar aún más, esta vez de esperanza, yo no podía quitar mis manos de la cara.

—¿Habló? —preguntó su padre.

—Sí, preguntó por ella —me señaló a mí—. Recuerda el accidente perfectamente, ya le dijimos que estabas bien, que ni siquiera estabas hospitalizada, eso le relajó mucho.

No podía creerme que lo primero que hubiese hecho era preguntar por mi estado, eso me puso la piel erizada, ese era mi Fran, todos antes que él mismo.

Mis padres se fueron, les dije que los mantendría al tanto, eran cerca de las seis de la mañana, todos los demás nos quedamos, nadie era capaz de moverse de allí, amanecía el domingo y ninguno teníamos nada que hacer. Por mi parte, aunque fuese lunes, no me iba a mover de allí, no podía, quería permanecer cerca de él.

A las siete de la mañana, el médico llamó a sus padres, su madre me agarró para que les acompañara, mis amigos se quedaron en la sala.

Entré a la consulta temblando, estaba nerviosa, me daba miedo escuchar algo que me rompiera en dos, aunque ya lo estaba, pero el saber que

despertó me tranquilizó un poco, nos sentamos esperando a que hablara.

—Buenos días, está evolucionando favorablemente, no tiene dañada ni la columna ni nada que nos ponga en alerta. El golpe de la cabeza, ese fue el que lo dejó inconsciente y luego entró en parada, pero despertó. Estuve hablando con él un poco, recuerda hasta el accidente, incluso me dijo que Carlota le cantó, le dijimos que no era un sueño, que entró a verlo, o sea, va a pasos agigantados. Evidentemente, tendrá que estar en la UCI por lo menos 3 días más, por su seguridad y por nosotros garantizar que está totalmente fuera de peligro, si hubiese alguna complicación, ahí estará más vigilado.

Esas palabras nos dieron esperanzas a todos, nos miramos los tres sonriendo, mientras las lágrimas nos caían por las mejillas, el médico nos dijo que solo lo podríamos ver 4 veces al día, un cuarto de hora, y solo podríamos entrar de dos en dos, yo le dije a sus padres que, por supuesto, ellos lo harían, pero me miraron y negaron, dijeron que nos turnaríamos.

Era el primer turno, así que les dije a sus padres que me iba a desayunar con los chicos y que entraran ellos, que los esperaba en la cafetería de fuera.

Cuando le di la noticia a los chicos, los cuatro nos abrazamos, llorando.

Fuimos a desayunar, esperamos a que viniesen sus padres, nos sentamos en la terraza de fuera, yo necesitaba fumar unos cigarrillos, estaba nerviosa, con el corazón que se me salía por la boca, 20 minutos después

llegaban sus padres y se sentaron con nosotros, todos en silencio, esperando a que hablaran.

—Hemos estado hablando con Fran todo el tiempo —dijo la madre soltando una sonrisa que transmitía un poco de alivio, aunque estaba con el alma en mil pedazos, la pobre.

—¿Cómo se siente? ¿Qué dice? —preguntó Jaime.

—Que espera salir pronto, que está aburrido, que le duele todo el cuerpo, pero que está muy feliz de que Carlota esté bien. Pidió que la próxima visita entraras, es a las doce —respondió el padre.

—Luego entras conmigo —dijo seguidamente su madre, mirándome a los ojos, sonriendo.

—Claro...

—Ahora vamos a ir a ducharnos y cambiarnos, deberíais ir a descansar, ahora no podemos hacer nada, nos informarán de cualquier cosa.

—Vale... —no podía decir ni una palabra más, estaba nerviosa.

—Nosotros sí que no pintamos nada, iremos un rato a descansar y vendremos para veros en la última visita de las ocho —dijo Jaime.

—Claro, id a descansar, todos debemos descansar, yo necesito relajarme con un baño y tirarme una horita en el sofá —decía su madre.

Después del desayuno, nos despedimos, los chicos me llevaron a mi casa, sus padres quedaron en recogerme a las once y media, así que me fui con el alma en mil pedazos...

En casa estaba ida, me metí una hora en el baño, con la mirada perdida, pasaban por mi cabeza mil imágenes con Fran, quería vivir con él la historia de amor más bonita del mundo, no ese viaje en el que hicimos el tonto y perdimos el tiempo, aunque sería una anécdota para no olvidar. En ese momento, más que nunca, quería vivir esa historia de amor...

Los padres me recogieron más tarde, la madre traía mejor color, la pobre estaba blanca hacía unas horas, normal con susto en el que se había llevado. Entramos a la UCI, me impactó ver la sonrisa de Fran al vernos, era de felicidad, pero su cara denotaba como derrota, agotamiento, como si no tuviera fuerzas, evidentemente, poca debía tener.

Primero se acercó su madre, luego yo, le fui a dar un beso en la mejilla y el giró su cara para dármele en los labios, me dejó impactada, pero le solté una sonrisa que me salió del corazón, ese gesto había acabado de llenar gran parte de mi vida.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, mama, muy feliz de teneros aquí.

—Bueno, cariño, yo vengo a las cuatro con papá, ahora os dejo solos y salgo a desayunar —nos guiñó el ojo, era obvio que nos quería dejar solos, una madre sabe todo sin necesidad de ninguna explicación.

—Gracias, mamá.

Se despidieron, su mamá le dio un abrazo, luego me dio otro a mí y me dijo que me esperaba en la cafetería, sonreí, luego me senté al lado de Fran, mirándolo fijamente y le agarré su mano.

—Lo siento, Fran.

—No, no vuelvas a decir eso.

—Fue mi culpa...

—No, Carlota, fue un accidente desafortunado, me alegro tanto de que estés bien... que todo lo demás me da igual.

—Pensé que te ibas —dije llorando.

—Contigo me voy a donde quieras, al fin del mundo —decía en voz flojita, pausadamente, sin perder la sonrisa...

—Fran, ¡te quiero!

—Yo también, guapísima.

—No quiero pelearme más contigo, ni que nos hagamos putadas por Facebook —dije poniendo cara de pena.

—No más italianos —me guiñó como pudo el ojo.

—¡Tonto! —saqué mi lengua.

—Te amo, Carlota, no sabes lo que he sufrido cuando te vi con él, se me rompió el corazón en mil pedazos.

—¿De verdad?

—¿Lo dudas?

—Ojalá fuera cierto.

—No digas eso, claro que lo es. ¿No confías en mí?

—Sí...

—No te veo muy convencida, Carlota.

—Es que creo que es un sueño.

En ese momento, la enfermera se acercó y me dijo que se acababa la visita, me acerqué a los labios de Fran y los besé.

—Te amo, esta noche vengo.

—No me falles.

—Jamás.

Capítulo 43

Y esos tres días que tuvo que pasar aún en la UCI fueron realmente horribles. Porque, aunque podía verlo, nada era suficiente para mí. Era muy egoísta cuando se trataba de Fran, nunca era suficiente el tiempo que pasaba con él, siempre necesitaba más.

Así que, cuando lo pasaron a planta, me sentí la mujer más feliz del mundo.

Eso sí, a las 2 horas ya quería amordazarlo, atarlo y darle dos guantazos para que se quedara quieto. Señor, no paraba. El médico aún no le había permitido levantarse y, con lo nervioso que era, no podía dejar de moverse.

La cama la tenía hecha un desastre y a él le había dado por dar toquecitos con la mano a la cama, como si fuera una batería.

—Fran, lo tuyo es cantar, no eres batería —resoplé.

—Me aburro, Carlota, ¿qué quieres que haga?

—Pues no sé, hijo, ponte a cantar, que eso lo haces bien, pero deja la puñetera mano quieta —le di un manotazo para que parara.

—No sé por qué te molesta —dijo extrañado.

—Porque no paras, me estás sacando de quicio —me levanté del sillón en el que me sentaba y me puse de pie, frente a él—, voy a pedir que te amarren.

—Lo que tienes que hacer es salir a que te dé el aire, estás muy susceptible —resopló.

Y yo resoplé con él, era cierto, pero estaba muy nerviosa, quería verlo de pie ya.

Me acerqué a él y le di un beso en los labios.

—Perdona, es que todo esto me supera —le dije.

—Eh, estoy bien, en unos días en casa, no te preocupes. ¿Por qué no te vas a descansar?

—No, yo pienso quedarme a dormir aquí.

—Carlota, no hace falta, no me pasará nada. Y no voy a permitir que duermas mal en esa cosa.

—Esa cosa es un sillón, y, si no, me acuesto contigo, pero no pienso separarme de ti —dije poniendo cara de pena—, así que no me lo pidas.

—¿Nunca jamás? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—No —me acerqué y le di otro beso.

—Mmm... ¿Otro? —y me besó él.

No contento con ello, me hizo caer encima suya y me besó como si no existiera mañana.

La puerta de la habitación se abrió en ese momento y giramos la cabeza al escuchar algunos carraspeos.

Me puse roja de la vergüenza al ver a los padres de Fran allí y, sobre todo, al doctor.

—Bueno, no hace falta preguntar cómo estás, ya veo que mucho mejor —rió el médico a la vez que se acercaba.

—Lo siento —dije avergonzada, a todos en general. E ignoré las risitas de los padres de él.

—Fran, tu recuperación va avanzada, nada importante —el médico comenzó a hablar—. Mañana te haremos algunas pruebas más, los resultados tardarán entre 24 y 48 horas, si todo está bien, podrás irte.

—Joder, menos mal —resopló y su madre le dio con la mano en la cabeza por su vocabulario. Fran ni rechistó.

—Deberías ir levantándote y dando pequeños paseos, pero con cuidado para no marearte, yo vendré a verte a diario mientras las pruebas se realizan.

—Gracias, doctor —dijo mi amor con una gran sonrisa.

Sus padres salieron detrás de él, diciendo que irían a desayunar algo e, inmediatamente, cuando la puerta se cerró tras ellos, Fran le dio dos patadas a la sábana que lo cubría para poder levantarse.

—Eh, macho man, ¿adónde vas con esas prisas?

Me puse rápidamente frente a él, ya estaba sentado en la cama.

—A levantarme.

—Te ha dicho que despacio —lo miré, con las manos en mis caderas, intentando aparentar enfado—. Por cierto —una sonrisa se formó en mis labios sin que lo pudiera evitar—, ¿no llevas ropa interior?

Hasta entonces no me había dado cuenta de que, debajo de la camisa que le habían puesto, no llevaba nada, en ese momento tenía todo al aire.

—¿Te gusta lo que ves, Carlota? —preguntó con voz burlona, sin demostrar ni un ápice de vergüenza.

—Eres un descarado —puse los ojos en blanco.

—Pero te encanta —jaló de mí y me colocó entre sus piernas, besándome.

Me separé de él cuando vi que ese beso iba a complicarse, y mucho...

—Fran, estás convaleciente.

—Yo sí, pero ella no —rio.

—No, eso ya lo noto —como para no notarlo, pensé.

—Estoy deseando salir de aquí para poder estar contigo.

—Has estado a punto de morir, ¿cómo puedes pensar en eso?

—Te tengo delante, es suficiente.

Me guiñó un ojo y yo me quité, porque lo cierto era que yo también estaba ya con ganas de comérmelo allí mismo.

Sonreí, porque, verdaderamente, Fran ya estaba de vuelta.

Tras levantarse sin ayuda y dar algunos pasos por la habitación, se sentó a descansar en el sillón que estaba destinado a los acompañantes, me daba a mí que me costaría la vida hacer que volviera a la cama, al final la tendría que utilizar yo.

El día pasó rápidamente, las visitas, de amigos y familiares, casi no lo dejaron ni respirar. El pobre terminó dormido rápidamente esa noche. Por muy recuperado que estuviera, estaba en un hospital por un grave accidente, pero la gente parecía no entender eso, y entre visitas y llamadas telefónicas, lo agotaron.

Sus padres intentaron quedarse a dormir con él, pero Fran se negó. Incluso se negó a que me quedara yo, pero como me había empeinado y él sabía que era más complicado arrancarme la cabeza que hacerme cambiar de opinión, terminó por aceptar.

Y la cabeza me la quise arrancar yo a la mañana siguiente cuando me desperté, me dolí horriblemente, entre la postura que había cogido para dormir y el calor que hacía allí...

—Buenos días, princesa.

Miré a Fran cuando me habló. Estaba en su cama, tumbado de lado y con una enorme sonrisa en los labios.

—Buenos días, hermoso príncipe.

—Carlota —empezó torciendo el gesto—, de verdad que te adoro, pero a un hombre no se le dice hermoso.

Su comentario me hizo reír, Fran seguía en modo macho ibérico.

—¿Entonces cómo se les dice?

—Pues no sé, dime como quieras, pero hermoso...

—¿Qué culpa tengo yo si eres bello? —sonreí ampliamente y me acerqué a darle un beso.

Puso los ojos en blanco, pasando de mí por completo.

—Me gustaría tomar una ducha.

—Claro, ¿qué necesitas? —le pregunté.

—La ropa para ponerme, no me han dejado nada.

—Tranquilo, voy por ella, ahora vuelvo.

En la sala de enfermeras no había nadie. Me apoyé en el mostrador y esperé un rato, pero nada, ni una sombra. Todo estaba en silencio. Extrañada, y desesperada de la vida ya, miré a mi alrededor.

Si nadie me atendía...

Lo tendría que hacer yo. Y eso hice. De puntillas y como si fuera una ladrona, me colé tras el mostrador, en la sala de enfermería, y, sin mirar la talla, cogí el primer pijama de hospital que vi. Salí de allí de la misma manera, pero, al escuchar un ruido, empecé a correr por el pasillo, llegué al dormitorio casi derrapando y por poco no me estampo contra la puerta, a ver qué hacía cerrada si yo la había dejado abierta.

Cerré y me apoyé mientras cogía aire, cualquiera diría que había cometido un atraco, pero yo era muy formal y no hacía cosas como esas...

Escuché agua y fue cuando me di cuenta de que Fran no estaba ni en la cama ni en el sofá. En la ducha...

Sin pensármelo, dejé la ropa donde pude y entré en el pequeño baño, sus ojos volaron a mirar los míos casi inmediatamente. Porque a eso miré yo, no iba a mirar a...

—Vaya... Justo en quien pensaba —dijo con voz ronca.

—Fran, no —negué con la cabeza—, solo quería ver si estabas bien —

bajé la mirada y la subí rápidamente—, y ya veo que lo estás —intenté no reír, pero madre mía, sí que estaba bien.

—Estaría mejor si entraras aquí.

—Estoy aquí...

—No, aquí —señaló el pequeño plato de ducha.

—¿Estás loco? —dije con los ojos abiertos como platos.

—Sí —y, tras ese monosílabo, alargó la mano hasta coger la mía y me metió con él, casi nos caemos los dos.

No me dio tiempo ni a quejarme cuando ya su boca estaba devorando la mía.

—Fran ¡por Dios! Que puede entrar alguien —eso sin contar que me había empapado entera, menos mal que traje alguna ropa de repuesto para mí, mi madre y sus por si acaso me iban a venir bien en ese momento.

—Carlota, calla, esto tiene que ser rápido —besó mi cuello, estaba desesperado.

—Fran, no vamos a hacerlo aquí —terminé la frase gimiendo cuando él, con su mano, tocaba mi sexo.

Y mis palabras murieron ahí. No hubo nada más que él en ese momento y la necesidad que tenía por sentirlo dentro de mí.

Cuando terminamos, se colocó una toalla alrededor de la cintura. Yo, tras escurrir todo lo que pude mi ropa, esperé a que él saliera a traerme la muda. Pero casi me muero cuando abrió la puerta y cuatro pares de ojos conectaron con los nuestros.

Tierra, trágame, pensé cuando vi a sus padres y a los míos mirándonos fijamente, sabiendo de más lo que acababa de pasar. Resoplé, habría que llevarlo con dignidad.

Los días pasaron lentamente, a Fran le hicieron más pruebas de las que nos habían dicho en un principio. Eso me asustó, pero el médico dijo que era para su tranquilidad, lo que me alivió.

Casi no pude creerme cuando le dieron el alta, Fran no salió corriendo de la habitación por respeto, pero, al llegar a la calle, saltó, gritó, me alzó y dio vueltas conmigo a la vez que me besaba.

Estaba feliz, y yo igual por verlo libre por fin.

Nos montamos en el coche de sus padres y estuvimos todo el trayecto con las manos agarradas, sonriendo porque, por fin, la pesadilla había terminado.

Tras dejarme en mi casa y prometerle que iría a verlo en cuanto descansara un poco, necesitaba un buen baño relajante y dormir decenas de horas seguidas, le besé y vi cómo el coche se alejaba.

Sonreí, por fin despertamos de esa pesadilla. Por fin Fran volvía a estar bien, Y conmigo. Porque no pensaba soltarlo por nada del mundo.

Capítulo 44

No podía creerlo. Volví al trabajo en mi peluquería. Las chicas no tardaron en reaccionar. Enseguida que me vieron, se pusieron muy contentas. Solo sabían darme besos y abrazos. Yo estaba en una nube.

Había recuperado a Fran. Se había salvado de un accidente mortal. Nunca creí en los milagros. Pero ahora tenía que reconocer que los milagros existían. Y que la felicidad era eso. Volví al trabajo después de superar el peor de los momentos posibles. Mi vida sentimental estaba completa.

Comencé la mañana con ilusión y las clientas se dieron cuenta de que yo estaba eufórica. El corazón me palpitaba con fuerza. Era difícil para mí contener la emoción en aquellos instantes en que parecía que todo volvía a sonreír en mi vida. Se había acabado la tristeza. Se había acabado la ansiedad y también esos enfados tontos que no conducen a nada.

Entre Fran y yo había un compromiso serio. Todo volvería a ser como antes, como aquellos días en los que estuvimos juntos durante el viaje, ajenos al mundo, contentos como dos niños, que no temen a nada.

Yo quería volver a ese estado de inocencia y de felicidad. La mañana estaba pasando rápida en la peluquería. Las clientas no paraban de preguntarme. Todo el mundo se había enterado de lo que me había sucedido. Algunas de estas clientas me tocaban los hombros y los brazos para asegurarse

de que yo estaba bien, de que no era ningún fantasma.

Yo solo sabía sonreírles. Después de tantos años acudiendo a mi peluquería, era normal que se preocuparan por mí.

De repente, sucedió algo que yo no esperaba. Alguien apareció por la puerta. Era una figura que me resultaba familiar. Las chicas que trabajaban conmigo me miraron y sonrieron con complicidad. Parecían quinceañeras que acaban de descubrir que su mejor amiga se ha enamorado por primera vez

—¿Qué haces aquí? —pregunté yo sonrojada.

—Te traigo un regalo, Carlota —contestó Fran con rapidez.

Me di cuenta que escondía algo detrás de su espalda.

Recordaba que ya quiso regalarme un ramo de flores cuando estábamos en la playa, pero el incidente de Jaime y su medusa lo destruyó por completo. Sonriendo, con un brillo en los ojos que me encantaba, me mostró una rosa roja, fresca, que olía maravillosamente.

Las clientas comenzaron a aplaudir y mis trabajadoras no pararon de reír. Parecía que aquella escena estuviera siendo rodada para una película romántica. Me sentía como la protagonista de un cuento de hadas y no sabía cómo reaccionar ante aquella sorpresa que me había dado Fran, la persona que más me importaba en aquel momento.

—Pero, ¿por qué haces esto? No tenías que haberte molestado —dije yo con lágrimas en los ojos.

—Es una rosa para otra rosa —dijo él con picardía.

—No seas tonto. Esa frase no te pega —repuse yo haciéndome la ingenua.

—No me digas eso. Llevo toda la noche ensayándola delante del espejo del cuarto de baño —Fran sonreía cuando su dulce boca pronunció esas palabras.

—Estaba mintiéndote. Me encanta que lo hagas. Creo que a todas las mujeres nos gusta que nos hagan este tipo de cosas.

—Hija, ¡qué suerte tienes! Mi Ramón hace que no me regala flores más de dos años y yo solo hago ponerme guapa para él —intervino una clienta bastante cotilla mientras los dos reíamos mirándonos a los ojos.

—Te extrañaba, Carlota. Quería venir a verte simplemente —dijo él con un tono tierno y lleno de encanto.

Qué escena tan diferente la que yo ahora estaba presenciando, con Fran lleno de vida, ilusionado y sin abandonar su aire de seductor nato. Esta escena no tenía nada que ver con aquella otra, la de un chico que apenas respiraba, en

el fondo de un barranco, un chico que estuvo a punto de morir en el hospital. Menos mal que el destino me dio la oportunidad, me dio una nueva oportunidad. Ahora aquel chico al que yo temí perder para siempre estaba delante de mí y me había regalado una rosa que yo cogí con suavidad para que no se deshiciera entre mis dedos.

Me la llevé a la nariz y aspiré su fragancia dulce que me recordó precisamente al perfume del cuerpo de Fran.

—¿Te apetece tomar un café conmigo? —preguntó con timidez, como si, de repente, no me conociese de nada.

—Claro. Terminó de ponerle el tinte a esta señora y me voy contigo — comenté yo con sentido de la responsabilidad.

Pero no fue necesario. Una de mis empleadas se acercó y me dijo que no fuese tonta y que me marchara con Fran.

Ella se encargaría de acabar mi trabajo. La clienta me miró con confianza y me dijo que hiciera caso y que no dejara escapar a un chico tan guapo.

Yo me sentía diferente. La luz de aquella mañana iluminaba la calle y las fachadas de los edificios de una forma mágica. Era la misma luz de siempre, pero mi forma de mirar las cosas era bien distinta. Nos cogimos de la mano y corrimos juntos sin saber muy bien por qué hasta llegar a una cafetería que estaba situada frente a mi peluquería.

Allí nos sentamos. Algunas clientas, que habían salido de mi negocio, también desayunaban en mesas cercanas y enseguida se fijaron en nosotros. Por su mirada, comprendí que hacíamos una pareja excepcional.

Noté que algunas se ponían a cotillear. En principio, esas cosas me podían molestar, pero, en aquel momento, me gustó que lo hiciera punto me sentía protagonista y me sentía como un objeto de deseo. Fran, además, estaba especialmente guapo con aquella camisa y aquel pantalón que se había puesto para darme la sorpresa. Recién afeitado y con el pelo suelto, parecía un cantante famoso de los que acostumbramos a ver en televisión. De hecho, ese era su sueño. Fran quería llenar estadios de fútbol con sus conciertos. Confiaba en que algún día lo haría.

—Estás muy guapa hoy —dijo él con intención de agradarme.

—Ya será menos, Fran.

—No, hablo en serio. Me gusta verte así.

—¿Qué significa “así”? —pregunté yo extrañada.

—Natural, sin maquillaje apenas, como tú eres de verdad, sin necesidad de esconderte detrás de ropa cara o de un pintalabios de color rojo chillón —sonrió al decir esas palabras.

—Te lo agradezco. No sabía que te fijases en esas cosas. Pero, de vez

en cuando, me gusta arreglarme —repuse yo sin abandonar mi timidez.

Parecía mentira que, después de todo lo que habíamos pasado juntos, sintiera un poco de vergüenza al mirarlo a los ojos y al hablar de estas cosas. Yo creo que ahí empezaba el amor. Sí, en efecto, ahí empezaba el amor, cuando descubres que la otra persona te sigue imponiendo de alguna manera, cuando sientes admiración por ese ser al que importas tanto. Temía defraudar a Fran con alguna de mis respuestas y, pese a los años que llevábamos juntos como amigos, para mí estaba siendo un hombre completamente nuevo.

—Quiero proponerte algo, Carlota —su tono se volvió un poco más serio.

—Miedo me das, Fran. No me pongas nerviosa. ¿Qué sucede?

—No te preocupes. No es nada malo —apuntó para que yo me tranquilizara, pues, debió notar que mi corazón dio un vuelco cuando escuché sus palabras.

—Mira, me he dado cuenta de muchas cosas a lo largo de estos últimos días en el hospital —su voz sonaba melancólica.

De repente, me di cuenta de que, a mi alrededor, aquellas clientas que habían salido de mi peluquería se estaban acercando a nosotros con sus sillas. Iban hacer un círculo. Esto era el colmo. Las miré fijamente y por la cara de asesina que yo puse se convencieron de que debían dejarnos solos.

Lo que me faltaba en aquel momento era rodearme de cotillas para que, en pocos minutos, toda la isla se enterase de lo que me había dicho Fran.

—Me tienes intrigada. Habla, por favor —mi pulso se aceleraba según pasaban los segundos.

—Me gustaría que viviésemos juntos, Carlota. Solo era eso —sus ojos brillaron al decirme aquello.

Yo sorbí del café con nata que nos habían puesto y lo miré fijamente. La propuesta era muy tentadora, pero pensé que no debía precipitarme. Por ahora, no me apetecía esa convivencia. Creo que era un paso muy importante y yo necesitaba pensármelo bien, porque, si por hacer las cosas con prisas, aquello salía mal, yo nunca me lo iba a perdonar.

—Fran, te agradezco mucho lo que me ofreces. Pero han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo. Ahora estamos bien y nos podemos ver cuando queramos y todas las veces que nos apetezca. No quiero que esto salga mal —dije yo con tono grave cogiéndole las manos para que no interpretara mi decisión como una negativa a estar con él.

—No me esperaba esa respuesta, Carlota. Pero entiendo lo que quieres decirme y lo respeto. Ahora te has convertido en la persona más importante de mi vida. No es la primera vez que te lo digo. Y te debo mucho —dijo él entre triste y resignado.

—No me debes nada. No sabes todavía lo que he sufrido por ti y, por esa razón, no quiero que una decisión sin meditar bien rompa este sueño — dije yo con sinceridad.

—Tienes razón. Pero te debo mucho, porque siento que soy mejor persona cuando te tengo cerca.

No pude evitarlo. Lo besé. Mis besos sabían a nata a causa del café. Fran tampoco lo pudo resistir y, cuando yo me retiraba, sus labios volvieron acercarse a los míos y un largo beso se produjo allí, a la vista de todas las clientas.

Susurraban algunas voces a nuestro alrededor. Pero a nosotros nos daba igual. No nos daba ninguna vergüenza mostrar nuestro amor en público. Yo creo que Fran entendió mi postura y eso me tranquilizó, pues nada podía ni debía, en aquel momento, poner fin a esa relación que habíamos iniciado.

Volví a sorber del café una vez que dejamos de besarnos. Una mancha de nata blanca quedó prendida en la punta de mi nariz. Fran me dijo que parecía un payaso y suavemente, otra vez, con su boca, besó la punta de mi nariz para quitarme aquella pequeña nube blanca.

Los mensajes con Kate se sucedieron aquel día. Le conté la sorpresa que me había dado Fran al entrar en la peluquería. Ella estaba emocionada al leer lo que yo le escribía. Estaba viviendo un sueño. No me cansaré de repetirlo. Es algo que le comentaba continuamente a mi amiga una vez que dejamos el hospital.

Los dos días siguientes al lado de Fran fueron como yo tantas veces los había imaginado, a solas, en mi dormitorio, cuando era una adolescente. Fueron días mágicos, aunque no hiciéramos nada extraordinario, nada especial que no puedan hacer otras parejas.

Volvió a aparecer por la peluquería aquellos dos días y, si bien no llevaba ninguna rosa que entregarme, se acercaba a mí. Por detrás. Me ponía muy nerviosa que hiciera aquello. Estábamos a la vista de todos. Pero yo me dejaba. Tenía siempre preparada una canción para mí. Me la susurraba al oído mientras yo me derretía por dentro, intentando recoger tijeras, botes de tinte y otros utensilios que acababa de utilizar.

No hacía falta que dijera nada. Mis empleadas lo comprendían y yo salía por la puerta como una princesa de cuento a vivir mi sueño particular al lado de Fran. Sentía que la vida me sonreía y esta vez iba a ser para siempre.

Comíamos en los restaurantes que más nos gustaban. Yo evitaba coger el coche por ahora. Hacíamos el amor a media tarde y, por las noches, esperaba su mensaje de felices sueños. Así transcurrieron esos días.

Fran quería, por todos los medios, que yo flotase.

Capítulo 45

Por fin viernes...

Fui al trabajo muy contenta, Fran me había dicho que preparase una pequeña maleta para el fin de semana, me quería dar una sorpresa, no tenía ni idea de dónde lo pasaríamos, pero estar con él era lo único que me importaba.

A las dos estaba en la puerta con su coche sobre la acera.

—¿Conduzco yo? —pregunté bromeando mientras salía y le sacaba la lengua.

—Por supuesto —guiñó su ojo.

—Ni de coña —dije mientras me acercaba a darle un beso.

—No me da miedo, te lo digo en serio —respondió mientras me abrazaba.

Me monté en el asiento del copiloto y ni pregunté a dónde íbamos.

—¿Has pensado ya si vas a volver a comprar un coche?

—Mi padre está mirando el Fiat 500, es muy pequeñito y coqueto, seguramente me compre ese.

—Me gusta...

—¡Tú sí que me gustas!

—Espero que pasemos el mejor fin de semana del mundo...

—¡Por supuesto! De todas formas, si no viene Jaime, seguro que no habrá complicaciones —bromeé.

—Hace un rato me tomé una cerveza con él.

—¡Qué bien vives!

—No tan bien como quisiera – volvió a guiñarme el ojo.

Llegamos a una preciosa cala, donde había un lujoso hotel, me quedé alucinada.

—¿En serio? —pregunté mientras aparcaba.

—Todo incluido, vamos a recuperar los malos rollos del caribe —sonrió.

—¡Me encanta la idea!

—Nos lo ha pagado mis padres...

—¿En serio?

—¡Sí! Yo me enteré ayer.

—Los adoro. ¡No saben cuánto!

—Yo también —dijo mientras palmeaba mi culo para entrar al lobby y hacer el registro.

La habitación era espectacular, me recordaba sin dudas a la del Caribe, dejamos las cosas pese a que Fran estaba buscándome encarecidamente, pero ya eran las tres de la tarde e íbamos a comer, así que me puse el bikini, un traje monísimo y fuimos al restaurante.

Nos pusimos hasta arriba, era en plan buffet y nos pasamos tres pueblos, a Fran le venía bien, ya que había bajado peso durante su estancia en el hospital, me daba mucha alegría ver que recobraba su buen apetito.

Fuimos a unas hamacas frente a la piscina, un camarero nos preguntó si nos traía algo, pidió dos cervezas y yo agregué que dos chupitos también.

—Estas locas —rio.

—Estoy conmemorando lo que no hicimos de buen rollo en El Caribe.

—Venga ya, te bebiste de todo, no te importó que la paz no reinara

entre nosotros – soltó una carcajada mientras se remangaba más el bañador para que le diese el sol.

—Poco me bebí, para todo lo que tuve que digerir —hice una mueca con los labios.

—En más de una ocasión evite reír por tus cosas, en el fondo eres una payasa.

—En el fondo te giñaste con ser padre de dos... —bromeé

—¡Qué putada, Carlota! —rio también.

—Qué cabrón, Jaime —negué con un gesto a la vez que reía.

—Bien que nos la pegó.

—Se vengó de lujo, ya nos lo advirtió durante estos años.

—Pero yo salí el peor parado —puso cara de pena.

—Fue listo, sabía que estábamos liados, si te jodía con eso, nos jodía a los dos, a la vez que nos dejaba a todos con esa incertidumbre.

—Pero en ese viaje no la debió gastar...

—Ya, pero la venganza era buena si lo hacía en esos momentos, aunque debió de pensarlo, pero se vengó bien.

—Sí... ¡Muy bien! De escándalo, no le pudo salir mejor —dijo mientras daba un buen trago a la cerveza.

Pasamos toda la tarde bebiendo, besándonos, con miradas de complicidad, risas, baños, juegos en el agua, de esos momentos que te hacen sentir en el paraíso, junto al hombre que amas, con la persona adecuada, era un cúmulo de cosas que hacían que todo se convirtiera en pura magia.

Cuando fuimos a la habitación, nos duchamos para bajar a cenar, ese momento fue de lo más erótico, sensual y divertido, una mezcla de esas que te hacen casi caer desplomada, pero era eso, Fran lo hacía como nadie, sabía cómo hacerme llegar al orgasmo de una forma brutal y yo estaba encantada...

Durante la cena, no dejaba de bromear, parecía mentira que hacía unos días se estaba muriendo y ahora era mi Fran, el mismo de siempre, un poco más delgado, pero igual que siempre...

El sábado desperté entre mimos y besos, caricias que fueron poniendo la situación de nuevo muy calentita, pero yo lo estaba deseando, sentirlo dentro de mí era algo que me elevaba a lo más alto.

—No te imaginas cuánto te deseo – decía mientras acariciaba cada recodo de mi piel.

—No sabes cómo me pones —sonreí— Te amo, Fran —dije mientras lo tenía dentro de mí.

—Nunca dejes de hacerlo...

Tenía la sensación de que nada de lo que había pasado durante aquel

viaje había sido verdad, me veía en sus brazos, con toda su atención, delicadeza, mimos, que parecía irreal todo por lo que habíamos atravesado.

Pasamos todo el día revoleados en el hotel, por la noche pusieron un Karaoke y, cómo no, a Fran le faltó tiempo para ir a pedir una canción y plantarse con el micro en la mano en aquel mini escenario a la luz de la luna.

*Me quedo callado
Soy como un niño dormido
Que puede despertarse con apenas sólo un ruido
Cuando menos te lo esperas
Cuando menos lo imagino
Sé que un día no me aguanto y voy y te miro
Y te lo digo a los gritos
Y te ríes y me tomas por un loco atrevido
Pues no sabes cuánto tiempo en mis sueños has vivido
Ni sospechas cuando te nombré
Yo, yo no me doy por vencido
Yo quiero un mundo contigo
Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro
Una señal del destino
No me canso, no me rindo, no me doy por vencido
Tengo una flor de bolsillo
Marchita de buscar a una mujer que me quiera
Y reciba su perfume hasta traer la primavera
Y me enseñe lo que no aprendí de la vida
Que brilla más cada día
Porque estoy tan sólo a un paso de ganarme la alegría*

*Porque el corazón levanta una tormenta enfurecida
Desde aquel momento en que te vi
Yo, yo no me doy por vencido
Yo quiero un mundo contigo
Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro
Una señal del destino
No me canso, no me rindo, no me doy por vencido
Este silencio esconde demasiadas palabras
No me detengo, pase lo que pase seguiré
Yo, yo no me doy por vencido
Yo quiero un mundo contigo
Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro
Una señal del destino
No me canso, no me rindo, no me doy por vencido
Oh, juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro
Una señal del destino
No me canso, no me rindo, no me doy por vencido*

Todo el mundo que estaba en el jardín empezaron a aplaudir, eufóricos, le pedían otra y no lo dejaban marcharse, yo estaba muerta observándolo desde la barra y se veía que lo iba a tener muy difícil, así que no le quedó más remedio que cantar otra, esta vez me sorprendió aún más.

*Si, sabes que ya llevo un rato mirándote
tengo que bailar contigo hoy
Vi, que tu mirada ya estaba llamándome
muéstrame el camino que yo voy*

Tu

*tu eres el imán y yo soy el metal
me voy acercando y voy armando el plan
solo con pensarlo se acelera el pulso*

Ya

*ya me está gustando más de lo normal
todos mis sentidos van pidiendo más
esto hay que tomarlo sin ningún apuro*

Despacito

*quiero respirar tu cuello despacito
deja que te diga cosas al oído
para que te acuerdes si no estás conmigo*

Despacito

*quiero desnudarte a besos despacito
firmar las paredes de tu laberinto
y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito...*

Se me caía la baba con sus movimientos, parecía increíble con la soltura que se movía, la gente bailaba a sus pies, estaba poniendo la animación del hotel pata arribas, él me miraba de forma seductora mientras se movía a ritmo de su canción.

Cuándo terminó, pedían más, pero ya se vino hacía mí y me dio un abrazo.

—No veas la que has montado —solté muerta de risa.

—La gente que está muy aburrida —guiñó su ojo.

—¡Vales millones!

—Esos son los ojos con los que tú me miras.

—¿Yo sola? ¡Todo el hotel!

La noche la pasamos bebiendo, bailando, riendo y disfrutando de los dos, sin más nadie que nosotros, eso hizo el fin de semana especial, a él se le veía feliz a mi lado y yo estaba que no me lo creía, no dejaba de dar vueltas a todo, lo de irnos a vivir juntos cada vez me estaba tentando más.

El domingo desayunamos en el hotel y luego entregamos la llave, nos fuimos a perdernos todo el día por la isla, de cala en cala, disfrutando del último día de relax, al día siguiente comenzaría la rutina...

Capítulo 46

Yo no sabía lo que era realmente una sorpresa hasta que apareció Fran de nuevo por la peluquería. Solo con verlo, me ponía muy nerviosa. Digo “nerviosa” por no decir otra cosa. Porque aquel cuerpo, aquel rostro, sus labios y esa manera de mirarme a los ojos tan seductora me excitaban muchísimo.

Las clientas y mis trabajadoras se daban cuenta enseguida. Cada vez que él aparecía todas las miradas se centraban en mí. Eran las ocho y estaba sola. Fran había acordado en ir a recogerme a mi trabajo. Me había mandado mensajes a lo largo de la tarde para decirme que me recogería a esa hora y que me llevaría a ver algo.

No me escribió nada más, salvo las típicas muestras de cariño con las que acababa cada mensaje. Yo pasé toda la tarde ansiosa, esperando con mucho nerviosismo a que él entrará por la puerta.

Y así sucedió. Puntual, se acercó de nuevo hacia mí y, agarrándome por la cintura, me volvió a susurrar el estribillo de una canción de amor. Yo me moría. No lo puedo escribir de otro modo.

—¿Cómo está mi princesa? —me preguntó tras acabar su canción.

—Estoy esperando a mi príncipe. Damos asco, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él con tono enigmático.

—Nunca imaginé que seríamos tan dulces y melosos a la hora de

hablarnos —dije yo sonriendo.

—¿Te molesta, Carlota? —preguntó de nuevo sin que sus manos dejasen mi cintura.

—¿Cómo me va a molestar? Me encanta. Lo sabes. Y, por eso, lo haces. Sé que, por eso, lo haces —dije yo con un tono seductor.

—Tengo una sorpresa para mi princesa, ¿sabes?

—Empiezas a preocuparme, Fran —comenté yo de forma bromista.

—Me has cambiado, Carlota. Ya te lo he dicho más de una vez —añadió, acercándose cada vez más, presionando su cintura en la zona donde acababa mi espalda.

Menos mal que ya no había nadie en la peluquería. Porque, en aquel momento, me daban ganas de quitarle toda la ropa y lanzarme a por él, a devorarlo pacientemente, como si yo fuera una mantis religiosa comiéndose al macho. Pero Fran me tiene preparada una sorpresa y estaba intrigada. No sabía de qué se trataba, pero seguro que era algo bueno.

Ahora de Fran solo me podía esperar cosas buenas, porque confiaba en nuestra relación y en que todo fuera a acabar bien, mejor que bien. Sentía que éramos una pareja sólida y que nuestros sentimientos eran sinceros. El compromiso estaba ahí y no sé si su sorpresa tenía algo que ver con eso.

Antes de que hiciéramos alguna de esas escenas de sexo de las películas de *Nueve semanas y media* o *El cartero siempre llama dos veces*,

decidimos salir de la peluquería cuanto antes. Estábamos excitados. No podemos negarlo, pero la sorpresa que me tenía preparada Fran merecía que nosotros dejáramos el sexo al lado por unos momentos.

Montamos en su coche. Me gustaba verlo al volante. Antes de arrancar, me dio un beso en los labios, que yo agradecí. Sus ojos me estaban desnudando. El hecho de que me hubiera cogido por la cintura en la peluquería y me hubiese susurrado al oído no nos había dejado indiferentes.

—¿Dónde me llevas? Dímelo, por favor. Me muero de impaciencia — dije con voz enérgica y llena de entusiasmo.

—Tranquila, está cerca. Cierra los ojos, por favor. Cierra los ojos, así la sorpresa será mayor —dijo él con seguridad.

—Madre mía, qué nerviosa me estoy poniendo. ¿Hablas en serio? ¿Tengo que cerrar los ojos?

—Sí, ya te he dicho que sí. No lo olvidarás —dijo con tono confiado.

Logró convencerme así que cerré los ojos. Noté que el coche se movía y, escuchando una canción de Romeo Santos, intenté que los nervios no se apoderaran de mí. Yo intentaba ver en aquella maniobra una forma nueva de conquistarme. Porque una sorpresa no es otra cosa que una forma de conquistar a nuestra pareja.

Me habría encantado abrir mis ojos, aunque fuera por un instante. Pero

era esa tentación de hacerlo lo que verdaderamente hacía que la sorpresa fuese algo misterioso. La tentación obligaba a que mi corazón palpitara con una fuerza poco habitual. Pero no solo era la sorpresa lo que hacía que mi corazón reaccionara así, sino el hecho de tener a Fran a mi lado.

Él tenía razón. Llegamos enseguida porque el coche se detuvo a los pocos minutos de haber arrancado. La música de Romeo Santos seguía sonando en el interior del vehículo. Entonces noté la presión de su mano en una de las mías. Con aquel gesto, estaba dándome confianza, además de prometerme que lo que iba a encontrar, cuando abriera mis ojos, iba a ser la confirmación de que nuestro compromiso iba más en serio que nunca.

—Ahora puedes abrirlos, Carlota.

—Gracias, estoy que me muero. Por favor, espero que sea algo bueno —dije yo con un tono infantil.

—Te va a encantar. Nunca había hecho una locura como esta en mi vida —añadió él con nerviosismo en sus palabras.

Al abrir los ojos, comprobé que delante de mí tenía un precioso chalet, un adosado de ensueño, en una de las mejores urbanizaciones que se estaban construyendo en aquel momento en la isla.

Me entraron ganas de llorar. Jamás imaginé que un momento así fuese a llegar y de la mano de Fran. No sabía qué responder. Estaba tan emocionada que solo tenía ganas de llorar, de llorar de alegría, porque lo que había hecho él era de ensueño.

Aquella casa significaba mucho para Fran y para mí, era la confirmación de que él me quería y me quería de verdad. Me quería a su lado para siempre.

—¡Estás loco!! —grité emocionada.

—Todo es poco para mi princesa —dijo de nuevo con voz dulce.

—No me vengas con esas frases de telenovela. Estoy hablando en serio. ¿Cómo se te ocurre hacer una locura como esta?

—Porque de eso se trata. Estoy loco por ti —se aventuró a decir con una dulzura que hizo que me derritiera por dentro.

Antes de bajar del coche, estuvimos besándonos durante un largo rato. Me encantaba besar a Fran. Lo hacía muy bien. Yo sentía que era una mujer torpe a la hora de besarlo, pero él sabía cómo hacerme sentir especial y sé que se excitaba con mis labios, con mi lengua y con ese juego al que nuestras bocas jugaban.

—Pero, pero... ¿podrás pagarlo? —pregunté yo como mujer práctica, rompiendo el momento de los besos.

—He firmado esta mañana en la notaría y estate tranquila. No hay problema. Tengo bastante dinero ahorrado, Carlota — dijo él mirándome a los ojos y esbozando una leve sonrisa.

Sabía a lo que estaba jugando Fran. Yo ya no tenía ninguna excusa para decirle que no quería ir a vivir con él. Aquella casa, aquella casa estupenda y maravillosa que me estaba enseñando, era una invitación a que él y yo fuésemos una pareja con futuro.

Yo estaba encantada. Sentía que la felicidad era un sentimiento verdadero. Fran no dejaba de mirarme, quería ver en mí la reacción que producía algo tan tonto como abrir una puerta para ver una nueva habitación. La casa tenía también un jardín precioso y estaba en una zona donde era fácil llegar. Era una urbanización muy bien comunicada. Fran había previsto que aquella casa tampoco estuviera muy lejos de mi trabajo, lo que facilitaba todavía más las cosas, lo que hacía cada vez más que mi decisión fuera la que él quería.

Aunque parezca una tontería, cada vez que abría una puerta de aquel chalet, pensaba en el futuro, pensaba en una familia, pensaba en hijos. Fran estaba volviéndome loca ya que aquella sorpresa era una promesa de amor. Yo no podía fallarle. Ahora tenía que decir que sí.

—¿Qué me dices, Carlota?

—¿Qué quieres que te diga? Que me encanta, que estoy alucinada — exclamaba yo sin dejar de darle besos y abrazos cada vez que entraba a una habitación.

—Podemos venirnos mañana mismo a vivir aquí —dijo él con ansia.

—Fran, has dado un paso muy importante. No me esperaba esta clase de sorpresa. Te diré que lo haremos poco a poco, si no te importa. Prefiero hacerlo despacio —comenté yo sin quitarle ilusión y excitación a mis palabras.

—Claro. No hay ningún problema. Lo haremos como tú digas. Me encanta verte así de feliz, ¿sabes? —añadió él abrazándome fuertemente.

Ahora empezaba un gran trabajo. Era hora de la mudanza. Y no iba a ser fácil. A causa del nerviosismo, no sabía muy bien por dónde empezar. Pero no era la primera vez que una pareja decidía vivir uno al lado del otro en un piso, así que me fui tomando las cosas con tranquilidad. Es lo que le dije a Fran desde el principio. Haríamos las cosas a mi modo y, con paciencia, iríamos vistiendo la casa según nuestro gusto y sin prisas, sin tomar decisiones erróneas que pudieran afectar a nuestra relación.

Aquella semana fue una semana de locos. Habíamos decidido ir llevando cosas lentamente. Pero cada día estaba lleno de pequeñas anécdotas, porque no era todo tan fácil como parecía.

Recuerdo que el lunes, cuando llegamos con el coche, tuvimos un problema con la cómoda. No había manera de que entrara por la puerta. Fran, desesperado, ya no sabía qué hacer. Yo no estaba dispuesta a dejar una cómoda, herencia de mi abuela, fuera del chalet, así que Fran tuvo que ponerse manos a la obra. Desmontó toda la cómoda, pieza a pieza, y al final la cómoda entró.

Una vez dentro, volvió a montarla y yo, mientras, lo observaba. Me encantaba ver aquellos músculos, aquellas manos y sus brazos trabajando. De hecho, me estaba excitando por momentos. Cuando acabó de montarla, no pude evitarlo y me lancé a por él. Lo hicimos allí mismo, en el suelo del salón. El martes y el miércoles fueron días más tranquilos, aunque la lluvia nos sorprendió y apenas pudimos hacer una mudanza en condiciones.

Temíamos que muchos de los muebles se mojaran, así que solo llevamos ropa y unos cuantos enseres. El jueves fue un día trágico para mí. Entré al cuarto de baño principal a dejar las toallas y una botella de gel, cuando, de repente, empecé a gritar como la niña del exorcista.

¿Por qué gritaba?

Gritaba porque, dentro de la bañera, había una araña que era más grande que mi mano. Yo estaba horrorizada. Salí corriendo, pegando voces. Fran, asustado, fue a socorrerme. Cuando entró al cuarto de baño y vio al bicho, casi le da un ataque de pánico. Jamás habíamos visto una araña así de grande. No sabíamos si llamar a la Guardia Civil o al Ejército. Yo me subí encima de una silla. Fran sudaba y, aunque intentaba calmarme, creo que estaba más asustado que yo. Al final, buscamos en Internet y encontramos una manera fácil de deshacernos del animal.

Rociamos espuma de afeitar encima del bicho. Era una forma de inmovilizarlo. Luego, con una toalla cogimos la araña mutante y la devolvimos al jardín. Fran, que era muy ecologista, no quería matar al bicho. Yo, en aquel momento, solo pensaba en mil formas de matar a aquel insecto. No quería que

volviera a mi casa a darme un susto de muerte como el que me había dado.

Menos mal que encontrábamos momentos de intimidad para nosotros. Pero aquella semana se hizo infernal. Entre el trabajo en la peluquería y la mudanza, caía por la noche en mi cama completamente agotada. A veces no me daba tiempo responder a los mensajes de Kate, que no paraba de preguntarme por dónde andaba.

Fue ese jueves por la noche, a punto de cerrar los ojos y después de nuestro enfrentamiento con la araña mutante, cuando recibí uno de los mensajes más cariñosos de Fran.

“Carlota, me das la vida. Si no eres real, prefiero seguir durmiendo para no despertar de este sueño”.

Capítulo 47

Estaba en el salón de la casa de Fran el viernes por la tarde, de pie, girando sobre mí misma, contemplando todo. Estaba más que perfecto. Era tan él... Y tan yo... Tan nosotros....

Era tan perfecto que asustaba.

—¿En qué piensas? —se acercó a mí y me agarró por la cintura, pegándose a su cuerpo y mirándome fijamente.

—Me encanta cómo está todo. Es, no sé... Como un hogar.

—¿El que me gustaría crear contigo?

—Fran, tenemos que ir con calma. Nosotros...

—Todo se verá, Carlota. Ahora no quiero que te sientas presionada.

—Oh, no lo hago —lo interrumpí.

—Solo quiero tenerte este fin de semana para mí.

—Como si no me tuvieras para ti siempre —sonreí y le pasé los

brazos alrededor del cuello, acercándome a él para darle un beso en los labios.

—Si empiezas así, no vamos a hacer otra cosa estos días que estar tirados en la cama. Desnudos, disfrutando...

Gemí cuando su labio lamió el mío, provocándome. Y es que me encantaba todo de él, absolutamente todo.

—Entonces quita —me separé de él-, porque yo quiero un fin de semana con algo más que sexo.

—¿Qué puede haber más divertido que el sexo?

—Hombre, la verdad es que nada —reí—, pero no sé, ya jugaremos a algún juego de mesa o algo.

—Carlota, madura, a lo único que se me ocurre jugar es a ponerte a ti encima de la mesa, desnuda, y jugar al póker sobre tu cuerpo.

Me reí a carcajadas, tenía un calentón de mil demonios últimamente. Lo ignoré y fui a la cocina, abrí el frigorífico y resoplé al ver que estaba casi vacío.

—¿Y con qué pensabas alimentarme? —pregunté levantando la cabeza y mirándolo. Su pícara sonrisa me hizo saber la respuesta que tenía en mente — Vale —puse los ojos en blanco—, no hace falta que me lo digas.

—Siempre podemos ir a comprar —dijo en su lugar.

—Fran, no pensaba pasar la tarde del viernes comprando. Así no se cuida a una novia —cerré el frigo y lo miré a la vez que me cruzaba de brazos.

—Una novia que compartirá esta casa —dijo él, cabezota—, será ella la que tiene que decir qué comprar para comer.

—Eso es machista —enarqué las cejas.

—Lo sé, pero yo te acompañaré como buen amo de mi hogar para cargar con las bolsas.

—Me parece que el golpe en la cabeza te afectó más de la cuenta.

—Me afectas tú —dijo acercándose así, con esa mirada que me ponía tan nerviosa-, y no sabes cuánto -terminó con voz ronca.

Oh, pero sí que lo sabía, el bulto en sus pantalones me lo decía. Sin decirle nada, lo esquivé y salí corriendo de la cocina, no iba a dejar que me liara, no hasta que ese frigorífico estuviera lleno. Pero no llegué muy lejos, Fran me atrapó y los dos caímos en el sofá. Él encima de mí. Se colocó entre mis piernas y me cogió la cara con sus manos.

—No puedes imaginar cuánto te quiero —dijo, muy serio de repente.

—Yo también a ti —lo miré, extrañada—. ¿Estás bien?

—Sí —sonrió—, solo tenía la necesidad de decirte eso.

—A mí me encanta que me lo digas —alcé la cabeza y lo besé, con todo el amor que sentía por él—. Pero por dios, vamos a hacer la compra o me dará algo.

—Carlota, siempre pensando en comida.

—Ya, claro. Tendré que tener energías —le guiñé el ojo y me removí hasta que se levantó.

Horas estuvimos en el supermercado, un poco más y nos echan a empujones. La cantidad de cosas que había comprado era exagerada. Pero no me iba a quejar, llevaba todo tipo de caprichos para mí.

Tras guardar la compra y cenar, caímos agotados en el sofá. Me apoyé en el hombro de Fran, quien pasó un brazo alrededor de mis hombros, apretándome contra él.

—Desde el momento en el que desperté del accidente, supe que mi vida, si seguía vivo, había cambiado por completo.

Sus palabras me asustaron, me incorporé para mirarlo.

—¿A qué viene eso?

—No podía pensar en nada, Carlota, solo en tenerte cerca de mí.

—Estoy aquí, Fran.

—Sí, ¿pero cuántas tonterías hemos hecho? ¿Cuánto tiempo hemos perdido por idioteces?

—¿Eso importa?

—Tal vez ya no, pero... Ahora mismo, perderte, acabaría conmigo.

—Eh... —cogí su cara con mis manos —¿Qué te pasa? Yo no voy a ir a ningún lado.

—No me pasa nada —negó con la cabeza—. Pero estoy tan feliz últimamente que me da miedo que...

—¿Que todo acabe?

—Sí, que esto sea como una burbuja y que a la mínima todo desaparezca.

—No se puede vivir con ese miedo, Fran.

—Lo sé, supongo que será una fase pasajera. Yo solo quiero que esto, nosotros, no acabe.

—Yo no voy a dejarte por nada del mundo —le juré, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Jamás dejaría que volvieras a separarte de mí —juró él.

Y nos besamos, dulcemente, con ese miedo que ambos teníamos a perdernos el uno al otro.

Por cosas como esas, entre otras, adoraba a Fran. Era dulce, era un locuelo, era, sobre todo, sincero. Y yo también había pasado mucho miedo pensando que podía morir, que no iba a verlo más.

El beso fue a más, acabó en tiernas caricias, en dos cuerpos desnudos, tumbados, entrelazados en el sofá.

Los gemidos de los dos, mientras perdíamos el control, era lo único que ese oía en la casa. Terminamos y nos quedamos abrazados el uno al otro, como si no quisiéramos romper la magia de ese momento. No hacían falta a veces las palabras, el silencio o las caricias decían muchas más cosas de las que podíamos expresar.

Me desperté de madrugada cuando noté que Fran no estaba en la cama conmigo. Entrañada, me puse la primera camiseta que encontré y salí a buscarlo.

Me quedé apoyada en el quicio de la puerta del salón, mirándolo mientras preparaba su guitarra. Estaba en calzoncillos, sentado en el suelo de la sala. Las notas empezaron a sonar pronto y su voz me puso la piel de gallina. Era un gran cantante, nadie podía decir lo contrario.

Esperé allí, de pie, en silencio, hasta que la canción terminó. Sin hacer ruido, me acerqué a él y le quité la guitarra de las manos. Me agaché y me senté a horcajadas sobre él.

—¿Te desperté?

—No —mentí, no iba a decirle que su simple ausencia me ponía nerviosa, a ese punto habíamos llegado—. Vale, sí— sonreí al ver su cara de incredulidad—. Me extrañó no verte en la cama.

—No podía dormir, pero lo siento, no quise molestarte.

—Escucharte cantar es todo menos algo que me moleste, Fran —puse las manos en su pecho y lo acaricié—. Aún recuerdo la primera vez que te oí.

—¿Sí? —curiosidad y vergüenza en su mirada.

—Sí —sonreí al recordarlo—. Éramos pequeños, estábamos en la escuela y tú estabas en una esquina de la clase mirando por la ventana, pensativo. Creo que ni siquiera fuiste consciente en ese momento de que no estabas solo. De repente, tu voz me hizo acercarme a ti, necesitaba oírte mejor. Nunca te había oía cantar, a los demás nos avergonzaba hacer algo asó en público y tú no lo habías hecho antes, así que...— suspiré—Creo que ahí fue cuando me enamoré de ti.

—¿Cuando éramos niños? —preguntó extrañado.

—Sí —me encogí de hombros y me ruboricé—, siempre te he querido, Fran, no recuerdo un tiempo en el que no fueras especial para mí.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? No habríamos perdido tanto tiempo.

—No lo sé. Pero tampoco importa. Ahora estamos juntos, ¿no?

—Sí, y para siempre, Carlota.

Lo dijo tan en serio que me lo creí y mi corazón dio un vuelco, deseaba que eso fuera cierto porque yo no quería separarme de él jamás.

Volvimos a hacer el amor de nuevo, allí mismo, en el suelo del salón. Cuando volvimos a la cama, me costó conciliar el sueño. A veces me daba miedo todo lo que sentía por él, saber, con tanta certeza, que Fran se había convertido en la persona más importante de mi vida. Y también tenía miedo a

que todo eso se terminara.

Pero, como le dije a él, no podíamos vivir así, teníamos que dar lo mejor de nosotros cada día y seguir, siempre, juntos.

Le di un beso en el pecho y me abracé con fuerza a él. Aunque dormido, me correspondió el abrazo y yo, feliz, cerré los ojos.

Así se nos pasó el fin de semana, en un suspiro. Al final Fran se había salido con la suya y casi no salimos de la cama. O, mejor dicho, no salimos de la casa, porque hacíamos en amor en cualquier lugar de la casa. Hasta la encimera estrenamos.

Cuando el domingo por la noche me acosté en mi cama, sola, sentí que el pecho me dolía. Lo echaba terriblemente de menos, era como si me faltara algo.

Y sí, me faltaba.

Me faltaban sus besos, sus caricias, su voz. Necesitaba ver esa sonrisa que ponía cuando estaba dormido. Estaba más que enamorada de él y el tiempo que pasábamos juntos cada vez era menos suficiente.

Me hacía plantearme si las cosas no iban demasiado rápido, pero quizás solo seguían el ritmo natural que podía existir entre nosotros.

Lo único cierto era que de Fran no me podía separar ni para dormir.

Capítulo 48

Pese a todos esos incidentes, la mudanza se llevó a cabo.

Cada día que pasa vamos por la casa, dejábamos muebles, utensilios, ropa y toda clase de objetos de decoración. Era cierto. Aquel chalet estaba siendo decorado según nuestras preferencias.

Notaba que Fran estaba tranquilo. Sentía que él hacía cada una de aquellas tareas con verdadera ilusión, sin poder evitar miradas de complicidad hacia mí. Yo, ante aquellas miradas de complicidad, le respondía con una sonrisa.

A veces, sin que se diera cuenta, yo me acercaba por detrás como él solía hacer cuando entraba a la peluquería. Le susurraba algo excitante al oído y él, sin poder evitarlo, me besaba cariñosamente.

Recuerdo aquellos días con gran emoción, porque estábamos juntos, simplemente, por eso. Estábamos juntos, entregados el uno al otro, con la mirada puesta en un horizonte fijo. Ese horizonte no era otro que nuestro amor.

No era fácil llegar a ese punto. Por lo menos para mí, que había dudado de Fran tantas veces y durante bastante tiempo. Los momentos malos, las dificultades y también los momentos felices habían hecho que nuestra relación madurara.

Ahora nos queríamos, nos queríamos de verdad, y estábamos deseosos

de emprender juntos este nuevo viaje.

Nos gustaba estar en aquella casa, porque aquella casa se estaba convirtiendo en nuestro nido de amor.

No sé por qué, pero el hecho de entrar en aquel lugar y ver cómo Fran trabajaba con sus manos y sus brazos me excitaba, me excitaba cada vez más. Era raro el día que no hacíamos el amor en cualquier rincón de aquel chalé. Era como si necesitáramos demostrarnos constantemente, a través del sexo, que lo nuestro iba en serio.

Mis padres y los padres de Fran estaban muy ilusionados. No puedo olvidar que mi madre se empeñó en darme toda clase de cosas para que me llevara a aquella casa. Yo le había dicho claramente que todavía no iba a vivir junto a Fran, pero ella no hacía caso. Solía comprarme toallas, mantas, sábanas y toda clase de ropa para la cama.

Yo estaba alucinada por aquel comportamiento tan exagerado de mi madre. He de reconocer que se la veía muy feliz. Y no era solo por mí, sino porque, en el fondo, se estaba cumpliendo aquel sueño que tanto ella como mi padre tenían en mente desde hacía muchos años. Fran era el futuro de su hija, Fran era la persona que mejor podía amar y respetar a su niña.

La araña gigantesca ya no volvió al cuarto de baño durante un tiempo, pero algún que otro bicho apareció por la casa. Menos mal que Fran ya se había acostumbrado a mis gritos y sabía cómo actuar. Era lo malo de vivir en una urbanización poco poblada y con un jardín tan grande. Pero eso era lo de menos. Poco a poco, me daba cuenta de que aquella casa se iba llenando de muebles y de toda clase de objetos. Se estaba convirtiendo no sólo en el hogar

de Fran, sino también en mi hogar.

Cuando le enseñamos la casa a nuestros amigos, se quedaron boquiabiertos. Luis ayudó a Fran en la elección y los dos guardaron la sorpresa durante bastante tiempo. La complicidad entre ellos era más que evidente.

De hecho, Kate no sabía nada de la compra de aquel chalet y, al igual que yo, según le iba enseñando los cuartos y los dormitorios, se ponía a dar saltos de alegría. Me abrazaba, me besaba y mostraba un entusiasmo que muy pocas veces he visto en ella, salvo aquella vez, que decidió salir con Luis y acabaron por irse a vivir juntos. ¿Iba a hacer yo lo mismo ahora? Lo que es cierto es que ella se alegraba mucho por mí. Sabía lo que había sufrido durante tanto tiempo pensando en que Fran era un hombre inalcanzable.

En la peluquería, las muchachas echaban una mano. Había días que no podía estar todo mi turno atendiendo a las clientas, así que eran ellas las que se encargaban de dirigir y organizar el trabajo. Podía confiar en ellas plenamente. Ya lo había hecho con anterioridad, cuando decidí emprender aquel viaje con mis amigos.

Aquel viaje cambió mi vida y ahora, en aquel chalet junto a Fran, aún no era consciente de que ya no tenía que echar de menos su compañía. Estaba junto a mí. Ya no era el amigo que yo había apreciado, era mi hombre, mi compañero, mi amante.

Y menudo amante.

Ya habíamos abusado durante mucho tiempo de la hospitalidad de Luis y de Kate. Recordaba que habíamos pasado fines y fines de semana en su casa privándoles de su intimidad. A ellos no les importaba y se veían felices

teniéndonos a todos muy cerca. Ahora nos tocaba a Fran y a mí invitarlos un fin de semana en esta casa que los dos habíamos decorado y montado a nuestro gusto. Nuestros amigos vendrían ese fin de semana a disfrutar de aquel chalet que Fran había comprado con los ahorros de muchos años.

Llegó viernes por la noche.

Yo estaba nerviosa. Íbamos a pasar 48 horas al lado de nuestros amigos. Solo rezaba a Dios para que no nos sucediera nada parecido a lo que nos pasó en aquel bungalow cuando decidimos hacer una parada en Brasil durante unos días. Tan mala suerte no íbamos a tener ahora. Aunque, claro está, Jaime iba a venir y, con Jaime, siempre venían toda clase de sorpresas, generalmente desagradables.

Pero era nuestro amigo y también era un buen confidente, así que no podía faltar a esta invitación.

Yo me había puesto un vestido rojo y Fran, aunque vestía con camisa y pantalón, se le veía elegante. A él le gustaba mucho ese vestido y a mí me encantaba que le gustara. De repente, escuchamos el claxon de un coche. Allí estaban nuestros tres amigos. Inseparables. Salimos a recibirlos al jardín. Estaban contentos y Jaime, que se había quedado detrás, estaba hablando por teléfono. Algo le pasaba.

Debo confesar que, cuando me puse el vestido rojo, Fran no dejaba de mirarme. Aún faltaba media hora para que llegaran los invitados, así que, ni corta ni perezosa, decidí darle placer. Según me había puesto el vestido rojo, me lo volví a quitar. Bueno, mejor dicho, dejé que él lo hiciera. Y, mientras lo hacía, mientras me desvestí a lentamente, me susurraba al oído una de esas

canciones que él había compuesto recientemente. Me encantaba que lo hiciera y, aunque fue solo media hora, debo confesar que, como siempre, el polvo estuvo muy bien.

Nos vino genial, porque así estaríamos los dos más relajados a la hora de recibir a nuestros amigos.

No pude aguantarme y le pregunté a Jaime directamente.

—¿Sucede algo, Jaime?

—No, qué va. Hablaba con un amigo del trabajo —contestó él con cara de haber mentido.

Kate no se calló.

—Yo creo que es otro de sus ligues.

—No te metas en mi vida sentimental —comentó él bromeando.

—¿Vida sentimental? Yo diría vida sexual —añadí yo con intención de meterme con él.

—¿Qué pasa si es solo vida sexual? ¿Tú no tienes vida sexual, Carlota? A ver si voy a tener que darle lecciones a Fran —me devolvió el gancho.

—No, no te preocupes. Nuestra vida sexual está genial. Más bien es Fran el que te tiene que enseñar a ti cómo tratar a una mujer —repuse

yo sonriendo.

—Está bien, Carlota. Me callaré, me callaré. Estás muy crecidita.

—En efecto, hace mucho tiempo que olvidé de comprar pilas para mi consolador — dije yo con sorna, guiñándole el ojo a Fran.

—Jaime, esas cosas se notan —intervino Luis.

—¿En qué se notan? Venga, dímelo —preguntó Jaime serio.

—Hijo, en el cutis y en que Carlota no se ha subido la cremallera del vestido —respondió Luis, conteniendo la risa.

Se me había pasado por completo. Luis tenía razón. A Fran y a mí se nos había olvidado subir la cremallera de mi vestido rojo, así que iba enseñando prácticamente toda la espalda. Enseguida me metí al interior de la casa y me arreglé. Miré también al pantalón de Fran no fuera a ser que algo raro sucediera en la cremallera de su bragueta. Pero respiré aliviada. Todo estaba en su sitio.

Nuestros amigos se pusieron a reír a carcajadas. Yo me sonrojé, pero Fran no lo hizo. Se unió a la risa de aquel grupo. Ahora me daba cuenta de que todos formábamos una familia entrañable.

En la cena, sacamos toda clase de aperitivos. Kate y Luis trajeron una botella de vino. Estaba delicioso. Un Ribera del Duero que estaba exquisito. Como siempre, Jaime no trajo nada. Estuvimos bromeando acerca de las anécdotas que nos habían sucedido a lo largo del viaje. Jaime se empeñó en querer repetir otra vez aquellas aventuras. Pero yo, en ese instante, le recordé el incidente con la medusa y con aquel travesti que le había robado. Jaime se calló, pero antes me llamó “aguafiestas”. Y seguramente no le faltaba razón.

Después de cenar un estupendo guiso con pavo, que mi madre me había enseñado a preparar hacía ya muchos años, seguimos bebiendo. La temperatura era agradable y, entre risas, comprobé que Kate y Luis estaban geniales. Los veía más unidos que nunca. Los chistes de Jaime no cesaban.

Fran, al que el vino y los licores ya empezaban a hacerle efecto, me miraba de nuevo con intención de atacarme. No iba a permitírselo en aquel momento, entre otras cosas, porque estaban todos nuestros amigos delante.

Según pasaban las horas, los tonos de las risas se fueron apagando y, finalmente, nos fuimos todos a dormir. La casa era espaciosa, así que había habitaciones para todos. Como esperaba, Fran no se estuvo quieto. Me ayudó a quitarme aquel vestido rojo que tanto le gustaba y, a continuación, volvió a hacerme el amor. Despacio, muy despacio, tan lento que el placer se hacía eterno.

A mí me gustaba que también lo hiciéramos así. En aquellos momentos, sentí que el miedo no existía. Sus labios besando los míos me conducían al cielo, por no hablar de lo que me hizo cuando me senté sobre sus piernas para precisamente eso, besarlo despacio, muy despacio, sintiendo que nuestro

aliento era el único aire que merecía la pena respirar.

Sobre las cinco, caímos rendidos en nuestra cama.

Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, escuché un grito un grito horroroso que me hizo ponerme en lo peor. No era un grito de mujer. No se trataba de Kate, sino del de siempre, de Jaime. Fran se despertó y los dos fuimos a comprobar qué demonios estaba pasando.

Jaime había descubierto a nuestro animal favorito, aquella enorme araña. Aquel insecto mutante lo había sorprendido mientras orinaba en el váter.

No se había dado cuenta de que el animal estaba en la bañera y le dio un susto de muerte. Por esa razón, empezó a gritar como un loco. Cuando llegamos, Fran ya sabía lo que tenía que hacer. De nuevo echó espuma de afeitar sobre el animal y, con cuidado, lo recogió con una toalla para devolverlo al jardín. Kate y Luis no paraban de reír, pero Jaime todavía no se había recuperado del susto. Tuve que hacerle una tila para que se calmara. En la cocina, estábamos todos despiertos. Comenzaba a amanecer. Jaime todavía estaba temblando.

—Pero, ¿esta es la casa de los horrores? —preguntó él mientras sostenía la taza

con la tila entre sus manos.

—Se parece mucho a la que ponían en la feria. ¿Te acuerdas cuando íbamos siendo unos críos? Jaime, reconócelo. Siempre has sido el más cagón de todos —dijo Luis sin parar de reír.

—Me ha dado un susto que casi me da un ataque al corazón. Jamás

había visto una araña de ese tamaño. Y va Fran y la devuelve al jardín en vez de matarla. Maldito bicho. ¡Qué asco me dan! —dijo Jaime haciendo guiños.

—Eres un exagerado. Es nuestra mascota. Carlota ha decidido adoptarla —intervino Fran con intención de seguir bromeando.

—Sois todos muy gracioso. Me parto de la risa —comentó con tono serio.

—Macho, no sé qué tienes. Te persiguen los bichos. Aquella medusa también te dejó bien servido —apostilló Kate.

—No hablemos de bichos, que a ti aquella abeja te dejó la cara hecha un cromo —añadió Jaime frunciendo los labios y muy enfadado.

—Venga, que no ha pasado nada. Volvamos a la cama —dije yo con un tono animado.

—Pero... si está amaneciendo —dijo Fran mirando por la ventana.

—Yo necesito dormir unas horas más. Estoy molida. Mi cabeza parece un tambor de hojalata a la que no dejan de darle golpes una y otra vez —apuntó Kate bostezando.

Todos se fueron a dormir, incluido Jaime. Fran y yo nos quedamos delante de la ventana. El amanecer era precioso. Me cogió de la cintura y juntos miramos cómo los rayos del sol comenzaban a incendiar aquel cielo azul. Iba a hacer un día maravilloso. Me gustaba estar a su lado. Lo que habría deseado que tanto él como yo hubiésemos visto amanecer en Venecia, juntos, desde aquella ventana de mi habitación. Pero qué tontos fuimos. Nos dedicamos a perder el tiempo y a buscarnos liges para hacernos daño.

Qué inmaduros y qué equivocados estábamos.

Fran me preparó un café y yo lo agradecí. Salimos al jardín y de nuevo cogidos por la cintura, nos quedamos mirando al horizonte. Necesitábamos aquel silencio. Necesitábamos saber que éramos un solo cuerpo, una sola persona, un solo corazón. Cuando todos se levantaron ya al mediodía, Fran y yo teníamos casi lista la barbacoa. Estaban impresionados.

No se esperaban la bandeja de hamburguesas, filetes y salchichas que habíamos asado. Apenas habíamos dormido. Era cierto. Pero era tanta la ilusión que nos hacía estar allí, intentando agradar en todo lo posible a nuestros amigos, que el cansancio no importaba. Pasaron las horas. Comimos, bebimos y luego dormimos la siesta. Fran me abrazó en la cama y, con los ojos cerrados, me di cuenta de que estaba soñando dentro de un sueño.

Cuando desperté, Fran ya no estaba allí. Escuché ruidos y voces al otro lado de la casa. Me asomé por la ventana del dormitorio y ahí estaban todos, en el jardín, bebiendo cerveza. Había anochecido. Sin darme cuenta, había estado durmiendo toda la tarde.

Aparecí con camiseta y pantalones. No era la ropa más elegante que tenía, pero necesitaba estar cómoda. Cuando me vieron aparecer, mis amigos

parecían ocultar algo. Se hizo un silencio y aquí yo me mosqueé.

Fran, que estaba sentado en una hamaca, se levantó al mismo tiempo que hacían ellos. Se acercó y, sacando una pequeña caja del bolsillo de su camisa, me pidió que la abriera.

Era un anillo precioso. Era una alianza de oro blanco. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Kate se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

No me lo podía creer. Estaba alucinando. El chico que había formado parte de mi infancia y de mi juventud, y del que siempre había estado enamorada, me estaba pidiendo que me casara con él.

La emoción me impedía hablar, pero, cuando pasaron unos segundos, no lo dudé. Dije que sí y entonces todos me abrazaron. Pude ver también la emoción de Fran en sus ojos y que no dejaba de sonreír.

Cuando estuvimos todos más calmados, Fran me propuso que nos casáramos el próximo verano. Yo acepté. Me pareció genial que esperásemos un poco. Con la alianza en mi dedo, sentía que ahora era verdaderamente una princesa en un cuento de hadas.

Notaba en la mirada de Kate un sentimiento de admiración y de alegría hacia mí. Luis y Jaime seguían bromeando, seguían recordando los viejos tiempos. Fran no dejaba de mirarme. Se notaba que estaba orgulloso de lo que había hecho.

Con valentía y seguro de sí mismo, había decidido que el futuro de su vida era yo. La persona que dudaba, la persona que no tenía claro si yo era un amante o una amiga, tenía claro por fin que yo era la mujer que necesitaba.

Cuando mis amigos se marcharon el domingo por la tarde, yo me quedé

junto a Fran. Era nuestra casa y ahora había decidido vivir junto a él. Esa convivencia era la mejor manera de expresar nuestro amor y así lo hicimos.

Antes de acostarnos, estuvimos en la cocina charlando un rato. Fran tenía muchos planes para reformar y ampliar algunos espacios.

Yo no lo escuchaba.

Yo solo miraba su alegría, su emoción y aquella energía que me transmitía con cada gesto. Le dije que me esperase un instante.

Fui al dormitorio y, sin pensármelo dos veces, me puse el vestido rojo que tanto le gustaba. Volví a la cocina y, cuando me vio, de nuevo con aquel vestido, solo dijo una cosa. “Te quiero, Carlota. Te quiero”.

Y antes de hacer el amor otra vez, estuvimos bailando, bailando en silencio, mientras él me susurraba letras y canciones que me había dedicado a lo largo de las últimas semanas.

Capítulo 49

La boda estaba cerca. Y yo estaba asustada. Qué digo asustada, estaba acojonada. Los meses de preparativos del enlace pasaron rápidamente, pero no tan rápido como quisiera. A veces me gustaría poder borrar de mi mente muchas de las cosas que habíamos pasado. Pero otras, no podía evitar descojonarme cada vez que las recordaba. Así es la vida, contradicciones.

Y, como quería seguir riéndome de por vida, me dio por escribirlas todas en una especie de diario. Las nombraba, ponía la fecha y comentaba cada catástrofe que nos había ocurrido. Porque era para tenerlas anotadas o más. Nadie creería todo lo que nos había pasado, ni el mejor guionista podría haberlo organizado.

Y ahí estaba yo en ese momento, libreta en mano, leyendo los anteriores desastres antes de escribir el último.

El vestido gafado: Llegamos (mi madre, mi suegra, Kate y yo) a la tienda de trajes de novia. Todo normal, todos los vestidos me encantaban, pero eso no significaba que fuera el vestido adecuado. Así que, tras probarme 23, y no exagero, 23 vestidos me puse, acabé amargada de la vida, me fui sin vestido. Y todo porque mis queridas acompañantes les veían fallos a todos. O el escote demasiado pronunciado (esa era la exagerada de mi madre, que según ella se me veía un pezón cuando era mentira), o demasiado clásico (mi suegra era más moderna), o todos me quedaban bien (menos mal que Kate me adoraba, pero eso no ayudaba, así no había quien se decidiera).

Así que salí de allí, enfadada y sin vestido.

¿Y qué hice? Volví al día siguiente sola. Compré mi vestido, el primero que me había probado el día anterior y me lo llevé a casa. Con tal mala suerte que Fran llegó sin avisar y me vio cuando me lo estaba probando. Solo fueron unos segundos, pero joder, me gafó el momento de verme por primera vez en el altar.

Eso sin contar que, después del enfado que volví a coger, rompí el vestido con toda mi mala leche. Así, por las buenas, y me quedé sin nada.

Vuelta a empezar... Y con el séquito de mosqueteras detrás.

Un mes, un mes tardé en dar con el que quería. Y quien dice un mes, dice un mes, con sus 31 días, yendo a diario. Me salieron hasta ampollas en los pies de las vueltas que dimos por la ciudad, no hubo tienda que no recorriera. En fin... Tenía vestido y era lo que contaba.

La tarta despenada: Momento especial donde los haya, ir a comprar la tarta de bodas. Y no se nos ocurre otra que ir con nuestros amigos. Amigos que se pusieron a hacer el idiota, como siempre, en plena exposición de la tienda. Con tan mala suerte que, en una pelea de collejas, Jaime resbaló, se agarró a Luis, quien no tuvo otra que agarrarse a la mesa que aguantaba la tarta estrella.

¿Resultado?

Los dos en el suelo y la tarta, real, preparada para entregar en otra boda, encima de ellos.

Casi me da algo, ni os cuento ya cuando tuvimos que pagar el importe del estropicio.

Eso sí, después de emborracharnos, no podíamos dejar de reír al mirar las fotos que Kate les había tomado a los dos, llenos de nata.

Y, como eso, muchas cosas más.

Cogí el bolígrafo, preparada para escribir la última, cuando Fran llegó.

Lo miré, entrando con ese porte que tenía, la sonrisa en su cara al verme y ese brillo que tenía en los ojos, que yo quería creer que era por mí.

—Hola, vida, ¿cómo estás? -le pregunté después de corresponderle al dulce y largo beso que me dio.

—Bien, cansado pero feliz de verte —se sentó a mi lado, venía de trabajar y estaría agotado—. ¿Qué tal el día?

—No me lo recuerdes —gemí.

Miró la libreta que tenía en la mano, él sabía lo que era, y volvió a mirarme a los ojos.

—No me digas que otra —rio.

—¿Otra? No he pasado más vergüenza en mi vida.

—Lo dudo, ¿quieres que te recuerde...?

—No —negué con la cabeza—, esto lo supera todo.

—¿Qué fue esta vez? —preguntó curioso.

—Mi madre —torcí el gesto—, y su tanga.

Empezó a reír a carcajadas, esperé y esperé, pero no paraba, le di un manotazo en el hombro, me miró e intentó contenerse.

—¿Tu madre usa tanga?

—Eso parece. Bueno, no parece, lo es.

—Ah...

—No le entraba el vestido -suspíré-, normal, se ha puesto como una vaca. Pero nada, ella no quería que le sacaran algo de tela para dejárselo bien. No, ella cabezota, como siempre. Y se lo consiguieron cerrar. Pero no tiene

otra que sentarse y, ¿qué pasó? ¡Lo normal! Le ha estallado el vestido y ahora sí que no tiene arreglo.

Y Fran seguía muriéndose de la risa y yo no pude más que acompañarlo.

—Bueno, tampoco te gustaba mucho.

—Fran, las cosas no son así. Sobre todo, cuando te diga que me tocó pagar vestido doble.

—¿Has pagado el vestido de tu madre?

—Sí, los dos.

—A ver, Carlota, que son los padres los que pagan las cosas cuando se casan sus hijos.

—Ya, pero no lo pude evitar. Ya sabes cómo soy...

—Sí, todo un amor —me cogió por las caderas y me hizo sentarme a horcajadas sobre él—. Y yo estoy deseando un poco de ese amor ahora.

Su boca fue directamente a devorar la mía, sin paños calientes. Quería sexo, eso estaba claro. Y lo quería en ese momento.

Así era todo con Fran, el sexo era como respirar y me encantaba eso de él.

Yo tampoco podía mantener las manos alejadas de su cuerpo. Era más que adictivo.

Después de una buena sesión de sexo, preparamos la cena y decidimos pasar la noche viendo alguna película en la cama.

Ya hacía tiempo que vivía con él y cada día era mejor que los anteriores. Eso era lo bueno de haber sido siempre amigos, el respeto y la confianza ya estaban de antes, teníamos mucho ganado.

—Qué poco queda para el gran día -suspiré de repente, pensando en nuestra boda.

—Estoy deseando que llegue.

—Yo estoy acojonada -reconocí por primera vez.

—¿Por qué? -preguntó haciendo que levantara la cabeza de su pecho y lo mirara.

—Joder, Fran, a saber, qué pasará ese día. Te juro que tenemos el gafe, una maldición, no sé, pero me da miedo.

—No seas tonta —rio.

—Sí, claro, tú que eres un pasota. Pero es nuestro gran día, yo quiero que todo salga perfecto.

—Tú lo has dicho, es nuestro gran día, ya es perfecto por eso.

Lo miré, entendiendo sus palabras. Y sonreí.

—¿Por qué eres así? -pregunté.

—¿Así cómo?

—Tan dulce, tan comprensivo, tan especial. Tan tú.

—¿Así me ves?

—Te veo como lo mejor.

—Yo no soy lo mejor, Carlota. Y te aseguro que sé bien que podrías encontrar a alguien mucho mejor que yo.

—No digas esas cosas —dije enfadada.

—Es lo que siento. Hay millones de tíos ahí fuera mucho mejores que

yo.

—También las hay muchos mejores que yo.

—Eso no es cuestionable —dijo rápidamente—. Lo que quiero decir es que, por mucho que sepa que no te merezco, nadie, jamás, te va a adorar como lo hago yo.

—No me gusta que pienses así, no me gusta que te infravalores.

—No lo hago, solo que ese pensamiento me da fuerzas cada día para levantarme y hacerte un poco más feliz.

—Tú eres el único que puedes hacerme feliz, métete eso de una vez en la cabeza, futuro esposo.

—Joder, ¡cómo me ha puesto eso! —rio—. Y la risa murió en sus labios cuando le di un beso en la barbilla. —Me miró y suspiró—. Realmente soy un tío con suerte por tenerte.

—No, aquí, la que tiene suerte, soy yo.

Hicimos el amor lentamente, con ternura. Fran era, sencillamente, perfecto.

Como perfecto sería el día de nuestra boda. Porque, aunque no todo

saliera según lo planeado, sería nuestro día especial. De Fran y mío. Siempre.

Capítulo 50

Me sentía preciosa con mi traje de novia, mi madre no paraba de lagrimear mirándome, era el día más importante de mi vida, mi padre nos observaba con una preciosa sonrisa en los labios, estaba nervioso, me llevaría de su brazo a entregarme al hombre que se convertiría en mi marido, mi Fran, mi esposo a partir de ahora...

Me monté en el coche, en el sillón de atrás, mi padre iba de copiloto, un chofer nos llevaba hasta la puerta del Ayuntamiento, lugar donde al final se officiaría el enlace.

Mientras iba en el coche, me pasó toda mi vida por delante, mi niñez al lado de mis amigos, ese amor que llevé en secreto hasta hace un año, el viaje, el accidente, todo...

Ahora estaba ahí, iba de camino para encontrarme con mi amor, el amor de mi vida sin dudas, ese hombre por el que aprendí a amar en silencio, sin que no lo supiera, hasta ese viaje que pondría patas arriba la vida de todos.

Ahí estaba él, esperando junto a su madre, sus ojos eran vidriosos, su sonrisa era un poema al verme, me acerqué del brazo de mi padre y nos fundimos en un precioso abrazo.

Entramos hasta el salón donde sería nuestra ceremonia civil, Jaime y Kate eran los testigos, nadie mejor que ellos, mi amiga estaba guapísima, brillaba con luz propia, Jaime y Luis también estaban relucientes para la ocasión.

—No lo hagáis, recuerda que tienes dos hijos perdidos por ahí — bromeó Jaime delante de todos, por supuesto estaban al tanto de esa fatídica

broma, así que todos los invitados rompieron a reír.

—Calla o te mando a la UCI directamente —respondió Fran.

En ese momento comenzó la ceremonia, muy corta, finalmente nos entregamos las alianzas y nos fundimos en un efusivo beso convertidos en marido y mujer.

En ese momento comenzó a cantar Fran para sorpresa de todos.

*Somos novios
Pues los dos sentimos mutuo amor profundo
Y con eso ya ganamos lo más grande
De este mundo
Nos amamos, nos besamos
Como novios
Nos deseamos y hasta a veces sin motivo y
Sin razón, nos enojamos
Somos novios
Mantenemos un cariño limpio y puro
Como todos
Procuramos el momento más oscuro
Para hablarnos
Para darnos el más dulce de los besos
Recordar de qué color son los cerezos
Sin hacer más comentarios, somos novios...*

Yo lloraba como una enana, no podía con ese momento, el más feliz de

mi vida sin dudas, salí de la mano junto a él mientras seguía cantando y, al llegar a la puerta, nos tiraron miles de pétalos de rosas, hasta mis empleadas no dejaban de llorar, estaba todo el mundo emocionado con el momentazo que nos había dado Fran.

Nos fuimos al restaurante donde se celebraría, en una cala frente al mar, además de ser un precioso día de Junio, de esos que brilla todo el cielo, los colores eran un cuadro, el sol era espectacular, el entorno... parecía que todo el firmamento había conspirado para que fuese el día perfecto, para que nada ni nadie nos interrumpiera nuestro momento.

Nos sentamos en nuestra mesa, con mis padres a un lado y los suyos al otro, frente a todos nuestros invitados que no paraban de gritar: ¡Viva los novios!

La cara de felicidad se reflejaba en todos ellos, nuestros amigos de toda la vida, nuestra familia, quienes estaban encantados con el enlace, mis empleadas, familiares, todos estaban felices, en ese momento la voz de Jaime calló a todo el mundo.

—Fran... ¡Mira tú Facebook! —gritó Jaime ante el asombro de todos los invitados.

—¡Sí, hombre! No tengo otra cosa que hacer el día de mi boda que mirar las redes.

—¡Que lo mires, joder! —dijo insistentemente desde su mesa, era el centro de atención en esos momentos.

Vi cómo Kate miraba el móvil y nos miró blanca.

—Míralo, Fran —dije Kate.

Fran sacó su móvil del bolso de la madre y abrió Facebook, lo primero que nos llamó la atención fue que tenía 800 notificaciones, nos miramos sin entender nada, la noche anterior Fran subió un video cantando la canción de Despacito y en esos momentos tenía 6.000.000 de visualizaciones y 150.000 seguidores, en menos de 24 horas, no nos lo podíamos creer, el vídeo había sido viral, vi cómo comenzaba a llorar, todos los invitados ya habían corrido también a mirarlo y empezaron a aplaudir.

—Fran... ¡Has conseguido tu sueño!

—Esto no puede ser, Carlota —dijo derramando un mar de lágrimas.

—Me acabo de casar con un famoso... —dije mientras le daba un fuerte beso en la mejilla.

—No me lo creo, estoy en shock, Carlota, mira, todo el mundo diciendo que soy lo más grande. ¡Esto es muy fuerte!

—Solo espero que estoy no sea nuestro divorcio —bromeé, aunque en el fondo me daba miedo la repercusión que había tenido.

—Renunciaría a todo por ti —dijo mientras me besaba y todo el asistente se ponían de pie a aplaudir.

De repente Jaime dijo en broma en su video que era su manager, volvió a chillar.

—Tengo un privado de una gran discográfica que quiere entablar negociaciones...

—Diles que... ¡acepto!

—De eso nada, ¡te voy a vender al mejor postor! —soltó

chulescamente.

Estaba de los nervios, guardó el móvil, aquello se había ido de las manos y era un no parar, pero él quería disfrutar de nuestro momento, era evidente que eso también lo era, pero prefirió dejarlo para otro momento.

El banquete fue emocionante, bonito y divertido, Jaime se encargó de liarla en todo momento y los invitados estaban muertos de risa con él, le buscaban la lengua para que no parase.

En ese momento se levantó Kate, estaba achispada, estábamos con la tarta, nos dejó a todos boquiabiertos, pidió silencio y comenzó a decir unas palabras.

—Quiero decir algo, en mi nombre, en el de Luis y en el del petardo de Jaime...

—Perdón.... ¡Representante!

—Sí, ya... —respondió Kate ante la risa de todos— Pues como os decía, ustedes dos entraron en nuestra vida a la vez, todos comenzamos una bonita amistad en el mismo momento.

—No lo vayas a hacer llorar —volvió a irrumpir Jaime.

—Como no te calles, a ti sí que voy a hacerte llorar del sillazo que te voy a dar— respondió Kate ante nuestras risas.

—Vale, ya me callo —dijo descojonado.

—Ya se me ha olvidado lo que iba a decir...

—Sí, claro y es mi culpa —volvió a responder Jaime.

—Luego me vengo —dijo Kate en tono amenazante—. Qué os queremos, que os deseamos la mayor felicidad, que siempre fuimos cómplices del amor que Carlota sentía por ti y con el deseo que tú la mirabas.

—¿A mí? —pregunté incrédula.

—Sí, a ti —respondió Kate— A ti que nunca confiaste en ti misma, a ti que se te ocurrió perderte en otros brazos pensando que lo olvidarías, ¡ingenua de ti!

—Debe ser eso... —puse ojos en blanco ante la sonrisa de Fran.

—Pues eso, que esperamos ver una preciosa familia en ustedes, esa que hoy habéis empezado a formar y que espero que sea para siempre. Os queremos.

Los invitados aplaudían, Fran y yo nos levantamos para ir a abrazarla, luego lo haríamos con Luis y Jaime.

En ese momento aparecieron todos los camareros y se pusieron con unas velas tipo bengalas detrás de cada mesa y, los dos solos. en medio de la pista. Comenzó a sonar una preciosa y divertida canción de la película “La boda de mi mejor amigo”. todos los invitados comenzaron a cantarla.

*The moment I wake up
Before I put on my make up
I say a little prayer for you
While combing my hair now
And wondering what dress to wear now
I say a little prayer for you
Forever and ever
You'll stay in my heart and I will love you
Forever and ever
We never will part
Oh how I'll love you
Together, together
That's how it will be*

*To live without you
Would only mean heartbreak for me
I run for the bus dear
While riding it I think of us dear
I say a little prayer for you
At work I just take time
And all through my coffee break time
I say a little prayer for you
Forever and ever
You'll stay in my heart and I will love you
Forever and ever
We never will part
Oh how I'll love you...*

Fran y yo la cantábamos en medio de la pista a la vez que nos movíamos en un sincronizado ritmo, veíamos el rostro de todos felices y eso nos motivaba aún más sí cabía.

Ese fue nuestro baile nupcial, ese que lo hacía diferente y que nunca lo olvidaríamos.

Luego entramos en la parte de las copas, sobre las seis de la tarde, así que nos pusimos a charlar con unos y con otros, siempre juntos, con los que más tiempo pasábamos eran con nuestros amigos y las chicas de la peluquería que se habían unido a nuestro grupo.

Fran no paraba de mirarme con ojos de felicidad.

Por la noche pasaron todo tipo de bandejas con comida, luego seguimos de copas, la boda duró hasta altas horas de la madrugada, donde se marcharon todos y nosotros nos quedamos en una de las suites en plan

bungalós que tenía ese restaurante frente al mar.

El amor había triunfado, ya éramos marido y mujer...

Epílogo

—Respira, coge aire, suéltalo...

—Cómo te vuelva a escuchar decir eso de nuevo, Fran, te juro por dios que te rebano la garganta y no vuelves a cantar en toda tu vida.

Lo dije así, con voz de la niña del exorcista también. Estaba con contracciones, todo me dolía horrores. Para colmo, traería mellizas y aún no me habían puesto la epidural.

—Grrr.... —gruñí— ¡Mierdaaaaaa!

—Esa boquita —me riñó Kate.

—¿Y tú qué demonios haces aquí? —pregunté cuando la vi entrar en la sala de dilatación en la que estaba con mi marido.

—Una enfermera se dejó la puerta abierta y me colé. Estamos todos preocupados ahí fuera y quería saber cómo estabas.

—Que como estoy... —en ese momento volví a tener otra contracción y mis ojos se pusieron blancos— ¡Me cago en mi p***! —dije soltando todo el aire que había retenido hasta que el dolor pasara.

—Vale, ya sé cómo estás —dijo mi amiga con la cara descompuesta—. Pero tranquila, les diré a todos que estás bien —y, con las mismas, salió como si la persiguiera una banda de asesinos, corriendo como loca, solo le faltaba chillar.

Volví a respirar tranquila hasta que mi barriga parecía otra vez demasiado dura, como una piedra. Ahí otra contracción. Chillé, despotriqué contra diestro y siniestro, me acordé de toda mi familia, de la de Fran y me entraron unas ganas locas de volver a asesinarlo, porque en mi mente ya lo había hecho varias veces.

Pero el dolor volvió a pasar, menos mal.

—Respira... —volvió a repetir.

—Creo que eres tú el que tiene que respirar, Fran.

—¿Eh? No, yo estoy bien.

—No, no estás bien. Estás blanco, parece que te va a dar algo.

—No —negó.

—Vale, lo que digas —no estaba para discutir—, pero deja de apretarme la mano así, a ti no te duele nada.

Me soltó rápidamente, avergonzado. En ese momento llegaron para llevarme a otra sala donde, minutos después me pusieron la epidural. Desde entonces, todo fue mucho mejor. El dolor no tenía comparación.

Pero el parto no fue sencillo al ser dos niñas las que tenía que alumbrar. Después de varias horas, por fin, pudimos verles las caras.

En ese momento recordé cómo casi me desmayé en el momento en el que el ginecólogo me dijo que estaba embarazada de dos. Fran se quedó callado, sin decir nada, ni pestañeaba. Yo perdí todo el color. Fue difícil de asimilar.

Pero nada comparado como cuando él supo que los dos bebés eran dos niñas. Tres mujeres... era lo único que repetía.

Y cuando la familia y amigos se enteraron... Ni qué decir tiene la cantidad de bromas que tuvimos que soportar. Pero la sorpresa de todos dio paso a la alegría rápido. Dos bebés para estrenarnos, todo un reto para abuelos, para mis amigos (auto denominados tíos por ellos mismos) y, sobre todo, para nosotros.

Pero en el momento en el que tuve a las dos encima de mí, a Fran a mi lado, mirándonos como si fuéramos lo único que le importaba en la vida. En ese momento, entendía que la familia lo es todo. No cambiaría nada de mi pasado, nada que pudiera alterar el presente que tenía.

Hacía un año ya que nos habíamos casado y ahora daba a luz a dos niñas perfectas, hermosas, igual a su padre. ¿Cómo podía ser más feliz?

Estaba tumbada en la cama esa primera noche en el hospital después de dar a luz cuando Fran se acercó a mí. Se sentó en la cama, a mi lado, y cogió mis manos.

—Gracias —fue lo único que dijo.

—¿Por qué?

—Por ellas, por ti, por hacerme feliz.

—No tienes que darme las gracias por eso.

—Gracias, Carlota —repitió—, por existir.

Dos lágrimas salieron de mis ojos. Así era Fran, el amor en estado puro.

—Yo soy la única afortunada aquí, Fran. Y no sé cómo agradecerte lo feliz que me haces.

—Es poco para lo que te mereces. Pero puedes hacer algo por mí.

—¿El qué? -pregunté curiosa.

—Nunca dejes de amarme —dijo emocionado.

—No podría —negué con la cabeza—. Eres mi destino, Fran, por eso siempre te he amado.

Y era cierto, siempre lo había hecho y siempre lo sería. Porque el destino, mi destino, la única posibilidad que yo tenía en la vida, mis sentimientos, tenían nombre propio. Y era ese hombre. Solo Fran.

Agradecimientos

Esta trilogía se la queremos dedicar, en primer lugar, a Fran Silva. Gracias por cedernos los derechos de imagen para esta novela y por haber sido nuestra fuente de inspiración.

Eres grande, tienes un potencial increíble y no dudamos que conseguirás todo lo que te propongas. Nuestro agradecimiento más profundo y toda la suerte del mundo.

Y a vosotros, los lectores, como siempre, esto es “por y para vosotros”.